

Esta obra describe algunos de los cambios económicos y sociales suscitados en el medio rural mexicano durante las dos últimas décadas, así como sus repercusiones en la organización laboral y en la vida cotidiana de amplios sectores de la población tradicionalmente dedicados a la agricultura. Las tendencias que aquí se analizan a la luz de los conceptos de diversificación y especialización de las economías rurales, obligan a replantear su dinámica, las nociones convencionales sobre el papel de las ciudades medias y la división establecida entre los quehaceres del campo y la ciudad. El desarrollo industrial de la década de los ochenta y su impacto en varias zonas del país —la autora se refiere especialmente al caso de los pueblos del Rincón de Guanajuato— no sólo sugieren una nueva manera de entender la rusticidad, sino también una nueva forma de ser rural, de vivir y trabajar en el campo.

Patricia Arias es licenciada y maestra en antropología social por la Universidad Iberoamericana y doctora en geografía y urbanismo por la Universidad de Toulouse-Le Mirail en Francia. *Nueva rusticidad mexicana* obtuvo mención especial en el Primer Concurso Nacional de Investigación Regional organizado por la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en el año de 1990.

Nueva rusticidad mexicana Patricia Arias

Nueva rusticidad mexicana

Patricia Arias



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

Patricia Arias

NUEVA RUSTICIDAD MEXICANA

Un espacio editorial abierto
a la pluralidad étnica, social
y cultural de México



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

Primera edición: 1992

Producción: Dirección General de Publicaciones del
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

© Patricia Arias

D.R. © De la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Av. Revolución 1877, 10º piso
San Ángel, CP 01000
México, D.F.

ISBN-968-29-3735-3

Impreso y hecho en México

Índice

Presentación	11
El tema	11
El lugar	18
La investigación	24
Los agradecimientos	30
Capítulo 1. DIVERSIFICACIÓN Y ESPECIALIZACIÓN EN LA SOCIEDAD RURAL	33
La otra bibliografía	38
Capítulo 2. LOS TRABAJOS Y EL EMPLEO EN EL CAMPO Y LA CIUDAD	57
Las actividades complementarias en el campo	57
El trabajo y los quehaceres en la ciudad	78
El retorno al campo	106
Capítulo 3. UNA HISTORIA MICRORREGIONAL DEL TRA- BAJO	111
Primer momento (1600-1810)	111
Segundo momento (1810-1900)	122
La microrregión y el porfiriato	135
Las tradiciones no agrícolas de trabajo	142
Capítulo 4. DOS EDADES EN SAN FRANCISCO DEL RINCÓN La era de los jefes políticos y los hacendados (1900-1910) La era de los comerciantes y los hombres fuertes (1920-1950)	157 157 173
Capítulo 5. LA OPCIÓN MANUFACTURERA	187
La primera diversificación (1920)	187

NUEVA RUSTICIDAD MEXICANA

La segunda diversificación (1960)	216
Los quehaceres microrregionales de hoy	229
Conclusiones	237
Documentos y cuadros	245
Bibliografía	299

Índice de cuadros

Cuadro 1. Número de establecimientos por giro registrados en el municipio de San Francisco del Rincón, Gto., 1983-1984 y noviembre de 1987	250
Cuadro 2. Fábricas y talleres de calzado registrados en la Cámara del Calzado. San Francisco del Rincón, Gto., diciembre de 1987	252
Cuadro 3. Fábricas y talleres de calzado registrados en la Cámara del Calzado. Purísima de Bustos, Gto., diciembre de 1987	254
Cuadro 4. La manufactura rural en Yucatán	255
Cuadro 5. La manufactura rural en el centro de México ..	257
Cuadro 6. La manufactura rural en Jalisco	261
Cuadro 7. La manufactura rural en Michoacán	263
Cuadro 8. La manufactura rural en Guanajuato	265
Cuadro 9. Producción agrícola primavera-verano 1987. San Francisco, Purísima, M. Doblado. Modalidad temporal	267
Cuadro 10. Producción agrícola primavera-verano 1987. San Francisco, Purísima, M. Doblado. Modalidad riego	267
Cuadro 11. Producción agrícola otoño-invierno 1986-1987. San Francisco, Purísima, M. Doblado. Modalidad riego	268
Cuadro 12. Producción agrícola otoño-invierno 1986-1987. San Francisco, Purísima, M. Doblado. Modalidad temporal	268
Cuadro 13. Salarios generales y del trabajo a domicilio en la industria de la ropa por regiones (1980-1986) ..	269
Cuadro 14. Población de los pueblos del Rincón (1607-1980)	271
Cuadro 15. Las actividades agrícolas, pecuarias y manufactureras en los pueblos del Rincón en 1895	273
Cuadro 16. Los pueblos del Rincón en 1900	276

NUEVA RUSTICIDAD MEXICANA

Cuadro 17. Establecimientos comerciales e industriales. San Francisco del Rincón en 1897	280
Cuadro 18. Establecimientos comerciales e industriales. San Francisco del Rincón en 1899-1900	281
Cuadro 19. Establecimientos comerciales e industriales. San Francisco del Rincón en 1913-1914	283
Cuadro 20. Establecimientos comerciales e industriales en San Francisco del Rincón: 1897, 1899-1900, 1913-1914	288
Cuadro 21. Año de apertura de sucursales bancarias. San Francisco del Rincón, Gto.	289
Cuadro 22. Carga enviada desde la Estación Francisco. Servicio Express. Agosto 1986 y 1987. Productos y número de envíos	289
Cuadro 23. Líneas y fechas de apertura de sucursales de transporte terrestre. San Francisco del Rincón, Gto.	296
Cuadro 24. Información agrícola y agraria. San Francisco, Purísima	297

Presentación

El tema

Este trabajo trata sobre los cambios en una microrregión rural del Bajío occidental mexicano en las últimas décadas, es decir, de la historia que construyeron los que se quedaron, los que lucharon para permanecer en su tierra, el viejo anhelo de la gente del campo que estuvo a punto de sucumbir. En el camino de hacerlo posible, ellos y el mundo rural se transformaron, pero multiplicando las raíces de su arraigo, los motivos de su terquedad.

Como es bien sabido, las investigaciones de los años setenta nos dejaron la imagen de un mundo rural arrasado, sujeto y sometido a las prioridades y objetivos del Estado y a las exigencias de las grandes compañías nacionales e internacionales.

Para fines de esa década, la sociedad rural parecía haber perdido su dinamismo, su capacidad de reacción y creación frente a la economía y sociedad externas. El mundo rural era un espacio vencido. Con el tiempo y el desgaste las respuestas campesinas parecían ser cada vez más escasas y similares. Para los que se quedaban en sus terruños, las alternativas habían sido la lucha por la tierra o su transformación inexorable en jornaleros agrícolas, a veces en sus propias parcelas. Para otros, la mayoría, el camino fue salir, transformarse en migrantes que ya no volvían a su tierra o sólo podían hacerlo de manera temporal. Y, ciertamente, durante mucho tiempo la gente del campo trazó y recorrió hasta el cansancio esas vías de sobrevivencia.

Pero ahora nos damos cuenta de que los campesinos ha-

bían empezado también a descubrir y construir lenta y silenciosamente nuevos caminos para un objetivo de siempre: permanecer en su tierra. La sociedad rural había comenzado a transformar su espacio vencido en un espacio vivido, a forjar una nueva rusticidad. Ciertamente las maneras en que ella ha podido recuperar y recrear su ámbito son muy diversas. Las diferencias que se advierten parecen depender de la forma en que cada sociedad rural ha conjugado tres elementos: la modernización general de los servicios públicos, las tradiciones y culturas locales de trabajo y, finalmente, las demandas siempre cambiantes de las economías nacional e internacional. Lo que resulta similar en todos los ejemplos conocidos es el esfuerzo por eludir el quehacer agrícola como la única y principal vía de sobrevivencia.

Así las cosas, la historia y trayectoria de cada región aparece como una fuente de la variedad de caminos posibles. De allí que lo que ha sucedido en la microrregión de este estudio resulte quizá poco generalizable. Pero al mismo tiempo, ilustra muy bien otra de las tendencias más consistentes de la dinámica rural en múltiples regiones del país, a saber: la búsqueda por parte de la población del campo, de alternativas económicas en su propia localidad.

En los pueblos del Rincón, región y obsesión de las páginas que siguen, la búsqueda de alternativas ha seguido dos grandes y simultáneos caminos: en el nivel regional, la diversificación de la economía, y en el nivel microrregional, la especialización de las actividades que se llevan a cabo en cada localidad. Este proceso de cambio económico parece haber contribuido a mitigar algunos de los viejos y endémicos problemas de las zonas rurales: presión sobre la posesión de la tierra; dependencia de las veleidades agrícolas y los conflictos agrarios, de los precios de garantía, la cotidianidad del desempleo, la pobreza y la polarización social extremas de la población. Al mismo tiempo se han puesto en marcha las condiciones para el surgimiento de nuevos intereses y sectores que anuncian nuevos agrupamientos, que los involucran en nuevos procesos y proyectos políticos.

Ciertamente, las bases y la dinámica de la diversificación y especialización tienen aristas discutibles y ambiguas, par-

ticularmente en lo que se refiere a las condiciones de trabajo en el caso de la manufactura. Las nuevas actividades han contribuido, sin duda, a mitigar el desempleo rural, sobre todo el femenino. Asimismo han abierto vías de inversión para los capitales creados por la migración hacia Estados Unidos y han propiciado la recuperación de población y recursos económicos nuevos para las localidades. Como quiera, el éxito de la manufactura depende, en gran medida, de la precariedad en las relaciones y condiciones de trabajo, las cuales se aplican especialmente a las mujeres y los niños, trabajadores preferidos en los quehaceres productivos que hoy prosperan en el occidente rural.

Esta diversificación rural, hondamente enraizada en la historia regional, es también un producto actual, plenamente moderno. Expresa sin duda una de las formas posibles de organización y trabajo en las nuevas condiciones industriales, de acuerdo con el nuevo modelo de desarrollo económico, en el cual sin duda estamos. En este sentido, la manufactura rural de hoy difiere profundamente de la trayectoria y dinámica de los ejemplos más conocidos de industrialización en el campo, de modo que difícilmente podría trazarse una línea de continuidad que los hermanara con lo que sucede actualmente.

Como se sabe, la existencia de establecimientos productivos fuera de las ciudades tuvo que ver, durante mucho tiempo, con la explotación de algún recurso mineral, la transformación de algún producto agrícola o la cercanía a fuentes de energía. A partir del porfiriato empezaron a abundar los establecimientos fabriles en el campo, ligados muchas veces a la gran propiedad de la tierra, así como al control de los hombres y del agua: chimeneas o chacuacos de cementeras, fábricas textiles, molinos de trigo, ingenios y trapiches irrumpieron en el paisaje agrario de muchas regiones del país.¹

¹ Para Guanajuato véase María del Carmen Collado, *La burguesía mexicana. El comercio Braniff y su participación política*, México, Siglo XXI Editores, 1987. Para Jalisco véase Jorge Durand, *Los obreros de Río Grande*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986; y José María Murriá et al., *Historia de Jalisco*, Guadalajara, Gobierno del estado de Jalisco, 1982. Para Hidalgo véase Cecilia Lezama, *Estudio comparati-*

Décadas más tarde el Estado posrevolucionario descubrió en la instalación de industrias (en verdad enormes y costosos complejos industriales) una manera de estimular el desarrollo en regiones dramáticamente deprimidas. Fueron los casos del Combinado Industrial Sahagún, en Hidalgo, y del proyecto Las Truchas, en Lázaro Cárdenas, Michoacán.²

No obstante su diversidad de origen, momentos y objetivos, estas modalidades de industrialización rural resultaron semejantes. Con el tiempo, en unas y otras el Estado cobró una presencia creciente y decisiva. Los sindicatos afiliados a las grandes centrales obreras controlaron no sólo el acceso a los puestos de trabajo y toda la organización laboral, sino que se apoderaron de la vida municipal de las localidades.³ A pesar de las precauciones y declaraciones oficiales en sentido contrario, los combinados, complejos y grandes empresas, siempre operaron como enclaves de escasas, o por lo menos ambiguas, repercusiones sobre su entorno rural. Por si fuera poco, una maraña de mutuas complicidades entre empresa y sindicato empezó a trabar el funcionamiento económico de las industrias y a pervertir los efectos sociales que se esperaban sobre la población rural circundante. Se convirtieron en enormes dinosaurios ineficientes e inadaptables frente a las ramas industriales de las que formaban parte y al entorno que las albergaba. Finalmente resultaron impotentes frente al Estado, cuando éste un día dejó de ampararlos.

La industrialización rural, y en general la diversificación

vo de dos organizaciones industriales, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1974. Para Tlaxcala véase Jacqueline López, "Talleres y fábricas pequeñas en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala. Un estudio de caso", ponencia presentada en el *Seminario de Antropología Industrial*, México, UIA, 1977. María Eugenia Peñalva, "Familia y organización socioeconómica de una comunidad donde se ubicó una fábrica textil a fines del siglo XIX, Santa Cruz Tlaxcala", ponencia presentada en el *Seminario de Antropología Industrial*, México, UIA, 1977. Para Puebla véase David Ronfeldt, *Atencingo*, México, FCE, 1975.

² Para el caso del combinado industrial Sahagún véase María Esther Echeverría et al., *Antropología social en el centro industrial Sahagún*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1975. Para el ejemplo de Lázaro Cárdenas, Michoacán, véase Victoria Novelo y Augusto Urteaga, *La industria en los magueyales*, México, Nueva Imagen, 1979. Francisco Zapata et al., *Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1978.

³ Durand, *op. cit.*

de la economía que hoy se advierte en pueblos y ciudades pequeñas, tampoco debe ser vista de manera simplista como una nueva forma de subordinación del campo a la ciudad. Evidentemente hay desplazamiento de empresas y capitales urbanos al medio rural, existe la búsqueda ciudadina de nuevas formas de relación con pueblos y pequeñas ciudades, pero estas son expresiones de las crisis de un modelo de industrialización y de las grandes urbes, más que de una nueva victoria de la gran ciudad sobre la sociedad rural.

Estas nuevas orientaciones de la vida económica obligan a revisar, matizar, y en cualquier caso, discutir nuevamente dos supuestos implícitos en la reflexión sociológica sobre la sociedad rural en México: la subordinación del campo a la ciudad y, asimismo, la pérdida de dinamismo e iniciativa rurales. Ideas que parecen haber surgido de dos nociones: por una parte, que la sociedad rural se define invariablemente por el trabajo agrícola de su población, y por la otra, en virtud de la existencia de una división funcional inmutable entre las actividades del campo y la ciudad.

Como es bien sabido, la investigación sobre el campo a principios de los años setenta descubrió y enfatizó la discusión en torno a las múltiples subordinaciones rurales que habían hecho posible el desarrollo urbano-industrial de México.⁴ Uno de los fundamentos de esa subordinación residía en el carácter prioritario —a veces exclusivamente— agrícola, atribuida a las tareas y proyectos de la gente rural. El campo era el ámbito de la producción de alimentos y bienes agropecuarios. La transformación agrícola y pecuaria —por no hablar de la producción de otro tipo de artículos— quedaba fuera del universo posible de los quehaceres y el destino rurales. Salvo la artesanía, es decir, la elaboración manual y familiar de objetos de uso cotidiano o ceremonial, particularmente difundida en el mundo indígena, las actividades de transformación en el campo eran más bien una excepción, nunca un camino, una salida posible. Para eso existía

⁴ Arturo Warman, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Nuestro Tiempo, 1976. Eric R. Wolf, *Los campesinos*, México, Labor, 1971.

la ciudad, la cual era de manera incuestionable el espacio de la elaboración de bienes, el lugar de la industrialización.

Sin embargo, la diversificación y especialización que hoy prosperan en el México rural suponen la emergencia de procesos cada vez más complejos y multiplicadores de transformación, con los cuales la sociedad rural ha subvertido esa concepción dicotómica, de algún modo unilineal del desarrollo en el campo.

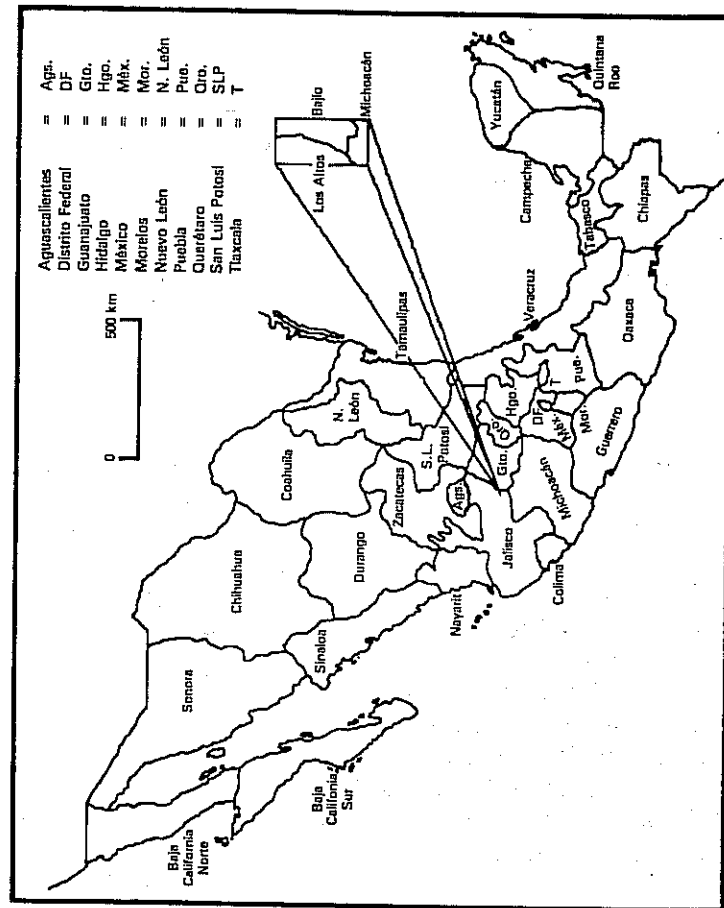
Ha subvertido además el papel y la dinámica que se suele atribuir a las ciudades medias y pequeñas. Para los estudiosos de varias décadas de la sociedad mexicana, ese nivel de la vida urbana tenía y mantenía una función comercial —en gran medida expoliadora— respecto al territorio rural donde se ubicaba. A través de la ciudad media y pequeña, se decía, ingresaban a la sociedad rural los productos manufacturados provenientes de las economías nacional e internacional; y salían, ya depreciados, los bienes agropecuarios de la economía campesina. Esto en lo económico. En lo político, la ciudad media era el ámbito privilegiado del apoyo y control estatales sobre el medio rural.

Y sin duda existen y seguirán existiendo ciudades agrocomerciales —ligadas en especial, me parece, a las economías de plantación—, pero otras, seguramente las más, muestran tendencias y orientaciones más complejas y multiplicadoras. El patrón de especialización microrregional parece ser hoy por hoy una manera viable y novedosa de relación entre las ciudades medias, y entre ellas y las grandes metrópolis del país. Representa, asimismo, una forma distinta de optimizar los recursos rurales de cada microrregión.

Estos dos ejes de la reflexión sobre la sociedad rural compartían el supuesto adicional de que las relaciones verticales que establecía la gente del campo se habían convertido cada vez más en las verdaderas determinantes de la dinámica rural. Ciertamente, una de las relaciones verticales cruciales para esta sociedad fue la que se estableció con el Estado mexicano: los campesinos, decía Arturo Warman, eran los hijos predilectos del régimen. Relación a la que se atribuía un papel unívoco en el diagnóstico, pero muy ambiguo en la terapia: el Estado había favorecido las relaciones de intercambio

Mapa 1

LA MICRORREGIÓN DE ESTUDIO: LOS PUEBLOS DEL RINCÓN



desigual, en detrimento de los campesinos, pero al mismo tiempo era el que podía solucionar, o al menos mitigar, esa condición.

Sin embargo, lo que resulta evidente en los años ochenta es que la gente del campo ha empezado a rehuir la intervención estatal. La diversificación de la economía rural puede ser vista también como una manera de eludir el triángulo apoyo-control-ineficiencia que a través de la agricultura tenía totalmente cercada a la vida rural. Las implicaciones políticas de este fenómeno son de lo menos tratado en este trabajo, pero no cabe duda que la gente del campo prefiere que se siga pensando que son campesinos en el sentido más convencional para, de ese modo, mantener y ganar márgenes de autonomía en otros sectores de la vida económica y la representación política.

Otra de las relaciones verticales que más incidían en la sociedad agraria, era la presencia cada vez más decisiva de los esquemas extranjeros implantados por las compañías transnacionales en la agricultura y la ganadería mexicanas. La literatura de los años setenta comprobó el impacto depredador y destructivo de esas grandes empresas en el campo mexicano. Sin embargo, lo que se advierte ahora es una notable disminución de la presencia transnacional o, en todo caso, su selectividad y movilidad. Se trata seguramente de otra etapa en la manera de proceder de esas compañías y, sobre todo, de que se ha efectuado un proceso local de aprendizaje, de apropiación y desarrollo de tecnologías y sistemas de trabajo en los ámbitos manufacturero y pecuario. Así, los procesos de diversificación y especialización de la sociedad rural son, indudablemente, el resultado de esfuerzos, coyunturas, personas y grupos locales, y no tanto de la intervención de agentes externos.

El lugar

Los poco más de cincuenta kilómetros en línea recta que abarca la microrregión del Rincón (mapa 1) se recorren en menos de una hora en automóvil o, lo que es más común para

la gente de la región, en dos horas de autobús, que se detiene en todos los ranchitos para bajar y subir pasaje y mercancías. Como quiera que sea, usted ha conocido los pueblos del Rincón, esa pequeñísima porción del occidente mexicano, donde se mezclan poblaciones abajeñas del estado de Guanajuato con gente de localidades alteñas de Jalisco y Michoacán. En sentido histórico y estricto el Rincón sólo comprende a San Francisco y Purísima —el Rincón de León—, pero aquí lo hemos ampliado hasta incluir a San Pedro Piedra Gorda —hoy ciudad Manuel Doblado. Los procesos de diferenciación y las articulaciones intrarregionales y extralocales que le dieron sentido y especificidad a través del tiempo parecen comunes a esa microrregión de poco más de 1 000 km² donde se combinan mesetas y lomeríos.

El paisaje es homogéneo, aunque contrastante, el camino recorre las tierras bajas, en donde se destacan los cultivos comerciales de trigo, sorgo, cebada y, cada vez más, de hortalizas de buena estampa, abastecidos con los sistemas de riego más modernos. Es un extremo del bien conocido y afamado Bajío guanajuatense. El camino también bordea las tierras elevadas de los Altos, las cuales pertenecen en gran parte al estado de Jalisco. "Tierras flacas" como las llamó don Agustín Yáñez, donde dominan el huizache y el ganado, sobre todo vacuno.

El paisaje agrario resulta también homogéneo: a un lado del camino se encuentran las parcelas de cultivo, al otro, los cercados donde pasta el ganado. En la mitad del trayecto una enorme construcción y una hermosa nogalera rompen la monotonía del paisaje: se trata de la casa-hacienda de Jalpa, imponente vestigio de una propiedad agraria de origen colonial de gran importancia en la vida regional.

En pocas palabras, un territorio pequeño donde han convivido y se han mezclado gentes de tres estados de la república; una tierra donde las relaciones sociales de antaño y de ahora atraviesan las fronteras políticas y donde la diversidad ecológica entre el Bajío y los Altos ha creado una vieja, aunque siempre renovada y cambiante, historia de complementariedades y de cooperación, pero también de conflictos. Aquí la historia de antaño y los cambios suscitados a partir

de la modernización porfiriana, comenzaron a tejer y a envolver a los habitantes en una densa y compleja, aunque poco espectacular, microhistoria del trabajo.

En el extremo del camino se encuentra San Francisco del Rincón, pequeña ciudad limítrofe entre las tierras altas, invariablemente pobres, y las ricas tierras abajeñas, donde los proyectos agrícolas más diversos han prosperado siempre. Desde San Francisco, asentada en el valle, la vista se encuentra inmediatamente con el impresionante murallón de los Altos, a donde se llega en menos de diez minutos en carro.

No obstante su ubicación en las cercanías de un excelente valle agrícola, San Francisco siempre ha encauzado sus afanes hacia otro tipo de quehaceres, sobre todo a la manufactura. Afamada desde antaño por la calidad de sus sombreros, se dedica ahora a la fabricación de una amplia variedad de artículos: además de aquéllos, hoy se producen zapatos (en especial tenis), muebles de jardín y artículos de aseo; ha surgido asimismo una amplia y compleja variedad de industrias conexas, fabricantes de los insumos necesarios para sus manufacturas principales. En el San Francisco de hoy se elaboran setenta y tres productos industriales distintos. En 1980 cerca de la mitad (40.4%) del producto interno bruto municipal se generaba en el sector industrial y sólo el 12.4% en el quehacer agropecuario.⁵

Así, San Francisco, con sus cuarenta mil habitantes (40 943, según el censo de 1980),⁶ es sin duda una notable ciudad manufacturera, aun cuando los registros oficiales no den cuenta de ello. El censo industrial de 1975, por ejemplo, señaló la existencia de sólo cuarenta establecimientos, donde trabajaban 369 personas en la producción de "prendas de vestir y otros artículos confeccionados con textiles y otros materiales" (dentro de los que, seguramente, se incluían los sombreros); seis fábricas de calzado y de cuero, con 156 tra-

⁵ *Diagnóstico sociocultural del estado de Guanajuato*, Guanajuato, Departamento de Culturas Populares, Secretaría de Educación, Cultura y Recreación del Estado de Guanajuato, 1987.

⁶ *Guanajuato demográfico. Breviario*, México, CONAPO (Consejo Nacional de Población), 1985.

bajadores, y cinco de "textiles, fabricación y reparación de muebles y accesorios".⁷ Pero, como sabemos, los censos actuales no son muy confiables. Si apenas y defectuosamente logran captar lo que convencionalmente ha transcurrido década tras década, no se les puede pedir que hayan recuperado los procesos emergentes en la sociedad rural.

Afortunadamente, en San Francisco existen excelentes registros locales que ponen en evidencia un fenómeno más complejo. Un censo de la Tesorería Municipal, realizado en 1983, dio cuenta de la existencia de ciento diez fábricas de sombreros, ocho de arreglos para sombreros, doscientas de calzado, veinticinco de escobas y trapeadores, dos fábricas de cajas de cartón, una fábrica de pintura y otros muchos establecimientos relacionados como "cuarenta talleres mecánicos, veintiséis de herrería, once de tornería, dos de soldadura, dos de reparación de máquinas despuntadoras, una reparadora de hornos".⁸ Por esa misma fecha, en la CANACINTRA local estaban registradas cincuenta y una fábricas de sombreros, quince de calzado, cuatro de escobas y trapeadores, cuatro de perfiles y laminados, tres de telas y cintas para sombrero y dos talleres de artesanía.⁹

A fines de 1987, según la Cámara de Comercio, había en la ciudad treinta y cuatro fábricas de sombreros y tres de ornamentos para sombreros, seis de calzado, cinco talleres de escobas, tres talleres "artesanales" de muebles para jardín; quince industrias "diversas" en las que se incluyeron las de fabricación de equipo para calzado y otros productos (cascos, contrafuertes) (cuadro 1). Por su parte, en 1988, la Cámara del Calzado de San Francisco registró a sesenta y siete fabricantes de calzado, aunque sólo tenía afiliados a cuarenta y tres. De ellos, veintinueve estaban en San Francisco y los otros catorce en el municipio vecino de Purísima del Rincón.

⁷ *X Censo industrial 1976. Industria extractiva y de transformación*, México, SPP (Secretaría de Programación y Presupuesto), 1979.

⁸ *Plan Municipal de Desarrollo Socioeconómico de San Francisco del Rincón*, Guanajuato, SPP (H. Ayuntamiento de San Francisco del Rincón, documento mecanoscrito), diciembre de 1983.

⁹ *Ibidem*.

(cuadros 2 y 3). De éstos, tres se autodefinían expresamente como "maquiladores". La misma Cámara del Calzado calculaba que en realidad había unos ciento veinte o ciento treinta fabricantes. Por su parte, el directorio telefónico de 1987 enlistó treinta y cuatro fábricas de sombreros "para caballeros", quince establecimientos de sombreros de "palma y fibra" y un taller de reparación de sombreros; daba cuenta asimismo de setenta y un fabricantes de calzado.

Otra fuente, esta vez el *Primer informe del presidente municipal*, efectuado en 1986, señaló la existencia de más de cuatrocientos establecimientos industriales en el municipio: "entre otros, 16 fábricas de avíos para calzado, 15 fábricas de suela de hule y 74 de suelas diversas, 41 fábricas de calzado, 14 de sombreros de palma y 85 de sombreros en general; y 51 fábricas de herrería, 13 de artículos de limpieza y 14 de muebles".¹⁰ El presidente municipal tenía razones para conocer bien la situación manufacturera local ya que él mismo era un industrial de sombreros.

Esto en cuanto a la información reconocida. Pero, en los casos de la sombrería, el calzado, los muebles y artículos de limpieza, la observación directa y la información de las autoridades fiscales indican la existencia de más de una empresa no registrada por cada una reconocida, hecho que duplicaría el número de los establecimientos manufactureros francorrinconenses. Por su parte, el personal del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) local, afirma que los trabajadores del calzado y el sombrero —poco más de cuatro mil quinientos— son los más numerosos de los casi siete mil afiliados (6 900 para ser exactos) en San Francisco.

Aunque la diversidad de las cifras es grande, todas las fuentes coinciden en la importancia y dinamismo de dos quehaceres industriales —la elaboración de sombreros y calzado y su impacto multiplicador sobre el resto de la economía local.

En síntesis, se trata de una microrregión hoy próspera donde se comparten y entretienen múltiples culturas. En lo

¹⁰ Véase Eusebio Moreno Muñoz, *Primer informe de gobierno, 1986*, San Francisco del Rincón, Guanajuato, 1986.

económico, una tradición ganadera y agrícola que incluye desde antaño a la avicultura y la porcicultura, una manufactura diversificada y de pequeña escala, siempre mercantil y ligada a añejos y complejos sistemas de mercadeo. Quehaceres y tradiciones enmarcados en formas de propiedad o usufructo de la tierra también de pequeña escala. La pequeñez, la proliferación y la diversificación de las actividades y los negocios, parecen ser las características de la historia económica microrregional.

Características que se nutren a la vez de otras culturas: una religión católica sólida y persistente, la cual permea y oxigena todos los rincones de la organización social¹¹ y que ha ayudado a integrar y manejar las situaciones más duras y dramáticas de la vida en la región. Así, la Iglesia, enraizada en una religiosidad tan profundamente compartida, ha contribuido sin duda a mantener bajo control uno de los fenómenos más constantes de la vida regional en el último siglo: la migración masiva de sus gentes hacia las grandes ciudades del país y los Estados Unidos.¹² Aunque siempre se piensa lo contrario, en los Altos y el Bajío occidental el catolicismo está profundamente asociado al trabajo duro, al esfuerzo personal. La región se reconoce también por una ancestral pero siempre renovada independencia y desconfianza frente al gobierno, que los ha hecho participar de manera activa y combativa en movimientos armados y políticos de resistencia.¹³

Finalmente, y aunque suene un poco cursi, vale decir que entre los Altos y el Bajío hay también una vieja historia y cultura amorosa. Los abajeños siempre han gustado de casarse con esas mujeres pálidas de ojos claros que abundan tanto

¹¹ Véase Mariano González-Leal, *Retazos de España en la Nueva Galicia*, T. 1., León, Guanajuato, editor: Jesús Padilla Muñoz, 2ª edición, MCMLXXXV.

¹² Jorge Durand, "Guanajuato: cantera de migrantes", ponencia presentada en el *Seminario de Estudios e Investigaciones sobre el Estado, la Industria y la Agricultura en Guanajuato, 1940-1986*, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 26-29 de enero de 1988.

¹³ Jorge Alonso, "Discutir a la derecha", *Cuadernos*, núm. 6, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, cics, 1988, pp. 26-36. Jean Meyer, *La Cristiada*, 3 vols. México, Siglo XXI Editores, 5ª edición, 1977.

en los rumbos alteños pero que son tan raras en las tierras bajas. El resultado ha sido la difusión de un tipo de moreno claro, ojo zarco, rasgos característicos de la gente de ese rincón guanajuatense.

La investigación

En el contexto intelectual actual resulta fácil reconocer que la elección de un tema y un lugar de investigación son el resultado de la conjunción entre algunos viejos intereses, unas cuantas —y en principio difusas— nuevas preocupaciones y, sobre todo, de la intuición de que vale la pena hacer el intento por adentrarse en una región distinta a la que uno conoce, de participar en una discusión diferente a la que uno ha seguido y de conocer una disciplina diferente, aunque próxima de la que uno proviene.

Un viejo interés por la pequeña industria en Guadalajara me enseñó a captar ese nivel de organización de la vida económica y a entender su importancia en el desarrollo urbano-industrial de esa gran ciudad del occidente mexicano.

A ello se sumó lo que en los recorridos y estancias de campo compartidos con Jorge Durand habíamos empezado a detectar como porfiada constante: una y otra vez, en las tierras altas de Jalisco, en los bajíos de Michoacán y por doquier en Guanajuato, existían ciudades pequeñas (de entre veinte y ochenta mil habitantes), donde se advertían procesos de crecimiento demográfico y de dinamismo económico, incluso entre localidades vecinas muy próximas. Poblaciones sobre las cuales parecía haber poca investigación sociológica, o en todo caso, los que existían reiteraban el papel siempre comercial que jugaba ese nivel de ciudad en relación con su entorno rural-agrario. Al mismo tiempo, el rumbo que tomaba la diversificación económica de las ciudades pequeñas y las innumerables localidades de esta región occidental, parecía poner en entredicho las nociones y concepciones de una sociedad rural invariablemente agrícola.

Las diferencias que encontramos nos llevaron a realizar, en el último trimestre de 1985, una breve pero muy intensa

etapa de trabajo en Santa María del Valle, delegación del municipio de Arandas. Allí fue posible darnos cuenta de los cambios suscitados en la ganadería lechera —la actividad pecuaria tradicional de la región— y del desarrollo de los quehaceres manufactureros en esa pequeña y alejada población de los Altos de Jalisco. La imposibilidad de vivir en Santa María nos ayudó a conocer los cambios que se advertían en otra pequeña localidad alteña: San José de Gracia, en el municipio de Tepatitlán. Cambios que sugerían la existencia de fenómenos sociales novedosos, los cuales valía la pena conocer en mejores y más prolongadas etapas de trabajo de campo.

Poco después y gracias a una muy buena fortuna, fue posible vivir por primera vez en una localidad guanajuatense, en Ciudad Manuel Doblado, durante el último trimestre de 1986. En esta etapa, las principales técnicas de investigación fueron las entrevistas con viejos y nuevos protagonistas de los quehaceres económicos y políticos locales y, sobre todo, con entrevistas intensivas y sucesivas, con cinco familias con el fin de reconstruir la lógica y la dinámica de sus actividades económicas. Sin pretenderlo desde el principio, la documentación recabada y registrada en diarios de campo nos fue descubriendo paulatinamente una añosa e ininterrumpida historia del trabajo femenino en el campo.

Pero la investigación proporcionó asimismo otro tipo de información, cuyos primeros indicios detectamos también en nuestra estancia anterior en los Altos de Jalisco. En ciudad Manuel Doblado existían seis talleres maquiladores de prendas de vestir (chamarras, pantalones de hombre y ropa de niños) las cuales eran fuente de empleo para unas ciento veinte mujeres de la localidad y varias rancherías de los alrededores, quienes acudían a los locales a trabajar o recibían los cortes para coserlos en su domicilio. Este fenómeno me pareció tan interesante, que dediqué un buen tiempo a observar el trabajo y las relaciones al interior de los talleres, a entrevistar a sus propietarios, encargadas y trabajadoras, ya fueran estas últimas obreras o trabajadoras domiciliarias. Sin quererlo, de nuevo me adentré en el mundo de las mujeres, en sus labores y tribulaciones.

En las entrevistas surgió con frecuencia la vieja, compleja y sólida relación entre Ciudad Manuel Doblado y la ciudad más próxima: San Francisco del Rincón. Además de los añosos lazos que las vinculaban, Doblado parecía formar parte de los actuales quehaceres y dinámica económicos de San Francisco, en tanto mercado para los productos manufacturados de esa población, como mercado de trabajo para las jóvenes y los hombres que acuden a esa ciudad y para las mujeres que reciben el trabajo a domicilio que desde allí les envían.

El recorrido por la microrregión del Rincón hasta San Francisco confirmó y aumentó la información dobladense. Tanto, que nos llevó a iniciar, en cuanto nos fue posible, un trabajo de campo con base en esa ciudad. En octubre de 1987 y hasta mayo de 1988, iniciamos dos investigaciones simultáneas, distintas pero muy relacionadas: la constatación de que San Francisco era y seguía siendo tierra de migrantes hacia los Estados Unidos le sugirió a Jorge Durand el territorio de su nuevo estudio, que continuó los cauces de una investigación previa sobre el tema. En mi caso fui también fiel a una vieja obsesión pero ahora con todos los incentivos de un nuevo e inmejorable ámbito: el estudio de la diversificación y proliferación de diversas actividades productivas en San Francisco del Rincón y su microrregión.

En esos ocho meses de trabajo de campo recorrí, con gente de cada lugar, los espacios significativos en la historia de cada actividad; entrevisté una y otra vez a los protagonistas de la historia económica y política locales desde fines del siglo pasado. Entrevistas que fueron complementadas con las realizadas a sus descendientes, otros familiares, colegas, amigos y enemigos. Pude asimismo entrevistar a familias y mujeres de casi todos los pueblos y rancherías de la microrregión y de los barrios populares de San Francisco. Por otro lado, pude tener acceso a la documentación pública local desde fines del siglo pasado. Así, revisé los prontuarios de la Receptoría de Rentas correspondientes a los años del porfiriato y las boletas de registro de los establecimientos de esta centuria; de igual modo consulté folletos, trabajos geográficos, ensayos, estadísticas y propaganda, que de muy distintas

maneras aludían a la microrregión. Toda esta documentación resultó invaluable ya que en San Francisco no existe un archivo municipal con información anterior a 1970. Pude también consultar la escasa aunque excelente documentación sobre la microrregión que existe en el archivo municipal de León, en la ciudad de León.

El trabajo de campo en San Francisco mostró muy pronto que esa era una ciudad que parecía romper los esquemas convencionales sobre ese nivel de la vida urbana mexicana y sobre las relaciones que establecían con el entorno agropecuario. San Francisco, enclavada en un extremo del mejor Bajío, había sin embargo buscado —y encontrado— su mejor vocación en la manufactura.

Pero lo que sucede en San Francisco no es excepcional. Dedicué entonces un tiempo al rastreo por algunas bibliotecas universitarias, donde encontré que una quincena de tesis de antropología, realizadas sobre todo entre 1982 y 1988, daban cuenta de fenómenos similares en otros lugares del país, en especial en torno a la ciudad de México. La información etnográfica de algunos artículos y ponencias recientes permitía suponer situaciones parecidas.

Así, lo que encontraba en el campo y en la bibliografía resultaba invariablemente diferente de lo que conocía sobre el campo a partir de la literatura más conocida sobre el tema. Se hizo muy evidente el contraste entre la investigación y discusión sobre lo rural de los años setenta y los estudios que se realizaban a fines de los años ochenta.

Pero apareció además otra constatación. Hace mucho tiempo escuché decir a Claude Bataillon que una diferencia entre los geógrafos franceses y los antropólogos mexicanos era el distinto peso que unos y otros conferían al *espacio* en la conformación de las relaciones sociales. Desde entonces pude darme cuenta de que, efectivamente, en nuestras etnografías los antropólogos no problematizamos el espacio de nuestra investigación, siempre presuponemos el territorio de los acontecimientos. De allí quizá una parte de la dificultad que hemos tenido los antropólogos para manejar de manera conveniente y convincente el nivel regional. Nuestras "etnografías regionales" parecen basarse a veces en una reflexión

lógica, más que en una fundamentación empírica, y suelen estar orientadas a entender la dimensión extralocal —sobre todo nacional y política— más que el ámbito y la dinámica intra e interregional de las relaciones sociales.

Así, en el estudio de San Francisco traté de pensar el espacio de un modo distinto al que, como antropóloga, solía hacerlo. De hecho, llegué a San Francisco desde su microrregión, es decir, desde los muchos relatos de la gente sobre la influencia de aquélla en las localidades del Rincón y los Altos. Pero además, la reconstrucción de cada tradición de trabajo, incluso la más reciente como la del calzado, aludían siempre a dos factores. Por un lado, su articulación microrregional, que comprendía de manera tan indisoluble como antigua a los pueblos del Rincón con los de una porción de los Altos de Jalisco; y por otro lado, relacionado con lo anterior, a las maneras, también muy añosas y compartidas, de trabajar y de conceptualizar el trabajo.

La fuerza y persistencia de esos dos factores me pareció tan importante para entender la vida microrregional actual, que me obligó a observar la trayectoria histórica de esa microrregión desde el punto de vista que me pareció menos trabajado y más pertinente: la microhistoria del trabajo no agrícola en una región rural. Microhistoria que parecía haber comenzado a trazarse y entretenerse a partir de la forma de organización espacial y laboral de las grandes propiedades agrarias de la región desde la época colonial.

Las fuentes historiográficas al respecto son muy escasas pero excelentes: a partir de los trabajos de Brading y Rodríguez Gómez¹⁴ sobre las haciendas del Rincón en la época colonial, y de los más indirectos sobre la conformación del Bajío en el siglo XVIII de Bataillon, González, Moreno Toscano y Wolf,¹⁵ pude empezar a entender los momentos y las

¹⁴ David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío, León 1700-1860*, México, Editorial Grijalbo, 1988. María Guadalupe Rodríguez Gómez, *Jalpa y San Juan de los Otates*, León, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 1984.

¹⁵ Claude Bataillon, *Las regiones geográficas en México*, México, Siglo XXI Editores, 9ª edición, corregida y aumentada, 1988. Luis González, "Ciudades y villas del Bajío en el siglo XVIII", *Relaciones*, vol. I, núm. 4, Zamora, Michoacán, El Cole-

características de la configuración y articulación de ese pequeño rincón guanajuatense desde las postrimerías de la época colonial. La historia oral me facilitó conocer los rumbos que, a partir de la última mitad del siglo pasado, ha seguido dicha articulación.

Así, comprendí la importancia y persistencia de las relaciones intrarregionales en la sociedad rural, ese nivel tan descuidado de la bibliografía de los años setenta. *Microrregión* me pareció una noción válida para entender ese nivel donde se plasman, hacen comunes e inteligibles las historias, relaciones, alternativas, proyectos y sueños de la gente de un determinado espacio. La microrregión parece ser entonces un ámbito adecuado de investigación en tanto se pregunta por las relaciones en un espacio y no presupone ni unas ni otro.

La microrregión resultó también un ámbito susceptible de ser estudiado a fondo mediante técnicas y procedimientos cualitativos. Hace algunos años me llamó mucho la atención el hecho de que la gente de un determinado oficio o tradición, sin conocerse, coincidiera en la reiteración de ciertos personajes o momentos de su historia. En ese tiempo no pude seguir con ello, pero tampoco lo olvidé.

En San Francisco decidí entonces seguir cada pista, cada repetición, cada relato que la gente me proponía. En todos los casos aprendí que cuando una persona o un evento pasa a la memoria colectiva es porque representó —o representa todavía— algo muy significativo en la vida local, por lo regular relacionado con alguna continuidad determinante o con algún cambio crucial en la trayectoria microrregional del trabajo. Aunque con el tiempo tienda a desdibujarse el significado preciso que transformó un suceso, un momento, en algo así como un recuerdo social, la reconstrucción a partir de entrevistas sucesivas logra finalmente recuperarlo. La etnogra-

gio de Michoacán, 1980, pp. 100-111. Alejandra Moreno Toscano, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", *Historia Mexicana*, núm. 86, vol. XXII, México, El Colegio de México, 1972, pp. 160-187. Eric R. Wolf, "El Bajío en el siglo XVIII. Un análisis de integración cultural", varios autores, *Los beneficiarios del desarrollo regional*, México, SepSetentas, 1972, pp. 63-95.

fa de San Francisco he procurado hacerla así, es decir, a partir de las historias, eventos y personajes que para la gente de la microrregión eran importantes, y que, por diferentes razones siempre demostraron serlo, siempre indicaron algo relevante para entender los hitos y la dinámica de la vida microregional.

Los agradecimientos

En estos años de trabajo he recibido el apoyo y el estímulo de muchas personas que me han dado su tiempo, su paciencia y conocimientos con enorme generosidad. También he contado con la ayuda de varias instituciones.

Fue gracias a la generosidad de la familia González-Madrid, en especial de Elena y su padre, el ingeniero Enrique González Madrid (q.e.p.d.), que pudimos conocer San José de Gracia, Jalisco, y desde allí desplazarnos hasta Santa María del Valle y otras tierras de los Altos de Jalisco.

Más tarde, en Guanajuato aprendí que su gente es extraordinariamente amable, sincera y capaz. Los guanajuatenses me mostraron una y mil veces su excepcional habilidad para llegar al fondo de cualquier problema y resolverlo con enorme facilidad. En verdad, fue muy importante y sumamente grato haber podido convivir con ellos.

En Ciudad Manuel Doblado todo fue posible gracias a Ignacio y Griselda Pérez, Herón y Rebeca Pérez, doña Justa Flores y Lucita Quesada, doña Consuelo Contreras y don Florentino Vargas. Muy cerca de allí, en Purísima del Rincón he quedado en deuda con don Enrique Ávalos Andrade. En Jalpa y San Francisco del Rincón me dediqué a acumular mis mayores y más profundos endeudamientos sobre todo con Josefina Gómez, doña Dominga López, Alma Rosa Macías y los señores Angel Arandía (q.e.p.d.), Rubén Ayala Ávila (jefe de la oficina Recaudadora de Rentas de San Francisco del Rincón), Antonio Barragán Rea, Fidel Barajas Espinosa, Atilano Cabrera, Manuel Espinoza, Gustavo López Flores, Primo Méndez, Miguel Moreno, Daniel Muñoz Ariás, David Orozco, Salvador Orozco, Luis Rojas, Estanislao y Modesto

Sánchez, José Daniel Servín Sánchez, Wintilo Vega y Gustavo Zepeda Flores.

No me cabe la menor duda que este trabajo ha sido posible gracias a todos ellos, principalmente a don Ángel Arandía (q.e.p.d.), don Primo Méndez, don Salvador Orozco y el licenciado Wintilo Vega, quienes además de ser los mejores y más agudos observadores de los sucesos y quehaceres de su ciudad, tuvieron la enorme gentileza de leer el manuscrito y hacer comentarios como siempre sagaces, ciertamente necesarios. Este trabajo se inició durante el periodo municipal del licenciado Eusebio Moreno, de cual recibí muchas facilidades. Pero fue en especial el licenciado Vega, secretario del ayuntamiento que preside el ingeniero Carlos Velázquez Villalpano, quien me proporcionó muchos materiales útiles para la fase terminal del trabajo. La cercanía de la gente de San Francisco en esos momentos finales fue no sólo importante, sino también una experiencia personal inolvidable.

Durante la estancia guanajuatense fue un gran estímulo contar con el apoyo académico de El Colegio del Bajío en la ciudad de León, con la amistad de la doctora Guadalupe Rivera Marín, de Alejandro Butanda, de María de la Luz Hernández Padilla, de Luis Miguel Rionda, de Rosa María Sánchez de Tagle, de Carlos Enrique Tapia y Lelia Barajas.

Un poco más lejos, pero siempre muy cerca, en San José de Gracia, Michoacán, contamos en todo momento con el afecto y el estímulo de don Luis González y la señora Armida de la Vara, de don Bernardo González y doña Teresa Villanueva de González, de doña Rosa González Cárdenas: fue allí, en San José, donde empezamos a tener la certeza de los profundos cambios que vivía ese mundo rural.

En el ámbito plenamente urbano, en la ciudad de Guadalajara, tengo mucho que agradecer al doctor Manuel Rodríguez Lapuente, director del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Guadalajara, y al licenciado Alfonso de Alba, presidente de El Colegio de Jalisco, y a los colegas de ambas instituciones, sobre todo a Juan Manuel Franco, Claudia Rivas, a Celina Becerra y Alejandro Solís. También recibí siempre el apoyo de nuestros amigos Jorge Alonso, Gabriela Reynoso, MariJosé Amerlinck, Juan Fernando Bon-

tempo, Rogelio Luna y Lucía Mantilla. Jorge Alonso y Mari-José Amerlinck tuvieron además la amabilidad de leer el manuscrito y hacer invaluable comentarios, que espero haber podido incluir.

La última etapa de este trabajo se llevó a cabo fuera de México, en una ciudad del sur de Francia. Gracias a una beca del CONACYT y a una invitación del señor Claude Bataillon, pude estar como investigadora invitada del CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica), adscrita al GRAL (Grupo de Investigación sobre América Latina) en el IPEALT (Instituto Pluridisciplinario de Estudios sobre América Latina en Toulouse). Durante mi estancia en Toulouse pude dedicarme a revisar mis materiales de campo, a hacer viejas y nuevas lecturas y, finalmente, escribir los resultados que aquí se presentan. En toda esta etapa conté con los comentarios siempre perspicaces y las sugerencias invariablemente atinadas de M. Claude Bataillon.

En el GRAL disfruté también de la amistad de Perla Cohen, Thierry Linck, Anne Lise Pietri, Roberto Santana y Jean Christian Tulet; de los conocimientos de Michele Bincasz; de la ayuda incondicional de Annie Alvinerie, quien me auxilió en los mil apuros que pasé con la *McIntosh*. Gracias a Elizabeth Corral y Dominique Linck la vida tolosana resultó más agradable de lo imaginado. Gracias a ello y ellos, en junio de 1990, puede presentar la tesis doctoral de Nuevo Régimen en Geografía y Urbanismo, en la Universidad de Toulouse-Le Mirail.

A todos, aquí y allá, mi más profundo y sincero agradecimiento.

Pero ciertamente aquí y allá, en cada una de las etapas y en cada momento de este trabajo estuvieron siempre conmigo Jorge y Sol. Para ellos es mi mayor agradecimiento y de ellos es esta parte de nuestra propia historia.

Julio de 1990

Diversificación y especialización en la sociedad rural

La actividad comienza muy temprano en las ciudades y campos del Bajío occidental, allí donde cotidianamente convive gente de los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán.

Entre las seis y siete de la mañana las estrechas calles de San Francisco del Rincón se convierten en el escenario de un intenso ajetreo de personas y productos: ciclistas de todas las edades se desplazan hacia las fábricas y talleres de calzado, sombreros, escobas y muebles; las jóvenes prefieren hacer el trayecto hacia el trabajo en grupo, platicando. En las casas de las familias pobres del centro y las orillas de la ciudad, las mujeres apuran las tareas domésticas para poder empezar a "tejer" los sombreros o los zapatos que han recibido como trabajo a domicilio. Las banquetas se cubren con filas de sombreros de charro de todos los tamaños e infinidad de colores. Es la descarga del producto traído por las camionetas *campers* desde los Altos de Jalisco, donde los sombreros han sido "vestidos".

Al mismo tiempo, otros vehículos, esta vez camiones, son cargados con armazones de muebles de jardín. Su destino ahora es el rumbo de Jalpa, en las inmediaciones de la gran hacienda del mismo nombre, donde los muebles serán inmediatamente tejidos y almacenados.

Y es que sin duda la sociedad rural que rodea a San Francisco del Rincón forma parte de la dinámica manufacturera de esa ciudad. Se calcula que unos quinientos jóvenes, entre hombres y mujeres, en un radio de cincuenta kilómetros al oeste de la ciudad, acuden todos los días a trabajar a sus fábricas y talleres.

Pero son sobre todo las mujeres, en un radio similar, las que más y más complejamente se han involucrado en la manufactura. Las mujeres de los municipios alteños de San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio son quienes, "visiten" y "adornan" los sombreros de charro que les llevan cada semana los sombrereros francorrinconenses. Las de las rancherías aldeañas a Jalpa son las que se ocupan de "tejer" y almacenar los muebles para jardín enviados desde San Francisco. Las del municipio de Manuel Doblado están involucradas en múltiples sistemas de trabajo de costura y tejido, labores que las vinculan a San Francisco y a los talleres de la ciudad de León.

En fin, salvo por ese viejo hábito de trabajar desde muy temprano (donde se reconoce todavía una de las saludables costumbres de la sociedad rural tradicional), en realidad la vida, las ocupaciones y preocupaciones de la población microregional resultan distintas a las de esa imagen convencional que asocia la vida rural con los quehaceres y penurias puramente agrícolas. En esta pequeña porción del Bajío occidental se ha suscitado un cambio profundo en el trabajo y en las relaciones entre los trabajadores de la población. Profundos pero no totalmente ajenos a la historia y trayectoria regionales.

Ciertamente allí la historia del trabajo no agrícola es tan antigua, compleja y peculiar como su historia agraria, con la ventaja adicional de que en ella ha habido siempre menos controles e injerencias estatales. El tiempo y las necesidades de nichos ecológicos diferentes han acuñado viejas y fuertes complementariedades; han fomentado intercambios, creado hábitos y establecido relaciones. Tal vez el origen mestizo de la población y la orientación siempre comercial de sus actividades hayan sido los factores que condicionaron las formas y modalidades mercantiles de organización, que han predominado desde antaño en la elaboración y el mercado de múltiples artículos.

Como quiera, no todo es historia remota. La persistente crisis agraria ha obligado a la población a diseñar desde hace mucho tiempo mecanismos para paliarla o eludirla. La migración a los Estados Unidos es también una cultura del trabajo

en la región¹ y la migración hacia las grandes ciudades del país una fuente de aprendizaje y contactos con el quehacer urbano. La población, aunque muchas veces las ha padecido, también ha aprendido a observar, experimentar y apropiarse de las sucesivas actividades económicas que se han puesto en marcha en su propio territorio.

Así, parecería ser que la diversificación de la economía y la especialización productiva que ha seguido San Francisco del Rincón es la expresión de una historia y trayectoria local y regional del trabajo que les ha permitido procesar y adaptarse a dos fenómenos cruciales en las últimas décadas: el enorme crecimiento de la demanda urbana y, más reciente, la reestructuración —reconversión— de la economía industrial, en particular la que se refiere a la producción de bienes de consumo.

Esta diversificación de la economía pone en evidencia tres claves que guían el comportamiento de la sociedad rural abajeña desde hace varios años: la imposibilidad de seguir pensando en las vías agrícola y agraria como las alternativas centrales de la vida y el desarrollo en el campo, pero al mismo tiempo la seguridad profunda de que quieren seguir viviendo en su tierra y, finalmente, la convicción de que es preciso buscar salidas al margen de la injerencia estatal. Anunciar sus proyectos y pedir ayuda podía ser otra ocasión para la llegada de nuevas agencias gubernamentales, con su cauda de burócratas que todo lo complican.

Como muestra el ejemplo de San Francisco, las modalidades concretas de la diversificación, incluso en un territorio reducido, pueden ser variadas. Como quiera, se puede decir que han surgido de niveles de operación y organización de muy pequeña escala y a partir de esfuerzos notablemente experimentales (ciertamente riesgosos y audaces), tanto en la producción como en la distribución de los productos. De allí quizá el acelerado crecimiento de algunas empresas y la quiebra de otras. Situaciones que han dado lugar a algunos de los mitos locales que tratan de explicar los enriquecimien-

¹ Jorge Durand, *op. cit.*

tos asombrosos, pero que expresan sobre todo el enorme dinamismo que conllevan estas nuevas actividades de la sociedad rural.

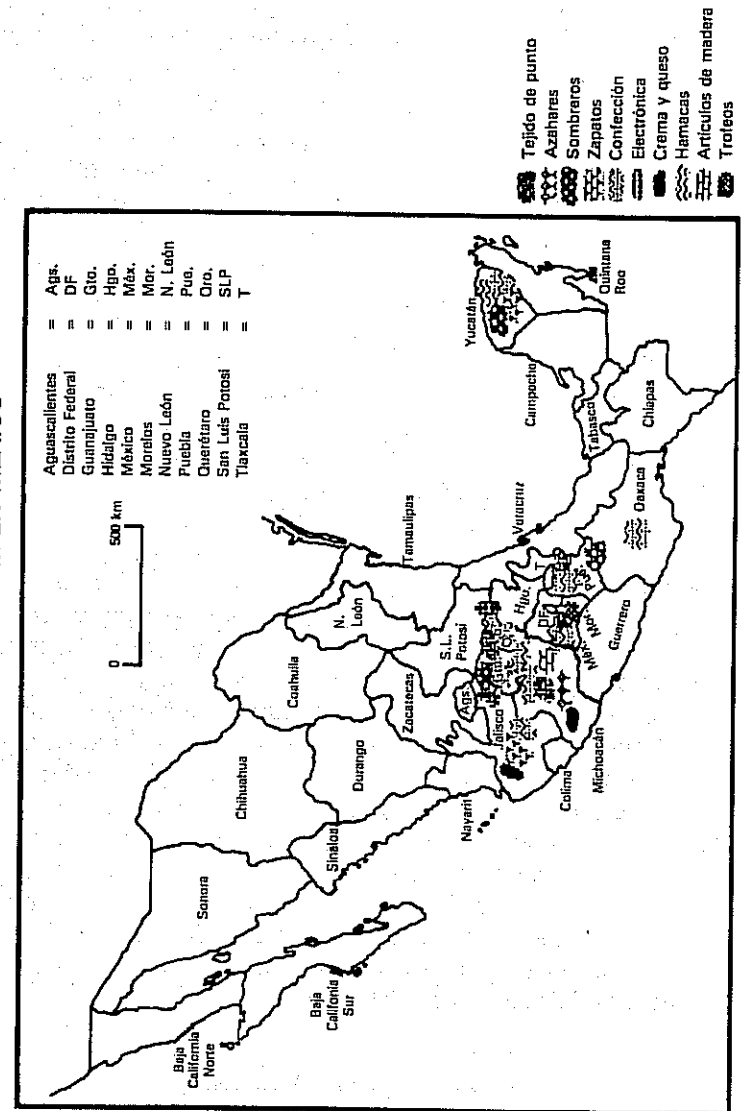
Dinamismo que se manifiesta además en la creación de nuevos mercados de trabajo para la población rural. Y es que una de las claves del éxito de la manufactura francorinco-nense ha sido precisamente su capacidad para generar una nueva fuerza de trabajo en el medio rural, es decir, para convertir en mano de obra a la mujer del campo y las pequeñas ciudades. Pero no sólo eso. Las nuevas actividades incorporan a ésta al trabajo asalariado no únicamente en sus localidades —lo que ya significa un cambio respecto a la situación de hace veinte años—, sino incluso desde su propia esfera y condición doméstica. Se incrementa así al máximo la oferta de mano de obra: las múltiples y sucesivas opciones del trabajo a domicilio o el empleo en fábricas y talleres convierten en trabajadoras a las mujeres de todas las edades y estados civiles, de cualquier etapa del ciclo doméstico, en casi todas las situaciones familiares.

La especialización y sus efectos en San Francisco del Rincón tiene sin duda su especificidad. Pero no es exclusiva ni única. Forma parte de una tendencia mucho más generalizada de diversificación de las economías rurales que se puede constatar en múltiples localidades, en distintas regiones del país. Fenómeno que se finca en actividades, niveles y modalidades menos espectaculares y "clásicos" que lo que quisieran los economistas y planificadores; menos conocidos, y en todo caso bastante ninguneados o negados tanto por los grandes proyectos y planes de desarrollo como por las estadísticas y los censos.

Sin embargo, pareciera que ha sido esa diversificación de la economía la que ha permitido a la gente del campo y las pequeñas ciudades de varias regiones del país enfrentar y sobrellevar la crisis, tan anunciada y denunciada en el medio rural desde los años sesenta.

Mapa 2

LA MANUFACTURA RURAL EN MÉXICO



La otra bibliografía

Visto desde ahora, podemos decir que a partir de mediados de los años setenta, el nuevo fenómeno empezó a dar señales de vida en la literatura antropológica. Pero no tanto en la de los profesionales propiamente dichos, es decir, de los que encabezaban el debate de ese tiempo. Desde esos años y hasta la actualidad, han sido sobre todo los trabajos de tesis de los estudiantes de las diversas escuelas de antropología (El Colegio de Michoacán, ENAH, UAM-I, Universidad Iberoamericana), los que han documentado la emergencia de fenómenos económicos nuevos en la sociedad rural; los que descubrieron y describieron el surgimiento y la proliferación de actividades no agrícolas, sobre todo manufactureras, en diferentes regiones del centro y occidente de México; quienes pusieron en evidencia las nuevas modalidades de empleo que empezaban a suscitarse en el campo, registraron, a veces con azoro, los primeros cambios sociales y políticos que se habían desencadenado en las ciudades pequeñas, en innumerables localidades rurales.

Con todo, llama la atención la escasez de material etnográfico en torno a la ganadería. La investigación al respecto es hasta ahora muy general y orientada a escudriñar las relaciones e implicaciones extralocales de la agroindustria, más que a estudiar sus características y consecuencias intrarregionales. Al parecer, la sombra de las transnacionales no ha dejado crecer pasto nuevo y se sigue aplicando y repitiendo el esquema que Feder² acuñó hace más de veinte años.

Por el contrario, la información etnográfica sobre la manufactura rural ha sido siempre más abundante y continúa incrementándose en ejemplos y localidades. Aunque se ha comprobado la existencia y proliferación de quehaceres manufactureros en regiones tan alejadas como en el sureño estado de Yucatán, el fenómeno parece más difundido, o por lo menos ha sido más documentado, en varios estados del centro y del occidente del país (mapa 2).

² Ernest Feder, *El imperialismo fresa*, México, edit. Campesina, 1977.

Al desarrollo del turismo en la península de Yucatán desde los años sesenta atribuye Littlefield³ la renovada expansión de las producciones de hamacas y huípiles, hecho que advirtió a partir de su estudio sobre Cachalquén, pequeña población rural de la zona henequenera. Esta expansión ha significado la ampliación del mercado de trabajo rural, pero ha supuesto asimismo una sensible modificación en los procesos de trabajo y en las relaciones de producción. Así, casi dos terceras partes (setenta a ochenta por ciento) de los cuatro mil habitantes de Cachalquén, se dedicaba regularmente a la confección de hamacas en su domicilio; actividad y modalidad que compartía con por lo menos otras 11 localidades de la región (Tixpeual, Izamal, Tekit, Calkiní, Nolo, Yaxkukul, Teabo, Chumayel, Tipical, Mayapan y Pencuyut).⁴ En los poblados de Aanceh, Halacho, Izamal, Maní, Maxcanú, Sotuta, Teabo, Tekit, Tekom y Ticul "gran número de mujeres se dedican a bordar huípiles para la venta directa o para entregar a comerciantes".⁵

Littlefield menciona también, con base en un estudio de Thompson (1970), que en Ticul, al sur de Mérida, casi una "...tercera parte de la población trabaja en la fabricación de calzado, de sombreros o de alfarería...".⁶ Sólo de calzado había, hacia 1970, cerca de cincuenta talleres que ocupaban unos quinientos empleados y a otros cien más que trabajaban en sus propios domicilios.⁷ A la sombrerería, actividad que se practica allí desde principios del siglo, se dedicaban en 1968 unas trescientas personas "que trabajaban solos o en minúsculos talleres con cuatro o cinco ayudantes".⁸

En el otro extremo, hacia el noreste del estado, a unos cien kilómetros de Mérida, Fortuny y Fernández⁹ detectaron

³ Alice Littlefield, *La industria de las hamacas en Yucatán, México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

⁴ *Ibidem.*, pp. 58 y 110.

⁵ *Loc. cit.*

⁶ *Loc. cit.*

⁷ *Loc. cit.*

⁸ *Loc. cit.*

⁹ Patricia Fortuny y Francisco Hernández, "Industria domiciliaria y red de relaciones familiares", *Memorias del seminario sobre capitalismo y vida rural en Yuca-*

otro ejemplo de trabajo domiciliario femenino. Las mujeres del poblado de Buctzotz —seis mil habitantes— y en otros diseminados por el estado como Halachó,¹⁰ Kimbilá, Maní, Opi-chén, Cuzamá y Hochtún, se han dedicado desde mediados de los años setenta a la confección domiciliaria de vestidos para los "capitalistas" locales, quienes los venden en grandes cantidades a los mercados de la capital yucateca¹¹ (cuadro 4).

En el centro de México

Yendo hacia el México central, la información oral hace pensar que la elaboración de huipiles en Oaxaca ha seguido una modalidad similar a la de Yucatán, es decir, la fragmentación de la confección de ese artículo y su distribución en forma de maquila a innumerables mujeres campesinas.¹² Asimismo, en la pequeña y señorial ciudad de Teziutlán, en la sierra poblana, se sabe de la existencia tanto de talleres maquiladores como de trabajo domiciliario, dedicados a la confección de prendas de vestir; es ahí donde se produce, entre otras, la abundantísima indumentaria de Barbie, la muñeca indiscutiblemente favorita de las niñas de todo el mundo.¹³

Y es que estamos ya en el centro del país, el territorio hasta ahora de mayor y más rápida expansión de la manufactura de prendas de vestir, y muy cerca de Santa Ana Chiautempan, municipio de Tlaxcala, que parece haber sido el núcleo desde donde se difundió la manufactura rural a otras poblaciones. Hacia localidades rurales tlaxcaltecas y mexiquenses se han destinado la maquinaria y los procesos que en Santa Ana han quedado obsoletos o son demasiado costosos. Así,

tán, Mérida, Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán, 1984, pp. 103-111.

¹⁰ Carlos Enrique Tapia, "Comercio y producción de artesanías en Halachó, Yucatán (1950-1980)", *Memorias del Seminario sobre capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán, 1984, pp. 153-175.

¹¹ *Ibidem*, pp. 106-108.

¹² Josefina Aranda, comunicación personal.

¹³ Manuel Rodríguez Lapuente, comunicación personal.

de este a oeste, se ha desarrollado una línea manufacturera de la ropa, que se inicia en la mencionada Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala, y se desplaza sin ruptura hacia el rumbo de Texcoco, ya en el Estado de México; baja posteriormente hacia el sur del Distrito Federal, hasta la microrregión de Santiago Tianguistenco, porción sureña del valle de Toluca (cuadro 5). En el paso queda, por supuesto, ciudad Netzahualcóyotl, ese inmenso territorio de maquila de ropa que ha sido motivo de estudio en el trabajo pionero de Alonso.¹⁴

En los viejos pueblos textiles de la ribera del río Zahuapan, en el pequeño estado de Tlaxcala, particularmente en Santa Ana Chiautempan y sus alrededores, prospera, desde hace veinte años por lo menos, la fabricación de prendas y enseres de tejido de punto y la confección de ropa.¹⁵ A mediados de la década de 1970, López¹⁶ enlistó allí nueve fábricas textiles grandes, veinte pequeñas y trescientos talleres familiares. Todos solían recurrir para el acabado de los productos (cobijas, gabanes, chamarras, pantalones, cobertores) al trabajo a domicilio de las mujeres pertenecientes a las colonias populares de esa ciudad o de localidades rurales como Santa Cruz Tlaxcala, Ixcotla.¹⁷

Por otro lado, en el vecino Estado de México, se destacan dos localidades con sus entornos rurales. En Chiconcuac, cerca de Texcoco y al poniente inmediato de la ciudad de México. Creel¹⁸ descubrió y describió el proceso y las modalidades en que esa población y otras nueve alrededor suyo

¹⁴ José Antonio Alonso, *Sexo, trabajo y marginalidad urbana*, México, Edicol, 1981 y "Las trabajadoras a domicilio de la maquila del vestido en la metrópoli mexicana y sus relaciones con el capitalismo dependiente", varios autores, *Estudios sobre la mujer*, t. III, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982, pp. 459-469.

¹⁵ Estela Leñero, *El huso y el sexo (la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*, México, Cuadernos de La Casa Chata, 1984. Jacqueline López, *op. cit.* Olga Rodríguez, "Una industria textil moderna en Santa Ana Chiautempan", ponencia presentada en el *Seminario de Antropología Industrial*, México, Universidad Iberoamericana, 24 de enero-4 de febrero de 1977.

¹⁶ Jacqueline López, *ibidem*.

¹⁷ Olga Rodríguez, *op. cit.*

¹⁸ Martha Creel, *Chiconcuac: pueblo de artesanos y capitalistas*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1977.

(Chuatla, Chimalpa, San Pablito, Tlaltecahuacan, Huitznahuac, Acuexcómac, Mezquipayac, Atenguillo, Atenco y otras que no se especifican), se habían transformado en los proveedores de prendas de tejido de punto para las casi setenta tiendas, los más de cien locales del mercado municipal, los trescientos puestos de tianguis y los centenares de vendedores ambulantes que se instalan cada martes y sábado a vender los productos tejidos con las maquinillas (1-2) que cada familia tiene para trabajar en su hogar.¹⁹

La gente de una pequeña población cercana, Santa María Tecuanulco (1 500 habitantes), reciben trabajo a domicilio de tejido de suéteres a mano para los comerciantes y "artesanos" de Chiconcuac.²⁰ Se ha mencionado también que existe maquila del vestido en las localidades de Cuanalán y Papalotla.²¹

Exactamente al otro lado de la ciudad de México, en el valle del sur de Toluca, en torno a Santiago Tianguistenco (donde vivían 24 938 personas en 1970) se ha desarrollado desde hace más de veinte años un complejo de localidades en las que se maquilan prendas de vestir, en especial pantalones: San Pedro Tlaltzapán, Santa Cruz Atizapán, Almoloya del Río y San Andrés Ocotlán. Aparte, por supuesto, de la dinámica textil de Gualupita, que encarga en esas y otras localidades el tejido de suéteres a domicilio.

En San Pedro Tlaltzapán, Cuéllar²² descubrió que además del trabajo en las fábricas de ropa pertenecientes a Santiago Tianguistenco, las mujeres se empleaban como "peonas de maquila" en los diez talleres maquiladores de pantalones que había en su mismo pueblo, o bien recibían

¹⁹ *Ibidem*, p. 48.

²⁰ Jacinta Palerm-Viqueira, *Santa María Tecuanulco. Village de fleuristes et de musiciens: Etude a propos d'une critique de la prediction de proletarianisation du secteur non capitaliste paysan*, Toulouse, tesis en Geographie et Amenagement, Universidad de Toulouse, 1983.

²¹ Gloria Elizalde y Manuel Peláez, *Santiago Cuautlalpan. Una comunidad rural en proceso de cambio*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1983.

²² Claudia Cuéllar, *El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo en la unidad familiar*, México, tesis en Antropología Social, UAM-I, 1983.

trabajo a domicilio. Cincuenta y una familias, de las ciento sesenta y dos acerca de las cuales se recopiló información, vivían en 1982 exclusivamente de los ingresos que obtenían por esta labor.²³ En otras dos localidades del valle, Tenango de Arista y San Antonio La Isla, había talleres donde se fabricaban playeras, a los que acudían a trabajar mujeres de las cabeceras y pueblos cercanos, dice Vázquez Mellado.²⁴

En otras poblaciones del Estado de México se han documentado ejemplos de manufactura rural de otro tipo. En Santiago Cuautlalpan, localidad de poco más de cuatro mil habitantes, localizada a ocho kilómetros de Texcoco, se ha desarrollado notablemente un quehacer peculiar: la elaboración de los trofeos que se entregan como premio en las competencias deportivas.²⁵ En 1962 se fundó el primer taller de este artículo y, casi veinte años después, en 1980, había nueve establecimientos similares, cada uno de los cuales ocupaba entre cuatro y seis obreros. Seguramente la vinculación indispensable con el ambiente deportivo fue lo que favoreció asimismo la elaboración de otros productos relacionados con esa actividad: shorts, camisas, zapatos de futbol, tenis, balones (los cuales se llevan a coser incluso a localidades de Oaxaca). Del otro lado del Estado de México, en Tenango de Arista, existen talleres que fabrican juguetes de plástico.²⁶

Todavía en la región central, pero ya hacia el occidente del país, en el municipio queretano de Tequisquiapan, se localizaron cinco empresas, una de las cuales, Electrónica Precisión, ocupaba casi la mitad (43%) de la mano de obra femenina existente en la industria de La Trinidad, pequeña localidad de 958 habitantes en 1983 ubicada a unos cinco kilómetros de la cabecera.²⁷ Además, según Cecilia López y

²³ *Ibidem*.

²⁴ Rosa María Vázquez Mellado, *La fábrica se va al campo: donde antes se daban maizales, ahora producimos cigüeñales*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1986.

²⁵ Gloria Elizalde y Manuel Peláez, *op. cit.*

²⁶ Rosa María Vázquez Mellado, *op. cit.*

²⁷ Cecilia López y Alfonso Castillo, *Migración, estructura de la economía familiar y cambio de sector productivo*, Pátzcuaro, monografías y ensayos, DEA, CREFAL, 1988.

Alfonso Castillo, Electrónica Precisión "ofrece trabajo de maquila que se puede realizar a domicilio".

Hacia el oriente, en Cadereyta, municipio de Querétaro fronterizo con el noreste guanajuatense, se ha generalizado el trabajo femenino en las "maquiladoras" de prendas de vestir.²⁸ De las mil seiscientas personas empleadas en la maquila, la abrumadora mayoría (95%) son mujeres que provienen de unas dieciocho localidades rurales (Nopalera, Villa Guerrero, Mintehé, San Antonio de la C., Los Vázquez, Los Maquedas, Zituni, San Javier, Fuentes y Pueblo Nuevo, El Doctor, El Palmar, Pahté, Charco Frío, Puerto del Salitre, Demiño, P. de Chiquihiute, Boxasni, Villanueva), situadas en un radio de quince kilómetros alrededor de Cadereyta.

Así las cosas, parece no haber duda de que en las ciudades pequeñas y áreas rurales del centro del país la manufactura predominante es la de prendas de vestir, tanto en lo que se refiere a la confección como al tejido de punto. La dinámica desencadenada y promovida por Santa Ana Chiautempan y la cercanía a la ciudad de México, el mercado indiscutiblemente más importante del país, contribuyen a mantener y difundir la producción rural de prendas de vestir en la región central.

En la región occidental

La situación parece más generalizada y diversificada en el occidente como conjunto y en cada una de las entidades que lo forman o, por lo menos, allí parece haber sido más investigada hasta ahora.

Aunque no en todos los casos. Se sabe, pero en realidad no se ha estudiado todavía, que en las zonas rurales que rodean la ciudad de Aguascalientes y en los municipios del sureste del estado, aquellos que colindan con suelo jalisciense,

²⁸ Lucila Ceja, "Efectos de la incorporación de la mujer campesina al trabajo industrial", Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas, UABJO, 1988, pp. 177-188.

se producen innumerables prendas de tejido de punto y ropa de confección, las cuales provienen de las fábricas, talleres y comercios de la capital hidrocálida.

Jalisco parece seguir la orientación manufacturera del centro del país, aunque de manera más concentrada en una región (cuadro 6). En el centro-sur del estado, sólo se conoce el ejemplo incipiente de Jocotepec, donde han comenzado a surgir nuevos talleres de sarapes.²⁹ En localidades rurales del centro del estado han comenzado a aparecer también los talleres de "tejido" de calzado, es decir, centros desde donde se distribuye el trabajo a domicilio de la costura del zapato a centenares de mujeres de los alrededores. El sistema imita así de manera explícita la modalidad ya muy bien desarrollada por los industriales guanajuatenses del calzado.

En verdad, la mata más enraizada y extendida de la manufactura de prendas de vestir se encuentra en las poblaciones pertenecientes a los Altos, región tradicionalmente ganadera de ese estado, tierra de cristeros y braceros.³⁰ Es también allí donde se pueden ver con mayor nitidez otras de las características de la manufactura rural: la microespecialización por localidades o territorios pequeños, la rapidez para modificar procesos y productos y, finalmente, la persistencia siempre renovada del trabajo femenino a domicilio.

En Villa Hidalgo y Encarnación de Díaz, municipios norteros de los Altos y muy vinculados a la dinámica manufacturera de Aguascalientes, tiende a predominar todavía el tejido de punto. Pero en los últimos años se ha desarrollado también la confección de prendas (sobre todo playeras) con tela de punto de no muy recomendable calidad. Este hecho ha estimulado nuevas formas de trabajo femenino a domicilio para el bordado o la colocación de adornos.

Los municipios del sur de los Altos de Jalisco y aquellos fronterizos a los estados de Guanajuato y Michoacán, se dedican con preferencia a la confección de prendas de vestir,

²⁹ Lucía Mantilla, comunicación personal.

³⁰ Patricia Arias, "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco", *Relaciones*, vol. VII, núm. 28, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986, pp. 33-60.

aunque con microespecializaciones por ciudad y localidad. Así, Arandas y Atotonilco se reconocen por la confección de vestidos para dama, que se producen en los talleres de ambas ciudades y en las localidades rurales de una y otra. En San Miguel el Alto se elaboran chamarras unisex, camisas y pantalones de hombre, los cuales se maquilan en lo menos cuatro localidades: San Julián, Santa María del Valle, San José de Gracia, las tres en Jalisco, y Ciudad Manuel Doblado en el Rincón de Guanajuato. En Ayo el Chico y su entorno rural se fabrican enormes cantidades de ropa infantil.

Zapotlanejo, la ciudad alteña más cercana a Guadalajara, ha cambiado impetuosa y exitosamente de especialización en los últimos años: de la elaboración y bordado de blancos (sábanas, colchas, almohadas, manteles) ha pasado a la confección de ropa femenina, en especial de vestidos, faldas y blusas de última moda. En las rancherías de poco más de quinientos habitantes, como Corralillos, era ya muy importante en 1979 la maquila para fábricas tapatías de ropa de alta calidad.³¹ La maquila de prendas de vestir para empresas tapatías o alteñas se ha enseñoreado en algunos lugares como San José de Gracia o Pegueros. En este último existen dos maquiladoras de la fábrica de pantalones Dalton de Guadalajara.

En Ocotlán, ya en el Bajío de Chapala, se maquila y produce pantalón de hombre; aunque la ciudad se reconoce mucho más por los talleres y fábricas de mueble, cada día más diversificados en materiales y modelos.

El deshilado y bordado de prendas y artículos es una de las tradiciones femeninas notablemente arraigadas, difundidas y, a últimas fechas, de las más intensamente trabajadas en la región alteña. Las comerciantes y las que ocasionalmente —aun cuando cada vez con mayor regularidad— llevan a vender prendas a los Estados Unidos y a las ciudades de nuestra frontera norte, saben muy bien que en las zonas

³¹ Juan Luis Orozco, *La migración de los campesinos de los Altos de Jalisco (México) hacia los Estados Unidos. Sus causas y consecuencias económicas*, París, trabajo de memoria, IHEAL-DEA, Economía, 1986.

cercanas a Aguascalientes y San Juan de los Lagos se pueden encontrar o encargar a domicilio los mejores trabajos de deshilado y que, en la región sur de los Altos, se puede hacer lo mismo con las prendas de punto de cruz. La maquila ha renovado la vieja costumbre femenina de salir a bordar y deshilar en los quicios de las puertas al atardecer, junto a parientes y vecinas.

Aunque con menor intensidad, en la región alteña se encuentran otras actividades. En las delegaciones de Teocaltiche se ha revitalizado la hechura de sombreros de palma, dando lugar a la existencia de fábricas que son alimentadas por el tejido domiciliario de ese artículo; y, por otro lado, se incrementa también la manufactura de objetos de madera realizados en máquinas de torno.³²

Más al sur, sobre todo en Arandas, se ha difundido la manufactura de zapatos, tacones y de hormas para calzado.³³ En ese mismo municipio, pero ahora en una de sus delegaciones, Santa María del Valle, había en 1985 cuatro establecimientos fabricantes de esferas navideñas de vidrio soplado (dos llevaban a cabo todo el proceso de producción y dos sólo "globeaban" las esferas). Esta actividad empleaba en ese año más de cien mujeres de esa población de dos mil habitantes, aproximadamente. En las temporadas de fin de año los talleres recurrían además al trabajo femenino a domicilio para el armado de las cajas de empaque.³⁴

El éxito del modelo ha sido de tal magnitud que por esa fecha se instalaron otras tres fábricas similares en la cercana ciudad de San Julián, y comenzaba a funcionar también un pequeño taller de globo en el pueblo de San Diego de Ale-

³² Jaime Espín, "Uso y tenencia de la tierra en el municipio de Teocaltiche", Jaime Espín y Patricia de Leonardo, *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*, México, Nueva Imagen, 1978, pp. 133-304.

³³ Virginia García, *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1975. "Cambios en la organización del trabajo. Artesanía e industria en Arandas, Jalisco", ponencia presentada en el 1er. Encuentro de investigación jalisciense. *Economía y sociedad*, Guadalajara, 11-14 de agosto de 1981.

³⁴ Patricia Arias y Jorge Durand "Santa María de las esferas", *Sociedad y Estado*, núm. 1, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, cismos, 1988, pp. 5-16.

jandría, con doce trabajadoras,³⁵ pero que sólo funcionó hasta 1989.

Santa María disfruta además de la bien merecida y extendida fama que le confieren la calidad y cantidad de sus productos lácteos, los cuales se elaboran en más o menos treinta fabriquetas. No lejos de allí, los del pueblo de Unión de San Antonio, también elaboran quesos en múltiples empresas pequeñas. Además en muchas casas se cortan fajillas de desperdicio de piel que se utilizan para hacer *souvenirs* de cuero, en especial llaveros con forma de látigo.

Capilla de Guadalupe, otra pequeña población de las cercanías, ha experimentado cambios profundos en pocos años. La apertura de una nueva carretera a principios de los setenta modificó su papel característico de concentradora de puercos y bordados, provenientes de la microrregión de los Altos, lo que la ha obligado a redefinir sus rumbos y quehaceres. Uno de los que ha aparecido es el empaque de globos, donde se empleaban en 1989 unas cien trabajadoras.

En San Diego de Alejandría, municipio ya muy cercano y vinculado a San Francisco del Rincón, en 1989 trabajaban dos talleres de tenis, un taller de medias y calcetines, uno de guantes de trabajo hechos con carnaza, un taller de chamarras de cuero; cada uno de los cuales empleaba ocho trabajadores aproximadamente, sobre todo mujeres y adolescentes. Operaban además una fábrica de bolsas de plástico, con veinte personas, y otra de dulces con catorce obreras. Había dejado de funcionar, después de siete años en la localidad, una maquiladora de pantalones, en la que trabajaban unas cien sandieguinas. Esto aparte del trabajo a domicilio del adorno de sombrero de charro que llevan a cabo innumerables mujeres del municipio.

La manufactura de Michoacán (cuadro 7), parece más diversificada y también más rural, es decir, fincada en localidades pequeñas más que en ciudades. Si se la compara con los estados vecinos, la elaboración de prendas de vestir está poco extendida. La mayor profusión y dinamismo se encuentra

³⁵ *Ibidem*.

en Santiago Tangamandapio, población de nueve mil habitantes donde en 1980 existían cincuenta talleres de tejido de punto, que empleaban a unos ochocientos trabajadores, además de los cerca de quinientos familiares a quienes se les entregaba trabajo a domicilio.³⁶

En el nortefío municipio de Penjamillo (21 270 hab.) se sabe de la existencia de por lo menos cinco talleres de pantalones para hombre, los cuales están sumamente integrados a las redes de maquila guanajuatenses.³⁷ En La Piedad hay unos seis talleres de tejido de punto que elaboran ropa deportiva, artículo que, como en casi todas partes, se encuentra asociada a la manufactura de balones de fútbol. En Jacona, población conurbada con Zamora, trabajaban en 1986 cuatro o cinco talleres grandes en la confección de ropa femenina. Hacia 1988 en San José de Gracia funcionaban asimismo doce talleres especializados en sarapes y vestidos.³⁸

También se practica la confección de prendas en la meseta purépecha. La elaboración de huanengos (el vestido tradicional de las indígenas michoacanas) ha dado lugar a la fabricación de vestidos, blusas y capas de manta, bordados en los domicilios de habitantes pertenecientes a Nahuatzen, Sevina, San Isidro, Comachuén, Arantepecua y El Pino.³⁹ La población de esta región se calculaba hacia 1980 en alrededor de quince mil personas. Así el huanengo moderno ha propiciado el desarrollo de una vasta red comercial, la cual puede

³⁶ Pedro Luna, *Los talleres en Santiago Tangamandapio, Zamora*, versión mecanoscrita de un informe de trabajo de campo, El Colegio de Michoacán, 1985. Fiona Wilson, "Gender and Forms of Production: the Case of Capitalized Workshop Production", Copenhagen, Center for Development Research, CDR, Project Papers, 1988. Fiona Wilson, *Lucha obrera en una industria rural: historia de una demanda*, Guadalajara, versión mecanoscrita entregada para su publicación, Universidad de Guadalajara, 1989.

³⁷ Jorge Durand, "Los migradólares: cien años de inversión en el medio rural", *Argumentos*, núm. 5, México, UAM-X, 1988, pp. 7-21.

³⁸ Luis González, "Gente del campo", *Vuelta*, núm. 151, México, Junio de 1989, pp. 22-29.

³⁹ Jorge Alonso (ed.), *Lucha urbana y acumulación de capital*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1980. Lucía García, *Nahuatzen. Agricultura y comercio en una comunidad serrana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984 y *Torneros y costureras de Nahuatzen*, Guadalajara, versión mecanoscrita entregada para su publicación, Universidad de Guadalajara, 1989.

cubrir desde los mercados populares de la ciudad de México, como el Ajusco, hasta aquellos situados en norte del país.⁴⁰

Pero la actividad verdaderamente más difundida, aunque concentrada sólo en los municipios purépechas del centro del estado, es la elaboración de objetos de madera, es decir, muebles y sus accesorios, utensilios para cocina y juguetes. Este es, hasta ahora, el ejemplo más evidente y generalizado de un desarrollo manufacturero con base en la utilización de una materia prima local: la madera de los bosques comunales.⁴¹ Aquí, la manufactura netamente rural de localidades como Nahuatzen —donde en 1982 había unos cien talleres de torno para hacer patas para muebles, unas diez carpinterías y doce aserraderos—,⁴² Arantepecua, Pichátaro, Turícuaro, es la que ha dado nueva vida a ciudades como Paracho,⁴³ ha contribuido a convertir en una pequeña ciudad a un pueblo como Quiroga o en un pueblo grande a una población anteriormente diminuta como Capacuaro.

La otra actividad difundida, aunque de manera más dispersa por el suelo michoacano, es la elaboración de arreglos de flores de migajón y de azahar parafinado; se pueden mandar a hacer o conseguir en la frontera de Jalisco y Michoacán, es decir, en San José de Gracia, donde se pasó de dos talleres en 1982 a catorce en 1988;⁴⁴ en mayor medida en Ario de Rayón, a un lado de Zamora en el municipio de Chilchota, centro de la Cañada de los Once Pueblos, que entre 1982 y 1983 contaba con trescientos y trescientos cincuenta talleres de nivel familiar que los elaboraban.⁴⁵ En los últimos años se había empezado a fabricar flor de migajón en Urén y Tanaquillo, otras dos poblaciones de la Cañada.

San José de Gracia es muy conocido además por sus pro-

⁴⁰ Jorge Alonso, *ibidem*.

⁴¹ Lucía García, *Torneros y costureras...*, Anne Lise y René Pietri, *Empleo y migración en la región de Pátzcuaro*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

⁴² Lucía García, *Nahuatzen, Agricultura y comercio...*

⁴³ Carlos Enrique Tapia, *op. cit.*

⁴⁴ Luis González, "El rancho vindicado", *Nexos*, núm. 140, México, agosto de 1989, pp. 55-57.

⁴⁵ Luis Alfonso Ramírez, *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*, México, El Colegio de Michoacán, 1986.

ductos lácteos: quesos, cremas y mantequillas.⁴⁶ En 1982 se calculaba que existían setenta queserías en todo el municipio. Las diez más grandes utilizaban de diez a veinte mil litros diarios de leche; las sesenta restantes, clasificadas como medianas y pequeñas, compraban menos de cinco mil litros diarios.⁴⁷ De hecho, dice el mismo autor, "existen pocas manzanas en el pueblo que no cuenten con un taller familiar al menos".⁴⁸

De manera más localizada, en algunas poblaciones se encuentra la manufactura a domicilio: de rosarios en Yurécuaro;⁴⁹ la fabricación de sombrero y de calzado (sobre todo huaraches y sandalias) en Sahuayo; en Jacona y en la zona de Tlalpujahuá, frontera de Michoacán con el Estado de México, existen algunas fábricas de esferas navideñas de vidrio soplado.⁵⁰

Pero ciertamente el estado de Guanajuato (cuadro 8) es, por lo pronto, el epicentro de la manufactura rural, por la variedad y cantidad de los productos que allí se elaboran, como por la cantidad de gente que ocupa y las dinámicas laborales y comerciales que ha suscitado.

En general, la manufactura guanajuatense se desarrolla en grandes bloques por áreas con especializaciones microrregionales.

En una línea que se desplaza por el Bajío central del estado e incluye por lo menos siete municipios e infinidad de pequeñas localidades, abundan las fábricas, talleres y el trabajo a domicilio de confección de prendas de vestir: Ciudad Manuel Doblado (32 188 habitantes en 1980), en el extremo occidental, dedicado a la maquila de ropa infantil, chamarras, uniformes y ropa interior femenina; León, con más de medio millón de pobladores en 1980 (655 809), especializado en la confección de vestidos femeninos e infantiles; Romita

⁴⁶ Luis González, *Pueblo en vivo*, México, El Colegio de México, 3a. edición, 1979.

⁴⁷ Pierre-Francois Baisnée, *De vacas y rancheros*, México, Centre d'Etudes Méxicaines et Centroaméricaines, 1989.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ Francisco Miranda, comunicación personal.

⁵⁰ Patricia Arias y Jorge Durand, *op. cit.*

(34 984 habitantes) y Cuerámbaro (17 524), ligados, como muchas poblaciones pequeñas, a la maquila de pantalones; actividad que prospera también desde los años sesenta, en la ciudad de Irapuato (170 138), donde existen unas doce fábricas grandes, que emplean a unos cuatrocientos trabajadores cada una, y más de cien talleres familiares. La maquila de ropa en total ocupa, según el Departamento de Culturas Populares, a unas diez mil personas, sobre todo mujeres.⁵¹

En el extremo sudoriental del estado se encuentran los pequeños, pero densamente poblados, municipios de Moreleón (44 858 habitantes) y Uriangato (30 311 habitantes). Estos sitios han desplazado aceleradamente el tejido de punto que los caracterizaba hasta hace poco por la confección de ropa femenina de última moda y buena calidad (vestidos, faldas y conjuntos). La manufactura moreleonesa, iniciada en los años cuarenta, influye e incluye a otras localidades cercanas, como Tarimoro (32 355), Yuriria (65 745) y Apaseo el Alto (44 676).⁵² En Coroneo (8 533) existían en 1984 treinta y un talleres de fabricación de productos de lana.⁵³ Apaseo el Alto se dedica asimismo a la hechura de complementos para ajuares de novia.⁵⁴

En la Sierra Gorda, la región más pobre y aislada del estado, se ha desarrollado notablemente otra gran área de producción de prendas de vestir. Gran parte de la población femenina de los ocho municipios del noreste guanajuatense —San Luis de la Paz (53 469), Victoria (16 823), Xichú (10 393), Santa Catarina (3 556), Atarjea (4 862), Tierra Blanca (9 435), Dr. Mora (10 012) y San José Iturbide (28 796)— está dedicada al tejido de punto de ropa de bebé, suéteres y cobijas, aunque en los últimos años, observa Treviño,⁵⁵ se ha di-

⁵¹ Departamento de Culturas Populares, *op. cit.*

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Sandra Treviño Siller, *El trabajo a domicilio: una forma específica de proletarización de la mujer obrera*, México, tesis en Antropología Social, UAM-I, 1986 y "Reflexiones sobre el trabajo a domicilio en la zona noreste de Guanajuato", *Estudios Sociológicos*, vol. vi, núm. 18, México, El Colegio de México, 1988, pp. 583-601.

fundido también el deshilado y bordado de servilletas y, para los hombres, el trabajo de latón. El tejido, iniciado a fines de los años cincuenta, se ha incrementado y expandido con enorme rapidez. En 1979 Suárez⁵⁶ calculó que existían unas veinte mil máquinas tejedoras manuales distribuidas en cuarenta localidades de la región. En 1987, el Departamento de Culturas Populares contabilizó tres mil "talleres familiares" (cada uno con una o dos máquinas) que trabajaban diariamente de seis de la mañana a ocho de la noche.⁵⁷

El otro gran bloque manufacturero es el del calzado, que se localiza en el área rural de la ciudad zapatera de León y en dos municipios del Rincón. En el ejido de Comanjilla, con 2 040 habitantes en 1980, había en ese año más de mil personas que realizaban en sus casas el "tejido", en verdad pespunte, de algunas fracciones de calzado sport para una gran fábrica leonesa.⁵⁸ Hacia el occidente se encuentran San Francisco (40 943 habitantes) y Purísima del Rincón (23 211 habitantes), dos importantes centros productores de tenis, zapatos masculinos de moda y calzado infantil. En este último municipio había en 1988 veintitrés empresas de calzado y una tenería, registradas como causantes mayores (ventas superiores a los 2.5 millones de pesos mensuales), y doce como causantes menores en la oficina de la Secretaría de Hacienda de Purísima del Rincón. La receptoría de rentas, por su parte, enlistó en ese mismo año a otras dos fábricas y tres talleres de tenis, quince talleres de calzado, cinco tenerías y tres talleres de suajes y avíos para calzado. En San Bernardo, un ejido bastante pobre de Purísima, había en 1988 sólo seis causantes mayores dedicados a la fabricación de calzado, cuatro registrados como personas físicas y dos como socie-

⁵⁶ Luz María Suárez, "La industria a domicilio en México: un estudio de caso en una zona rural", *Análisis Económico*, vol. II, núm. 1, México, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-A, 1983, pp. 331-352.

⁵⁷ Departamento de Culturas Populares, *op. cit.*

⁵⁸ Nora García, *Soy tejedora sobre piedra de río*, México, tesis en Antropología Social, UAM-I, 1987 y "Soy tejedora sobre piedra de río", ponencia presentada en el Seminario de estudios e investigaciones sobre el Estado, la industria y la agricultura en Guanajuato 1940-1986, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 26-29 de enero de 1988.

dades mercantiles que ocupaban, oficialmente, a sólo setenta y tres personas.

En ambas localidades se elaboran asimismo infinidad y variedad de sombreros. En Purísima esta actividad ha decaído, de tal modo que en 1988 sólo existían ya cuatro fábricas reconocidas y ningún taller. Sin embargo, las mujeres seguían recibiendo trabajo a domicilio de tejido de sombrero de los talleres del vecino San Francisco. En últimas fechas la fabricación de sombreros se ha diversificado hacia la elaboración de cachuchas (gorro deportivo de beisbol) muy de moda en las zonas rurales.

Otra variedad manufacturera practicada en San Francisco es la elaboración de muebles para jardín, que parece existir también en el cercano Silao.⁵⁹

Finalmente un tipo de trabajo a domicilio poco difundido, pero que no obstante se practica en esta región, es la fabricación de pinceles.⁶⁰

Así las cosas, para mediados de los ochenta, el proceso de diversificación y especialización de las economías rurales estaba ya muy avanzado y consolidado en por lo menos dos grandes regiones del país: el centro y el occidente. En ambos casos, la manufactura juega un papel central en la vida económica y social, tanto en el nivel local como en el de las microrregiones respectivas. Parece entonces que contra las previsiones de fines de los años setenta, que la dejaron al borde mismo del desastre, la gente del campo se ha embarcado decididamente en un proceso complejo de búsqueda de actividades que le permita vivir y trabajar en su propio terruño. Proceso de gran envergadura y múltiples consecuencias, pero poco ruidoso y menos difundido fuera de los sectores directamente involucrados.

Ciertamente los estudiosos del campo y la ciudad se han encontrado siempre con un lado oscuro e inasible de la economía: la infinidad de trabajos a los que se dedican y la varie-

⁵⁹ Departamento de Culturas Populares, *op. cit.*

⁶⁰ Ana Margolis First, *El papel de la mujer en la agricultura del Bajío*, México, tesis en Antropología Social, UTA, 1982.

dad de ingresos que perciben los sectores populares rurales y urbanos. "Actividades complementarias" fue el concepto que se utilizó para describir esa multiplicidad de quehaceres que realizaba la población rural además o junto con el trabajo agrícola. En la ciudad ha sido el concepto de "economía informal" el que ha permitido dar más o menos cuenta de la existencia de una serie de oficios y labores que desempeña una parte importante de la población urbana popular. En ambos contextos, la conceptualización ayudó a definir y a detectar algunos fenómenos importantes, pero ha contribuido también a inmovilizar, homogeneizar y dar por sobreentendidas situaciones que en realidad expresan realidades cambiantes en el tiempo y en su relación con procesos socio-económicos más amplios.

Al parecer la categoría censal "insuficientemente especificado" se convirtió en el hoyo negro de los cambios experimentados por estas sociedades; el ámbito donde, por omisión, ha quedado plasmada la proporción de los quehaceres de las múltiples maneras en que la gente del campo y la ciudad se las ha arreglado para mantenerse a sí misma, a sus familias, a sus barrios, a su comunidad. El ejemplo del Bajío leonés es ilustrativo. El *Diagnóstico del sector laboral del estado de Guanajuato*⁶¹ señala que en los municipios de León, San Francisco del Rincón, Purísima del Rincón, Ciudad Manuel Doblado, Romita y Silao, la proporción de la población económicamente activa dedicada a actividades "insuficientemente especificadas", se incrementó de 5.8% en 1970 a 39.7% en 1980; con lo que se convirtió en el sector de actividad más importante de esa porción de Guanajuato. Porcentaje superior incluso al sector secundario que se redujo del 39.6% al 36.0% en ese mismo periodo y sin duda al del sector primario que se redujo del 27.0% al 8.0%.

Así las cosas, debido a fenómenos y situaciones que hoy vive la sociedad rural, parece pertinente y posible discutir las conceptualizaciones a que dio lugar. Por lo pronto, uno tiende a pensar que desde la década de 1960-1970, cuando em-

⁶¹ Departamento de Culturas Populares, *op. cit.*

pezó a acelerarse el desempleo en el campo, y más tarde, con la irrupción de la crisis de los años ochenta, la sociedad rural buscó sus salidas por el rumbo menos previsto, es decir, por aquellos quehaceres que en la literatura de hace diez años se concebían como "complemento" a las actividades agrícolas, rumbo que fue, paradójicamente, el menos tomado en cuenta por el debate de esos años, en el que menos se pensó —sería y eficientemente— como alternativa económica y social de desarrollo en el medio rural.

Ciertamente esta trayectoria de la sociedad rural está plagada de altibajos, de momentos de auge y de periodos de repliegue y desconcierto. Sin embargo, es un rumbo y un ritmo que toca y complica las concepciones más generalizadas en torno a la dinámica campesina, sobre todo en lo que se refiere a la disyuntiva entre "campesinización" y "proletarización" que dejó pendiente el debate de los años setenta.

CAPÍTULO

2

Los trabajos y el empleo
en el campo y la ciudadLas actividades complementarias
en el campo

Casi cualquier trabajo de investigación de los años setenta menciona o enlista la serie de labores no agrícolas que desempeñaban las familias campesinas. Las labores "complementarias", como se las definía, eran de dos tipos fundamentalmente. De un lado, los quehaceres de tipo "tradicional", vinculados a una economía casi natural y a sistemas de producción muy simples que se encontraban en toda la geografía nacional. La extracción de resina en diversas regiones boscosas del país,¹ la pesca en pequeña escala en localidades como Jicayán, Oaxaca, el lago de Pátzcuaro, en Michoacán, y San Pedro Tlaltizapán, en el Estado de México;² la elaboración de cal y carbón en los municipios indígenas de Zacapoaxtla en la sierra de Puebla³ eran ejemplos de complementariedad económica obtenida por la vía de la recolección o extracción de recursos naturales, en muchos casos a través de intercambios directos, no monetarios, entre comunidades con diferentes recursos naturales y distintas tradiciones productivas.

¹ Arturo Warman, *op. cit.*

² Marielle Pepin-Lehalleur, "El empleo de trabajo ajeno por la unidad campesina de producción", Varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 133-162. Anne Lise y René Pietri, *op. cit.* Cuéllar, *op. cit.*

³ Luisa Paré, "Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla", Varios autores, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975, pp. 31-61.

Estaban también las comunidades, por lo regular indígenas, con alguna tradición artesanal especializada. En los estados de Chiapas, Hidalgo, Michoacán, Oaxaca, Puebla y Yucatán abundaban las localidades indígenas dedicadas a la producción de artículos y objetos de loza, madera, papel, textiles de infinidad de fibras duras y blandas, de todo tipo de metales.⁴ Artesanías donde el trabajo femenino solía tener un papel central en la elaboración y, en algunos casos, también en la comercialización de los objetos.⁵ Había asimismo otra tradición, de raigambre más bien mestiza, de quehaceres, en verdad oficios, sobre todo masculinos, que se ejercían de manera individual o familiar y que abastecían la demanda de cada localidad: albañiles, arrieros, coheteros, sastres, talabarteros y zapateros.⁶

Aunque algunas artesanías se encontraban en etapa de transformación y auge,⁷ la literatura al respecto constataba en los hechos y hacía hincapié en el análisis en la declinación, y a veces la total desaparición, de esas actividades con las cuales los campesinos "complementaban" sus ingresos agrícolas. La llegada de productos manufacturados provenientes de la ciudad acarrea la crisis y la extinción de artesanías y oficios. El fenómeno se comprobó en diferentes regiones del país, en diversos productos: la competencia de artículos industriales hacía languidecer las artesanías de uso cotidiano y ceremonial de las comunidades del valle del Mezquital,⁸ los

⁴ Andrés Medina y Noemí Quezada, *Panorama de las artesanías otomías del Valle del Mezquital*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1975. Victoria Novelo, *Artesanías y capitalismo en México*, México, SEP-INAH, 1976. Anne Lise Pietri, "La artesanía: un factor de integración del medio rural", Iván Restrepo (coord.), *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1980, pp. 343-361. Daniel Rubín de la Borbolla, *Arte popular mexicano*, México, Archivo del Fondo, FCE, 1974. Carlos Enrique Tapia, "Comercio y producción de artesanías en Halachó, Yucatán (1950-1980)", *Memorias del Seminario sobre capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán, 1984, pp. 153-175.

⁵ Beverly Newbold de Chiñas, *Mujeres de San Juan. La mujer zapoteca del istmo en la economía*, México, SepSetentas, 1975.

⁶ Luis González, *Pueblo en vilo*; Marielle Pepin-Lehalleur, *op. cit.*

⁷ Victoria Novelo, *op. cit.* Pietri, *op. cit.*

⁸ Lourdes Arizpe, "La ideología del indio y la economía campesina", varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 99-132.

artículos tradicionales en Arandas, en los altos de Jalisco,⁹ los jarros y cazuelas del barrio de la Luz en Puebla.¹⁰

En ocasiones la crisis artesanal no provino sólo del mercado, sino también de la desaparición de la principal materia prima requerida para la producción de dichos artículos, como resultado de los nuevos usos y abusos de los recursos naturales de pueblos y ciudades. La expansión urbana de Puebla hizo desaparecer los barriales que surtían a alfareros de La Luz, privándolos del barro óptimo al que le conocían todos los secretos. El desvío de aguas del Lerma hacia la ciudad de México desecó la laguna que permitía a los habitantes de San Pedro Tlaltzapán practicar la elaboración de variados objetos con el tule lagunero.¹¹

Por otro lado, la literatura dio cuenta también de varias de las nuevas actividades "complementarias" en las que se tenía que ocupar cada día más la población del campo. De hecho, la crisis agrícola y agraria, la polarización de la agricultura y el intercambio desigual con los productos de la ciudad, habían desencadenado la aparición y en muchos casos la difusión del trabajo complementario en el medio rural, a través de dos vías en especial: la intensificación de las labores agropecuarias tradicionales en los pueblos, o la búsqueda de nuevos quehaceres que normalmente exigían salir de las localidades.

Para sobrevivir, los campesinos se vieron obligados a intensificar su trabajo agrícola o artesanal, a introducir cultivos comerciales, a criar aves de corral y cerdos, a dedicarse al comercio de pequeña escala, habían tenido que aprender a salir del terruño para trabajar como peones agrícolas estacionales en otras regiones y en los Estados Unidos o como obreros y sirvientas a las grandes ciudades del país, las cuales vivían los momentos más espectaculares y todavía poco dramáticos de su expansión industrial y urbana.¹²

La existencia y el papel de las actividades complementa-

⁹ Virginia García, *op. cit.*

¹⁰ Patricia Arias, *Los alfareros de la luz. El fin de una tradición*, México, CIESAS, Cuadernos de la Casa Chata, 1981.

¹¹ Claudia Cuéllar, *op. cit.*

¹² Roger Bartra, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, ERA, 1974 (Serie Popular). Héctor Díaz-Polanco, "La economía campesina y el impacto

rias estuvieron sin duda, aunque nunca de manera explícita, en el trasfondo del debate entre campesinistas y proletaristas de los años setenta. De un modo u otro las interrogantes en cuanto a la persistencia o disolución del campesinado remitián el análisis hacia esos quehaceres no agrícolas de los campesinos. La carencia de tierras —resultado del crecimiento demográfico, acaparamiento, despojo, agotamiento, mala calidad, o cualquier combinación posible—, era cada día más acuciante; la crisis agrícola, es decir, la incapacidad de garantizar el abasto de alimentos que la población demandaba, fue una evidencia de mil modos denunciada. En esas condiciones importaba saber cuál era, y en especial cuál sería, el rol económico y social de los quehaceres no agrícolas de la población rural, conocer la manera en que afectarían la definición y, por lo tanto, la movilización política del campesinado.

Campesinistas y proletaristas

El tema fue central dentro del desarrollo de la disciplina antropológica que en ese momento procuraba abrirse hacia nuevos campos de estudio y nuevas maneras de entender los fenómenos sociales. Se trataba ahora, diría Stavenhagen,¹³ de conocer y explicar el "...proceso de expansión del capitalismo en la agricultura mexicana, sobre todo en lo que respecta a sus efectos sobre la economía campesina tradicional"; se trataba además, según Bartra, de "...superar los esquemas simplistas, las interminables descripciones".¹⁴ Con base en los autores clásicos que analizaron y conceptualizaron la relación entre los modos de producción,¹⁵ los antropólogos de los años setenta llegaron así a dos posiciones divergentes.

capitalista. Un caso mexicano", varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 69-97. Warman, *op. cit.*

¹³ Rodolfo Stavenhagen, "Capitalismo y campesinado en México", varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 11-27.

¹⁴ Roger Bartra, "Campesinado y poder político en México", varios autores, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975, pp. 5-30.

¹⁵ Alexander V. Chayanov, *Teoría de la organización económica campesina*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1974; Carlos Marx, *El Capital*, vol. I, México,

Para Palerm y Warman¹⁶ la ruptura del autoabasto que suscitó el capitalismo en la economía campesina obligó a los campesinos a buscar diversos ingresos complementarios, en particular en forma de salario. Pero estos ingresos, aunque jugaban un papel económico "vital", eran sólo complementarios, es decir, se buscaban y procuraban únicamente para cubrir el déficit entre la producción agrícola de autoabasto y las necesidades familiares de consumo.¹⁷ De esta manera no se afectaba la definición persistente del poblador rural como campesino.

Y es que para los "campesinistas", como se llamó a estos autores, uno de los elementos centrales en la definición del campesinado no era tanto el quehacer concreto que realizaban en un momento determinado, sino la pertenencia a una comunidad, porque era ella la que garantizaba el acceso a la tierra y, por lo tanto, a la subsistencia individual y familiar.¹⁸

Mientras el campesino no perdiera el arraigo a su comunidad y se mantuviera involucrado en los sistemas horizontales que caracterizaban las relaciones sociales campesinas, seguiría siendo un campesino. De este modo, aunque se alejara de la agricultura "...no se aniquila en cuanto campesino sino que se fortalece como tal, aunque rente su tierra".¹⁹ El supuesto básico de la "complementariedad" fue que la agricultura permanecía como la actividad y el objetivo central y compartido por todos los miembros de la sociedad rural: es decir, que eran las tareas y los calendarios agrícolas los que organizaban y delimitaban las demás actividades económicas de cada localidad y de las familias que la formaban. El cam-

Siglo XXI Editores, 1977; Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Editorial Progreso, 1974; Rosa Luxemburgo, *La acumulación de capital*, México, Editorial Grijalbo, 1967; E. Preobrazhensky, *La nueva economía*. México, Editorial ERA, 1971; Eric R. Wolf, *Los campesinos*, México, Editorial Labor, 1971.

¹⁶ Ángel Palerm, "Articulación campesino-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M", Ángel Palerm, *Antropología y marxismo*. México, CIS-INAH-Nueva Imagen, 1980; Arturo Warman, *op. cit.*, y también *Y venimos a contradecir*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976.

¹⁷ Arturo Warman, *Ibidem*, p. 129.

¹⁸ Eric R. Wolf, *op. cit.*

¹⁹ Arturo Warman, *Y venimos a contradecir*.

pesino era un productor real o potencial de su propia subsistencia alimenticia.²⁰

Para Bartra y Paré, en cambio, las modificaciones en el empleo campesino acarrearán al mismo tiempo transformaciones en la definición y el destino del campesinado. Ya en 1960, señaló Bartra, la mitad de los campesinos tenía que complementar sus ingresos con el trabajo asalariado, y se preguntaba si no sería mejor decir que eran "...proletarios que complementan sus ingresos con la agricultura".²¹ El desarrollo capitalista había polarizado a la sociedad rural —agricultores capitalistas contra campesinos sin tierra—; lo que significó la descomposición y diferenciación del campesinado: había surgido así "...un mar de campesinos semiproletarizados y pauperizados y de jornaleros sin tierra".²² Así, la semiproletarización y la pauperización formaban parte de un proceso general de descampesinización en la sociedad rural: los semiproletarios eran los que vivían en realidad de su trabajo como jornaleros u obreros; los campesinos pauperizados los que se dedicaban a actividades terciarias (pequeño comercio, servicios, oficios).²³

Realmente, decía Bartra, las actividades complementarias eran las que permitían absorber las pérdidas monetarias de la producción agrícola campesina. Desde este punto de vista, el ejido no era tanto la base de la producción agrícola campesina, sino una institución con la que se había buscado conscientemente frenar la proletarización "...para mantener arraigada a la tierra a una masa grande de campesinos que ni la industria ni las empresas agrícolas serían capaces de absorber".²⁴

En verdad, cada enfoque hacía una evaluación distinta del papel y el sentido de las actividades complementarias. Para los campesinistas esos quehaceres aparecían como mecanismos viables de adaptación frente a las situaciones cambiantes por parte de la propia sociedad campesina en su

²⁰ *Ibidem.*

²¹ Roger Bartra, *op. cit.* 1974, p. 30

²² *Ibidem*, p. 31.

²³ *Ibid.*, p. 92.

²⁴ *Ibid.*, p. 31.

relación con el capitalismo; para los proletaristas, por el contrario, significaban más bien la expresión última y desesperada de formas de sobrevivencia ya muy desgastadas de la sociedad rural.

Como quiera, el debate no fue alimentado con ulteriores estudios. Los trabajos de campo profundos, prolongados y comprensivos que esos antropólogos promovieron y realizaron entre 1970-1975 en múltiples localidades rurales del centro y occidente del país (especialmente en los estados de Hidalgo, Jalisco, México, Morelos, Puebla, Tlaxcala), fueron sustituidos por investigaciones más generales.

En manos de pequeños funcionarios y planificadores, los hallazgos y debates antropológicos se convirtieron en lamentables y paralizantes caricaturas. Durante años se repitió y generalizó, ya sin matices, la supuesta desaparición de los quehaceres productivos no agrícolas en el medio rural, sobre todo los llamados tradicionales. Se reiteró, ya sin evidencias, la absoluta dependencia campesina respecto a los productos manufacturados que provenían de las grandes ciudades. El argumento de la desaparición de estas actividades en el mundo rural pasó a formar parte de una discusión que abundó sobre los múltiples mecanismos de subordinación de la sociedad agraria a la dinámica de la economía y la política urbanas.

Pero la ausencia de investigaciones posteriores acarrió también otro fenómeno: con el tiempo y las reiteraciones los campesinos empezaron a desdibujarse. Funcionarios y administradores los transformaron en cifras y tendencias que eran sólo una prolongación agravada de lo que ya se sabía, de lo que se había constatado en los estudios de los setenta. Así las cosas, en los años ochenta ya casi nadie conocía de verdad y mucho menos sabía lo que habían hecho efectivamente los campesinos en los últimos años. Se supuso mucho más de lo que se supo. Y quizá fue lo mejor para ellos.

No obstante, la nueva realidad forjada por ellos se coló a través de algunas rendijas. De los trabajos publicados, el de Arizpe²⁵ fue el más explícito en reconocer el surgimiento de

²⁵ Lourdes Arizpe, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México, 1978.

dos tendencias en la economía y el empleo de las comunidades del valle del Mezquital: allí la extinción de las actividades productivas tradicionales fue acompañada por un proceso de aparición de nuevas labores, aunque, señalaba Arizpe, estas últimas no lograban compensar los empleos perdidos por la desaparición de los primeros.

El rumbo que se insinuaba quedó mucho más claro en una tesis, desafortunadamente no publicada, sobre el municipio de Arandas, en los Altos de Jalisco. Allí, García²⁶ señaló que muchas de las añosas actividades productivas, como la fabricación de cuerdas y reatas, huaraches, velas, jabón, cigarros, la alfarería, la fustería (piezas de madera para las sillas de montar), los obrajes y la curtiduría, languidecían ante la competencia externa. No obstante, descubrió también el inicio, o en algunos casos ya el pleno auge, de actividades no emanadas de la tradición laboral local: la fabricación de trapeadores, esferas navideñas de vidrio soplado, tacones de calzado, dulces y artículos de tejido de punto.

Años más tarde, la investigación de Littlefield²⁷ en Yucatán puso en evidencia el ejemplo que faltaba: la modalidad maquilera que había adoptado la expansión y transformación de una vieja artesanía rural. Allí, el tejido de la hamaca o el bordado del huipil dejó de ser trabajo artesanal independiente para convertirse en un verdadero y complejo sistema de maquila, con una bien definida división del trabajo entre comunidades y al interior de las familias.

Pero la constatación de esos fenómenos no impulsó la investigación ni conmovió el debate. En los años siguientes los ejemplos de situaciones similares se siguieron acumulando, sobre todo, y hasta últimas fechas, en las bibliotecas de universidades y centros de estudio. Revisarlos resulta una gran sorpresa. La etnografía del fenómeno manufacturero rural que han dejado esos trabajos de investigación es magnífica, lo que permite nuevas y sucesivas lecturas del material de campo. Pero la discusión quedó entrapada en los viejos hi-

²⁶ Virginia García, *op. cit.*

²⁷ Alice Littlefield, *op. cit.*

los de las dos conocidas, y de algún modo dualistas, maneras de entender las actividades no agrícolas de la población rural: por un lado, la persistencia —aunque transformada— del artesanado, y, por otro lado, la proletarización —sin matices— de la fuerza de trabajo, sin lograr destrabarse totalmente, ambas, de la noción de complementariedad.

Ciertamente para el contexto intelectual imperante, que destacaba el impacto único y avasallador del capitalismo en relación con las actividades no agrícolas de la población rural, era difícil encontrar argumentos e interlocutores para una discusión distinta. Quizá tuvo que ver también en la persistencia de la interpretación "artesanal" la coincidencia de que en algunas de las nuevas actividades económicas se podía trazar cierta línea de continuidad con oficios o artesanías tradicionales de la localidad. Pero con el tiempo y la multiplicación de los ejemplos la explicación por la vía de la evolución artesanal es cada vez menos posible, y sí más forzada.

El ocaso de un modelo

De acuerdo a lo mil veces anunciado y denunciado, en la década de los ochenta, los problemas de la tenencia de la tierra y la producción agrícola se habían agravado al extremo. Warman²⁸ apuntaba que más de la mitad de los campesinos carecía de tierra, aunque hubiese tanta o más población rural que veinte años antes. Sin embargo, no se sabía bien a bien qué significaba eso en la práctica, qué habían hecho los campesinos ante esa situación.

Ciertamente la aparición y difusión de actividades manufactureras han sido siempre asociadas a los severos límites alcanzados por las situaciones agrícolas y las condiciones agrarias en cada localidad. Sin embargo, no se puede establecer una relación fácil y unívoca entre una determinada

²⁸ Arturo Warman, "Hacia el futuro de la reforma agraria mexicana", varios autores, *México setenta y cinco años de revolución. Desarrollo social 1*, México, FCE-INEHRM, 1988, pp. 475-492.

condición agraria y la diversificación-especialización de la economía rural o, dicho de otro modo, la posibilidad de acceder y vivir de la tierra y de la agricultura parecía haber llegado al límite en cualquier combinación posible.

La diversificación-especialización aparecía en comunidades de tierras pobres y agotadas como las del noreste guajuatense; o en aquellas inconcebiblemente fragmentadas, como las de Santa Ana Chiautempan y San Pedro Tlaltizapán, donde, así lo muestra Cuéllar,²⁹ el tamaño promedio de una parcela de temporal era de 3/4 de hectárea. Se encontraba en localidades con un único régimen de propiedad, como el ejido colectivo de Cachalquén y en aquellas, como Purísima del Rincón o Santiago Cuautlalpan, donde coexistían la tenencia privada y ejidal. Se suscitaba en localidades muy dependientes de las agencias del Estado, como la citada Cachalquén y entre los que preferían arreglárselas por cuenta propia, como los pequeños propietarios de San Diego de Alejandría o los ejidatarios de Ciudad Manuel Doblado. De igual modo, la diversificación-especialización se desarrolló en localidades donde sólo campeaban los cultivos de temporal, como en las de la meseta purépecha, o en aquellas donde había tierras irrigadas, como en Purísima del Rincón e Irapuato.

En todos los casos se comprobaron además ciertas coincidencias, aparentemente contradictorias: decrecimiento de la producción, la inversión y el empleo agrícola; concentración de la tierra; retorno al cultivo básico de subsistencia en las parcelas cada vez más diminutas; búsqueda de nuevos usos de la tierra.

En verdad estos fenómenos fueron la evidencia de un gran cambio en la vida rural. En pocos años, la manufactura y el quehacer pecuario, dieron un vuelco a la relación de la población rural con la tierra. En los ejemplos estudiados se pudo ver con nitidez y reconocer —aunque fuese con timidez— que una y otra habían empezado a desplazar a la agricultura hacia un papel “complementario” en la sobrevivencia campesina.

²⁹ Claudia Cuéllar, *op. cit.*

El cambio se verificó en una década. A principios de los años setenta las familias yucatecas, tlaxcaltecas o mexiquenses que se iniciaban como trabajadoras en la manufactura, tenían todavía alguna porción de tierra, la cual cultivaban sólo “para los elotes”, es decir, para el consumo de poco tiempo. Aquí y allá se advertía un regreso a la producción de autoabasto, que era una expresión más de la imposibilidad de proveer la sobrevivencia familiar exclusivamente con los recursos provenientes de la agricultura. En Cachalquén, por ejemplo, el trabajo agrícola “en lo propio” representaba poco más de la mitad (54.7%) del ingreso familiar.³⁰ El resto se obtenía de una combinación de actividades de acuerdo a la edad, el sexo y la época del año. Esto era muy conocido. Lo nuevo eran las proporciones y su impacto.

En pocos años el salario en la manufactura se había convertido en la segunda fuente de los ingresos monetarios familiares. Así sucedía en Cachalquén, donde el tejido de la hamaca proporcionaba el 15.8%, el trabajo agrícola asalariado el 14.9% y el servicio doméstico el 7.0%.³¹ Puesto de otro modo, se puede decir que el trabajo femenino —predominante en el tejido y exclusivo en el servicio doméstico— era cada día más crucial para la sobrevivencia familiar de las familias de esa pequeña porción del Yucatán henequenero.

La situación entre los propietarios de talleres de maquila tlaxcaltecas era todavía más clara. En Santa Ana Chiautempan la mayor parte de los maquileros estudiados por López³² poseía también una porción de tierra —que variaba entre una y cuatro hectáreas— dedicadas al cultivo del maíz, cuyo producto se destinaba totalmente al consumo familiar. Pero en todos los casos se advirtió que no era la agricultura la que proporcionaba los ingresos principales, ni la que generaba los recursos para la compra de las máquinas. Tampoco era el rubro hacia el cual los maquileros preferían orientar sus inversiones.

Pero además, en Tlaxcala como en Chiconcuac o el Rin-

³⁰ Alice Littlefield, *op. cit.*

³¹ *Ibidem*, p. 194.

³² Jacqueline López, *op. cit.*

cón, la compra de ganado sustituyó desde los años setenta a la compra de tierras, aun cuando aquel que todavía la poseía deseaba conservarla. Ejemplo de ello era que cuando los maquileros de Chiautempan no podían cultivarla, encargaban dicha labor a algunos jornaleros. El incremento en el uso de este tipo de mano de obra asalariada, incluso entre los minifundistas, fue detectado también en el sur del valle de Toluca. Allí, la mitad de las milpas eran cultivadas por peones, como resultado de la ocupación no agrícola de sus propietarios, quienes eran empleados en la zona industrial Toluca-Lerma o en la misma capital mexicana.³³

Pero además empezó a insinuarse otro fenómeno. El crecimiento de la población en Chiconcuac había dado pie a un nuevo uso que renovaba el interés por la tierra: la posibilidad de transformar las parcelas cultivables en suelo urbanizable. En esta población, tan bien estudiada por Creel³⁴ en los años setenta, era evidente, ya que la agricultura constituía un quehacer complementario para las familias, quienes dedicaban la mayoría de su esfuerzo y tiempo a la manufactura. En el decenio 1960-1970 la proporción de la población dedicada a la agricultura en la llanura texcocana —que incluye los municipios de Atenco, Chiautla, Chiconcuac, Papalotla, Tepletlaoxtoc, Texcoco y Tezoyuca— descendió del 59.4% al 33.7%, en tanto que en la manufactura subió del 19.2% a 27.5%.³⁵

Durante la década siguiente, el nuevo rumbo de las actividades se mostró de manera mucho más nítida. Ahora sí, y por doquier, fueron mayoría los trabajadores y propietarios que no tenían ni tendrían tierra, aquellos que sobrevivían o acumulaban a partir de otros quehaceres originados en recursos distintos.

Así, los padres de las obreras que conoció Estela Leñero³⁶

³³ Claude Bataillon, "Población campesina y suburbanización en el valle de Toluca", Iván Restrepo (coord.), *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1980, pp. 315-342.

³⁴ Martha Creel, *op. cit.*

³⁵ Gloria Elizalde y Manuel Peláez, *op. cit.*

³⁶ Estela Leñero, *op. cit.*

en Santa Ana Chiautempan eran en su mayoría campesinos, pero la generación siguiente, es decir, la de sus hermanos, era ya irremediamente proletaria. Asimismo, en el Santiago Cuautlalpan estudiado por Elizalde y Peláez³⁷ a principios de los ochenta, se suscitó un decrecimiento de la población dedicada a la agricultura y, al mismo tiempo, se advirtió un desinterés de la gente joven por esa actividad. En San Pedro Tlaltizapán la agricultura constituía también una labor marginal para sus pobladores. Y no podía ser de otro modo con los diez a dieciséis surcos que poseían los pequeños propietarios, y donde los "acaparadores" eran los que explotaban hasta diez hectáreas. Así, en Tenango de Arista la mayor parte de los días anuales trabajados por los campesinos era en actividades diferentes a la agricultura, en las cuales por supuesto, obtenían ingresos mayores a los que les proporcionaban sus parcelas.³⁸ En esa población, un habitante le explicó a la antropóloga que "la industria mata a la agricultura, muchos dejan el campo, ya no hay quien quiera trabajar".³⁹

En el occidente del país las cosas no pintaban muy distinto. En los Altos de Jalisco los fenómenos simultáneos de fragmentación y concentración de la tierra, dejaban cada vez más excluidos de la ganadería y la agricultura como alternativas de vida.⁴⁰ En Nahuatzen, por ejemplo, más de la mitad de los lugareños (60%) ya no tenía tierras y dependía de los ingresos en efectivo que podían obtener allí y fuera de su terruño mediante actividades no agrarias.⁴¹ En la Cañada de los Once Pueblos, Ramírez⁴² demostró que la agricultura había dejado de ser la ocupación principal de los chilchotenses: en veinte años (1960-1980) se redujo a la mitad, de 74% a 35%, la proporción de la gente dedicada a estas labores.

³⁷ Gloria Elizalde y Manuel Peláez, *op. cit.*

³⁸ Rosa María Vázquez Mellado, *op. cit.*

³⁹ *Ibidem*, p. 201.

⁴⁰ Noelle Demyk, "La organización del espacio en los Altos de Jalisco", *Controversia* 5, tomo 1, año 2, Guadalajara, 1978, pp. 5-48; Andrés Fábregas, *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1986; Hélène Riviere D'Arc, *Guadalajara y su región*, México, SepSetentas, 1973.

⁴¹ Lucía García, *Nahuatzen. Agricultura y comercio...*

⁴² Luis Alfonso Ramírez, *op. cit.*

En la región del Bajío leonés, como llama el Departamento de Culturas Populares⁴³ al conjunto de municipios de Ciudad Manuel Doblado, León, Purísima del Rincón, Romita, San Francisco del Rincón y Silao, la población dedicada a las labores agrícolas disminuyó abruptamente en diez años: la proporción del 27% en 1970, se desplomó al 8% en 1980.

En San Francisco, de las 21 728 personas definidas como población económicamente activa, sólo 2 989, es decir, poco más del diez por ciento, declaró dedicarse a la agricultura.⁴⁴ En el Rincón y los Altos se volvió a utilizar semilla criolla para el cultivo del maíz, lo que resulta testimonio simultáneo de un retorno al autoabasto y al uso ganadero —pastura para forraje— que le dan los medieros al maíz, algo ciertamente menos generalizado en las décadas anteriores.

De las casi sesenta y cinco mil hectáreas (64 914) susceptibles de explotación agrícola en los municipios de San Francisco, Purísima y Manuel Doblado, sólo 14 939 ha, es decir, el 23.0%, se sembraron de maíz en el periodo temporalero de 1987 (cuadro 9). En la modalidad de riego de ese mismo periodo se sembraron 5 565 ha de maíz (8.5%), las cuales produjeron 14 499 toneladas. La superficie dedicada al sorgo fue de 18 227 ha (28%), en las que se produjo 37 336 toneladas (cuadro 10).

Hay que decir que ese fue un periodo particularmente malo para el cultivo en esas localidades. Una combinación de exceso de humedad, seguida de sequía y heladas, acarrió pérdidas totales en más de cuatro mil hectáreas (4 013), y parciales en casi diez mil. Pero en los últimos años parecen sucederse los temporales malos. Ahora bien, de manera todavía incipiente y casi como secreto a voces, se sabe de la lenta pero ininterrumpida tendencia hacia la diversificación hortícola y la producción de alimento para ganado (cuadros 11 y 12). Ciclo tras ciclo, los pequeños propietarios y ejidatarios optan por abandonar los cultivos básicos para dedicarse a la alfalfa, el brócoli, las frutas para el mercado nacional e, incluso, Estados Unidos.

⁴³ Departamento de Culturas Populares, *op. cit.*

⁴⁴ *Ibidem.*

Lo que sucede en el Rincón no es raro. Forma parte de una doble tendencia verificable en casi todo el estado de Guanajuato, donde el producto interno agropecuario se redujo del 21.2% al 12.4% en la década 1970-1980 y, al mismo tiempo, se produjo el desplazamiento de los granos básicos como la cebada, el maíz, el trigo, e incluso del sorgo, por los cultivos hortícolas, en especial la alfalfa, el ajo, el brócoli, el espárrago, la col de bruselas y la fresa.⁴⁵

La diversificación de la sobrevivencia

De esta manera, vemos que en varias regiones del país la agricultura y el maíz han dejado de ser los elementos que articulan la economía local y extralocal, la correa por donde transitan los intercambios desiguales para el campesino.

Ciertamente los ejemplos del centro y del occidente ponen en evidencia un proceso seguramente irremediable y al parecer irreversible: la generalización de la diversificación económica como base de la sobrevivencia familiar campesina. Así, los campesinos de ahora viven de los ingresos provenientes de una combinación compleja y cambiante de ingresos múltiples, que muestra matices importantes respecto a la situación de las décadas anteriores.

Para muchos la agricultura no les permite cubrir la sobrevivencia familiar y los quehaceres agrícolas han pasado a cumplir un papel complementario en la organización económica de la familia campesina. Los ingresos monetarios juegan ahora el papel central y crucial en la vida y los avatares económicos campesinos, los que definen la jerarquía de empleos y prioridades. La monetarización de la economía ha desplazado el ingreso en producto por la retribución en efectivo, regular.

El problema no es sólo la inversión de los papeles jugados

⁴⁵ Véase [sin autor], "Guanajuato: avances, contrastes, problemas", *Estrategia* 66, México, 1985, pp. 55-59 y [sin autor], "Expresiones de la crisis en el Bajío", *Estrategia* 80, México, 1988, pp. 39-49.

por una u otra actividad. De hecho, el cambio ha trastornado todo el entramado de relaciones comunitarias y familiares, que eran otra parte fundamental en la definición del campesinado. En verdad ya no son los deberes y el calendario agrícola los que organizan la vida social y familiar de un pueblo. Ni los que sustentan y jerarquizan las autoridades públicas y privadas, definen el tipo y el tiempo de la migración de los miembros de la familia o marcan los periodos de escasez y abundancia de dinero en cada localidad. El cambio del eje articulador ha diversificado asimismo las fuentes y mecanismos de los poderes públicos y privados.

Asimismo se ha modificado la territorialidad que necesita la diversificación. Como es de todos sabido, los empresarios nacionales se cobijaron durante casi cinco décadas en las ventajas que les ofrecieron las metrópolis. Así, la migración hacia las grandes ciudades o, como era lo usual en el occidente, rumbo a los campos de los Estados Unidos, fue una de las principales modalidades campesinas de acceso al dinero en efectivo para la sobrevivencia cotidiana, para llevar a cabo inversiones que hicieran posible un mejor regreso.⁴⁶

Pero en los últimos años se observa el interés empresarial —de grandes y pequeños capitales— por instalar o trasladar sus establecimientos industriales al medio rural. Aparte de la apertura de mercados de trabajo manufactureros aquí mencionados, se empieza a saber de la creación de grandes y sofisticadas maquiladoras en el campo, como la fábrica de cigüeñales que estudió Vázquez Mellado en el Estado de México, las empacadoras de frutas y verduras, ahora tan familiares como móviles en el Bajío guanajuatense y el suroeste de Jalisco,⁴⁷ y las fábricas de artículos de tejido de punto y ropa en los municipios que circundan a Guadalajara. De este modo se ha ampliado notablemente la oferta de empleo en las ciudades pequeñas y en las localidades rurales.

Pero no sólo eso. Se ha modificado también la oferta de

⁴⁶ Jorge Durand, "Guanajuato: cantera de migrantes" y "Los migradólales...".

⁴⁷ María Antonieta Barrón, "La incorporación de la fuerza de trabajo femenina a mercados de trabajo", Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas, UABJO, 1988, pp. 163-176.

mano de obra. La apertura local de mercados de trabajo que acercan físicamente la demanda y la oferta de mano de obra han favorecido la aparición de nuevas fuerzas de trabajo asalariado, en particular la femenina e infantil. Y es que en estas nuevas condiciones han entrado a tallar muy duro, como nunca antes, las mujeres y los niños. La actual diversificación de la economía campesina pone de relieve o, en todo caso, impide desestimar la participación de las mujeres en el logro de la sobrevivencia familiar.

Esto es muy viejo, sumamente conocido. Pero antes, el trabajo femenino en las tareas agrícolas o el dinero que enviaban las hijas desde la ciudad quedaban encubiertos en el producto agrícola obtenido, inmersos y ocultos en el trabajo masculino. Algo similar sucedía con las tareas femeninas de recolección cuyo esfuerzo aparecía diluido, obscurecido en el consumo. La diversificación que hoy hace posible la sobrevivencia familiar se ha sin duda feminizado, es decir, tiene cada vez más un elevado componente de tiempo de trabajo e ingreso en salarios de las mujeres de una casa. Ingresos que por ser en efectivo y más o menos regulares son más difíciles de omitir y de hecho han empezado a modificar la relación de la mujer frente al trabajo, en lo que se refiere al valor y el uso del tiempo y el dinero, respecto a las relaciones familiares.

Esta expansión y complejización de los mercados de trabajo asalariados rurales, no se resuelve fácilmente bajo la noción de proletarización la cual supone una dicotomía donde los pobres y desposeídos de tierra serán siempre vendedores de fuerza de trabajo.

La verdad es que a través de la diversificación lo que se busca de manera ardua, y a veces muy consciente, son espacios, aunque sea pequeños, de trabajo independiente, de obtención de ingresos por cuenta propia. La proletarización como forma de sobrevivencia a perpetuidad y como cultura del trabajo tiene muy poca vigencia y no arraiga entre las familias abajeñas. De allí quizá también la enorme flexibilidad, la notable rapidez con que la gente del Rincón se integra y al mismo tiempo desecha labores y quehaceres. Esto forma parte de esa búsqueda de acomodo independiente que ante

la crisis ha resultado todo un activo cultural para crear y aprovechar espacios de trabajo.

Ciertamente en los estudios de los años setenta la unidad doméstica, vista desde ambas trincheras del debate, ocupaba un papel central en la economía campesina. De hecho, la familia era una de las grandes claves para entender la sobrevivencia rural en un contexto de intercambio desigual con la sociedad y economía más amplias. La desigualdad que imperaba en las relaciones que los campesinos establecían hacia afuera se enfrentaba y paliaba, insistían los campesinistas, con la igualdad, la solidaridad y el equilibrio hacia el interior de las unidades domésticas.

Pero esta viabilidad de la familia campesina dependía de algunos supuestos básicos: la combinación de quehaceres mediante una estrategia compleja en la cual no se individualizaban los ingresos de cada miembro, donde predominaban las relaciones no salariales, donde todos los miembros colaboraban sin divergencia ni discusiones en el esfuerzo para lograr el nivel de subsistencia necesario y donde no cabía duda sobre la subordinación de la mujer y la gratitud de sus servicios y tareas.

Hoy por hoy es ya muy difícil la existencia, como aquel entonces, de solidaridades y acuerdos familiares tan indiscutibles, unívocos, compartidos y estáticos. La familia campesina, que parecía inmune, absolutamente refractaria al cambio, ha tenido que manejar las influencias externas, de igual modo que las divergencias y los conflictos internos, las disidencias más complejas, ya no sólo generacionales, de sus miembros. La etnografía de hoy muestra dinámicas y tendencias familiares diferentes, ciertamente menos homogéneas y consensuales de las que nos dejó la bibliografía y, en cualquier caso, sustentadas en fuertes desigualdades y autoritarismos por sexo.

Sin embargo, la situación parece ser aún más complicada. Las opiniones de los campesinos muestran un cambio sustancial en sus expectativas. En verdad, los campesinos aprendieron hace tiempo que la tierra y los quehaceres agrícolas no podían dar para más, menos aún para todos. Así, en el Bajío occidental muchos de los nacidos a partir de los

años cincuenta supieron desde niños que para ellos no habría tierras, de suerte que ni ellos ni sus descendientes trazaron proyectos sobre ese horizonte. De esa manera hay ya dos generaciones de gente del campo que desconoce las tareas agrícolas que supone una parcela, sobre todo debido a que nunca la han tenido.

Así pues, la posesión de la tierra ya no es el objetivo central de todos los pobladores del campo, y la cultura agrícola ha dejado de ser un patrimonio homogéneamente compartido por todos los miembros de una comunidad rural. Hoy por hoy en las localidades rurales existe cada día más gente que no posee tierra ni se dedica a las labores agrícolas; gente que se procura la sobrevivencia sin una base agraria ni un quehacer agrícola.

Ante la carencia de tierras y de una base agrícola de sustentación, la posición campesinista parecía diluirse. No obstante, hay que decir que esos autores destacaban la pertenencia a la comunidad y a sus sistemas de relaciones horizontales como uno de los elementos centrales de la definición y persistencia del campesinado. Efectivamente, otra de las claves de la sobrevivencia campesina se encontraba en el marco de relaciones de cooperación y redistribución en torno a la tierra y los trabajos agrícolas.

Pero esto también ha sufrido notables modificaciones, además de los matices regionales que siempre hubo. En muchos casos, los estudios se llevaron a cabo en localidades indígenas que conservaban la propiedad comunal de recursos clave, como la tierra y los bosques, lo cual le daba un sustento eficaz y concreto al mantenimiento del tejido y las normas sociales comunitarias. Eran las comunidades corporativas de Wolf.⁴⁸ No obstante, en casi todos los casos se advirtió con regularidad una tendencia hacia la privatización, hacia el manejo individual de los recursos.

Pero además, en la geografía y la historia nacionales hay otra fuerte y añosa tradición rural de propiedad privada de la tierra, donde los recursos se fincaban en la familia y en las

⁴⁸ Eric R. Wolf, *Los campesinos*.

redes de relaciones sociales tejidas a partir de ella. Tradición ranchera que reivindica el trabajo duro y personal, y mezcla de manera peculiar las razones de la propiedad privada con las más profundas solidaridades comunitarias.⁴⁹ El mejor ejemplo es el de San José de Gracia, en Michoacán;⁵⁰ pero sería el caso también del Bajío occidental⁵¹ y las tierras altas jaliscienses,⁵² donde la pertenencia a la comunidad se ha sustentado en el entramado de relaciones de parentesco mediante las cuales y a través del tiempo se han construido y aceptado diferentes quehaceres económicos en las localidades.

De esta forma, un campesino que no tiene tierras —ni la posibilidad o el interés por poseerlas— y trabaja regularmente en los Estados Unidos, no deja de pertenecer a su terruño ni se escapa a sus normas y sanciones: de esto se encarga muy bien la red de relaciones familiares que lo lleva, lo sostiene y lo trae del norte.⁵³

La acumulación especializada

La diversificación económica que en un primer momento apareció como un complemento a las labores y los ciclos agrícolas, en realidad ha permitido cada vez más el desplazamiento de ciertos sectores hacia actividades no agrícolas. De hecho, la diversificación ha estimulado el crecimiento y consolidación de sectores que obtienen sus principales ingresos, en verdad ganancias, de fuentes no agrícolas, pero firmemente asentadas en el medio rural.

La diversificación familiar como estrategia de sobrevivencia ha dado lugar a la especialización local como forma de

⁴⁹ Luis González, *Pueblo en vilo*.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío, León 1700-1860*, México, Editora Grijalbo, 1988.

⁵² Andrés Fábregas, *op. cit.*

⁵³ Jorge Durand, "Circuitos migratorios", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 2, núm. 2, París, 1986, pp. 49-67.

acumulación. La agricultura se convierte así en el oficio de algunos, en un quehacer que ya no es la labor ni la aspiración de todos los miembros de una comunidad pero que puede ser la vía de trabajo y riqueza de unos cuantos. La vida y el espacio se comparten y se convive con gente que hace otras cosas, que tiene habilidades, relaciones e intereses en otros ámbitos económicos.

Hoy por hoy, en el Bajío occidental la manufactura es una especialización que ha acuñado sus propios grupos y agrupaciones, que ha formulado sus redes y culturas particulares de trabajo. Los fabricantes de un cierto artículo en una localidad conocen muy bien a sus homólogos de otras partes de la misma región e incluso fuera de ella; han formado redes tan sutiles como eficientes que controlan y definen el ingreso de nuevos miembros; están siempre bien informados de las vicisitudes de la moda, las materias primas y los proveedores, la maquinaria, los trabajadores y de las andanzas de los inspectores del Seguro Social y Hacienda; asimismo, han comenzado a organizarse por actividad y a reunirse con asiduidad.

La diversificación en los niveles de sobrevivencia y de acumulación ha representado sin duda un desahogo a las viejas presiones económicas y tensiones políticas provocadas por la cada vez mayor escasez de tierra y por un sistema oficial de promoción agrícola ineficiente y corrupto. Pero ha significado al mismo tiempo el surgimiento de nuevos sectores de trabajadores y de empresarios que dependen de otros recursos, los cuales crean y recrean cotidianamente nuevas culturas, intereses, solidaridades y también conflictos.

Junto a estas nuevas culturas del trabajo que se acuñan día con día al calor de la diversificación, existe en el Rincón otra vieja historia regional del trabajo que ha contribuido con mucho a hacer posible la diversificación y las especializaciones actuales, la que proporcionó los recursos sociales y culturales que permitieron imaginar y empezar a trazar los caminos de esta nueva historia.

El trabajo y los quehaceres en la ciudad

En estos últimos tiempos se ha popularizado como nunca antes en México la alusión y preocupación por el sector informal, por la economía subterránea, ese mundo desconocido de quehaceres económicos que crecen y pululan al margen de los sistemas y mecanismos oficiales. Dos vertientes alimentan esta creciente difusión del tema por parte de empresarios y políticos. Algo ciertamente ya muy dicho. Con su investigación sobre la economía informal en Lima, Perú,⁵⁴ Hernando de Soto dio sustento científico en el tercer mundo a una de las exigencias neoliberales acuñadas en el primer mundo. La iniciativa privada convirtió inmediatamente en demanda desregularizadora la conclusión de De Soto de que en América Latina el Estado, con sus múltiples, caóticas e ineficientes medidas de regulación y control sobre la economía, había inhibido las aptitudes empresariales y era el verdadero responsable del crecimiento de la economía "informal".

Pero, quizá, no sólo eso. Para una visión empresarial, que incluye en el "sector informal" desde las "operaciones de trueque de bienes y servicios" hasta las actividades ilegales —como el contrabando, el narcotráfico o la prostitución—⁵⁵ el incremento de todos esos quehaceres puede ser no sólo la expresión de la crisis económica más grave y persistente en los últimos años, sino también, de algún modo, la señal del surgimiento de poderes alternativos que no se rigen por la legitimidad y los mecanismos de poder convencionales.

En el fondo dos grandes temores circundan la preocupación empresarial: por un lado la competencia económica "desleal" que atribuyen a los "informales" y, por otro, la comprobación de que hay fenómenos socioeconómicos fuera del control oficial.

Las connotaciones políticas que supone hoy el tema han contribuido en cierta medida a que los científicos sociales

⁵⁴ Hernando de Soto, *El otro sendero*, México, Diana, 1987.

⁵⁵ Centro de Estudios Económicos del Sector Privado A.C., *La economía subterránea en México*, México, Diana, 1987.

eludan la discusión u orienten sus hallazgos hacia otros derroteros. Nadie quiere ser el primero en colgarse el sanbenito de neoliberal. Y esto es lamentable ya que existe en México una tradición de investigación al respecto, desde los inicios de los años setenta, cuando fue evidente el rotundo cambio demográfico experimentado por el país.

En la medida en que se verificó la crisis de la economía rural, que llevaba a la intensificación de la migración campesina hacia las ciudades, se incrementó el interés por el estudio del trabajo y el empleo en la ciudad. Interés que se volvió preocupación cuando la migración rural-urbana coincidió con la desaceleración del crecimiento económico industrial de las urbes, lo cual impedía mantenerse como la principal fuente de empleo cuando se hizo evidente también que la industrialización en las sociedades latinoamericanas acarrea consecuencias distintas a las conocidas y previstas en países como Inglaterra y los Estados Unidos, paradigmas industriales de la época.

Sin embargo, en México el debate en torno al empleo y los quehaceres urbanos ha sido menos enconado y polarizante que en el caso del campo. Quizá por ello el tema se ha seguido estudiando y analizando durante más tiempo, con la participación de especialistas de varias disciplinas.

Cartaya⁵⁶ hizo una excelente síntesis de los cinco diferentes enfoques que han tratado de explicar la dinámica, las características y el sentido de las formas de trabajo y empleo que han surgido en América Latina a partir del proceso de industrialización iniciado desde los años cuarenta. No obstante sus divergencias, tanto los optimistas modernizadores de los cincuenta, como los marginalistas de los años sesenta, los neomarxistas de fines de esa década y los observadores de la nueva industrialización de los ochenta, han compartido la preocupación por entender la lógica y dinámica económicas y las consecuencias sociopolíticas inherentes a esa complejidad de formas de vida y de trabajo inesperadas, imprevistas,

⁵⁶ Vanessa Cartaya, "El confuso mundo del sector informal", *Nueva Sociedad*, núm. 90, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1987, pp. 76-88.

en buena medida indeseadas del desarrollo, que se asociaban con pobreza, cinturones de miseria, inseguridad frente a casi todo: vivienda, trabajo, salud y justicia; más que con barrios obreros consolidados, sistemas de trabajo estables y bien retribuidos que abrían las puertas de otras seguridades, de un futuro obrero posible y digno, de algún modo aceptables.

En verdad, lo que se comprobó fue que la dinámica urbana desencadenaba formas de trabajo y sistemas de empleo al margen de las seguridades y los controles del sistema reconocido de relaciones obrero-patronales. Las esquinas de las más grandes ciudades se colmaban de vendedores de todo lo imaginable; pequeños talleres producían, reparaban, limpiaban lo que se ofrecía; las mujeres no dejaban escapar ninguna oportunidad de vender antojitos o dulces, productos AVON, de ser aboneras de cualquier objeto, de coser vestidos o adornar zapatos en sus casas. Dinámica del empleo que Tokman⁵⁷ caracterizaba por su facilidad de entrada, por la utilización de tecnologías simples y mano de obra poco calificada.

Marginales o asalariados

En México el tema ha dado lugar a trabajos de investigación y reflexión que han recogido, se han afiliado o discutido las grandes líneas del debate; en cualquier caso lo han matizado y nutrido con las informaciones nacional y regional.

Los demógrafos han sido los estudiosos más constantes. Interesados por el análisis de las características y consecuencias de la migración rural-urbana, detectaron que el proceso de cambio en la distribución sectorial de la fuerza de trabajo presentaba diferencias respecto a los países pioneros de la industrialización. Detectaron asimismo las limitaciones de los

⁵⁷ Víctor Tokman, "Dinámica del mercado de trabajo urbano: el sector informal urbano en América Latina", Rubén Katzman y José Luis Reyna (comps.), *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 68-102 y "El imperativo de actuar. El sector informal hoy", *Nueva Sociedad*, núm. 90, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1987, pp. 93-105.

censos decenales en lo que se refiere a la ocupación de la población. Ellos han demostrado que las categorías de inactividad o desempleo encubren fenómenos y procesos muy complejos y cambiantes del mercado de trabajo urbano. De allí su preocupación persistente por analizar críticamente la información censal, por generar y utilizar fuentes de datos alternativas.

Con base en una encuesta en el área metropolitana de la ciudad de México, realizada en 1969-1970, Muñoz, Oliveira y Stern⁵⁸ hicieron varias constataciones respecto al empleo urbano. Allí, en la principal región industrial del país, se verificaban fenómenos como la disminución del empleo fabril, incremento de la prestación de servicios por cuenta propia y condiciones salariales en las que una tercera parte de la población ganaba menos del salario mínimo.

Para los autores era claro que la modalidad de industrialización seguida en México resultaba excluyente y acarrea una tendencia restrictiva en el empleo urbano, que era lo que orillaba a cada vez más gente a dedicarse a actividades "marginales", a quehaceres de subsistencia, sobre todo en el sector terciario de la economía, donde se ganaba menos del salario mínimo, donde los trabajadores no tenían garantías ni recibían beneficios sociales mínimos. Para Muñoz, Oliveira y Stern,⁵⁹ la marginalidad era una condición proveniente de la estructura económico-social y no de las características de los trabajadores. Esta conclusión era importante. Con información local de primera mano, significó tomar posición dentro de lo que fue, seguramente, el debate más latinoamericano en torno al empleo por esos años. La marginalidad era un problema que no se suscitaba en las características — más bien supuestos y connotaciones — sociales de la oferta de los trabajadores, como sugería el pensamiento desarrollista.

En los años siguientes los demógrafos han continuado trabajando y profundizando en el análisis de la estructura y

⁵⁸ Humberto Muñoz et al., "Migración y marginalidad ocupacional en la ciudad de México", *El perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

⁵⁹ *Ibidem*.

dinámica de la fuerza de trabajo, siempre respecto al área metropolitana de la capital. Su propuesta actual es importante y sugerente. Para ellos la unidad doméstica, es decir, la familia, de la cual forman parte los trabajadores, no es un elemento pasivo frente al mercado de trabajo, sino un ámbito complejo donde continúa y creativamente se procesan las demandas de fuerza de trabajo.⁶⁰

De este modo, y con base en encuestas *ad hoc* recientes, han propuesto al hogar como unidad de análisis para captar y explicar las estrategias de sobrevivencia, es decir, para entender el cúmulo y la complejidad de trabajos y procesos intrafamiliares que permiten a los trabajadores sobreponerse a situaciones salariales individuales cada día más deplorables.⁶¹

Este hincapié en el hogar les ha permitido tomar en cuenta el quehacer y la contribución de los diferentes miembros de las unidades domésticas: la mujer, los niños, los ancianos, de acuerdo a otra noción dinámica: el ciclo vital de las unidades domésticas.

Así, se ha suscitado una creciente proximidad con las preocupaciones y aproximaciones de los antropólogos sociales, quienes también han participado en este debate.

En 1975 salió a la luz la primera edición del trabajo más conocido de Larissa Lomnitz. En *Cómo sobreviven los marginados*⁶² la autora fue fiel a una herencia de su gremio y al mismo tiempo se convirtió en la iniciadora de una nueva tradición en la antropología social mexicana. Como Lewis,⁶³ su más cercano antecesor en el estudio de la vida urbana mexicana, Lomnitz escogió un universo pequeño para estudiar a profundidad y de la manera más completa posible, los quehaceres y vicisitudes de los sectores populares urbanos en la ciudad de México.

En Cerrada del Cóndor, una pequeña barriada de doscientos

⁶⁰ Brígida García et al., *Hogares y trabajadores*, México, El Colegio de México, 1982.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² Larissa A. de Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Editores, 1980 (4a. edición).

⁶³ Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, México, FCE, 1964.

tas viviendas, Lomnitz descubrió y puso en evidencia dos fenómenos que guiaron toda la investigación urbana posterior. La sobrevivencia de los vecinos de esa barriada del sur de la ciudad, provenía de los ingresos obtenidos a través de una serie de trabajos inestables y mal retribuidos. Quehaceres "marginales" los denominó la autora, en tanto consideraba que no tenían "un rol económico articulado con el sistema de producción industrial".⁶⁴ Frente a esa precariedad del empleo y el salario los pobres habían puesto en marcha otro tipo de mecanismos que les permitían tener acceso a recursos y seguridad. Redes de intercambio llamó Lomnitz a los mecanismos extralaborales, domésticos y de vecindario a través de los cuales los pobres podían sobrevivir en la barriada, en medio de todas las precariedades que los rodeaban en su trabajo.

Quedaron así perfiladas las dos grandes líneas del quehacer antropológico posterior sobre el empleo en el medio urbano: la preocupación, por un lado, de conocer y precisar el significado, la lógica y la vinculación económicas de esas formas de empleo poco convencionales con el desarrollo económico nacional y, por otro lado, el estudio del contexto extralaboral —doméstico, de barrio— y su influencia en la vida y los quehaceres de los pobres urbanos.

De lo primero sobre todo se encargó muy pronto Jorge Alonso.⁶⁵ En 1976, al frente de un equipo que investigaba simultáneamente dos colonias populares del sur de la ciudad de México —Ajusco y el Cerro del Judío—,⁶⁶ el autor sometió a una revisión exhaustiva la discusión sociológica en torno al empleo urbano. Él era muy crítico de la noción de marginalidad que, con variaciones, era compartida por los "cepalinos" —como gustaba llamar a los desarrollistas— y ciertos marxistas sudamericanos, en particular Nun y Quijano.⁶⁷ A partir de esa revisión y a pesar de su desconfianza

⁶⁴ Lomnitz, *op. cit.*, p. 17.

⁶⁵ Jorge Alonso (ed.), *Lucha urbana y acumulación de capital*.

⁶⁶ Jorge Durand, *La ciudad invade al ejido*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1983.

⁶⁷ José Nun, "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. v, núm. 2, Buenos Aires,

de lo empírico, Alonso promovió el estudio detallado de dos actividades que proliferaban en Ajusco: el pequeño comercio y la pequeña producción.

Las dos investigaciones llegaron a una conclusión similar. La miscelánea y el taller constituían el último pero funcional eslabón de una cadena cuyo extremo opuesto eran, de manera directa, los grandes y reconocidos capitales comerciales e industriales, e incluso las compañías monopólicas. Detrás de su fachada de la "independencia", existía en realidad una compleja y múltiple subordinación al capital industrial y comercial. Así, a través de la miscelánea, los grandes establecimientos de bienes de consumo realizaban a muy bajo costo la plusvalía. Por otro lado, mediante la maquila en el taller de ropa, el capital comercial abarataba y eludía una serie de costos de los trabajadores.

El estudio cuidadoso de las vinculaciones del taller maquillero puso en evidencia, por primera vez, la complejidad y sinuosidad de formas que revestía la producción de ropa en el Distrito Federal y su relación insoslayable con los grandes almacenistas del centro de la ciudad. De ese modo, argumentaba Jorge Alonso, la *marginalidad*, en el sentido propuesto por Lomnitz, Nun y Quijano, prácticamente no existía. Desde su punto de vista, era pertinente hablar más bien de un desarrollo capitalista distorsionado, el cual daba pie a la existencia y persistencia de formas de trabajo y sistemas de explotación peculiares, pero que respondían a esa lógica atrofiada que conllevaba el capitalismo dependiente.⁶⁸

Entretanto, José Antonio Alonso⁶⁹ llevó a cabo una investigación sobre el trabajo de la mujer en el otro extremo de la zona metropolitana: en ciudad Netzahualcóyotl, la principal colonia o conjunto de colonias populares del país. Alonso comprobó allí la difusión de un fenómeno que en Ajusco era

Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, 1969, pp. 178-235; Aníbal Quijano, *Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica*, Lima, Mosca Azul Editores, 1977.

⁶⁸ Jorge Alonso, *La lucha urbana y acumulación de capital*.

⁶⁹ José Antonio Alonso, *Sexo, trabajo y marginalidad urbana*, México, Edicol, 1981.

todavía limitado: la búsqueda por parte de cada vez más mujeres de algún tipo de ingresos en efectivo. Casi una cuarta parte (24%) de las entrevistadas declaró estar trabajando en ese momento. Pero, señala el autor,⁷⁰ esta búsqueda se concretaba sobre todo en la proliferación de dos actividades a domicilio: el pequeño comercio y la maquila de prendas de vestir, en las que se ocupaban más de una cuarta parte (26%) de ellas. De hecho, a la maquila se dedicaba ya una décima parte (10%) de las mujeres estudiadas en las tres colonias escogidas para la investigación en ciudad Netzahualcóyotl.

La maquila, por ser distinta del trabajo doméstico tradicional y también diferente del trabajo productivo visible, fue caracterizada como un "híbrido ocupacional". En otras palabras, un "subtrabajo", una "subocupación marginalizante"⁷¹ a la que eran empujadas las mujeres, en especial las de las colonias más pobres, por la insuficiencia de los ingresos familiares y por la dificultad social (en particular de las casadas) de participar en el mercado de trabajo urbano más allá de Netzahualcóyotl. La inicial interpretación marginalista marxista, propuesta por José Antonio Alonso, fue finalmente matizada con la inclusión de algunas de las sugerencias de las incipientes investigaciones sobre la mujer y por las propuestas analíticas de Jorge Alonso en *Lucha urbana y acumulación de capital*.⁷²

Al mismo tiempo y con base también en la línea de trabajo sugerida por Jorge Alonso, se inició el estudio de otra región o, más bien dicho, de otra ciudad, que se convirtió en una década en la más intensivamente estudiada del país después del Distrito Federal: Guadalajara, la capital del occidente mexicano, sobre la que se ha dicho y se puede seguir diciendo mucho; quizá menos conclusivo que en otros casos, seguramente también más fresco y actual que en otras situaciones.

El detonador fue sin duda la investigación de Cristina Pa-

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ *Ibidem*, p. 101.

⁷² Jorge Alonso, *La lucha urbana y acumulación de capital*.

dilla,⁷³ efectuada en una porción muy popular y populosa del nororiente tapatío: la hoy famosa colonia Santa Cecilia, que a fines de los años setenta tenía unos cincuenta mil habitantes. La autora propuso, por primera vez, el estudio de la maquila en una colonia popular como tema de investigación específico. Al mismo tiempo fue la pionera en sugerir de manera explícita que:

...la industria domiciliar es una forma de explotación indispensable para la acumulación de capital en la etapa monopolista del capitalismo y que el trabajo a domicilio es una de las formas que adopta el proletariado en los países dependientes subdesarrollados.⁷⁴

Gracias a su residencia en Santa Cecilia, pudo observar y documentar con gran precisión la proliferación del trabajo femenino domiciliar en la confección de prendas de vestir y cinturones, y su vinculación con talleres de diferente envergadura a los que resultaba extremadamente beneficioso este sistema de trabajo. La condición maquilera que describe la autora resultaba terriblemente precaria: imperaban allí los bajos salarios, la ausencia total de prestaciones y la más absoluta inestabilidad laboral. En estas condiciones, el trabajo capitalista domiciliar "...aparecía casi siempre como complementario de otras actividades que realizan otros miembros de la familia".⁷⁵

En constante diálogo con la literatura marxista en torno a la transitoriedad o no de ese sistema de producción, y a la conceptualización de esa mano de obra, Padilla concibe a la maquila tapatía como un fenómeno permanente en un modelo de desarrollo capitalista dependiente, es decir, como la "...expresión pura de una industria distorsionada incapaz de optar por otra vía que acelere el proceso de industrializa-

⁷³ Cristina Padilla, "El trabajo capitalista domiciliar: un estudio de caso en Guadalajara", *Controversia*, núm. 6, Guadalajara, 1981, pp. 50-60.

⁷⁴ *Loc. cit.*, p. 51.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 54.

ción".⁷⁶ La mano de obra allí ocupada forma parte, dice Padilla:

...de la superpoblación estancada o "intermitente" del ejército obrero activo, en ese sentido, forma parte también del proletariado, aunque con la salvedad de que se trata de un proletariado atrofiado y disperso, derivado precisamente de las condiciones estructurales de dependencia y subordinación al capital internacional.⁷⁷

La investigación en Guadalajara hizo escuela. En San Onofre, una colonia vecina a Santa Cecilia, se instaló a fines de 1978 un pequeño equipo de antropólogos, muy próximos a la investigación de Jorge Alonso, y también a los estudios de carácter regional que había encabezado Guillermo de la Peña en el sur de Jalisco.⁷⁸

El objetivo inicial fue explorar con detenimiento el mercado de trabajo al que llegaban los migrantes de las tierras sureñas en una ciudad que era mucho más conocida y afamada por su actividad comercial que por su quehacer industrial. Como quiera que sea, cada uno de los tres antropólogos escogió una rama industrial de importancia en la economía tapatía para conocer con detalle sus características, estructura, lógica y vinculaciones. Así Ignacio Medina decidió estudiar la industria metal-mecánica, Silvia Lailson la producción de prendas de vestir y Patricia Arias la elaboración de calzado. Poco después, el número 3 de la revista *Relaciones*⁷⁹ cuenta de los primeros resultados.

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 53.

⁷⁸ Guillermo De la Peña et al., *Ensayos sobre el sur de Jalisco*, México, CIS-INAH, Cuadernos de la Casa Chata, 1977.

⁷⁹ Patricia Arias, "El proceso de industrialización en Guadalajara, Jalisco, siglo xx" y "La consolidación de una gran empresa en un contexto regional de industrias pequeñas: el caso de Calzado Canadá", *Relaciones*, vol. 1, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1980, pp. 171-253; Silvia Lailson, "Expansión limitada y proliferación horizontal: la industria de la ropa y el tejido de punto", *Relaciones*, vol. 1, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán [sin fecha], pp. 48-102; Ignacio Medina "Un dinamismo frustrado: la industria metal-mecánica de Guadalajara", *Relaciones*, vol. 1, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán [sin fecha], pp. 103-170.

Las tres investigaciones dieron a conocer la existencia de una gran cantidad y una enorme variedad de establecimientos industriales que, no obstante lo anterior, tenían algunas características en común. En la estructura industrial de la ciudad se advertía el claro predominio de la producción de bienes de consumo; se notaba asimismo la persistente e indisoluble relación entre empresas industriales y comerciales de gran escala y la producción de pequeña escala.⁸⁰ Guadalajara parecía haberse especializado con éxito en la producción de ciertos bienes de consumo imprescindibles para el mercado nacional. Éxito que se podía atribuir en buena medida a la articulación entre las grandes y pequeñas empresas.⁸¹ Guadalajara era la gran ciudad de la pequeña industria.

Esta modalidad de industrialización se nutría de dos vertientes. Tenía que ver, decía Arias, con la historia y trayectoria particular de la ciudad y la región occidental en el presente siglo. Tenía que ver también con las tendencias y exigencias actuales de la producción de ciertos bienes de consumo que hacían inmejorable la existencia, persistencia y proliferación de las pequeñas empresas.⁸² Para esta autora, la estructura de comercialización y la moda tenían mucho que ver en la organización y dinámica actuales de la producción en varias ramas de consumo, como las prendas de vestir, el calzado, la joyería y los muebles.

Al trabajo de campo directo y prolongado de cada investigador se debe seguramente el haber comprobado la existencia de algunos fenómenos hasta ese momento poco conocidos de la vida urbana popular tapatía: las colonias de la periferia eran no sólo los principales espacios residenciales para los trabajadores de la ciudad sino también lugares donde se tejían y entretajaban múltiples pequeñas historias del trabajo. Se advirtió asimismo una creciente participación de nuevos sectores, sobre todo de las mujeres y los niños, en los quehaceres productivos y comerciales que proliferaban en sus co-

⁸⁰ Patricia Arias, *ibidem*, y *Guadalajara. La gran ciudad de la pequeña industria*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985.

⁸¹ Patricia Arias, *ibidem*.

⁸² *Ibidem*.

lonias y, de igual modo, se observó un complejo intercambio de personas, bienes y servicios entre el campo y la ciudad.

Poco después, la investigación de otro miembro del equipo descubrió un fenómeno fabril inesperado, el cual puso en entredicho una de las pocas nociones indiscutibles que aún quedaban: que el control estricto del proceso de trabajo es la forma apropiada para incrementar la productividad. Sin embargo, como describió con cierto azoro González Seguí,⁸³ los sistemas de relaciones personalizadas y aparentemente relajadas y desestructuradas practicados por algunas empresas tapatías, permitían lograr una elevada productividad del trabajo.

Así pues, tanto en las colonias como en las fábricas, la vida urbano-industrial de Guadalajara se resistía a las nociones más convencionales y socorridas por la literatura de la época y ofrecía en cambio un mundo de situaciones inéditas, de temas inexplorados. Aunque, con el tiempo, esto ha cambiado. Hoy existen diversos centros e investigadores preocupados por desentrañar los cambios y tendencias de la urbe tapatía.

Por su parte, los antropólogos han continuado también sus trabajos sobre el tema. Poco después Escobar⁸⁴ retomó una de las viejas preocupaciones sobre el empleo urbano, a saber: la vinculación o segmentación de la mano de obra en relación con los mercados de trabajo. Con base en una amplia encuesta, señaló que los trabajadores tapatíos transitaban con facilidad entre los empleos "formales" e "informales" y así la inexistencia de escisiones profundas en el mercado de trabajo tapatío con base en esas nociones dicotómicas. Para mediados de los ochenta, la categoría de "género" se había convertido en un elemento segmentador importante para entender ese mercado de trabajo urbano.

Al mismo tiempo y en la misma ciudad, una antropóloga recogió la otra línea de investigación propuesta por Lomnitz: el estudio del ámbito doméstico en la vida de los trabajado-

⁸³ Héctor Óscar González Seguí, *Trabajar en Guadalajara*, Zamora, tesis en Antropología Social, El Colegio de Michoacán, 1985.

⁸⁴ Agustín Escobar Latapí, *Con el sudor de tu frente*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1986.

res. Con base también en una amplia encuesta, González de la Rocha⁸⁵ observó que

es gracias a la existencia de la unidad doméstica con su organización y eficiente sistema de ingresos mancomunados, en el que los salarios constituyen únicamente una parte de esos ingresos, como el capital puede contar con la reproducción de su fuerza de trabajo a un costo muy bajo.⁸⁶

Los cambios de los años ochenta

No obstante la diversidad de enfoques, las investigaciones antropológicas en torno al tema han compartido dos nociones implícitas que estaban de hecho en el trasfondo general de la discusión sociológica sobre el empleo urbano.

Por una parte, que la división funcional entre el campo y la ciudad era un proceso tan profundo como irreversible. Sin adjetivar ni ponderar, en la migración campo-ciudad se expresaba la transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, con todo lo que esto implicaba de cambio en las modalidades y sistemas de empleo y de ruptura de los mecanismos tradicionales de organización de la vida económica y social rural.

Los migrantes llegaban a ciudades y empleos donde sus conocimientos y tradiciones de trabajo eran irrelevantes o, en todo caso, absolutamente distintos a los de su tierra; donde imperaban otras reglas de juego para trabajar, para ganar el dinero, para defender sus derechos. De acuerdo a sus características sociales (nativo o migrante, edad, escolaridad), los trabajadores ingresaban a las grandes industrias, al empleo industrial bien pagado, bien organizado y defendido por una estructura sindical también grande y formal.

Atrás quedaban los quehaceres del surco, supuestamen-

⁸⁵ Mercedes González de la Rocha, *Los recursos de la pobreza*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, CIESAS, SPP, 1986.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 250.

te el único oficio de los que venían del campo; atrás además las relaciones y negociaciones personales y personalizadas para conseguir trabajo, para que otros lo ayudaran en algún apuro, para pedir un préstamo. Las dificultades para lograr la inserción en las grandes empresas iban desde problemas personales hasta limitaciones estructurales del modelo industrial implantado en nuestros países, pero no se ponía en entredicho la orientación, la dirección del modelo.

Y es que se compartía la noción de que la industrialización, unívocamente encaminada hacia la producción de bienes de capital y fincada en grandes establecimientos, era la forma más evolucionada y desarrollada de un modelo industrial capitalista, el cual se imaginaba también como un proceso irreversible. Laborar en la gran industria, era el modo más productivo de trabajar; era asimismo el objetivo y destino de la clase obrera, la base de su sometimiento y al mismo tiempo de su liberación.

De esta noción estrecha y reificada de la división del trabajo y del concepto de trabajo productivo, parece haber emanado buena parte de la discusión sobre el empleo, de los variados pero siempre dicotómicos enfoques que trataron de definir y explicar el trabajo urbano. Más aún si en la industria se plasmaba el trabajo verdaderamente productivo, el sindicato representaba, a su vez, la forma más moderna y acabada de las relaciones obrero-patronales, de la representación de la lucha y los intereses de los trabajadores.

Irónicamente, el pensamiento marxista y el optimismo capitalista se fundieron para dar pie a las imágenes y figuras de corte unilineal que guiaron el pensamiento urbano-industrial durante un largo tiempo. No obstante, el desarrollo capitalista real había empezado a modificarse y contradecir a sus defensores y detractores. A mediados de los años ochenta los signos de un nuevo modelo industrial eran ya irrefutables.

El nuevo modelo industrial

Como ya es sabido, el nuevo modelo de acumulación de capital trasladó su dinamismo hacia sectores económicos, re-

giones geográficas y sistemas de trabajo inéditos. El transporte dejó de ser un criterio definitorio de localización y el mercado de trabajo adquirió una dimensión mundial: ya no había límites espaciales para la instalación de empresas, las cuales podían escoger el lugar más adecuado a sus diversas necesidades. En el caso de los bienes de consumo —prendas de vestir, calzado, juguetes, infinidad de accesorios domésticos y personales— no cabe duda de que la posibilidad de acceder a las sociedades pobres, donde abundaba la mano de obra barata —sin tradición de lucha ni de organización sindical—, que aceptara condiciones de trabajo inestables y flexibles, se convirtió en el criterio clave de localización.

De ese modo el Oriente ha renovado su tradición de venta a Occidente, ahora de productos manufacturados baratos. De Hong Kong, Corea, Singapur y Taiwán, empezaron a llegar a Estados Unidos y Europa los cargamentos de productos obtenidos gracias a este nuevo modelo de industrialización, el cual, por otra parte, parece haberse difundido amplia y profusamente en el tercer mundo.⁸⁷

En los últimos años se han incorporado al proceso nuevas regiones: en las tiendas de departamentos y supermercados de Francia, abundan las prendas de vestir que provienen de Guadalupe, las Islas Mauricio, Marruecos, Grecia, Rumania, Turquía; o los juguetes fabricados en China y Corea. En sus homólogas de los Estados Unidos, las etiquetas hablan cada vez de más productos chinos y se observan asimismo las prendas de vestir provenientes de Bangladesh, India, Pakistán, Sri Lanka, Taiwán y Corea.

Así las cosas, parecería que en las ramas de consumo la reconversión, modernización o reestructuración industrial significa curiosamente no tecnificar, no estandarizar procesos ni productos, sino recurrir a la ocupación masiva, cambiante e inestable de la mano de obra. La competencia abierta y despiadada es el principio y la norma en actividades que se guían por los criterios siempre de la moda, frente a mercados

⁸⁷ Fernando Fajnzylber, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Editorial Nueva Imagen, 1983.

que no se pueden —ni pretenden— controlar de manera total y directa. De allí que la rentabilidad y la ganancia (finalmente la posibilidad de permanecer en el negocio), radiquen en la capacidad de ser flexible, de cambiar con rapidez, de innovar con audacia y producir siempre a bajo costo.

México, ya se sabe, ha formado parte de este proceso por lo menos desde el inicio del Programa de Industrialización Fronteriza en 1965.⁸⁸ Las numerosas maquiladoras de ropa y calzado de la frontera norte (137 en 1979), abastecen una parte importante del mercado de consumo del área de California, EUA, principalmente.⁸⁹ El crecimiento de este tipo de empresa ha sido vertiginoso. En 1981 había en la frontera 601 plantas, donde trabajaban 130 973 personas.⁹⁰ En 1986 había en el país (salvo dos en Jalisco todas las demás estaban en los estados fronterizos del norte) 1 060 plantas maquiladoras que ocupaban a 260 mil personas.⁹¹

El conocimiento del crecimiento, la lógica, dinámica y sin duda las limitaciones de la industria maquiladora fronteriza articulada a la economía internacional, contrastan con lo poco que sabemos respecto de las industrias de "tierra adentro", es decir, de aquellas que tradicionalmente se han encargado de abastecer el mercado nacional de bienes de consumo. Sin embargo, parecería que aquí se ha dado también un proceso de reconversión y modernización que incluye y se define por la búsqueda de nuevos ámbitos de localización, de nuevas formas de articulación entre empresas de diferente envergadura, de nuevas relaciones de trabajo y de nuevos trabajadores.

En este sentido, habría que pensar si varios de los fenómenos detectados a principios de la década de los ochenta no eran en verdad expresiones de esa reconversión industrial

⁸⁸ Mario Arreola Woog, *El programa mexicano de maquiladoras. Una respuesta a las necesidades de la industria norteamericana*, Guadalajara, Instituto de Estudios Sociales, Universidad de Guadalajara, 1980.

⁸⁹ Roland Trabis, *Industrie et Politique à la Frontière Mexique-USA. Le cas de Nuevo Laredo 1966-1984*, Paris, Editions du CNRS, 1985.

⁹⁰ Manuel Martínez del Campo, *Industrialización en México*, México, El Colegio de México, 1985.

⁹¹ [Sin autor y sin título], *Excélsior*, 29 de octubre de 1986 [sin folio].

que obligó a rediseñar las estrategias empresariales. Hay que pensar también si la coexistencia entre empresas de diferente nivel, la recurrencia al trabajo a domicilio, no eran los atisbos, las primeras pero firmes señales de la implantación de un nuevo modelo industrial, de la reconversión hacia el mercado interno. Reconversión que encontró en la tradición regional de pequeñas empresas una cultura del trabajo en que apoyarse, y en la crisis urbano-industrial, una fuente de mano de obra y empresarios donde nutrirse.

Ciertamente en el transcurso de la década de los años setenta se suscitaron cambios que modificaron drásticamente el mercado y la estructura de comercialización de los bienes de consumo. Los nuevos vientos que llegaron del exterior fueron procesados localmente y modificados continuamente en una sociedad que, en quince años, pasó del auge a la peor crisis de su historia contemporánea. Este proceso creó situaciones diferentes para la producción, la obligó a redefinir su manera de trabajar, a concebir de manera distinta sus relaciones con los trabajadores. La reciente industrialización ha creado así nuevos empresarios y también nuevos trabajadores.

En los años setenta se vivió el auge de la tienda de departamentos: los sectores urbanos, en plena movilidad social, dieron la bienvenida a los grandes comercios como Sears, El Puerto de Liverpool y, mejor todavía, El Palacio de Hierro. Las grandes marcas volvieron sus ojos hacia esos polos dinámicos del consumo, desde donde se difundía la moda que, gracias a un permanente y eficiente sistema de endeudamiento, estaba al alcance de mucha gente.

La estructura de comercialización se basaba en la vieja división "genérica" de los departamentos —prendas, calzado, accesorios para dama, para caballero— y en el principio de que los adultos eran los principales consumidores y por lo tanto a los que había que dirigir productos y facilidades. Persistían, por supuesto, la tienda especializada de tipo genérico y la boutique, cuyo éxito dependía de la habilidad y el gusto de sus propietarios para combinar los artículos de varias marcas. El centro comercial, donde se entremezclaban ambos tipos de establecimientos, que convirtió así en el principal paseo urbano en ciudades que crecían perdiendo viejos lugares de recreo.

Poco a poco se abrió paso una nueva concepción, la cual cortó de un modo diferente y más dinámico el mercado: la edad de los consumidores. Noción que diluyó la división genérica hasta el punto de promover con gran éxito la moda unisex. Este cambio, de factura al parecer norteamericana, arraigó con enorme fuerza entre nosotros, un país de población joven, hijos de la bonanza de los años setenta o de reciente ingreso a un mercado de trabajo que les exigía lucir bien y a la moda. Gracias a las quincenas de secretarías, dependientes y empleados, se alcanzó la imagen de modernidad y buen gusto que buscaban muchas empresas.

En poco tiempo todo cambió. Ahora, a diferencia de lo que sucedía hace veinte años, son los adultos los que tratan de adaptarse a la moda que encabeza la gente joven. Así, las tiendas de departamentos han tenido que ampliar sus secciones destinadas a satisfacer dicha demanda. Este fenómeno es notable tanto en México como en Estados Unidos; en los países de Europa, en cambio, tiene menos vigencia.

Pero en realidad el epicentro de la moda se ha desplazado: se encuentra ahora en la boutique pequeña, de marca, dedicada a la venta de prendas juveniles de última moda, las cuales apenas duran una temporada. Pero no importa. Porque no hay una gran industria detrás: hoy por hoy, un buen diseño se manda a maquilar a las empresas ya establecidas. El paradigma de esta nueva etapa es sin duda la empresa italiana Benetton. En los últimos años se observa la aparición y proliferación de ese tipo de empresa comercial-industrial que logra colocar un producto de enorme éxito, con el que puede abanderar el mercado juvenil por uno o dos años, pero que luego se eclipsa hasta desaparecer. Ejemplos de ello serían Fiorucci, Guess, Esprit. Lo mismo sucede con el calzado, las joyas y los accesorios.

La crisis de un modelo, la crisis urbana

Pero en un país pobre como el nuestro, apenas una mínima parte de la población ha podido acceder de manera regular a ese nivel de consumo. Con la crisis desatada en México a

partir de 1982, menos aún. Esta nueva situación ha difundido al extremo tres modalidades tradicionales del mercado urbano que se han convertido ahora en los sistemas más exitosos de comercialización: el tianguis, la calle especializada y la venta a domicilio en abonos.

La clase media de la ciudad de México ha empezado a conocer y consumir en otros mercados y de hecho ha dinamizado viejos tianguis en las zonas populares del centro. Pero no sólo eso. En los mismos rumbos residenciales de la clase media, han comenzado a proliferar los tianguis que se instalan una o dos veces por semana y donde se encuentran prendas y accesorios de última moda a precios más reducidos que en los centros comerciales. La búsqueda de la "fayuca" encubre y amplía en grandes proporciones la producción nacional de centenares de bienes de consumo producidos en talleres urbanos y rurales.

Guadalajara, es bien sabido, es también un afamado centro comercial y tianguero. A los dos tianguis más sofisticados (Tepeyac y Santa Teresita) de prendas de vestir y accesorios acuden clientes de todo el occidente del país. A ello se suma una compleja red de casi cien tianguis que con diversas rutas cubren la demanda de los diferentes rumbos de la ciudad. En ellos trabajan entre veinte y veinticinco mil personas.⁹² El más grande de ellos es indudablemente "el Baratillo", mercado dominical que a lo largo de la calle 38 abarca las dieciocho cuadras que van desde la Calzada del Obrero hasta la calle de Gigantes. "El Baratillo" es un excelente punto para hacer contactos y para dar salida a la producción de mayoreo y menudeo de una gran variedad de talleres; así como para la venta de insumos, sobrantes y maquinaria de las pequeñas empresas de la ciudad y otras localidades.

En León —el epicentro manufacturero guanajuatense—, ha crecido de manera vertiginosa en los últimos años la "Línea de Fuego", tianguis dominical de ropa y sobre todo de calzado, originalmente de menudeo y popular. Pero en realidad, también ha cambiado de manera drástica aunque poco

⁹² [Sin autor y sin título], *El Informador*, 17 de junio de 1989 [sin folio].

perceptible: cada día incluye más la función de mayoreo, para una clientela originalmente más acomodada, pero que hoy tiene que buscar mejores precios, o dedicarse a la venta al detalle de calzado, prendas de vestir o accesorios.

El otro fenómeno comercial que tiende a proliferar en las grandes ciudades es la calle especializada en algún producto. Esteban Alatorre es en Guadalajara la calle del calzado. En el corazón de una vieja zona de talleres y cerca de una de las grandes avenidas de la ciudad, más de cien zapaterías cumplen simultáneamente las funciones de mayoreo y menudeo.

En los últimos dos años, en un extremo de la calle Medrano, también en la zona popular de Guadalajara, se ha iniciado la instalación de zapaterías que venden calzado popular de moda. El surgimiento de la calle "Medrano" como un importante centro de venta de ropa —diez cuadras de establecimientos comerciales— tiene que ver con la desarticulación de la añosa y densa red de calles dedicadas a la venta de prendas de vestir y bonetería anteriormente existentes en torno a la Central de Autobuses, la cual fue trasladada a la periferia tapatía. Sin embargo, los comerciantes procuran reconstruir en la nueva Central Camionera una zona comercial de mayoreo y menudeo, en donde se anuncian ofreciendo "lo mejor de Medrano, Centro, Zapotlanejo, Aguascalientes, Moroleón".⁹³

Y es que en verdad en varias ciudades pequeñas de la región, la función comercial ha crecido hasta apoderarse de ellas, hasta convertirlas en ciudades-tianguis. Estos serían los casos de Zapotlanejo, cerca de Guadalajara, para las prendas femeninas de tejido de punto; de Villa Hidalgo, en el extremo nororiental de los Altos de Jalisco, para las prendas femeninas y de bebé de tejido de punto; de San Miguel el Alto, en los Altos de Jalisco, para la ropa femenina y juvenil; de Moroleón, en el extremo sur-oriental de Guanajuato, dedicada cada vez más a la ropa femenina de confección; y, en menor medida, de Irapuato, la ciudad tradicionalmente fresera de Guanajuato, la cual es también un centro importante para la venta de pantalón masculino.

⁹³ Véase la publicidad del Centro Comercial Plaza Camichines, *El Informador*, *El Occidental*.

Al expandirse la función comercial de mayoreo, ha crecido también una compleja pero eficiente red de servicios urbanos, tales como el transporte, el hospedaje, los restaurantes y bancos, mismos que permiten recibir y atender a los clientes provenientes de todo el país. En la temporada navideña reciben también a los miles de mexicanos que viven en los Estados Unidos y que acuden como compradores al detalle o como mayoristas para, posteriormente, hacer negocio en Norteamérica.

Este crecimiento y especialización comercial se encuentra estrechamente vinculado al otro sistema de ventas difundido hasta la exacerbación de manera notable en los últimos años: la venta a domicilio y en abonos de todo tipo de prendas y objetos de consumo. No hay oficina o dependencia pública en la que las secretarías no gasten la mitad de su tiempo y de su quincena en la compra de mil y un productos. No hay barrio ni colonia donde algunas vecinas no se encarguen de ofrecer artículos mediante ese sistema de comercialización. La crisis ha hecho proliferar tanto la oferta como la demanda de este tipo de mercadeo: para las que lo ejercen, es una manera de completar ingresos, e incluso de vivir gracias a ellos; para las compradoras, se ha convertido en la principal, o muchas veces, en la única manera de vestir bien, de estar a la moda, de "estrenar" frente a precios cada vez más altos, créditos cada día más costosos.

En pocos años ha surgido una nueva cultura del consumo en las ciudades, una nueva geografía del comercio en la región. Fenómeno que encubre y desencadena procesos productivos inéditos.

Ya es cotidiana la alusión a la crisis de la industria nacional de bienes de consumo, particularmente en lo que se refiere a las prendas de vestir que registró una fuerte contracción entre 1982 y 1984 (tasas negativas de crecimiento de 7.3% en 1982; 2.0% en 1983 y 0.1% en 1984), descenso que, al parecer, comenzó a estabilizarse a partir de 1985.⁹⁴

⁹⁴ Véase INEGI, *La industria textil y del vestido en México 1976-1985*, México, SPP, 1986.

Las causas que se aducen son muy conocidas: baja de los salarios, que repercute directamente en la compra de ese tipo de bienes y, últimamente, la importación de ropa extranjera que resulta competitiva, aunque, se dice, es de mala calidad. A ello debe añadirse el permiso para la venta de ropa usada. En 1989 se calculaba que la venta de ropa había disminuido en un treinta por ciento y que, de seguir así la tendencia, "muchas empresas del ramo se verán en la necesidad de cerrar".⁹⁵

La gran industria parece particularmente golpeada. En 1988, en Calzado Canadá —el consorcio zapatero más grande del país—, se trabajaba menos de un turno y se producían apenas cuarenta mil pares diarios (39 900), cuando la fábrica tiene la capacidad de elaborar setenta mil pares cada día.⁹⁶ En los barrios populares se comentaba con azoro que los obreros salían de la fábrica a las once de la mañana. Entre 1987 y 1988, las ventas bajaron drásticamente: de 151 451 millones de pesos a 56 182; hecho que trajo una consecuente reducción de las ganancias: de 22 608 millones a 2 391 millones.⁹⁷

La combinación de la apertura comercial y la importación ilegal ha resultado peligrosa para esa rama industrial, que se vio obligada a reducir hasta un 60% su capacidad de producción durante 1989. Según estimaciones de la Cámara Nacional de la Industria del Calzado, y sus correspondientes de los estados de Guanajuato y Jalisco, por ambas vías ingresaron al país durante ese año doce millones de pares de zapatos.⁹⁸

En la mediana industria de prendas de vestir —aquella que, de acuerdo a la clasificación de Rojas Nieto, ocupa entre 164 y 166 trabajadores—, se advierte también la crisis; en años recientes era una de las que registraba una mayor capacidad ociosa.⁹⁹

⁹⁵ Declaración del presidente de la Cámara Nacional de la Industria del Vestido, en *La Jornada*, 9 de junio de 1989.

⁹⁶ [Sin autor y sin título], *La Jornada*, 13 de septiembre de 1988.

⁹⁷ *Op. cit.*

⁹⁸ Véase *La Jornada*, 7 de enero de 1989.

⁹⁹ José Antonio Rojas Nieto, "México: una industria en severa transición", *El Cotidiano*, núm. 31, México, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-A, septiembre-octubre de 1989, pp. 3-16.

Seguramente esto refleja el desplazamiento de capitales hacia ámbitos actualmente más rentables de la economía, pero no cabe duda que expresa, al mismo tiempo, una caída de la ganancia industrial en tales sectores. En ese nivel de empresas se han encontrado las mayores dificultades para adaptarse a los requerimientos que impone la nueva situación industrial: bajos costos y flexibilidad para cambiar de manera incesante y continua. En las grandes empresas existen fuertes inversiones en maquinaria, y se han congregado enormes contingentes de trabajadores de planta, bajo condiciones de trabajo mínimamente garantizadas y elementalmente respetadas, tales como salario, escalafón y definitividad en el puesto.

Pero el nuevo modelo industrial ha provocado la crisis de ese tipo de empleo y sus condiciones o, si se quiere, ha puesto en marcha un nuevo modelo de empleo y de condiciones de trabajo. En este esquema las empresas procuran abaratar los costos por varios caminos, pero en realidad corresponden a una única vía: el abaratamiento de la mano de obra. Gracias a la simplificación y segmentación de los procesos de trabajo ahora es posible y fácil reducir al mínimo la mano de obra estable y recurrir con mayor frecuencia a los trabajadores eventuales y al trabajo fuera de la empresa; es factible, asimismo, desvalorizar al extremo el trabajo obrero calificado, el cual es sustituido por la labor de jóvenes sin experiencia fácilmente intercambiables. Esta nueva situación coloca fuera de lugar a toda una estructura sindical fincada en el control de una mano de obra estable, calificada, con ciertos niveles de educación formal que se suponía era la que el capital requería.

Los despidos de obreros suscitados en las grandes y medianas empresas han hecho más ambiguas las supuestas ventajas de ese tipo de empleo, han mostrado de la manera más descarnada la debilidad y corrupción de las organizaciones sindicales. Trabajadores antiguos, bien calificados, han sido despedidos u hostilizados para que salgan de las empresas sin que nadie los defienda, sin que nadie les ayude a hacer valer sus derechos adquiridos. Esta situación ha tenido impacto en los trabajadores de reciente ingreso al mercado laboral. Obreros calificados jóvenes que reciben apenas el sa-

lario mínimo y observan su futuro en el de sus compañeros despedidos, han optado por abandonar el trabajo obtenido en las fábricas y los grandes talleres. En diciembre de 1989, don Joaquín Espinoza Camarena, presidente de la Cámara del Calzado de Guanajuato, señaló que existían veinticinco mil vacantes en la industria nacional de calzado, a pesar de que se ofrecían salarios superiores al mínimo general.¹⁰⁰

Al mismo tiempo las empresas grandes y medianas han empezado a reclutar personal con otras características y bajo otros principios. La educación formal y la calificación en el oficio han dejado de ser requisitos importantes. Hoy no se habla de calificación sino de "calidad" de la mano de obra. En este nuevo contexto, las normas actuales de contratación de personal en Guadalajara privilegian la conducta que se mide y determina por indicadores externos muy simples. Es decir, ningún muchacho con peinado a la moda (coleta), que masque chicle, porte grabadora o se presente a pedir trabajo con lentes oscuros (se presume que consume drogas y por eso oculta los ojos) será contratado. Tampoco las chicas que vistan minifalda, pantalón ceñido, adornos y peinados modernos —"estrafalarios" en las categorías empresariales—, uñas largas y pintadas. De esta forma no es extraño que los "chavos banda", o aquellos que lo parezcan por vestir a la moda de las colonias populares, no encuentren trabajo nunca. La exacerbación del atuendo y el comportamiento "banda" es también de alguna manera una protesta frente a las nuevas exigencias del mercado de trabajo obrero.

Hoy por hoy, ironías del destino, han empezado a ganar puntos en el mercado de trabajo obrero de Guadalajara aquellos que en las entrevistas resultan ser hijos de campesinos, y mejor aún si ellos son de extracción rural, los muchachos y muchachas que visten de manera "convencional". Los encargados de relaciones industriales no se cansan de ponderar las virtudes laborales de la gente del campo. Según ellos, éstos son trabajadores, juiciosos, respetuosos y bien dispuestos. De hecho, industriales de Guadalajara y León han

¹⁰⁰ Véase *Excelsior*, 21 de diciembre de 1989.

empezado a acudir a los pueblos de los Altos de Jalisco y del Bajío guanajuatense en busca de trabajadores para sus empresas de ropa y calzado. Ellos conocen muy bien los lugares donde hay talleres y allí han empezado a reclutar nuevos obreros y obreras que la red de parientes urbanos permite acoger en la ciudad.

Las situaciones que imperan en la gran y mediana industrias contrastan con las que se viven en los talleres. En términos macroeconómicos se verifica que la microindustria y la pequeña industria del calzado y prendas de vestir son las que mantienen mayores márgenes de capacidad ocupados.¹⁰¹ Y es que en estos ámbitos ha sido mucho más fácil adaptarse y adecuar a los trabajadores a las nuevas exigencias. La pequeña empresa nunca ha dispuesto de créditos o grandes apoyos para la compra de maquinaria o equipo complejo, de modo que siempre ha recurrido al ingenio y a la utilización de mano de obra para adecuarse a los cambios que impone la moda o la difusión de nuevos productos. Frente al nuevo modelo de industrialización esta tradición de la industria de pequeña escala ha resultado en verdad todo un activo. Por lo demás, en la región occidental del país la cultura obrera se forjó en las reglas del juego propias de la pequeña empresa, y no tanto en la matriz de la gran industria. Así, los trabajadores de Guadalajara y León están familiarizados con el trabajo a destajo, los salarios fluctuantes, el empleo inestable, los favores que hacen las veces de prestaciones, el trabajo a domicilio, la colaboración familiar, la negociación personal respecto al salario y demás apoyos, más que con las condiciones que se supone imperan en la gran industria a través de los sindicatos.

De este modo, los trabajadores aceptan con naturalidad las peculiaridades y limitaciones del empleo en ese tipo de empresas, lo cual resulta muy conveniente al nuevo modelo de desarrollo. Llevar una buena relación con el dueño de un taller es como un seguro de vida y de desempleo: es una alternativa de trabajo, de empleo para otros miembros de la fa-

¹⁰¹ José Antonio Rojas Nieto, *op. cit.*

milia u otros parientes, de ingresos extra, de ayuda económica en un sentido difuso pero que se concreta tantas veces como es necesario y de manera oportuna.

Sin embargo, en las colonias populares no deja de advertirse una crisis del empleo y sobre todo del salario, fenómeno que ha suscitado y acumulado sus efectos en los últimos años de la década de los ochenta, algunos muy conocidos y documentados, otros más sutiles. En el primer lustro de esta década se decía que la crisis había sido enfrentada en Guadalajara a través de tres mecanismos: la intensificación de la migración hacia los Estados Unidos y la importancia creciente de esos ingresos en la economía familiar de los sectores populares; la presión sobre las pequeñas empresas como espacios de trabajo para cada vez más miembros de las unidades domésticas y, finalmente, la tendencia de las familias a ocupar a todos sus integrantes en actividades y quehaceres que les permitieran algún ingreso económico al mismo tiempo.¹⁰²

Estos caminos de sobrevivencia, se decía, formaban parte de la tradición, tapatía. Lo que resultaba novedoso con la crisis de los ochenta era la puesta en marcha de todos los mecanismos simultáneamente, es decir, la imposibilidad de mantener reservas de recursos, restricciones socioculturales. Para hacer posible esa situación había sido necesario aligerar ciertos mecanismos, como el control ideológico sobre las mujeres que habían entrado a cubrir nuevos puestos de trabajo y a crear otros, particularmente en el pequeño comercio urbano, el rural-urbano y el de exportación hormiga hacia Estados Unidos.¹⁰³

Las historias de la gente de San Onofre, una colonia popular del oriente de Guadalajara, muestran en 1989 la continuidad de ese proceso y la aparición de nuevas formas para enfrentar la acumulación de tiempos malos. En general se advierte un fuerte deterioro en las condiciones de vida. Familias

¹⁰² Patricia Arias y Jorge Durand, "El impacto regional de la crisis", *Relaciones*, vol. vi, núm. 22, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985, pp. 43-64.

¹⁰³ *Ibidem.*

con varios hijos que aportan algún ingreso económico no han podido realizar inversiones o gastos que hicieron hace diez años, cuando menos brazos trabajaban. La vejez de muebles e inmuebles se deja sentir en los cuartos, las fachadas.

Se nota también un deterioro en las condiciones de la vivienda. A fines de los años setenta, una pareja recién formada podía aspirar a independizarse en poco tiempo: con la compra de un lote barato en una zona sin urbanizar y la autoconstrucción por etapas, un matrimonio joven donde ambos trabajaban podía empezar a vivir por su cuenta a los cinco años de haber comenzado su vida en común. Independencia que representaba en verdad una conquista femenina ya que eran las mujeres las más expuestas a los innumerables conflictos que incubaba la coresidencia. Hoy esto no es posible. Las parejas jóvenes parecen condenadas a perpetuarse en casa de sus familias de origen. La construcción de innumerables pisos y cuartos en las casas de los padres dan cuenta de este regreso a una condición urbana que se creía superada.

Se observa asimismo el inicio de un nuevo fenómeno. Por lo regular la ciudad aparecía como un lugar de destino, donde se quería permanecer y organizar el futuro, sobre todo para los trabajadores calificados en oficios que habían gozado siempre de diversas alternativas de trabajo y salario. Hoy ya no es así. Familias que no tenían ninguna tradición migratoria han comenzado a desplazarse hacia los Estados Unidos, e incluso hasta Canadá, con el fin de integrarse a sus mercados laborales.

Al mismo tiempo, la gente ha empezado a preguntarse, como nunca antes, por las posibilidades de vida en lugares más pequeños de la república, es decir, en las localidades de origen que un día abandonaron. Los más desamparados para esta posibilidad parecen ser los que quemaron las naves con el pasado, es decir, las parejas que se formaron con personas de muy diferentes lugares y relajaron hasta diluir los lazos con los pasados rurales de ambos.

Una situación que parece haber cambiado también es la que se refiere a la permanencia en el empleo, lo cual era en 1983 un objetivo importante. En 1989 se advierte más bien la tendencia al abandono del trabajo industrial por parte de los

obreros calificados. Los patrones se han atrincherado en la legalidad del salario mínimo y los trabajadores, sobre todo los jóvenes, han tenido que desertar ya que ese salario sólo rige en la industria y en los grandes establecimientos de servicio. Con ello se ha empezado a perder una generación de obreros calificados en las ramas características del desarrollo industrial tapatío o leonés, como el calzado, la confección y el tejido, la carpintería y la joyería.

Los jóvenes reconocen que existe oferta de puestos en las fábricas, pero les resulta difícil aceptar las condiciones laborales, particularmente la que se refiere al salario. Así pues, prefieren engrosar las filas del desempleo o ingresar a las actividades productivas de pequeña escala, pero sobre todo iniciarse en el comercio y los servicios que operan al margen de los precios establecidos. Es aquí donde es posible definir con mayor ventaja para ellos el precio de los bienes y servicios que ofrecen. Este proceso ha sido detectado ya en encuestas de amplitud nacional.¹⁰⁴

Ante esta nueva condición salarial, la conservación de un empleo estable asume también otro aspecto: se justifica sólo si deja el tiempo necesario para desempeñar otra actividad. Hacia allá se orienta una de las demandas obreras de hoy, es decir, hacia la reducción al mínimo de la jornada laboral en los grandes establecimientos.

Así, la combinación actual "ideal" en Guadalajara y León consiste en desempeñar dos o más trabajos por cuenta propia, combinación donde las mujeres y los niños han resultado especialmente aptos para lograrlo; una mezcla de maquila domiciliar, venta de ropa en abonos y la ayuda nocturna en alguna cenaduría garantizan más de tres salarios mínimos de ingreso mensual. Para los hombres, una mixtura de trabajo en un taller y de colaboración con un mecánico, electricista o fontanero logra un resultado económico similar.

El costo de esta combinación es sin duda alto para las familias trabajadoras, sobre todo en lo que se refiere a los niños. Hace diez años las familias procuraban excluir a los

¹⁰⁴ Véase *Proceso*, 11 de septiembre de 1989.

pequeños del mercado de trabajo en favor de una educación que, así lo pensaban, les garantizaría un mejor futuro. Pero entre una realidad que mostró que eso no era siempre, en realidad casi nunca, posible, y la crisis, los niños volvieron a convertirse en un recurso para conseguir o aceptar más trabajo en la familia. La vida y los quehaceres urbanos se deterioran y no se observan señales de mejoría.

El retorno al campo

Al mismo tiempo la crisis urbana y el nuevo modelo industrial apuntan desde diferentes ángulos hacia el medio rural. Si antes fueron los obreros quienes se trasladaron en busca de trabajo, ahora es el capital el que se desplaza en busca de los trabajadores y las condiciones más favorables. Se observa así un movimiento generalizado de ciertas actividades productivas hacia poblaciones pequeñas enclavadas en zonas rurales. Tal es el caso de la fabricación de esferas navideñas, dulces, globos, balones y guantes, que prácticamente han desaparecido de la vida urbana.

En otras actividades las empresas grandes y medianas han descubierto desde hace varios años la conveniencia de separar el proceso productivo enviando al campo la etapa donde se ocupa más mano de obra, es decir, la fase de la confección en el caso de las prendas de vestir; del despunte en el ejemplo del calzado; del tejido cuando se trata de artículos de punto. El sistema se ha difundido mediante dos modalidades: la instalación de maquiladoras, propiedad de las empresas urbanas, y la celebración de contratos con maquiladores o industriales independientes.

Así por ejemplo, desde hace diez años aproximadamente, el pantalón de la empresa Dalton de Guadalajara se confecciona en Pegueros, una pequeña localidad de los Altos de Jalisco. A la primera maquiladora de esa fábrica se sumó, hace cuatro años, otra que en 1989 empleaba cuarenta mujeres y un solo hombre, el revisador. El pantalón se lleva cortado a Pegueros donde las mujeres de la maquiladora lo cosen, le

ponen los botones y la etiqueta; posteriormente, la encargada lo regresa terminado (cada semana) a Guadalajara.

Aunque ciertamente el sistema más difundido es el del maquilador o fabricante independiente, quien recibe pedidos de tres o más fábricas al mismo tiempo o los combina de manera sucesiva. En el nuevo contexto industrial, las fábricas y talleres rurales han empezado a ser muy solicitados por las empresas comerciales e industriales que operan con productos "de marca", basados en la calidad o fama del diseño.

La empresa Dalton recurre también a este sistema. En 1986 un taller de San José de Gracia (pequeña localidad de los Altos de Jalisco) le maquilaba la camisa de invierno para hombre. En el taller había cuarenta trabajadoras y una encargada que conocía bien el oficio porque había sido supervisora de Dalton en Guadalajara. El propietario de la maquiladora era un ingeniero de la región que había estudiado en la capital de ese estado pero que finalmente había optado por continuar en una actividad que había conocido como estudiante, cuando se ayudaba a pagar sus estudios con la venta de productos de los talleres de Tepetitlán en Guadalajara.

Esta trayectoria se repite con frecuencia. Llama la atención la presencia de jóvenes profesionales —ingenieros, licenciados, arquitectos— al frente de maquiladoras y talleres independientes. Varios de los actuales empresarios son originarios de pueblos o pequeñas ciudades que estudiaron en Guadalajara o León, pero que no encontraron en dichas ciudades el empleo o las condiciones de trabajo que esperaban, de acuerdo a sus habilidades y expectativas. El retorno a la sociedad rural, insertos en el nuevo modelo de industrialización, ha sido una de las formas de enfrentar otro ámbito de la crisis urbana: el desempleo o descalificación que se experimenta en algunas de las profesiones tradicionales en las grandes ciudades.

Pero en verdad el nuevo modelo industrial parece haber sido la gran alternativa para la pequeña empresa urbana de independizarse, de regresar a su tierra. La necesidad de abaratar costos, de eludir al Estado y los sindicatos, fueron las primeras razones "empresariales" que impulsaron el retorno de muchos pequeños empresarios a su tierra. Allí podían pro-

ducir lo mismo, más barato y vivir mejor. Y es que para los pequeños empresarios urbanos la calidad de vida en las ciudades experimentó un gran deterioro. Ellos vivían en colonias populares de las ciudades México, Guadalajara o León donde empezaban a proliferar el desempleo y la desesperanza que no auguraba un buen futuro para hijos e hijas.

Para volver a su lugar de origen o desplazarse hacia alguna localidad cercana, aprovecharon alguna coyuntura familiar o un préstamo del industrial o comerciante para el que trabajaban. Una vez conseguido esto, en poco tiempo comenzaron a trabajar por su cuenta y con mayor independencia que en la ciudad, gracias sobre todo a la nueva dinámica imperante en su actual lugar de residencia: proliferación de pequeñas empresas de artículos terminados e insumos y maquinaria para producirlos; redes de información, servicios y sistemas de transporte eficientes y, finalmente, desarrollo de centros de mercadeo regionales con nuevos mecanismos de acceso a los grandes mercados urbanos.

Evidentemente en las zonas rurales del occidente la mano de obra es más barata que en las ciudades, incluso de manera legal, por lo menos hasta hace muy poco. Todavía en 1985 los salarios que se asignaban al área metropolitana de Guadalajara eran superiores en un diez por ciento a los del centro de Jalisco y Guanajuato, mismos que eran, a su vez, más elevados (diez por ciento) que los vigentes en los Altos de Jalisco, y las demás zonas de Guanajuato, Michoacán, el Bajío y el norte de Guanajuato (cuadro 13).

A partir de 1986 se unificaron los salarios de todas las regiones, salvo el de la zona metropolitana de Guadalajara, que permaneció casi un quince por ciento más elevado que el resto.¹⁰⁵ Aunque formalmente se señala que el salario de trabajo a domicilio es entre un veinte y un treinta por ciento superior al de un establecimiento, en la práctica sucede exactamente al revés. Ningún trabajador a domicilio sabe de esta diferencia y mucho menos resulta favorecido por ella. Más bien allí se supone que el trabajo a domicilio debe ser el peor remunerado.

¹⁰⁵ Véase cuadro 13.

Pero esto siempre se ha sabido. Al parecer lo que resulta crucial ahora es la posibilidad de adecuar la cantidad de personal al ritmo de la demanda, al movimiento de los pedidos sin que esto acarree problemas laborales y negociaciones sindicales. El objetivo hoy es reducir o interrumpir la producción al menor costo posible. La producción requiere flexibilidad y fluidez en el uso de la mano de obra.

Día a día se observa con mayor nitidez la tendencia empresarial a trabajar bajo pedido, nadie quiere guardar *stock*, montos almacenables. Así los requerimientos de mano de obra suelen registrar fuertes fluctuaciones a lo largo de un año, de acuerdo a las temporadas de cada producto. Condiciones de trabajo que atentan contra las necesidades, derechos y conquistas reconocidos de los trabajadores urbanos: trabajo seguro y estable, ingreso regular; pero que han encontrado en las zonas rurales y en el surgimiento de nuevos tipos de trabajadores un ámbito adecuado para prosperar.

Así las cosas, después de varias décadas distantes se ha iniciado el reencuentro de las tradiciones rurales y urbanas de trabajo. Tradiciones hechas con base en actividades de pequeña escala, de combinación de quehaceres, de flexibilidad y sagacidad para adaptarse a situaciones azarosas que, ante la crisis y la reestructuración industrial que hoy se entremezclan, han resultado ser un gran activo cultural para la gente del occidente del país.

En este sentido, Guadalajara parece ser la ciudad que ha sorteado la crisis en mejores condiciones que otras, en parte por el tamaño y la orientación de su estructura industrial y comercial, en parte por su nueva y renovada vinculación con la sociedad rural.

Quizá León —ciudad más especializada en una sola manufactura— sería un ejemplo equivalente. Allí Bazán (*et al.*), Labarthe y Calleja (*et al.*),¹⁰⁶ han trazado los rasgos de una

¹⁰⁶ Lucía Bazán *et al.*, *La situación de los obreros del calzado en León, Guanajuato*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1988; María de la Cruz Labarthe, "León, Guanajuato, el surgimiento de una ciudad industrial", *Norcentro*, núms. 1-2, León, El Colegio del Bajío, 1984, pp. 105-124; María de la Cruz Labarthe, *Notas sobre el proceso de industrialización de León. Autobiografía de un obrero del calzado*, León,

historia industrial de algún modo similar a la tapatía en sus porfiadas articulaciones, aunque al mismo tiempo con sus peculiaridades y complejidades. Porque en León las industrias del calzado y conexas son mucho más permeables que las tapatías a la combinación con el capital extranjero, a la implantación de proyectos empresariales colectivos que abarcan y controlan cada vez más ámbitos de la producción, el abasto de insumos y la comercialización.

Aguascalientes es otra ciudad que ha enfrentado con éxito los cambios de los últimos años. El desarrollo simultáneo de ramas tradicionales —sobre todo del tejido y la confección— y de industrias extranjeras en actividades “modernas” como la electrónica y la automotriz, ha dado lugar a un acelerado crecimiento demográfico y económico de la capital de ese pequeño estado.¹⁰⁷

Así, la industrialización con base en ramas tradicionales, pero muy modernizadas en el sentido antes mencionado —tecnificación y flexibilidad—, y la orientación al mercado interno, parece ser otra vez una vía posible de desarrollo más o menos sostenido; camino quizá poco espectacular, pero al mismo tiempo menos sometido a los grandes altibajos que conllevan otros modelos. La crisis económica y laboral que vive una ciudad, hasta hace poco envidiablemente próspera, como la petrolera Salamanca, en Guanajuato, es un buen ejemplo de las dificultades de la sobreespecialización de gran escala, como de la dependencia económica y política del Estado.

Pero sin duda estas apreciaciones dejan al margen muchas otras. Lo que sucede es que casi no se conocen los procesos urbanos de otras ciudades. El recorrido bibliográfico ha comprobado lo mucho que se sabe y se puede seguir estudiando sobre Guadalajara, pero, asimismo, lo poco que se puede decir acerca de otras ciudades del país.

El Colegio del Bajío, Cuadernos de Investigación, 1985; Margarita Calleja, Celia Falomir y Francisco Madrazo, *Unidad doméstica y organización del trabajo de la industria del calzado en León, Guanajuato*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1980.

¹⁰⁷ Mario Bassols Ricárdez y Javier Delgadillo Macías, “Aguascalientes. Entre la modernización y la crisis”, *Ciudades*, núm. 1, México, 1989, pp. 24-30, revista trimestral de la Red Nacional de Investigación Urbana.

CAPÍTULO

3

Una historia microrregional
del trabajo

Primer momento (1600-1810)

Las localidades de San Francisco del Rincón, Purísima del Rincón y San Pedro Piedra Gorda, fueron fundadas en el transcurso del siglo XVII. San Francisco fue fundado en 1605, según Brading, o en 1607, según un cronista local;¹ Purísima en 1638,² aunque obtuvo su reconocimiento virreinal hasta 1648;³ y la congregación de San Pedro Piedra Gorda en 1684 (cuadro 14).

Sin embargo, su poblamiento más consistente y la puesta en marcha de los procesos e instituciones que empezaron a configurar la especificidad de esa porción del Bajío occidental y sus mecanismos de articulación con otros espacios, parecen ser más bien un producto de las postrimerías del periodo colonial. En este sentido, la microrregión del Rincón fue seguramente una de las últimas áreas de expansión de ese proceso de desplazamiento de la agricultura hacia el Bajío que se dio en la segunda mitad del siglo XVIII y que con-

¹ David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío, León 1700-1860*; José M. Murillo, *San Francisco del Rincón. El 3er. centenario de su fundación*, México, Mexican Paper Company, 1907; Rosa Alicia Pérez Luque, “Delimitación territorial entre Nueva España y Nueva Galicia y la configuración geográfica de Guanajuato”, José Luis Lara Valdés (coord.), *Guanajuato historiografía*, León, El Colegio del Bajío, 1988, pp. 197-204.

² Esta es la fecha señalada por Murillo, interesado en que Purísima no antecedería a San Francisco del Rincón.

³ David A. Brading, *op. cit.*

virtió a las feraces tierras bajas, desde San Juan del Río hasta el lago de Chapala, en la principal área abastecedora de los productos agrícolas demandados por la ciudad de México.⁴

Al aumento de los requerimientos agrícolas extralocales, se añadió el crecimiento y complejidad de las necesidades regionales. Como es bien sabido, la minería de plata enclavada en un estrechísimo valle de la sierra central de Guanajuato, exigió un amplio territorio que proveyera los variados y cuantiosos bienes que en ella no se producían ni elaboraban.

De este modo, ambos estímulos reforzaron la urbanización y el crecimiento demográfico de una red de doce pequeñas ciudades abajeñas, ocho de las cuales corresponden a lo que desde el siglo XIX se convirtió en el estado de Guanajuato.⁵

Crecimiento que favoreció el desarrollo de cierta especialización manufacturera en varias de ellas: la curtiduría y talabartería en Acámbaro, León y San Miguel el Grande; los textiles en Celaya, León, Salamanca, San Miguel el Grande, Silao, Yuriria y la herrería en San Miguel. Incluso en poblaciones muy pequeñas, como La Piedad, se producían tejidos de algodón y lana; y en todo el Partido (que incluía a Yurécuaro, Tanhuato, Ecuandureo y Zináparo), se elaboraban semanalmente seiscientas piezas de manta y veinte arrobas de algodón en doscientos telares.⁶ Así, la región del Bajío se convirtió en la "principal procesadora o transformadora de fibras, pieles, ropa y arreos del virreinato";⁷ producción de diversos artículos de consumo basada al parecer en una matriz manufacturera de pequeña escala, en talleres donde las labores se retribuían con salario, donde había división del trabajo.

⁴ Claude Bataillon, "Poblamiento y población en la regionalización de México", varios autores, *Seminario sobre regiones y desarrollo en México*, México, UNAM, 1973, pp. 45-70; David Brading, *op. cit.*; Luis González, "Ciudades y villas del Bajío en el siglo XVIII"; Alejandra Moreno Toscano, "El paisaje rural y las ciudades: dos perspectivas de la geografía histórica", *Historia Mexicana*, núm. 82, vol. XXI, México, El Colegio de México, 1971, pp. 242-268.

⁵ Luis González, *op. cit.*; Philip W. Powell, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, FCE, 1985; Eric R. Wolf, "El Bajío en el siglo XVII..."

⁶ Juan José Martínez de Lejarza, *Análisis estadístico de la provincia de Michoacán en 1822*, Morelia, Fimax Publicistas, 1974.

⁷ Luis González, *op. cit.*

El auge agrícola-minero propició también una consistente actividad comercial intra y extrarregional, un temprano y arraigado comportamiento mercantil de los productores y una orientación siempre comercial de la producción; estimuló asimismo la creación de una buena infraestructura de comunicaciones internas y externas.

Se suscitó así un modelo urbano donde la cercanía entre las ciudades no fue un estorbo para la viabilidad de cada una ni para que se llevaran a cabo otras actividades. De hecho la manufactura o el comercio prosperaron en convivencia con el desarrollo agrícola de cada ciudad, sobre todo de aquellas que como León, enclavada en el mejor Bajío, vio avanzar desde mediados del siglo XVIII el sistema de haciendas agroganaderas, en detrimento de la pequeña propiedad ranchera antes prevaleciente. Ya para fines de esa centuria, veintiséis haciendas y cincuenta y seis ranchos dominaban el paisaje agrario leonés.⁸

El crecimiento poblacional de la microrregión del Rincón y el interés mercantil hacia ella, experimentados en la segunda mitad del siglo XVIII, correspondió, sugiere Brading,⁹ a la bonanza regional que hizo rentable la inversión en las tierras más alejadas y menos pródigas del Bajío. Un río modesto, el Turbio, que nace en la sierra leonesa de Comanja, recorre casi todo el Rincón, desde San Francisco hasta Doblado. De allí se desplaza hacia Pénjamo, para desembocar en el Lerma.¹⁰ En verdad ese extremo del eje neovolcánico, llamado hoy subprovincia Altos de Jalisco, es una de las zonas de menor importancia agrícola en esa región fisiográfica.¹¹

De hecho, más de una tercera parte (572.28 km) del territorio se considera no apto para la agricultura.¹² Aunque la precipitación es apropiada (entre 600 y 800 mm, y un poco

⁸ David A. Brading, *op. cit.*

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ Departamento de Culturas Populares, *op. cit.*

¹¹ Secretaría de Programación y Presupuesto, *Síntesis geográfica de Guanajuato y Anexo cartográfico*, México, Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática, 1980.

¹² *Ibidem.*

más de 800 mm en Manuel Doblado) los suelos someros y pedregosos y las "pendientes irregulares y abruptas" impiden el buen desarrollo de la agricultura. En el paisaje predominan las llanuras (San Francisco) y mesetas (Purísima y Manuel Doblado), con el telón de fondo de la serranía de los Altos de Jalisco. La parte agrícola más apta se encuentra al norte de San Francisco, es decir, hacia las tierras de León. En el extremo oriental, cerca a los Altos, desde Purísima hasta Manuel Doblado, predomina la vegetación natural (matorral subtropical, pastizal y bosque).¹³

En estas condiciones no es de extrañar que hasta mediados del siglo XVIII el escenario rural y agrario de la microrregión fuera bastante simple. Estaban las tierras que ocupaba y trabajaba la poca población de indios y mestizos de cada localidad. En San Francisco y Purísima, "la mayor parte del campo permanecía sin arar a principios del siglo XVIII" y el distrito "con excepción de dos sitios grandes... pertenecía a menos de nueve familias".¹⁴

El escenario era compartido con tres grandes haciendas dedicadas sobre todo a la ganadería, que proporcionaba la fuerza de tracción, el transporte y la carga que requería la agricultura de la época.¹⁵

A un lado de Manuel Doblado se encontraba Santa Ana Pacueco, propiedad agraria que se empezó a formar desde el principio del periodo colonial, y que ya para mediados del siglo XVII tenía tierras en los estados hoy de Guanajuato, Jalisco y en menor medida en Michoacán.¹⁶ Comprada a principios del siglo XVIII por los Sánchez de Tagle, marqueses de Altamira y comerciantes de la ciudad de México, la hacienda fue manejada por administradores generales que recurrían al

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ David A. Brading, *op. cit.*

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ Ricardo Lancaster-Jones, "La hacienda de Santa Ana Pacueco", en *Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, vol. xi, núms. 4-5, Guadalajara, 1951, pp. 149-178 y *Haciendas de Jalisco y alrededores (1506-1821)*, Guadalajara, Financiera Aceptaciones, S.A., 1974; véase también Isauro Rionda Arreguín, *Haciendas de Guanajuato*, Guanajuato, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1985.

arrendamiento como sistema de trabajo. Así, en algún momento del periodo borbónico, dice Rionda, tuvo sesenta y seis arrendatarios y veinte residentes españoles.¹⁷ Posteriormente, en 1756, contaba con cuarenta y nueve arrendatarios en sus tierras del poniente (en los Altos de Jalisco); desde San Gerónimo, "Guáscato", pueblo y sierra de Ayo el Chico, Cerro Gordo y en los llanos de lo que hoy son las poblaciones de Degollado y Arandas, que en aquel entonces no existían.

La enorme hacienda producía maíz en las tierras bajas que se extendían más allá de Pénjamo, en el Bajío guanajuatense, y ganado vacuno en los cuarenta sitios grandes situados en las cercanías de lo que más tarde sería Arandas en los Altos de Jalisco.¹⁸ Era sobre todo una hacienda ganadera, productora de cantidades enormes de pieles, sebo y carne.¹⁹

En ese mismo rumbo, hacia Ciudad Manuel Doblado, se encontraba otra gran propiedad agraria, la del Mariscal de Castilla, "...el hacendado más poderoso de la intendencia de Guanajuato a finales del siglo XVIII".²⁰ El mariscal llegó a tener tres conjuntos de propiedades, uno de los cuales se constituyó en las proximidades del río Turbio en tierras de los distritos de Pénjamo y los otros tanto en Piedra Gorda — donde tenía la gran hacienda Concepción —, como en el Rincón, propiedad ésta que se prolongaba incluso más allá de los límites con Jalisco.²¹ En total era una propiedad que "...abarca cuando menos cien sitios pequeños, tal vez contiguos",²² que se utilizaba, sugiere Lancaster-Jones, como potrero y que en un momento (1688) tuvo un conflicto de tierras con su vecina Jalpa.

Porque la otra gran propiedad que se encontraba en tierras de Piedra Gorda, también vecina de Santa Ana Pacue-

¹⁷ Isauro Rionda Arreguín, *op. cit.*

¹⁸ David A. Brading, "La estructura de la producción agrícola en el Bajío de 1700 a 1850", *Historia Mexicana*, núm. 90, vol. xxiii, México, El Colegio de México, 1973, pp. 197-237. Apareció también en varios autores *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, pp. 105-131.

¹⁹ Ricardo Lancaster-Jones, *Haciendas de Jalisco...*

²⁰ David A. Brading, *op. cit.*

²¹ *Ibidem.*

²² *Ibidem.*

co, y a medio camino de Purísima y San Francisco, era precisamente la hacienda de Jalpa, la única cuyo casco se ha conservado en buen estado hasta la actualidad. Formada a principios del periodo colonial a partir de cuatro sitios grandes, a comienzos del siglo XVII, llegó a tener dieciséis sitios grandes "...situados en el distrito que más tarde se llamaría Los Arandas".²³ De hecho, dos terceras partes de la hacienda se encontraban en tierras alteñas, y sólo una tercera parte correspondía al Bajío guanajuatense en una porción regada por el río Turbio.²⁴ Una "composición" de las tierras de Jalpa en 1693, le reconoció dieciséis sitios de ganado mayor en Nueva Galicia.²⁵

A mediados del siglo XVII, la hacienda se dedicaba sobre todo a la ganadería, es decir, a la cría de "becerros, muletas, potros y potrancas, además de caballos y yeguas, corderos, cerdos y borregos",²⁶ mismos que se destinaban en parte al mercado de la ciudad de México. El resto se quedaba en la misma hacienda para el pago en especie por la compra de diversos artículos. La producción agrícola estaba restringida al maíz y el frijol, de la cual un 40% se consumía en la misma hacienda, y el 60% se vendía a los comerciantes de las ciudades de México, Puebla, Querétaro, Campeche, Michoacán, Guadalajara, Lagos, Purísima y San Francisco.

Aparte de los peones alquilados que se reclutaban en León y en el Rincón, la hacienda solía recurrir al arrendamiento de parte de sus tierras. Al parecer, los trabajadores, incluso los residentes, como los indígenas de San Francisco, contaban de igual modo con sus propios ranchos dentro de la hacienda, por lo que quizá, dice Rodríguez Gómez, "...no sería demasiado aventurado pensar que parte del salario de estos trabajadores lo constituía el préstamo de tierras para su subsistencia".²⁷

²³ *Ibidem* y también María Guadalupe Rodríguez Gómez, *Jalpa y San Juan de los Oates*, León, El Colegio del Bajío, 1984.

²⁴ María Guadalupe Rodríguez Gómez, *op. cit.*

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibidem*.

Con los cambios de propietarios hacia fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, cuando Jalpa pasó a manos de comerciantes de la ciudad de México, hubo un incremento de la producción agrícola en las tierras abajeñas de la hacienda, aunque sin menoscabar su orientación ganadera, para la cual tenía muy bien definidos los territorios de cría. En las tierras altas de Jalisco, en los "criaderos de ganado", se encontraba el ganado mayor ("caballos, yeguas, potros, yeguas aburradas, burros, mulas-machos, toros, vacas, becerros"), y en las tierras aladañas a Jalpa, en la hacienda propiamente, pasaba el ganado menor (chivatos, ovejas de vientre, carneros, primales, borregos de gruesa, corderos).²⁸

Al parecer durante el siglo XVIII las haciendas aumentaron paulatinamente su producción agrícola, sobre todo de trigo. En Jalpa, la construcción de varias presas pequeñas y una bastante grande (la Presa Vieja, con una capacidad de 15 000 m³),²⁹ hizo posible una mejor explotación de las tierras abajeñas de la hacienda. El trigo se vendía en diferentes plazas de la región y fuera de ella: Cuernavaca, Guanajuato, Comanja, San Juan de los Lagos, Guadalajara, Aguascalientes, Zacatecas y Durango. No obstante, hasta mediados del siglo la ganadería siguió siendo su principal actividad. Aparte de los animales propios, dice Rodríguez Gómez,³⁰ hay testimonios de que la hacienda solía completar con compras externas los pedidos que recibía. Asimismo, como en el siglo anterior, otra constante en la historia jalpeña del XVIII fue el arrendamiento, que permitió a la hacienda mantener sus tierras en actividad y contar con la liquidez que le proporcionaban los arrendatarios.

Como se ha mencionado, durante el siglo XVIII Santa Ana Pacueco también recurría al arrendamiento de tierras, en especial de las más alejadas del casco; única manera, dice Lancaster-Jones³¹ en que era posible administrar "tan grandes extensiones de terrenos".

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Collado, *op. cit.*

³⁰ María Guadalupe Rodríguez Gómez, *op. cit.*

³¹ *Ibidem*.

Esta situación se daba también en propiedades más pequeñas. En 1733, el propietario de la Sarteneja, una hacienda francorrinconense, que incluía un sitio grande, mencionó que en su propiedad había "varias rancherías de arrendatarios".³²

La bonanza regional hizo costeable la realización de nuevas obras hidráulicas que incorporaron otras tierras al cultivo, con lo que, de hecho, se expandió la superficie agrícola, aunque sin que se dejase de lado la actividad pecuaria, mantenida siempre por una cultura ganadera acuñada en lo accidentado y pobre de la mayor parte de la microrregión.

La hacienda de Jalpa, la más estudiada de las tres, aumentó su siembra y venta de trigo, grano que experimentó una gran demanda en esos años y al que se dedicaron con ventaja las haciendas abajeñas que gracias al riego podían producirlo en mejores condiciones que otros cultivadores.³³ La hacienda continuó recurriendo al arrendamiento incluso para uso agrícola. En 1776 había en Jalpa veintinueve arrendatarios, con sesenta y dos arrimados que se dedicaban a las labores agrícolas.³⁴

Al mismo tiempo, se produjo la ocupación y explotación de las tierras hasta ese momento de pastizal, con lo que simultáneamente empezaron a aumentar de valor. En este momento ubica Brading la formación efectiva de las haciendas en la microrregión occidental del Bajío. Brading llama colonización interna a ese proceso de expansión de la agricultura sin que se modificaran excesivamente los límites de las propiedades. Se trató sobre todo de un mejoramiento de la calidad de la propiedad gracias a los desmontes, la construcción de bordos, cajas de agua y presas que hicieran rentable la agricultura en estas tierras de mediocre calidad.

Aunque también hubo ejemplos de crecimiento de propiedades. En menos de cincuenta años Cañada de Negros, una propiedad vecina a Jalpa, aumentó de once caballerías

³² David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío...*

³³ David A. Brading, *op. cit.*

³⁴ *Ibidem.*

de cultivo que tenía en 1745 a unas noventa y cuatro en 1791, periodo en que pasó a manos de Ignacio de Obregón, un minero exitoso de Catorce, quien le anexó la propiedad contigua de San Ángel del Pedregal.³⁵ La transformación se reflejó desde luego en el precio de la tierra, mismo que se triplicó en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVIII.³⁵

En esta nueva dinámica y durante las siguientes décadas se siguió recurriendo al arrendamiento de las tierras que los propietarios no trabajaban. De este modo el dueño recibía rentas en efectivo, lo cual no era despreciable en una economía poco generosa con el crédito a los agricultores tradicionales que, en muchos casos, eran propietarios ausentes.³⁶ Así se conformó y creció un sector de "enérgicos empresarios", de rancheros que competían efectiva y eficientemente con el hacendado poco eficiente o emprendedor, y en definitiva con el sistema de hacienda.

Sociedad ranchera de abajeños y alteños formada por los pequeños propietarios, los arrendatarios y mayordomos de hacienda, quienes solían también ser arrendatarios.³⁷ Sociedad y economía rancheras que empezaron a diluir hasta hacer desaparecer la especificidad étnica con que se había iniciado la vida regional en Piedra Gorda, Purísima y San Francisco. A partir del siglo XVIII ya no se vuelve a mencionar este aspecto. Los rinconenses de hoy reconocen su origen indígena, pero esto no ha representado un principio de identificación o diferenciación frente a otras poblaciones.

Así las cosas, el modelo de hacienda colonial que se desarrolló en la microrregión, compartió algunos rasgos: cada propiedad combinaba tierras bajas y prósperas, que se dedicaban a los cultivos básicos (maíz, trigo, cebada), con tierras altas y magras destinadas a la cría y engorda de ganados mayor y menor. De allí dos de las más viejas pero también más rotundas tradiciones de trabajo y de relaciones sociales de la gente del Rincón: la combinación y la interacción entre esos

³⁵ *Ibidem.*

³⁶ *Ibidem.*

³⁷ David A. Brading, "La estructura de la producción..." e *ibidem.*

dos espacios próximos entre sí, pero al mismo tiempo ecológicamente tan diferentes y contrastantes: las tierras magras de los Altos y las tan pródigas del Bajío. En Jalpa y San Francisco hay todavía unos cuantos ancianos que nacieron y crecieron en esa manera de definir y organizar el territorio, quienes conocían detalladamente las posibilidades y limitaciones de ambos espacios.

Esa forma de concebir y combinar la tierra provocó, además, el conocimiento y la mezcla de gente perteneciente a ambos terruños. Familias completas eran enviadas a trabajar por largas temporadas a los diferentes ranchos de las tierras altas de la hacienda o permanecían en las cercanías de la casa-hacienda, empleadas en las tareas agrícolas y artesanales. Recibir la paga y hacer el mandado en la tienda, eran los motivos para reunirse cada domingo en la plaza de Jalpa. Era esta la ocasión también para divertirse, noviar, casarse con gente de otros rumbos. Para don Atilano, que fue peón, "...en la hacienda éramos de muchas partes, pero todos éramos de Jalpa".

Las haciendas de la microrregión desarrollaron desde muy temprano un sistema de trabajo basado en la aparcería y el arrendamiento de las tierras.³⁸ Sistema que dejaba márgenes de decisión y de libertad para organizar el trabajo y definir el esfuerzo personal, situación que sirvió de estímulo al desarrollo de una cultura del trabajo independiente, por lo menos en mayor proporción que en el caso de sistemas claramente coercitivos y de control más directo. Es muy difícil ser tajante en estos asuntos, pero se advierte en la gente de la microrregión, en especial las de mayor edad, un conocimiento personal y directo de los quehaceres agropecuarios, pero sobre todo, una forma de organizar la producción de manera autónoma y eficiente.

Quizá la otra herencia cultural de esta historia agraria sea la orientación mercantil de la producción y su relación con el mercado nacional. La producción agropecuaria microrregional ha estado invariablemente dirigida a los granos básicos

³⁸ *Ibidem*.

que se destinan al mercado interno. De allí quizá su principal fortaleza y su enorme debilidad: conocimiento y relaciones con diferentes mercados urbanos, principalmente el de la ciudad de México; demanda ligada a los avatares de la economía y la política nacionales.

Esta historia y trayectoria del trabajo agropecuario parece haber persistido en las décadas siguientes, cuando los cambios demográficos y económicos se empezaron a sentir y acumular en la microrregión del Rincón. A fines del siglo XVIII en el distrito del Rincón (Purísima y San Francisco) existían catorce haciendas y veinticuatro ranchos.³⁹

Pero durante el siglo XIX se modificó drásticamente el escenario agrario. A fines del siglo anterior se calculaba que existían en todo el Bajío 437 haciendas y 913 ranchos. Menos de un siglo más tarde, en 1882, el número de haciendas aumentó mínimamente (442), en cambio, la cantidad de ranchos ascendió a 2 716.⁴⁰ Entre 1854 y 1910, dice Semo,⁴¹ la geografía nacional vio incrementarse notablemente el número de ranchos que pasaron de 15 085 a 47 939, un tercio de los cuales se ubicaban en Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Se había desencadenado así la fragmentación de los grandes latifundios y ranchos, en favor de la cada vez más pequeña propiedad. Proceso que fue particularmente intenso en Guanajuato, y que se advierte hasta la actualidad. En Guanajuato la proporción de pequeños propietarios (62 por ciento) es mayor a la de otros estados de la república.⁴²

Como es bien sabido, con la guerra de independencia se desarticuló el sistema colonial del cual Guanajuato formaba parte medular,⁴³ además de ser uno de los principales escaños de la contienda. La combinación de ambos procesos

³⁹ David A. Brading, "La estructura de la producción...".

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ Enrique Semo, "Hacendados, campesinos y rancheros", en varios autores, *Historia de la cuestión agraria mexicana. El siglo de la hacienda 1800-1900*, México, Siglo XXI Editores, 1988, pp. 86-164.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Alejandra Moreno Toscano, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", *Historia Mexicana*, núm. 86, vol. xxii, México, El Colegio de México, 1972, pp. 160-187.

fue trágica para la región: se suspendió la actividad minera en la ciudad de Guanajuato, se redujo la mano de obra; hubo abandono de propiedades y de obras agrícolas, lo que provocó un severo desequilibrio para la producción agropecuaria estatal. León se convirtió así en la principal destinataria regional⁴⁴ del éxodo rural y urbano; en refugio contra la inestabilidad y pobreza que se vivía en el campo; contra la ruina y la inseguridad de otras ciudades guanajuatenses.

Con la guerra de Independencia el Bajío "se cubrió de gloria y de harapos".⁴⁵ De esta última, procuró recuperarse a lo largo de todo el siglo XIX, lo que dio lugar a una nueva y profunda reorganización del espacio y los quehaceres abajeños. La microrregión del Rincón es sobre todo heredera de ese periodo, de esa última mitad del siglo XIX. Años convulsionados y tiempo porfiriano que suscitaron un profundo reajuste de las relaciones e interacciones microrregionales; reajuste en el que se mantuvieron algunas tercas continuidades y al mismo tiempo se pusieron en marcha cambios profundos.

Segundo momento (1810-1900)

El proceso de venta de las tierras menos pródigas de las grandes haciendas de la microrregión se inició —o reinició— en las primeras décadas del siglo XIX. En poco tiempo los grandes terratenientes se deshicieron de sus propiedades enclavadas en los Altos de Jalisco para quedarse sólo con las mejores del Bajío. Esto contribuyó a la formación de nuevas poblaciones y a la expansión de la pequeña propiedad en esa porción sur de los Altos de Jalisco. A este proceso hay que atribuir en buena parte el crecimiento de localidades como Arandas, Atotonilco, La Piedad y San Francisco.

La primera de estas tierras que comenzó a fraccionarse fue Jalpa. Los propietarios endeudados —la tercera condesa

⁴⁴ *Ibidem.*

⁴⁵ Luis González, "Ciudades y villas del Bajío...".

de Jalpa, su esposo e hijos— prefirieron vender tierra a tener que gravarla aún más. En menos de treinta años, entre 1827 y 1851, se deshicieron de por lo menos 379 caballerías; es decir, casi cuarenta mil acres de tierras alteñas de las inmediaciones de San Pedro Piedra Gorda, en el municipio de Arandas.⁴⁶ El dinero obtenido por las veintitrés transacciones que supuso la venta, se utilizó para reparar y ampliar la presa que permitía regar las tierras abajeñas de la hacienda. Los compradores fueron "rancheros emprendedores" de Arandas.⁴⁷ En 1860, en el curato de Jalpa vivían seis mil quinientos pobladores, los que a partir de la fragmentación empezaron a disgregarse. Ya para 1895, en Jalpa, Cañada de Negros y Guadalupe de Jalpa, había menos de dos mil habitantes (660 en Jalpa, 878 en Cañada, 444 en Guadalupe de Jalpa).⁴⁸

Santa Ana Pacueco vivió un proceso similar, que fue en realidad una continuación de las ventas que se habían iniciado desde el siglo XVIII en las porciones más alejadas de la propiedad. En la década de 1850 la hacienda estaba totalmente rentada de acuerdo a una división de 150 fracciones que eran propiedad de los herederos de los marqueses de Altamira. Sin embargo, en esa década se comenzaron a vender fracciones, sobre todo las que se encontraban en las tierras alteñas más alejadas: los compradores fueron sus mismos arrendatarios, quienes eran vecinos de las poblaciones de Arandas, Atotonilco, La Piedad y los Ayos.⁴⁹

El 12 de junio de 1866 el escribano público piedadense, don Nicolás Vargas, hizo una relatoría del proceso de fraccionamiento de Santa Ana Pacueco:

...La hacienda de Santa Ana Pacueco ubicada en los departamentos de Guanajuato y Jalisco, se consideraba virtualmente dividida en setenta y dos acciones,

⁴⁶ David A. Brading, "La estructura de la producción..." y *Haciendas y ranchos del Bajío...*

⁴⁷ *Ibidem.*

⁴⁸ Luis Alfonso Velasco, *Geografía y estadística de la república mexicana. Geografía y estadística del estado de Guanajuato*, t. v, México, Editor: Macario González Pérez, 1895.

⁴⁹ Isauro Rionda Arreguín, *op. cit.*

de las cuales pertenecían cuarenta y cuatro a don Juan Antonio Valdivia y don Antonio Garay y las veintiocho restantes a don Manuel y don José Cortés; y que las diversas personas que eran arrendatarias de los ranchos que componen la expresada hacienda, formaron una sociedad con objeto de comprar la parte de terreno que cada uno disfrutaba. Para ello confirieron poder al señor don Ángel Bravo, vecino de Huáscato, quien a nombre de sus poderdantes compró al doctor don Mariano Gálvez, representante de don Juan Antonio Valdivia y de la testamentaria de don Antonio Garay, las cuarenta y cuatro acciones expresadas, por escritura que se otorgó en México a treinta y uno de julio de mil ochocientos cincuenta y seis, por ante el escribano público don Francisco Madariaga, cuya escritura doy fe tener a la vista y en ella consta que los arrendatarios compradores debían pagar el precio en los plazos que allí se especificaron, para lo cual hipotecaron la misma hacienda.

Posteriormente, todos los arrendatarios compradores nombraron otros apoderados para que concluyeran el negocio de la compra de las cuarenta y cuatro acciones e hicieran las de las veintiocho restantes que pertenecían a los señores Cortés, facultándolos asimismo para que ejecutada la compra formularan la división de la hacienda entre los accionistas. Tales poderes fueron cuatro: uno conferido al señor Juan José Bolaños, en Arandas, a diez de noviembre de mil ochocientos cincuenta y ocho, ante el escribano público don José María Herrera; otro al señor Licenciado Don Francisco de Paula Pérez, en esta villa a veinticinco de abril del mismo año, ante el escribano don Benigno Godínez de la Vega; otro al Licenciado don José Ramón Camarena en Arandas a ocho de noviembre del referido año, ante el escribano Herrera ya citado, y el último al señor Licenciado Don Ignacio Ayala, en Pénjamo a veinticuatro de abril del mismo año de cincuenta y ocho, por ante el Alcalde primero en turno de la primera instancia; cuyos cuatro documentos bastanteados en debida forma doy fe haber visto y de que contienen las facultades expresadas...

Más adelante el mismo documento señala que:

...habiéndolas adquirido (las acciones de Santa Ana) el señor Garay y Valdivia por compras anteriores que tenían hechas a los señores don Manuel y doña Luisa Abre, doña María de la Paz Rodríguez, don Mauricio y don Cosme de (Colocia) y Campillo, por varias escrituras otorgadas en México, Madrid y Granada, las cuales he visto y obran en el archivo de la Sociedad de Santa Ana. Las veintiocho acciones restantes las compraron los señores Cortés al señor Marqués de Altamira, por escritura otorgada en Granada y ratificada en Guadalajara (probablemente por el escribano don Juan Riestra) las cuales también obran en el expresado archivo...⁵⁰

La formación de la sociedad desencadenó ventas sucesivas en las tierras, incluso abajefías, de Santa Ana. Entre 1864 y 1869, el mismo notario da cuenta de trece ventas y traspasos que hacen los socios de Santa Ana de sus ranchos ubicados hacia Jesús María y Pueblo Nuevo, en los Altos de Jalisco, pero también hacia Pénjamo, en el Bajío guanajuatense.⁵¹

Pero no todos los socios compradores de Santa Ana vendieron sus propiedades. Otros las mejoraron. Como don Manuel García, que a principios de 1865 inició la construcción de una presa "de cal y canto" para regar sus labores del Guayabo y Santa Lucía, cercanos a Pénjamo.⁵²

En 1860 se vendió asimismo la última y mejor fracción de la hacienda, tanto el enorme y hermosísimo casco como el territorio inmediato, situado en el camino que va a Pénjamo. Ambos pasaron a manos de la familia tapatía de los Cuesta, quienes los conservaron hasta mediados del presente siglo.⁵³

⁵⁰ Nicolás Vargas (escribano público), *Protocolo notarial*, La Piedad, Michoacán, 1866, pp. 84-86.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² *Ibidem*. Los Protocolos Notariales se encuentran en la Biblioteca Pública de La Piedad, Michoacán. Un inventario y un microfilme con esa documentación se hizo en 1985 para la biblioteca de El Colegio de Michoacán en Zamora, Michoacán, una copia del inventario se entregó a la Presidencia Municipal de La Piedad.

⁵³ Isauro Rionda Arreguín, *op. cit.*

Muy cerca de allí, en el rumbo de Manuel Doblado, los padres de San Camilo vendieron su hacienda de Cuerámara 1856, la cual, en poco más de una década, dio lugar a un pueblo —Cuerámara—, "diecisiete ranchos y una hacienda de otro nombre".⁵⁴ En el nivel regional, dice Jan Bazant, tendía así a fortalecer una "clase media rural".⁵⁵

Y es que en realidad, según Brading, las leyes de Reforma sólo aceleraron el proceso ya en marcha de fraccionamiento de la gran propiedad en el Bajío.⁵⁶ Incluso las propiedades más pequeñas del Rincón vivieron una situación parecida. En 1844, por ejemplo, fue vendida Cañada de Negros, hacienda cercana a Jalpa que estaba gravada con una fuerte hipoteca.⁵⁷

Por otro lado, también la mediería, el arrendamiento y la aparcería, siguieron siendo, como en el siglo anterior, las prácticas agrícolas más socorridas. De este modo el propietario dedicaba sus mejores tierras a los cultivos más reductivos (trigo en especial) y, al mismo tiempo, obtenía la mitad de la producción de maíz susceptible de cultivarse en su tierra sin desembolsar efectivo.⁵⁸

El fraccionamiento de las haciendas y las modalidades de trabajar las tierras, reforzaron de nueva cuenta a una sociedad de pequeños rancheros independientes y afanosos. Rancheros alteños y abajeños que buscaron nuevas maneras de interpretar y aprovechar los diferentes nichos ecológicos que tan bien conocían. Prosperó entonces la actividad comercial de los arrieros, quienes traían y llevaban productos de tierras diferentes, de gente que hacía cosas distintas. Para los alteños de tierras pobres y escasas, la arriería fue sin duda una de las principales maneras de ganar dinero, de formar un capital. Los arrendatarios más prósperos o emprendedores pugnaban por tener acceso a los vallados, a las tierras húme-

⁵⁴ Jan Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México, 1856-1875*, México, El Colegio de México, 1971.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío...*

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ *Ibidem*.

das, donde era posible cultivar trigo. Una y otra actividad solían estar muy ligadas. El comercio era una de las vías más rápidas para hacerse arrendatario, para disponer de tierras y animales.

Los cambios económicos y políticos

Historia de un conflicto

Los cambios económicos de mediados del siglo XIX fueron acompañados de modificaciones políticas, de transformación de las adscripciones y jerarquías heredadas de épocas anteriores. En veinte años —1860-1880—, la microrregión del Rincón experimentó cambios demográficos y políticos profundos, que apuntaban hacia un fortalecimiento de la vida y los quehaceres en los pequeños centros urbanos.

El que registró menos cambios en ese tiempo fue San Pedro Piedra Gorda, con categoría de ayuntamiento desde 1824, cuando se constituyó el estado de Guanajuato. En 1860 albergaba a 24 300 habitantes como jurisdicción civil, la cual incluía a los 6 500 pobladores de Jalpa. Allí se encontraban ocho haciendas, 41 ranchos anexos y seis ranchos independientes. En general todas eran muy buenas haciendas de labor, productoras de trigo, maíz y frijol, asienta Romero.⁵⁹

El cambio político más notable y conflictivo se verificó entre San Francisco y Purísima, las dos localidades más próximas y con mayores y más enconadas desavenencias entre sí, como es casi proverbial entre pueblos vecinos que empiezan a vivir procesos diferentes, cuando las jerarquías tradicionales empiezan a modificarse.⁶⁰

El contraste entre ambas poblaciones era sumamente

⁵⁹ José Guadalupe Romero, *Michoacán y Guanajuato en 1860*, Morelia, Fimax Publicistas, 1972 (edición facsimilar).

⁶⁰ Luis González, *Pueblo en viño*; Jorge Durand, "Burocracia sindical y control municipal. El caso de El Salto, Jalisco", Jaime Tamayo (coord.), *Perspectivas de los movimientos sociales en la región centro-occidente*, Guadalajara, Editorial Línea, 1986, pp. 235-261.

marcado. Las fincas urbanas y el vecindario de Purísima del Rincón habían crecido notablemente desde la Independencia. De Purísima dependían varias prósperas propiedades agrícolas: Cañada de Negros, Peñuelas, San Cristobal y otras dice Romero⁶¹ y en ella vivían o tenían casas sus propietarios.⁶²

Sus cerca de seis mil habitantes disfrutaban de una intensa actividad comercial, "una regular plaza, bastantes edificios de buena construcción".⁶³ Ciertamente la plaza de Purísima es la más grande y notable del Rincón. Allí se congregaban cada domingo muchos de los dieciséis mil habitantes del curato

De hecho, Purísima obligaba a los de San Francisco a acudir a comerciar allí:

...en los días de fiesta y de comercio se enviaba un escuadrón de caballería mandada por el Comandante don Florentino Guerrero a suspender los actos de culto y el comercio de la plaza, y conducir por la fuerza a sus habitantes, para cuyo efecto se formaba de antemano una valla de soldados desde un lugar hasta otro...⁶⁴

Su vecino, San Francisco del Rincón, era entonces más reducido en población —2 000 habitantes— y más modesto en fisonomía. A Romero le pareció un pueblo pequeño, con una "plaza fea, pocas casas decentes".⁶⁵

Una leyenda o estratagema de mediados del siglo da cuenta del nivel de animosidad en que se encontraba la relación entre ambos pueblos y los esfuerzos de San Francisco por modificar su vínculo de subordinación con Purísima, de la cual dependía política y administrativamente. Es una leyenda que todos conocen y repiten en el Rincón. El testimonio

⁶¹ José Guadalupe Romero, *op. cit.*

⁶² José M. Murillo, *op. cit.*

⁶³ José Guadalupe Romero, *op. cit.*

⁶⁴ Pedro González, *Geografía local del estado de Guanajuato*, Guanajuato, Imprenta de la Escuela Industrial Militar, JG, 1904.

⁶⁵ José Guadalupe Romero, *op. cit.*

escrito más próximo cronológicamente a ese suceso, se encuentra en la obra de Murillo.

En 1845 tomó posesión de la alcaldía franciscana don José Atanasio Guerrero, propietario de la vecina hacienda de Sarteneja. Al parecer, el eficiente y experimentado don Atanasio, quien era alcalde por segunda ocasión, hizo llegar a toda la jurisdicción la orden de que los vecinos acudieran a comerciar el domingo siguiente a la plaza de San Francisco y no a Purísima, como lo habían hecho hasta ese momento. Para preparar el lugar, dice el cronista,⁶⁶ el alcalde mandó quemar la hierba que crecía en el jardín.

La leyenda cuenta que se hizo correr la noticia de que ese domingo iban a ser quemadas en la plaza de San Francisco dos brujas, las cuales fueron denunciadas al alcalde por un guardián que las descubrió en plena actividad. La noticia se difundió por todo el Rincón y mucha gente acudió ese domingo a San Francisco para observar el acontecimiento... y de paso a hacer su mercado. Pero la quema se pospuso. Sólo al tercer domingo después del anuncio, cuando cada vez más vecinos de todo el rumbo, incluidos los de Purísima, acudieron a San Francisco a ver el espectáculo, se hizo desfilar a las dos mujeres por el pueblo, muy bien ataviadas con los más obvios y ostentosos implementos de su supuesto oficio, pero no fueron quemadas.

Sin embargo, la estratagema dio resultado. Desde entonces mucha gente empezó a acudir a la plaza francorincónense a comprar y vender productos, dando inicio a la prosperidad comercial de esa pequeña localidad cercana a León, la cual estaba ya bien comunicada hacia el rumbo de Piedra Gorda y los Altos de Jalisco, pero sobre todo hacia Lagos de Moreno y San Juan de los Lagos. Desde entonces parece datar también la fama de brujos que tienen los de San Francisco, fama bien difundida por sus vecinos de Purísima, los que quedaron muy resentidos por la incipiente competencia comercial de su todavía pequeño vecino. Unos cuantos años más tarde —en 1854—, y después de otra serie de inci-

⁶⁶ José M. Murillo, *op. cit.*

denes entre ambas localidades, los de Purísima, encabezados por el comandante Guerrero, decapitaron a don Atanasio en la localidad de Numarán, a un lado de La Piedad.

Por otra década entonces —1857-1867— San Francisco volvió a depender de Purísima. Con todo, en 1865, durante el imperio, obtuvo la categoría de villa que le fue confirmada en 1869 por el Segundo Congreso Constitucional del estado de Guanajuato.⁶⁷

Entre ambas fechas, en 1867, San Francisco se involucró en un nuevo y severo conflicto con Purísima. Al parecer la ocasión fue la turbulencia política estatal que hizo posible la expedición de un documento, el 1 de enero de 1865, en el que el jefe político del departamento en su "tránsito accidental" por San Francisco, y después de oír a sus vecinos y autoridades, decretó que se erigieran "en partidos independientes los pueblos de San Francisco y Purísima del Rincón".⁶⁸ De acuerdo con ese documento, se integrarían a San Francisco, por el extremo oriente:

el rancho de San Germán, perteneciente a la hacienda de Santa Rosa, hacienda de Terrero, San Roque de Montes, hacienda de los Zapos (*sic*), hacienda de las Fuentes, Rancho de Talayote y sus anexos, La Sarteneja, Rancho del Mezquitillo, hacienda del Sauz de Armenta y ranchos anexos. Por el sur hacienda de San Isidro, hacienda del Lobo, hacienda de Peñuelas y ranchos anexos, rancho de San Roque de Torres.⁶⁹

De esta manera, precisaba el documento, se esperaba que cesaran "para siempre las discordias que los han dividido".

Pero no fue así. Pocos días después, el 4 de febrero, las autoridades de Purísima hicieron llegar una solicitud al secretario de gobierno de Guanajuato pidiéndole conformar un solo partido entre Purísima y San Francisco, con cabecera,

⁶⁷ Archivo Municipal de León, caja 1867-3.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ *Ibid.*

desde luego, en Purísima. El gobernador decidió no realizar cambios, de manera que San Francisco debería seguir dependiendo de Purísima.⁷⁰ Sin embargo, pocos días después, el 15 de febrero, los vecinos de San Francisco (quienes se reunieron en masa, atendiendo a una convocatoria urgente de su ayuntamiento), manifestaron a la Jefatura Política de León su total desacuerdo con la posibilidad de formar partido con Purísima ya que "los vecinos de ambos pueblos siempre han tenido disgustos que de día en día se han ido ecsaspe-rando (*sic*) y que toda vez que el uno se subordine al otro las disenciones continuarán más y más hasta producir la ruina de cualquiera de los dos".⁷¹

Sugería el documento de San Francisco que era mejor "la separación absoluta de los pueblos formando cada uno un partido diverso"; situación que favorecía además, decían, al "Supremo Gobierno", ya que de ese modo se facilitaría la recaudación de las alcabalas.⁷² Un mes después de este intercambio de cartas, en marzo de 1867, el gobernador de Guanajuato, general de brigada León Guzmán, expidió un decreto por el cual se estableció el partido del Rincón, dividido "en dos municipalidades, cuyas cabeceras respectivas serán los pueblos de Purísima y San Francisco". A partir de ese momento Purísima pasaba a entenderse directamente con el gobierno estatal y San Francisco con el partido de León.⁷³ Los límites entre ambos deberían fijarse de nueva cuenta.

Su independencia política le ayudó a San Francisco a tramitar rápida y sagazmente otras autonomías. En 1870 se convirtió en el 9o. Distrito Electoral del estado y en cabecera de partido judicial.⁷⁴ Apenas iniciado el porfiriato, en 1880, consiguió ser la cabecera del partido judicial, con jurisdicción sobre Purísima y Piedra Gorda.⁷⁵

Los conflictos y cambios políticos expresaban también las

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ *Ibid.*

⁷² *Ibid.*

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ José M. Murillo, *op. cit.*

⁷⁵ *Ibid.*

modificaciones demográficas y económicas. No obstante la inestabilidad política y la violencia rural persistentes hasta la sexta década del siglo pasado, la población había crecido en esos municipios pequeños de las fronteras de Guanajuato y Jalisco, lugares donde tendía a concentrarse la gente en esos años. En la medida en que las tierras de esos estados se acercan al Bajío se observa el empequeñecimiento y abigarramiento de sus municipios. Esas dos entidades se caracterizan además por el crecimiento demográfico: Jalisco, con su casi millón de habitantes (994 900) era la entidad más poblada de la república, aunque sólo la quinta en extensión; éste era seguido por Guanajuato, donde vivían casi ochocientas mil personas (788 202), sobre un territorio ubicado en el vigésimo tercer lugar en cuanto a extensión.

De acuerdo con Busto,⁷⁶ el partido de San Francisco tenía en ese momento 16 330 habitantes —es decir, más del doble del de Purísima (7 157) y un poco menos que en el de Piedra Gorda (18 157)—, y hacía las veces de centro del rumbo norte de la microrregión del Rincón, situación que reforzó en los años y décadas siguientes a 1870.

Los Altos vivían una situación parecida. Los 9 185 habitantes pertenecientes a la municipalidad de Arandas en 1820, habían pasado a ser 30 105 en 1879, de los que casi seis mil (5 016) vivían en la cabecera.⁷⁷

El crecimiento demográfico fue acompañado por un fenómeno que sería en verdad una tendencia general en esas fechas: el desarrollo de diferentes actividades económicas de pequeña escala en las diversas localidades de la región.

La acuciosidad de don Ramón Sánchez nos permite saber que en Arandas se incrementó notablemente el comercio a partir de 1860, de tal modo que, en 1878, había veintitrés tiendas mixtas y veintiséis de abarrotes; existían además ocho molinos de aceite de linaza, tres jabonerías, una fábrica

de fideo, cuatro panaderías, varias tenerías y quince hornos de alfarería. Allí se fabricaban asimismo algunos productos textiles (frazadas, dril, barragán) y prosperaban muchos talleres de carpintería, herrería, zapatería, de tal modo que se ocupaban 55 carpinteros, 41 herreros, 75 zapateros, 36 panaderos, 48 obrajeros, 53 sastres, 25 sombrereros, 22 curtidores, 36 alfareros, 16 cigarreros, 39 albañiles, 15 jaboneros, 86 músicos, 10 reboceros, 9 veleros, 8 barberos, 6 plateros, 8 dulceros, 3 hojalateros, 6 silleros, 2 coheteros, 2 pintores al óleo y temple, 2 fusteros, 8 talabarteros, un cordelero y un pañero.⁷⁸ Ciertamente, Arandas es un ejemplo notable de aquello que en todas partes se observaba ya. Es decir, de un esfuerzo diversificador de los trabajos y el empleo en el campo, en algunos casos de nuevo cuño, en otros con base en las más viejas tradiciones productivas.

Diversificación que se combinaba con la otra vertiente de trabajo y empleo no agrícola de la población rural: el comercio a través de los arrieros. En cada pueblo, incluso pequeño, solía haber cuando menos unos diez arrieros —muchas veces padres e hijos, o dos o más hermanos—, quienes se dedicaban a traer o llevar diversos productos de diferentes regiones, abasteciendo a las localidades con lo que ellas no producían. Estos arrieros podían trabajar para algunas de las haciendas, para algún comerciante en particular, o trabajar por cuenta propia, sus labores se desarrollaban durante todo el año, pero sobre todo en la temporada de secas, cuando escaseaba el trabajo agrícola en lo propio y en lo ajeno; ya fuese con unos cuantos animales o con atajos de cuarenta o cincuenta mulas.

Don Ángel, un hidalguense avecindado hace mucho en San Francisco, recuerda una vieja broma que siempre hacían sobre el carácter mercantil de la gente de los Altos. Temprano en la mañana un alteño vende una gallina, ésta pasa de mano en mano hasta regresar, al atardecer y después de veinte transacciones, a su propietario original. Así no es difi-

⁷⁶ Emiliano Busto, *Estadística de la república mexicana*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1880.

⁷⁷ Ramón Sánchez, Jaime Olveda y María Gracia Castillo (comps.), *Estadísticas de los Altos de Jalisco (1838-1908)*, Guadalajara, Gobierno de Jalisco, Secretaría General, UNED, 1988.

⁷⁸ *Ibidem.*

cil aceptar que en Arandas, en 1878, hubiera mil arriero-agricultores y sesenta "propiamente llamados arrieros".⁷⁹

En el Bajío cerealero y los Altos ganadero, eran muy codiciados y bienvenidos los productos de la tierra caliente, tales como sal, azúcar, piloncillo, frutas y especias. De allí que las principales rutas arrieras fueran las de Colima, Michoacán y, en menor medida, la de los propios Altos, hacia Atotonilco, La Barca y Guanajuato-León.⁸⁰ Al mismo tiempo, en aquellas tierras eran bien recibidos los productos, sobre todo manufacturados, que otros arrieros llevaban del Bajío y los Altos, como la gran variedad de instrumentos de trabajo de piel y metal para animales y hombres, los sarapes, gabanes, rebozos, frazadas, dril, huaraches y sombreros. Los arrieros de Manuel Doblado sacaban el sebo y la manteca de los animales que trabajaban los curtidores, así como la loza de las alfarerías locales.

Hasta 1870, más o menos el arriero fue la principal figura comercial, el que conocía mejor que nadie el calendario de las fiestas patronales de su región, ya que en ellas era cuando más vendía, además por supuesto de las tiendas mixtas, abarroteras y mayoristas, a las que también surtía. En ninguna celebración podía faltar, por ejemplo, la caña de azúcar de Michoacán, golosina predilecta de los niños del siglo pasado. San Francisco y Purísima compartían, de manera conflictiva y todavía favorable a esta última, una excelente posición para el tráfico de mercancías en ambas direcciones. La diferencia la haría el ferrocarril.

En las últimas décadas del siglo, esta modalidad comercial empezó a decaer. El ferrocarril causó estragos en las filas de la arriería. En pocos años se desarticuló el sistema de intercambios interregionales y tuvieron que cambiar de oficio o emigrar, en algunos casos, hacia Estados Unidos en busca de trabajo.⁸¹

⁷⁹ *Ibidem.*

⁸⁰ D. E. Cerillo, *Memorias de mi pueblo, San Diego de Alejandría*, León, Edit. Lumen, 1969.

⁸¹ Álvaro Ochoa, "Arrieros, braceros y migrantes del oeste michoacano (1849-1911)", Thomas Calvo y Gustavo López (coords.), *Movimientos de Población en el*

Y es que en verdad, como es de todos conocido, el rumbo que definía la línea del tren conllevó indefectiblemente la integración y la prosperidad de ciertas regiones, el aislamiento y la ruina de otras.

El estudio de De la Peña en el sur de Jalisco,⁸² mostró la manera y la rapidez con que el tren modificó las posibilidades y afectó el futuro de una región jalisciense, es decir, de Ciudad Guzmán y su entorno. Allí, la entrada de productos foráneos acarrió rápidamente la crisis, y anunció la extinción de las manufacturas con que los sureños habían satisfecho sus necesidades cotidianas.⁸³ Así, el ferrocarril comenzó a poner punto final a una historia de pequeñas manufacturas locales de producción variada y cuantiosa.

La microrregión y el porfiriato

En cambio, en el Bajío occidental se vislumbraba e iniciaba otra historia. Durante el porfiriato las gentes del Rincón, en especial los de San Francisco, descubrieron y trazaron nuevas vías de desarrollo microrregional, las cuales dieron lugar a modificaciones internas y maneras distintas de vincularse con la economía y sociedad externas.

Fueron caminos que buscaron la diversificación, es decir, la puesta en marcha de actividades que les permitieran desarrollar alternativas de vida y trabajo frente a la agricultura que, aunque bien trabajada en ese tiempo, no estaba al alcance de todos en un periodo de crecimiento demográfico y de presencia significativa de las haciendas en la producción agropecuaria (cuadros 15 y 16).

El ferrocarril resultó fundamental para esos propósitos. En sólo una década (1880), San Francisco quedó comunicado con cuatro destinos y regiones claves. En 1882, cuando apenas se estrenaba el ferrocarril que conectaba a León con

Occidente de México, Zamora, El Colegio de Michoacán y el Centre D'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines, 1988, pp. 253-263.

⁸² Guillermo de la Peña, *op. cit.*

⁸³ *Ibidem.*

la ciudad de México, el ayuntamiento francorinconense, encabezado por don Tomás Padilla, solicitó a la Secretaría de Fomento la construcción de una estación del Ferrocarril Mexicano en sus cercanías, para la cual la hacienda de Santiago había cedido ya los terrenos.⁸⁴

Don Tomás Padilla y don Sebastián García, propietario de la hacienda, negociaron directamente en la ciudad de México para que la línea ferroviaria se desviase unos kilómetros hacia el sur, y de ese modo pasase por su tierra. Así comenzó la estación Francisquito, que en 1882, en su trayecto hacia Torreón, Coahuila, conectó a San Francisco con León (17 km), la ciudad de México (433 km) y Lagos de Moreno, en los Altos de Jalisco. En 1884 con Ciudad Juárez (1 540 km), en la frontera norte; y en 1888 con Guadalajara, vía Irapuato.⁸⁵ En 1897 un ramal de tranvías urbano —la Vía de Trenes Urbanos— comunicó los tres kilómetros que mediaban entre la estación y el centro de San Francisco.⁸⁶

Así, por vía directa o a través de León, San Francisco se volvió un pequeño epicentro de caminos claves, que fortaleció y dio nuevos sentidos a las relaciones de toda la microrregión del Rincón guanajuatense y de una porción de los Altos en torno a él. Purísima fue la gran perdedora. San Francisco se convirtió en el eje que empezó a articular la vida económica de toda esa microrregión del Bajío occidental: para las gentes del Rincón y de la porción oriental de los Altos —Arandas, San Diego de Alejandría, Unión de San Antonio, San Julián—, llegó a ser un centro comercial y manufacturero imprescindible.

Y esto no deja de ser meritorio si se recuerda la proximidad de León, ciudad que a pesar de sus reiteradas y desastrosas inundaciones, aprovechó muy bien los años de paz porfiriana para crecer y afianzarse como el centro comercial e industrial más importante del estado de Guanajuato.⁸⁷

⁸⁴ José M. Murillo, *op. cit.*

⁸⁵ [Sin autor] "León, Guanajuato" *Enciclopedia de México*, t. VIII, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, pp. 4 674-4 694.

⁸⁶ José M. Murillo, *op. cit.*

⁸⁷ María de la Cruz Labarthe, "León, Guanajuato, el surgimiento..." y Luis Alfonso Velasco, *op. cit.*

Ciertamente la agroindustria rinconense resultó beneficiada. Una enorme bodega de la hacienda de Jalpa, que hasta hoy subsiste en la estación de San Francisco, es testimonio de que la harina, el garbanzo y el ganado jalpenses pudieron entonces salir con mayor facilidad hacia León y Guanajuato, sus principales mercados. Años más tarde, en 1904, el propietario de Jalpa, don Óscar J. Braniff, obtuvo la concesión del "Ferrocarril del Valle" para construir dos líneas ferroviarias que comunicaran su hacienda con San Francisco y desde allí hacia León y Salamanca. Aunque finalmente, el proyecto no prosperó.⁸⁸

Los primeros sombreros

Pero la producción de Jalpa no fue la única ni la principal beneficiaria del tren. En realidad fue aquella actividad productiva de pequeña escala, que se había empezado a practicar desde mediados del siglo XIX en casi todas las casas de Purísima y San Francisco: el tejido del sombrero de palma.

Otra leyenda marca el tránsito hacia ese quehacer que anunciaba la manufactura en San Francisco del Rincón. Según se cuenta, una pareja indígena de Michoacán iba en peregrinación hacia San Juan de los Lagos cuando él enfermó en Purísima, por lo que tuvieron que permanecer allí durante un tiempo. Para ganarse el sustento empezaron a tejer sombreros con la palma que habían traído: de ese modo se ganaban la vida en su tierra y de ella se mantenían en el trayecto a San Juan de los Lagos. Ellos tejían una cinta de once hilos a la que llamaban "ribete". Más tarde empezaron a hacerla de siete hilos y la denominaron "maílla", nombre tomado del número siete de la baraja. Así, una vez cosidos a mano los ribetes o maíllas, quedaba hecho el sombrero. También se hacía el sombrero de "pieza". Eran sin duda, dicen los industriales de hoy, unos sombreros muy rudimentarios.

Poco a poco empezaron a enseñar a tejer a los vecinos de

⁸⁸ José M. Murillo, *op. cit.*

Purísima, desde donde la naciente actividad se expandió a San Francisco, lugar que fue, finalmente, donde arraigó y prosperó. El cronista Murillo⁸⁹ no menciona esta historia y señala, como origen de esta labor, la habilidad de los vecinos de El Río que los vendían a unos "trajinantes" de Santa Cruz, quienes a su vez los menudeaban en las ferias, sobre todo en la de San Juan de los Lagos. Con el tiempo, los arrieros comenzaron a llevar esos artículos tanto a la ciudad de México como hacia Veracruz, Tehuantepec, Mazatlán y El Rosario.⁹⁰ Es decir, a los mercados posteriormente característicos de la sombrerería por ser zonas donde abundaban los campesinos y el clima es caluroso.

Según cuenta Murillo,⁹¹ en 1869 llegó a San Francisco el primer comerciante foráneo, Don Nicolás Bresneff, un ciudadano ruso que comerciaba en Europa diversos productos de nuestro país. Y es que, aunque en las últimas décadas del siglo pasado se importaban sombreros de paja y fieltro de Francia y *jipi-japa* de Panamá, también se exportaban sombreros de paja mexicanos a España, Inglaterra y los Estados Unidos.⁹² El éxito de Bresneff animó "a algunos acaudalados vecinos que empezaron a fundar a su vez pequeños establecimientos mercantiles, en donde acaparaban algunos de esos artículos para transportarlos a centros comerciales".⁹³

Pero la fabricación del sombrero era propiamente una actividad netamente familiar, una producción de muy pequeña escala. La trenza, hecha de hilos de palma, se tejía de manera que se formaba primero la copa y después la falda del sombrero. Posteriormente, cada tarde, los tejedores de sombreros acudían a los locales de los almacenistas, quienes sólo a esa hora abrían para comprar el producto. De allí se iban a los expendios surtidores de palma para adquirir el material necesario para reiniciar el trabajo a la mañana siguiente.

Con la instalación del ferrocarril llegaron a la microrregión

⁸⁹ *Ibidem.*

⁹⁰ *Ibidem.*

⁹¹ *Ibidem.*

⁹² Emilio Busto, *op. cit.*

⁹³ José M. Murillo, *op. cit.*

nuevas gentes con otras ideas. Propios y extraños empezaron a producir muchos más sombreros, los cuales se vendían cada vez mejor gracias a las rutas del sombrero que el tren comenzaba a inaugurar hacia el centro y, sobre todo, hacia el norte del país, donde había menos tradiciones sombrereras con las cuales competir.

San Francisco comenzó a crecer con la inmigración de gentes de los Altos que descubrieron las nuevas oportunidades de esa pequeña ciudad. Recibió también a los primeros extranjeros, sobre todo españoles y franceses, los que lo convirtieron en su lugar de residencia y trabajo. Con el ferrocarril llegaron los agentes viajeros —el personaje que sustituyó al arriero— de diferentes productos, de distintos lugares de la república.

Así, la sombrerería local entró en contacto con la de otras poblaciones, como Tehuacán, en Puebla. Allí eran los indígenas mixtecos los que tejían sombreros de palma, que luego entregaban a los talleres de la ciudad en donde los planchaban, adornaban y enviaban a Estados Unidos. Para don Ángel Arandía, sombrerero nacido en esa localidad poblana, la sombrerería era una actividad muy importante y un buen negocio en Tehuacán, tanto que había atraído a muchos españoles, quienes fundaron talleres y ocuparon a sus coterráneos como agentes viajeros.

En San Francisco esta labor comenzó a ganar terreno. En sólo dos años (1897-1899), casi se duplicó el número de establecimientos comerciales dedicados a la venta de palma y a la compra-venta del artículo ya terminado. El número de estos comercios se multiplicó por entonces de diez a veintiocho (cuadros 17, 18 y 20). Las mujeres, los niños y los ancianos, se sumaron al tejido del sombrero, tarea que iniciada como masculina permitía en verdad el trabajo de todos, y de ese modo multiplicaba el ingreso familiar. Cada hogar, como gustan decir en San Francisco, se transformó en un taller, donde toda la familia hacía sombreros.

Desde allí se difundió el tejido de la palma a otras localidades relativamente cercanas y bien comunicadas: como Piedra Gorda, hacia la cual había una carretera, transitable en tiempo de secas, y dos caminos alternativos (el Lobo y Mara-

villas); y San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio, hacia donde había caminos de herradura "sin obstáculos poderosos".⁹⁴ En esas localidades se instalaron expendios de palma, los que recogían asimismo los sombreros para llevarlos a los almacenistas de San Francisco.

Hacia fines del siglo XIX se decía que la sombrerería había cobrado tal auge que había hecho escasear "los brazos para los trabajos agrícolas... porque con su oficio ganan más de lo que pudieran hacer en aquella industria, porque con los jefes de las familias trabajan las mujeres y los niños".⁹⁵

En 1899, cuando en la cabecera existían unos diez mil habitantes —6 950, según el censo de 1895; 10 904, de acuerdo con el censo de 1900— (cuadro 16), San Francisco consiguió otros dos de sus seguramente viejos anhelos. El 20 de abril de ese año se convirtió en ciudad, hecho que le permitió celebrar una feria anual durante el mes de diciembre,⁹⁶ en conmemoración de la Inmaculada Concepción. Con la feria se cumplieron dos propósitos simultáneamente; es decir, obtener ingresos para el ayuntamiento y difundir ampliamente los productos de la ciudad.

De esta manera, San Francisco del Rincón parecería ser un buen ejemplo de la manera en que el ferrocarril porfiriano tuvo un impacto dinamizador sobre una sociedad rural. Allí la llegada del tren favoreció la expansión de una actividad productiva de pequeña escala no agrícola. Expansión que estimuló, además, la articulación microrregional en torno a una pequeña población a la que poco a poco transformó en una pequeña ciudad y en uno de los primeros y mejores ejemplos de desarrollo rural especializado en la manufactura, con base en recursos y gentes locales.

Otros quehaceres

El ferrocarril estimuló también el intercambio comercial de otros productos. Intercambio que retomó y expandió otra

⁹⁴ Pedro González, *op. cit.*

⁹⁵ *Ibidem.*

⁹⁶ José M. Murillo, *op. cit.*

de las más viejas tradiciones de articulación entre los Altos y el Bajío.

Aunque resulte difícil reconocerlo, las transnacionales no inventaron las hoy llamadas "ganaderías industriales" en la región, ni la avicultura, la porcicultura o la producción de huevo. Más bien ellas se acomodaron en una historia vieja.

En la década de los años ochenta del siglo pasado, de Arandas salían más de trescientas cargas (cada carga era de 1 600 piezas) mensuales de huevo, que reportaron en 1880 un total de cuarenta y cinco mil pesos, lo que constituyó el segundo ingreso más elevado del erario local en ese año. El primero, que dejó cincuenta mil pesos, fue por la venta de cinco mil puercos "gordos" a diez pesos cada uno. Ambos productos, el huevo y el puerco, salían hacia Guanajuato y León. El negocio era sin duda muy redituable. En ese mismo año, por la compra de dos mil puercos flacos para cebarlos se habían pagado cuatro mil pesos.⁹⁷

Seguramente el clima un poco frío de la región alteña resultaba más propicio que el Bajío para la crianza de esas especies. De hecho, los ancianos recuerdan que antiguamente una primera medida ante las "mortandades" de puercos era llevarlos a los cerros, subirlos a los Altos a ver si se curaban, cosa que a veces efectivamente sucedía.

El ferrocarril convirtió a San Francisco también en un centro de acopio y embarque ferrocarrilero de los puercos, aves y huevo, que se producían en casi todas las casas de los Altos. La expansión de estas labores mantuvo y dinamizó una compleja, pero muy eficiente, red de rancheadores y pequeños compradores, mismos que se encargaban de llevar los productos hasta los embarcadores de las tierras bajas para que, de ahí, se enviaran hacia la ciudad de México. La red de acopiadores y embarcadores se hizo cada vez más amplia, aunque también más cerrada y más exigente con los proveedores campesinos de toda la región. Algunos de los primeros españoles de San Francisco se dedicaron a esta actividad, sirviendo de intermediarios hacia las tiendas de sus parientes comerciantes de la ciudad de México.

⁹⁷ Ramón Sánchez, en Jaime Olveda y María Gracia Castillo, *op. cit.*

Las necesidades del embarque de los productos, sin duda delicados, fomentó asimismo el desarrollo de pequeñas tecnologías para el envase, lo cual retroalimentó la producción y el intercambio de artículos manufacturados entre las regiones, sobre todo de cestería y jarciería.

Las tradiciones no agrícolas de trabajo

Así las cosas, parecería ser que la organización y dinámicas comerciales del Rincón y los Altos se han enmarcado y guiado desde hace mucho tiempo por cuatro principios: el comercio como un quehacer de especialistas, de gente conocedora de los secretos de la compra-venta (aunque fuese de manera estacional); como un oficio fundamentalmente masculino; como una búsqueda de intercambio de productos entre regiones ecológicamente diferente y, finalmente, un sistema de intercambio que se ha basado siempre en el pago con dinero en efectivo.

Verdaderamente en la región no han existido, como en las áreas indígenas, mercados periódicos que faciliten el intercambio directo de bienes entre productores; tampoco ha existido una matriz consistente de intercambios no monetarios. De cualquier forma, la tradición comercial microrregional ayudó a fomentar de manera simultánea los intercambios y las relaciones intra y extrarregionales; permitió asimismo conocer y combinar las habilidades y tradiciones de cada localidad con las inestables de la economía foránea.

El desarrollo de la sombrerería y el embarque de distintos tipos de ganado contribuyeron también al dinamismo de otras actividades no agrícolas en la microrregión. En 1895, además de agricultores, horticultores, comerciantes, ganaderos y sombrereros, había en Purísima cinco fábricas de tejidos de lana, tres molinos de trigo, una talabartería, una tenería, tres alfarerías y dos fábricas de pólvora⁹⁹ (cuadro 15). En Manuel Doblado, junto a los agricultores y ganade-

⁹⁸ Luis Alfonso Velasco, *op. cit.*

ros, había madererías especializadas en madera para construcción y combustible, cuatro fábricas de tejidos de lana, una fábrica de pólvora, ocho tenerías y catorce alfarerías.⁹⁹ Los productos de estas dos últimas gozaban de muy buena reputación en el Rincón y en León.

San Francisco no se quedaba atrás. En ese mismo año tenía ocho fábricas de tejidos de lana, dos tenerías, cuatro alfarerías y una fábrica de pólvora.¹⁰⁰ En los años siguientes a 1895 se mantuvo esta tendencia, aunque cada día fue aumentando la importancia comercial de esta población (cuadros 16, 17, 18 y 20).

La manufactura

Así las cosas, en los Altos y el Bajío parecen haber coexistido cuatro formas de organizar la producción no agrícola. En primer lugar, el taller familiar, donde se daba una escasa división del trabajo y donde sólo ocasionalmente se recurría a la contratación de trabajadores externos. El momento solía ser la proximidad de alguna feria a la que convenía asistir con "algo" de productos, en particular a la de San Juan de los Lagos. Por lo regular estos oficios se combinaban con los agropecuarios. En este tipo de taller predominaba el trabajo masculino; la labor femenina era sobre todo de apoyo: aseo y orden del lugar de trabajo, colaboración en alguna tarea específica. Sólo en el caso de los obrajes se daba una participación más directa ya que esposas e hijas eran las hilanderas del taller.

La hacienda era una importante empleadora de oficiales de varios giros: allí siempre había trabajo para los herreros, carpinteros, talabarteros, hojalateros, latoneros y herreros que requerían cotidianamente las tareas de la agricultura y la ganadería. Una de las calles de Jalpa se reconoce hasta hoy como el lugar donde vivían los oficiales de la hacienda.

⁹⁹ *Ibidem.*

¹⁰⁰ *Ibidem.*

Estaba además el taller manufacturero, allí donde imperaba la división del trabajo y las relaciones salariales. La diferencia no era sólo de escala, sino de formas de trabajo. La rebocería, la obrajería, la alfarería, la carpintería, la zapatería, la talabartería y la fragua, se organizaban normalmente en una matriz manufacturera, donde existía división del trabajo; retribución en forma de salario, por lo menos a partir del momento en que un aprendiz se transformaba en oficial; existían asimismo relaciones jerarquizadas, aunque con muchos nexos que las atenuaban, entre el patrón y los operarios. El número de trabajadores de un taller era variable, pero no solía pasar de diez. Por lo regular, se solía recurrir más bien al trabajo a domicilio. Quizás los únicos que llegaban a tener más operarios eran los obrajes o las rebocerías. Aquí también la mayoría de los que trabajaban eran hombres, salvo en el caso de las hilanderas de los obrajes.

Para estos talleres manufactureros (sobre todo los de obrajes, alfarería, talabartería y huarachería), las fiestas patronales eran una buena ocasión para vender. La que más los atraía, como devotos y vendedores, era la gran feria regional de San Juan de los Lagos. Y es que los trajines en torno a la Virgen duraban en realidad mucho más tiempo que la misma celebración, la cual correspondía al día dos de febrero de cada año. Rancherías completas, grupos familiares numerosos y organizaciones religiosas, acudían siempre al santuario antes del "mero día", lo cual prolongaba a más de dos meses la feria sanjuanina. Sin embargo, los talleres abastecían primordialmente la demanda local, a la clientela de las casas, ranchos y haciendas de su rumbo.

Finalmente, existía también en toda la región una vieja tradición de trabajo a domicilio en dos vertientes. Una de ellas, ligada a la manufactura, como era el caso del tejido, especialmente aquel dedicado al empuntado de los rebozos. Normalmente esta etapa de "acabado del producto", diríamos hoy, se entregaba a las mujeres de los barrios populares y de los ranchos cercanos a los talleres reboceros, para que ahí le dieran "la vista"; es decir, para que hicieran el tejido que cierra los hilos finales, que era lo primero que cualquier mujer apreciaba en un buen rebozo.

Hasta hoy, las campesinas del rumbo de La Piedad, hacia Michoacán y Guanajuato, identifican por el bordado el rancho donde se empuntó un rebozo de los que se elaboraban en esa ciudad. La rebocería fue una manufactura que dio mucho trabajo a las mujeres en las localidades donde prosperó, por lo menos hasta los años cincuenta de este siglo. A finales del siglo pasado (1899) había en León 1 440 empuntadoras de rebozo.¹⁰¹

Por todo el rumbo había también tejedores a domicilio, con telar propio o prestado, que entregaban su producción a los obrajes. Una práctica común era la maquila entre obrajes, a veces incluso entre tejedores de diferentes localidades. Un pedido urgente se resolvía ofreciendo parte del trabajo a otro taller conocido. De este modo había obrajes que en ciertas temporadas se convertían en maquiladoras exclusivamente.

La otra vertiente de esta tradición laboral era el trabajo a domicilio independiente, donde cada persona elaboraba un producto en su casa y lo vendía. Tal es el caso de las cigarretas, así como la hechura del sombrero de palma, realizada en etapas sucesivas, pero siempre a domicilio: el sombrero tejido en una casa, pasaba a otra donde se planchaba, y de allí a otra en la que se adornaba. Actividad y modalidad muy difundidas en el siglo pasado por diferentes puntos de la región, como San Francisco, Purísima, Piedra Gorda, San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio. Asimismo, se tejían sombreros y "malilla" en las localidades alteñas de Teocaltiche y Arandas.

En poco tiempo el tejido del sombrero se convirtió en una labor generalizada que desempeñaban al parejo hombres y mujeres, en verdad toda la familia. El planchado, realizado con unas cuñas y planchas de carbón, se hizo una tarea sólo masculina; y el adorno, consistente en colocar el tafilete y el listón, se encargaba a mujeres.

Durante el porfiriato el campo vio prosperar, aquí y allá, una nueva manera de producir: la actividad propiamente in-

¹⁰¹ *El Progreso*, 3 de diciembre de 1899.

dustrial, es decir, la elaboración de artículos con maquinaria moderna. Sin embargo, Rincón abajeño y los Altos no fueron regiones privilegiadas en este sentido. Porque aunque algo hubo a este respecto, la gran empresa dejó allí pocas huellas (cuadro 16).

En varios casos la actividad manufacturera estuvo asociada a la propiedad y producción de alguna gran hacienda. Ejemplos de esto fueron el enorme molino de harina de la hacienda de Jalpa, ampliado y modernizado también durante el porfiriato; la jabonera y el molino de aceite de la hacienda de Guadalupe en Arandas y, en menor medida, las destilerías de mezcal tequilero también de Arandas.

Por el rumbo se instalaron dos fábricas de hilados y tejidos. Una de ellas fue "La Victoria", de don Francisco Rincón Gallardo, en Lagos de Moreno, Jalisco; en la cual, en 1880, trabajaban treinta y cinco personas (veinte hombres y quince niños). Más cerca del Rincón, en el pequeño municipio alteño de San Diego de Alejandría, que contaba con unos tres mil habitantes en 1888, se echó a andar la tan citada, pero poco conocida, fábrica de hilados de lana "La Cruz de Piedra", en los terrenos de la hacienda "El Comedero", propiedad del Lic. Diódoro G. Valdivia.¹⁰²

La llegada de la electricidad resultó multiplicadora de otros quehaceres y niveles de actividad con amplio impacto y difusión en el espacio regional. Con la energía eléctrica, los Altos y el Rincón se plagaron de esfuerzos por instalar maquinaria moderna, como los útiles y novedosos molinos de nixtamal, las fábricas de fideos, hielo, aguas gaseosas, sodas, molinos para diversos tipos de oleaginosas y maquinaria para usos agrícolas.

Y es que con el tren y la electricidad empezaron a llegar diferentes compañías a ofrecer sus productos. Así apareció por allí la empresa Singer para vender sus máquinas de coser. A don Donaciano Ramírez, que había sido originalmente

arriero, se le atribuye la modernización de la sombrerería en San Francisco. Y es que él pidió a la fábrica Singer el diseño de una máquina especial para coser los sombreros, tarea que hasta entonces era manual y tediosa. De Nueva York llegaron unos ingenieros de la empresa a conocer la situación, después de lo cual construyeron la máquina de taller modelo 3117, que fue la que durante muchos años se usó para esta labor.

Por allí llegó también don Arturo Mundet a vender maquinaria para hacer refrescos con agua, jarabe, azúcar, ácido cítrico y esencias de limón o de naranja. Todo el equipo costaba setecientos pesos. Don Guadalupe Méndez, originario del Cañón de Jalpa, que tenía la fábrica de sodas "La Suprema" en San Francisco, no pudo comprar ese equipo nuevo que recordó siempre.

Con la luz eléctrica se desataron las inventivas locales. Aparecieron por doquier inventores e innovadores. Así, don Matías Montes, de San Francisco, ideó un ornato de pasamanería para los sombreros hechos a máquina, el cual se vendió muy bien en diversas partes del país. Asimismo, mejoró el mecanismo de los molinos de nixtamal.¹⁰³

La instalación del servicio eléctrico y los sistemas que la utilizaban, como el de distribución de agua, el teléfono y el transporte, se convirtieron asimismo en una fuente de empleo en las localidades. A ello debe añadirse que una política gubernamental amplia de exención de impuestos a los nuevos establecimientos apoyó los esfuerzos y proyectos industriales de alteños y abajeños.

Así, durante los treinta años porfiristas aparecieron fábricas y establecimientos que dieron trabajo y de qué hablar por todo el rumbo del Rincón. En boca de arrieros y comerciantes la noticia de una nueva fábrica o la instalación de otro taller, se extendía rápidamente por pueblos y rancherías. Así por ejemplo, a la inauguración de "La Cruz de Piedra" en San Diego de Alejandría, asistieron no sólo las autoridades y personas del cantón jalisciense de Lagos, al que pertenecía

¹⁰² Véase Patricia Sifa, "Una fábrica del siglo XIX", *Boletín del archivo histórico de Jalisco*, vol. IV, núm. 1, Guadalajara, Secretaría General de Gobernación, Archivo Histórico de Jalisco, 1980, pp. 17-19.

¹⁰³ *El Obrero*, enero de 1906.

la población sandieguina, sino también mucha gente de "los vecinos pueblos del estado de Guanajuato".¹⁰⁴

Al mismo tiempo, hacia el oriente, crecía sin cesar la ciudad de León, la cual se convirtió en el primer ejemplo nacional de desarrollo y especialización manufacturera de pequeña escala. Hacia finales del siglo XIX y principios del XX contaba con unos cincuenta mil habitantes (47 018 en 1895, según Velasco¹⁰⁵ y 63 265 en 1908, de acuerdo con Salceda).¹⁰⁶ Ciudad donde en 1889, y a pesar de la inundación del año anterior, se hacían notar los talleres de zapatos, tejidos de algodón para paños de rebozo, tejidos de lana para jorongos y frazadas, "franela corriente que llama barragán y paños para vestido de clase ordinaria",¹⁰⁷ sombreros y talabartería.¹⁰⁸

Por ese entonces se instalaron también las primeras fábricas mecanizadas como "La Americana", de hilados y tejidos de algodón; un taller mecánico, donde se fabricaban muebles y carrocería fina y corriente; y cuatro molinos de trigo.¹⁰⁹ En 1899 se registraban en esa ciudad cuarenta diferentes actividades, distribuidas en 2 225 establecimientos, los que ocupaban a 10 993 hombres y 2 046 mujeres.¹¹⁰ Los establecimientos más numerosos en ese momento eran los talleres de calzado (1 287), rebocería (265), fraguas (109), y los talleres de sombreros de palma (38) y de otros materiales (tres).¹¹¹

En el barrio del Coecillo existía una vieja fábrica de sombreros —la de don Joaquín Fleble— que, en poder de su sucesor, don Bernardo Schneider, fue totalmente modernizada. Hacia 1905 trabajaban en ella, dándole la "última mano a la manufactura", unos ciento cincuenta obreros, entre hombres y mujeres, y tres agentes viajeros que se encargaban de promover las ventas en todo el país.¹¹²

¹⁰⁴ Patricia Safa, *op. cit.*

¹⁰⁵ Luis Alfonso Velasco, *op. cit.*

¹⁰⁶ Eduardo Salceda López, *Historiografía leonesa*, t. I, León, Presidencia Municipal, 1969.

¹⁰⁷ *Ibidem.*

¹⁰⁸ *Ibidem.*

¹⁰⁹ *Ibidem.*

¹¹⁰ *El Progreso*, 3 de diciembre de 1899.

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² *El Obrero*, 2 de marzo de 1905.

Poco después, en 1908, se hablaba de la existencia de 1 287 talleres de zapatería que ocupaban a 2 750 jornaleros; 265 talleres de rebocería, donde trabajaban 2 070 operarios; 35 tenerías (además de muchas otras pequeñas) con 418 trabajadores. En total, el León de esos años, contaba con 15 670 "artesanos".

La gente del Rincón alude poco a esta cercanía y menos a la influencia posible de León sobre ella, pero no cabe duda de que existían relaciones y contactos con la economía leonesa, que vivía uno de sus mejores momentos de prosperidad y dinamismo atribuibles también en parte a los nuevos mercados que les abrió el tren.

La migración: una cultura de trabajo

Con ese nuevo medio de transporte, durante el porfiriato se inició lo que posteriormente sería una de las más arraigadas tradiciones de trabajo en la región: la migración de alteños y abajeños hacia México, Guadalajara y León, las ciudades mayores del país; pero sobre todo hacia los Estados Unidos. El ferrocarril que viajaba rumbo al norte se llevó a los primeros migrantes que buscaban trabajo en los campos, el traque y las fábricas norteamericanas; tierra donde la sucesión de proyectos de desarrollo abría múltiples oportunidades de empleo.¹¹³

Uno de los primeros testimonios de este proceso quedó plasmado en un retablo a la Virgen de San Juan de los Lagos: en 1908 un francorrinconense, don Gumercindo Ramírez, estuvo a punto de morir en las labores del "traque" en "Kiansas" —como se decía entonces— y cuatro años más tarde, en 1912, acudió al Santuario a agradecerle a la Virgen el milagro de haberle salvado la vida.¹¹⁴

Hoy nos es fácil reconocer que la migración se ha regido

¹¹³ Jorge Durand, "Guanajuato: cantera de migrantes".

¹¹⁴ Jorge Durand y Douglas S. Massey, *Doy gracias. Iconografía de la migración México-Estados Unidos*, Guadalajara, Programa de Estudios Jaliscienses, 1990.

por pautas culturales acuñadas y ancladas en el lugar de origen. Y es que, ciertamente, en la microrregión la migración apareció como una búsqueda de salida a la pobreza y a la falta de oportunidades provocadas por las tierras magras o escasas.

Por otro lado, desde el principio fue claro que la migración era una vía masculina, que sólo, o principalmente, los varones podían recorrerla sin afectar su pertenencia, sin agredir los principios y valores de la organización social local. En poco tiempo este proceso suscitó los primeros desajustes regionales. La falta de brazos para las tareas del campo se dejó sentir desde principios del siglo en los Altos de Jalisco y en los bajos guanajuatense y michoacano.¹¹⁵

Sobre esa matriz masculina de la migración se construyó todo el entramado que hasta hoy la sostiene y mantiene tanto en los lugares de destino, como en los terruños de origen. Construcción social que resultó cada vez más crucial en la medida en que la economía agropecuaria mostraba sus múltiples límites y simultáneamente se incrementaba la necesidad de un ingreso constante y en efectivo. La salida estacional y regular de los hombres se fue convirtiendo casi en la norma laboral masculina a partir de la adolescencia.

Ciertamente el trabajo en Estados Unidos resultaba (sobre todo en los primeros años del proceso) mal remunerado, y la vida muchas veces precaria y humillante. Pero los migrantes descubrieron que el salario de allá se transformaba acá en capital; es decir, en recursos que les permitían poner en práctica los proyectos familiares y personales para vivir y acomodarse mejor en su tierra.¹¹⁶

La inestabilidad del empleo en ese país representó, paradójicamente, una ventaja para los abajeños. Les permitía regresar cada año, durante una buena temporada, a su tierra, periodo que coincidía generalmente con las celebraciones de fin de año o fiestas patronales de varias localidades del rumbo: la Inmaculada Concepción, en San Francisco del Rincón;

las iluminaciones, en las tres localidades del Rincón; la Virgen de Guadalupe en muchas rancherías; con suerte, en enero, antes de irse otra vez, una visita a la Virgen de San Juan de los Lagos.

Con los que se iban quedando en el norte y la densidad de las redes que mantuvieron unidos a los de acá con los del otro lado, resultó otra paradoja: las gentes del Bajío y los Altos suelen, desde entonces, conocer mejor el mercado de trabajo norteamericano que el de México, asimismo, son solicitados con enorme facilidad para un puesto en los campos y ciudades del otro lado de la frontera.¹¹⁷ Con los años, hoy lo sabemos, la migración a los Estados Unidos dio lugar a un mercado de trabajo que incluye a ambos países y ha originado una auténtica cultura regional del trabajo.¹¹⁸

Por otro lado, para quienes se fueron a las ciudades del interior del país la situación fue distinta. En Guadalajara, León o la ciudad de México, el salario sólo fue la manera de garantizar la sobrevivencia familiar cotidiana. Sin embargo, el empleo en fábricas, talleres y comercios de las grandes ciudades les enseñó técnicas y sistemas de trabajo posibles de llevar a cabo en condiciones distintas. De la combinación y el encuentro de las redes y recursos acuñados por la migración nacional —que estimuló habilidades y dio lugar a relaciones— y la internacional —que aporta capital—, ha surgido o se han dinamizado varios de los procesos económicos más importantes de los últimos años en esta microrregión.

En otro nivel, la recurrencia migratoria, generación tras generación, contribuyó asimismo a definir los mecanismos que dieron seguridad, o por lo menos conformidad tanto a los que se quedaban como a los que se iban, aunque en realidad sobre todo a los hombres. Así, ellos, si eran casados tenían que dejar asegurados los productos básicos de la sobrevivencia —maíz, frijol, velas, azúcar, sal, cerillos— pero no dinero. De hecho, muchas veces dejaban deudas por el

¹¹⁵ Jorge Durand, "Guanajuato: cantera de migrantes".

¹¹⁶ Jorge Durand, "Los migradores: cien años...".

¹¹⁷ Massey, Douglas S. et al., *Return to Aztlan*, Berkeley, University of California Press, 1987.

¹¹⁸ Jorge Durand, "Guanajuato: cantera de migrantes".

préstamo que solicitaban para poder irse. De esa manera se reforzó la patrilocalidad de la residencia y la dependencia femenina de la familia del esposo; es decir, la mujer y los hijos debían irse o permanecer en la casa de los padres del marido.

La migración suscitó además un reforzamiento del autoritarismo masculino, de la sensibilidad de los hombres hacia cualquier resquicio conyugal o filial que implicara un cambio hacia una mínima libertad. Quizá después de todo, esto fue así por la misma imposibilidad de hacer efectiva su autoridad.

El trabajo y la condición femeninos

En el Rincón y los Altos los hombres y las mujeres no sólo hacían cosas distintas, sino que además se guiaban por concepciones diferentes. Se daba importancia, por ejemplo, al hecho de que los hombres, a partir de los doce o trece años, trabajaban y por lo tanto empezaban a tener pleno derecho a disponer de una serie de servicios familiares por parte de las mujeres de sus casas.

Concepciones que permitían que aquéllos, desde la adolescencia, conservaran para sí una parte de los ingresos generados por la venta de productos agropecuarios, por el trabajo asalariado o por otras actividades. Se suponía y se aceptaba que los hombres tenían obligaciones sociales y, por lo tanto, gastos que les impedían integrar todos sus ingresos a la economía familiar.

Por lo regular, las mujeres no sabían el monto total de los ingresos masculinos. Ellas sólo recibían "el gasto", es decir, una cantidad convencional entregada por el esposo y los hijos. Normalmente los hijos solteros se encargaban ocasionalmente de sufragar otros gastos —cena, refrescos, golosinas—, daban alguna cantidad a sus hermanas como forma de pago por sus servicios (lavado, planchado y arreglo de la ropa, compras), aunque nunca se aludía a eso. De esa manera, la contribución masculina a la economía familiar estaba regida por pautas sociales que les dejaban un margen de libertad monetaria.

Las nociones en torno al trabajo y los ingresos de la mujer

eran diametralmente opuestos. La casa y los hijos eran el horizonte y el límite de los afanes y trabajos femeninos, en el hogar debía imperar la gratuidad de los servicios femeninos, la obediencia de ellas a las decisiones familiares. Esta diferencia se hizo muy palpable en la medida en que se fue incrementando la necesidad y la importancia de los ingresos en efectivo en la sociedad rural.

Los hombres eran particularmente renuentes a aceptar las nuevas y cada vez más cotidianas demandas de dinero de los hijos y de la casa, a modificar el tipo y el monto de su contribución a la economía familiar. Esta actitud masculina contribuyó de manera muy importante a mantener en secreto la historia del trabajo femenina en el Rincón, incluso para ellas mismas. Pero no cabe duda que la necesidad creciente de dinero fue resuelta en gran medida por el trabajo de la mujer.

Aparte de las tareas domésticas que ellas tenían que realizar cotidianamente, una parte del tiempo femenino, por lo menos en ciertos periodos del año, se destinaba a ayudar a los hombres en las tareas agrícolas y, regularmente, a la recolección de leña, frutas o hierbas. Estas labores no eran consideradas como trabajo por nadie, ni siquiera por ellas mismas: formaban parte de las obligaciones conyugales de una mujer, de "la ayuda" que toda buena esposa debía proporcionar a su marido, y de ese atributo femenino cuyas modalidades concretas podían cambiar con el tiempo y las oportunidades pero que permanecía inalterable como noción.

Los trabajos realizados por éstas quedaban invariablemente incluidos en el producto, en el intercambio y en el consumo. Como es muy sabido, este era el ámbito de las labores y quehaceres de mil modos imprescindibles para la sobrevivencia familiar, pero donde no había un reconocimiento explícito ni una retribución efectiva.

Las excepciones en buena medida contribuían a reiterar la norma. Se aceptaba que las mujeres trabajaran en los casos de viudez o de soltería irremediable, es decir, cuando faltaba un hombre que las mantuviera. El ejemplo de lo que sucedía en la vecina León puede ser ilustrativo. De las sesenta y ocho mujeres que trabajaban en el cuartel número 4 de

esa ciudad, en el cual vivían 2 643 personas en octubre de 1895, más de la mitad (treinta y seis) eran viudas, y casi todas mayores de cincuenta años. Aunque muy atrás, había también solteras de menos de treinta años —quince—, y las de más de treinta años —doce—. ¹¹⁹ Es decir, el trabajo era una situación que se imponía por las circunstancias, no por la voluntad femenina. Esta noción ha influido hasta hoy en las conductas femeninas y masculinas respecto al trabajo de la mujer.

Por otro lado, aun cuando se aceptaba que algunas mujeres tenían que trabajar, también quedaba claro que para ellas existía un espectro limitado de posibilidades. De acuerdo a ese mismo censo del cuartel leonés, los trabajos femeninos predominantes eran el de empuntadora (14), doméstica (14) y lavandera (10), es decir, tareas que se realizaban al interior de las casas propias o ajenas. ¹²⁰

Incluso en esta misma tradición de trabajo en las casas, al interior de los domicilios, las mujeres del Rincón se las habían arreglado para diversificar el trabajo que les proporcionara algún ingreso. De acuerdo al censo de población de 1910, en San Francisco había 778 mujeres que tejían sombreros, 125 costureras, 103 tortilleras, 90 molenderas, 57 lavanderas y planchadoras, ocho parteras, una chocolatera y una dulcera. Todas esas tareas, salvo la de los sombreros y los dulces, eran además exclusivamente femeninas. Los quehaceres compartidos con los hombres se encontraban más bien en los servicios, excepto en la educación (15 profesoras y sólo seis profesores), aunque la proporción femenina era allí muy menor: 35 mujeres comerciantes (466 hombres), y dos empleadas de gobierno (51 hombres).

Las mujeres guanajuatenses y michoacanas del rumbo próximo a La Piedad eran hilanderas en los obrajes y, sobre todo, eran las que empuntaban los rebozos de los talleres en sus domicilios. En el Rincón y los Altos ellas tejían los som-

breros que se requerían cada vez más en San Francisco. Al mismo tiempo existía otra forma, seguramente la más difundida de lo que hoy llamaríamos de trabajo a domicilio, mediante la cual las mujeres de toda la región obtenían dinero: el deshilado, bordado, tejido de prendas de vestir o de artículos de casa; es decir, la hechura de blusas, suéteres, juegos de bebé, camisitas, manteles, sábanas, colchas, cojines y almohadas.

Gracias a la crianza de animales, las mujeres habían aprendido a procurarse otro ingreso sin salir de sus casas. A diferencia de las áreas indígenas donde el puerco o el pollo son sacrificados en las fiestas, o son de alguna manera el ahorro para las urgencias, en el Rincón y los Altos la cría de animales —puerco, lechón, gallina de engorda, gallina para postura— ha sido siempre una actividad netamente comercial, un quehacer estable, muy serio y profesional, a través del cual las mujeres han conseguido un ingreso monetario constante.

La mujer alteña y abajeña ha sido desde hace mucho una experta conocedora de las razas de pollos y puercos, una buscadora permanente de información sobre los vaivenes del mercado respecto a las posibilidades de compra y venta de aquéllos. La red de acopiadores que daba sentido a los embarcadores de San Francisco y La Piedad se basaba precisamente en esta labor femenina, la cual practicaban casi todas las mujeres de la región.

Para todas estas mujeres el día de mercado en su localidad o en otra población cercana, aunque fuese muy pequeño, solía ser crucial en un triple sentido. Allí compraban lo que iban a necesitar durante la semana y de paso era la ocasión que tenían, por lo regular la única, para entregar su producción semanal, aceptar encargos y recibir dinero de la acaparadora del lugar.

Con el dinero en mano, antes de llegar a la casa, ellas podían comprar lo que les faltaba a los niños, obsequiarles alguna golosina, un buen almuerzo, o se animaban a endeudarse con otra puerca o unos pollos. La búsqueda del dinero en efectivo ha estado siempre atrás, en el trasfondo, pero muy presente en los afanes y tareas femeninos de antes y de ahora.

¹¹⁹ Distrito de León, *Censo General de Habitantes*, t. 1, Cabecera del cuartel 1 al 6, Cuartel número 4, octubre 20 de 1895.

¹²⁰ *Ibidem*.

Así las cosas, durante los muchos años que duró el porfiriato y en los linderos de la producción agrícola, la microrregión del Rincón fue acuñando y poniendo en práctica una historia del trabajo no agrícola; historia que hizo posible y enseñó formas flexibles e independientes, pero al mismo tiempo muy articuladas, para la organización del trabajo, de la manera de hacer diferentes cosas, lo que fue una vía de empleo e ingresos en efectivo para la gente de sus diferentes localidades.

Trayectoria pequeña, local, pero que tuvo la ventaja de haber sido creada, vivida y procesada, por la gente misma del Rincón, grandes observadores y comentaristas de las novedades y peripecias de su rumbo.

CAPÍTULO

4

Dos edades en San Francisco del Rincón

El 20 de enero de 1907 San Francisco del Rincón celebró su tercer centenario. Ese mismo año, en Purísima, moría Hermenegildo Bustos, el retratista insuperable de las gentes del Rincón,¹ de esos hombres delgados de ojos levemente indígenas y mirada obstinada, de mujeres gruesecitas que observan con resignación pero también con firmeza. Aunque siempre serios, en los retratos no hay tristeza.

Y es que los cambios de los últimos cincuenta años hicieron a San Francisco y su gente sumamente orgullosa, inocultablemente alegre. La pequeña urbe de apenas dos millas cuadradas, logró salir adelante de los muchos cambios que acarreó el porfiriato. La era de los jefes políticos y hacendados, característicos de la geografía política nacional hasta 1910, dejó allí menos estragos que en otras tierras.

La era de los jefes políticos y los hacendados (1900-1910)

El jefe político y la vida urbana

De manera similar a lo que sucedía nacional y estatalmente, aquí el jefe político del distrito llegó al centenario con catorce años ininterrumpidos en el cargo (aunque en realidad mu-

¹ Octavio Paz, "Yo, pintor, indio de este pueblo", *Vuelta*, núm. 113, vol. 1, México, abril de 1986, pp. 35-50.

chos más). Don Tomás Padilla, originario de San Isidro, una hacienda de las cercanías, aprendió y descubrió en León la farmacéutica y la política, oficio y pasión a los que dedicó su vida.

Desde su regreso a San Francisco en 1874 se convirtió en el hombre fuerte, en el promotor de casi todas las iniciativas locales. Desde sus puestos en el ayuntamiento o la jefatura política interina, estuvo detrás de muchas de las obras, servicios y funciones que consiguió San Francisco en los últimos veinticinco años del siglo XIX. Ya como jefe político, a partir de 1893 inició la construcción del palacio municipal, que hasta hoy existe, y el mercado Porfirio Díaz; llevó adelante también la instalación de la luz eléctrica, misma que permitió colocar lámparas en calles, jardines y el mercado, e hizo posible la realización de nuevas y novedosas empresas² (cuadro 16). El cronista Murillo,³ lo considera el "gobernante más popular que ha tenido San Francisco", y la información oral no lo desmiente.

Los ingresos provenientes de la feria anual y un sistema de captación y recaudación fiscal, particularmente eficiente y favorable a San Francisco, permitieron emprender importantes obras. La diferencia entre los ingresos de los tres pueblos del Rincón era notable. En 1900 se recaudaron en San Francisco \$ 56 269.18; en Purísima \$ 21 867.29 y en Manuel Doblado \$ 26 713.00. Pero más significativa aún era la proporción que permanecía en los municipios. En Purísima y Doblado se quedaba entre el 17.0 y el 18.0 por ciento de lo recaudado (\$ 3 868.24 y \$ 4 806.00, respectivamente); en tanto que en San Francisco, lograban mantener el doble (36 por ciento): \$ 20 392.81.⁴ Quizá la pertenencia a León —y no al gobierno estatal, como Purísima y Manuel Doblado—, explica esta diferencia favorable a los intereses francorrinconenses.

La cabecera municipal era la principal beneficiaria de las obras y servicios. La falta de éstos se había complicado con

² José M. Murillo, *op. cit.*

³ *Ibidem.*

⁴ Pedro González, *op. cit.*

el crecimiento de la población. Los francorrinconenses representaban casi la mitad (44 por ciento) de la población municipal en 1900, y en cada casa vivían aproximadamente siete personas (6.8).

De San Francisco se decía:

alberga muchos habitantes con relación al reducido perímetro que ocupa la parte fincada. Las condiciones de ésta son poco favorables, en razón de que muy pocos edificios tienen las comodidades que se requieren en las habitaciones, porque generalmente los centros de las manzanas son corrales en común, sin derrames para las aguas pluviales por lo plano del suelo, sin más lugares excusados que basureros, lo que ocasiona la formación de charcos y lodazales corrompidos.⁵

Asimismo, existía carencia de vivienda. El censo de 1900 registró 1 596 casas, lo que contrastaba con las 4 269 existentes en Manuel Doblado por esas mismas fechas (cuadro 16).

Aunque el San Francisco de hoy es muy diferente, todavía se advierte la huella de una vieja proliferación de casas en cada manzana del centro de la ciudad, configuración urbana que lo hace muy diferente a las localidades vecinas. Una cuadra llega a albergar hasta veinte casas, cada una de éstas con muy poco frente pero con veinte o veinticinco metros hacia el interior. Quizá este sea uno de los mejores testimonios del temprano proceso de fragmentación de la propiedad urbana, como también el resultado de una temprana densidad demográfica.⁶

Mediante otros mecanismos se apoyó esta tendencia hacia la centralidad municipal. Uno de ellos fue que en los ranchos, haciendas e incluso barrios de San Francisco, no se autorizaba la venta de licores. En las doce tiendas de abarro-

⁵ *Ibidem.*

⁶ Juan Fernando Bontempo y MariJosé Amerlinck, comunicación personal.

tes que se registraron en los ranchos y haciendas (San Cristóbal, Peñuelas, Talayote, San Isidro, Jaralillo, Arroyo Seco, San Roque de Montes) y en las nueve que existían en los barrios (El Llano, San Antonio, San Miguel y en la estación del ferrocarril) estaba prohibido vender alcohol. Así, para tomarse un trago había que recurrir necesariamente a alguna de las ochenta y una cantinas y tiendas de abarrotes, o a las ocho pulquerías que, todavía en 1914, existían en San Francisco (cuadros 19 y 20). La actividad manufacturera, aunque de pequeña escala, hizo prosperar este tipo de negocio, tan característico de los pueblos fabriles del porfiriato y de siempre.⁷

Sin embargo, había también otras maneras de entretenerse. Don Valeriano Torres fundó algunos periódicos "de combate", como *La Palestra*, *El Heraldo* y *El Clarín del Pueblo*, los cuales eran muy leídos. Hubo otros, aunque de vida efímera, como el semanario *El Industrial* y el periódico reeleccionista *El Correo del Interior*; o todavía más ocasionales, como *La Providencia* y *El Centenario*.⁸

También existían escuelas. Desde fines del siglo pasado la Iglesia se preocupó por instalar no sólo templos de culto, sino también escuelas en las comunidades rurales y, por supuesto, urbanas. El Colegio del Divino Salvador de San Francisco fue el lugar de estudio y trabajo más afamado de la localidad. Lo administraban sacerdotes diocesanos muy bien formados (varios de ellos en Roma) y colaboraban asimismo en las tareas del colegio los propios egresados, quienes eran los que destacaban en la vida cultural local como poetas, músicos y animaban las veladas y reuniones literarias.⁹ Sin duda, el cronista Murillo formó parte de esa pequeña elite ilustrada en aquel tiempo.

La misma Iglesia no se quedó atrás en este afán modernizador y centralizador. En 1880 terminó de construir en San Francisco el Santuario de la Concepción, el cual era,

⁷ Jorge Durand, *Los obreros de Río Grande*.

⁸ José M. Murillo, *op. cit.*

⁹ *Ibidem*.

además, una ofrenda de paz hacia los de Purísima. En 1900 se estrenaron la reparación y ornamentación del templo parroquial; y poco después se instalaron un gran órgano tubular, una hermosa sillería y se construyó también el palacio cural.¹⁰

Ciertamente San Francisco fue afortunado. Que don Tomás Padilla hubiese resultado tan buen gobernante como excelente administrador fue una gran fortuna para el municipio. Respecto a su duración en el poder, de cualquier modo, quizá se habría tenido otro jefe más o menos perpetuo.

Los hacendados y la vida en el campo

En cuestión de hacendados fue menos asunto de suerte y más de la trayectoria agraria regional. Una parte importante de la vida de San Francisco en 1900 se desarrollaba en el campo, en las cinco haciendas que albergaban a más de tres mil almas (3 377) y en los sesenta ranchos que contaban con diez mil (10 333).

En total, es decir, en los tres pueblos del Rincón, las 35 220 gentes propiamente rurales se distribuían en 17 haciendas y 196 ranchos (cuadro 16). La propiedad rural, con un valor de más de dos millones (\$ 2'066 998), estaba registrada a nombre de 333 propietarios, desigualmente distribuidos. En las tierras de San Francisco había 214, en Doblado 92 y en Purísima 27. Como se observa, el proceso de fragmentación fue mucho más acusado en San Francisco.

Diez años más tarde, según el censo de 1910, de los 11 257 rinconenses dedicados a la agricultura, siete eran "administradores y dependientes de campo", 902 agricultores y 10 192 peones o jornaleros.

La comparación en cifras es difícil. La memoria de la gente recuerda que aunque había unas cuantas haciendas que trabajaban de manera centralizada, inclusive con peones acasillados, como las de Santiago, en San Francisco, y Jalpa, en

¹⁰ *Ibidem*.

Purísima, el quehacer agrícola se basó particularmente sobre el arrendamiento de las tierras y en la mediería, en especial para sacar adelante la producción de maíz en las tierras de temporal.

Así pues, era ésta una sociedad de ranchos y rancheros, donde lo más nutrido e intenso de la vida rural transcurría entre las noticias y acontecimientos de los arrendatarios, aparceros, medieros, rancheros independientes, administradores que combinaban la actividad agrícola de producción maicera y triguera —cuando se tenía acceso al agua o a las tierras de humedad— con los “criaderos” de ganado, con la cría y engorda de animales de labor y agostadero y en menor medida de puercos.

Con el tiempo, los arrendatarios ganaron el acceso a las tierras irrigadas o húmedas (los vallados) del río Turbio, las cuales pertenecían a las haciendas de San Roque de Montes, San Roque de Torres, Peñuelas (a la que se integraban Silva y San Ignacio) y Sauz de Armenta, todas ellas dedicadas al cultivo del trigo.

Incluso en Jalpa, donde se utilizaban anualmente los servicios de 1 800 peones, una parte de la hacienda “...era cultivada por aparceros que trabajaban a medias con los dueños”.¹¹ Hacia fines del porfiriato las haciendas de la región eran unidades de propiedad más que empresas de administración central;¹² y todo el maíz de las haciendas del distrito era producido por los medieros.¹³

Para la cría y engorda de ganados mayores y menores y para la producción de trigo, algunas haciendas funcionaban todavía como unidades productivas. En Purísima eran famosas las reses bravas de Jalpa; y las de San Cristóbal, La Concepción y Maravillas, en Manuel Doblado (en Jalpa había un extranjero inglés o alemán dedicado exclusivamente a la cría de los animales). Gracias a su acceso al agua, las haciendas obtuvieron ventajas para la producción de trigo, el

¹¹ María del Carmen Collado, *op. cit.*

¹² David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío.*

¹³ *Ibidem.*

principal producto comercial en la economía regional. Este fue el caso de la hacienda Santiago.

También de Jalpa; en 1906 tenía 1 300 personas ocupadas en la producción de trigo,¹⁴ mismas que se encargaban de la siembra correspondiente a unas seis mil hectáreas de tierras bajas. Parte de ese trigo se convertía en harina en el propio molino de la hacienda (cuya maquinaria, bancos de trituración, compresión y disgregación provenía de Estados Unidos), y en otro más pequeño situado en Cañada de Negros. Eran éstos molinos estacionales, que sólo trabajaban durante la época siguiente a la cosecha de trigo.

Un “tren de carros” —formado por doce carros de mulas y centenares de burros—, transportaban el trigo y la harina a la bodega de la hacienda en la estación San Francisco. Los carros servían además para mover la cosecha de garbanzo, otro buen producto que se cultivaba en la Presa Vieja. Estos productos jalpenses se vendían muy bien en las ciudades de León y Guanajuato.

La hacienda de Jalpa

La hacienda que dio más qué hablar en aquel tiempo por todo el rumbo fue la de Jalpa. A partir de su matrimonio con doña Guadalupe Cánovas en 1900, don Óscar J. Braniff, un acaudalado empresario de la ciudad de México, pasó a ser copropietario de la hacienda, la cual contaba en ese momento con 32 126.64 hectáreas, divididas en 83 lotes.¹⁵

Don Atilano, nacido allí, recuerda que los criaderos de ganado como “La Ordeña”, “La Estancia” y “El Tecolote”, eran “ranchos” de la hacienda donde un grupo de familias vivía y trabajaba desde hacía muchos años. Hasta hoy se les identifica en el paisaje alteño por la existencia de algún árbol fuera de lo común, que algún ranchero plantó y cuidó para una sombra que quizá ya no disfrutó.

Los caporales se encargaban de cuidar y mover el ganado

¹⁴ María del Carmen Collado, *op. cit.*

¹⁵ *Ibidem.*

y organizar el trabajo de los vaqueros. Eran asimismo excelentes jinetes, orgullo de esa pequeña sociedad ranchera. En esos ranchos de tierras altas, existían entre ocho y diez mil cabezas de ganado, dice Collado.¹⁶ Muchos machos de ese ganado se dejaban para los trabajos de la hacienda, y las hembras para reponer crías, aunque con el tiempo se destinaban al rastro. Cerca del molino de Jalpa había también zahurdas donde se engordaban puercos, los cuales se vendían en León. Esta ganadería, sin ser la principal actividad de la hacienda, dejaba buenas ganancias a sus propietarios.¹⁷

A las estancias de las tierras bajas, don Atilano las llama "haciendas", y las identifica muy bien. Desde la mojonera que daba inicio a Jalpa, muy cerca de San Francisco, era "El Sauz de Cajigal"; seguían "Laguna de Piedra" y "Cañada de Negros", que era administrada por un pariente de la propietaria, y, finalmente, "San Ángel". Por el otro lado, las mojoneras hacían frontera con las haciendas de San Lorenzo de Lobos y Maravillas pertenecientes a la población de Manuel Doblado. Los trabajadores de los ranchos y haciendas se juntaban los domingos a oír misa en Jalpa y a hacer el mandado en la tienda de la hacienda, administrada por un extranjero que al partir no dejó los mejores recuerdos.

A pesar de su oriundez urbana, a don Óscar le interesó mucho su propiedad agraria y comenzó a mejorarla. De esta época data la hermosa nogalera que todavía distingue a la hacienda y la obra muy importante y perdurable de la enorme presa Santa Ifigenia, a cuatro kilómetros del molino. Los propietarios de la hacienda tenían los derechos de explotación del río Turbio que pasaba por sus tierras. Una obra hidráulica realizada por el propietario permitió incrementar la superficie irrigada de la hacienda y vender más agua a los hacendados y rancheros de las cercanías.¹⁸

Esta obra se inició en 1900 y tardó diez años en terminarse. Su costo fue de un millón de pesos.¹⁹ Llamó mucho la

¹⁶ *Ibidem.*

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ *Ibidem.*

atención el "reembarque" de gente que fue preciso traer por ferrocarril para la construcción de la cortina. En el camino a la presa se perciben hasta hoy las huellas de las dos hileras de casas que se construyeron para albergar a tanta gente que llegó. Don Joaquín Espinoza, originario de Jalpa, fue contratado como "rayador" para los trabajadores de la presa. Y no era para menos. La cortina de la presa mide 28 metros y tiene capacidad para cincuenta millones de metros cúbicos de agua. Santa Ifigenia está comunicada con la Presa Vieja y tiene un sistema complejo de cajas de agua y desagües hacia las tierras del Bajío. Concluida la presa, don Joaquín pasó a encargarse, hasta 1917, de la administración de la hacienda.

Esa enorme obra hidráulica fue consecuente con la propuesta agraria de don Óscar. En un opúsculo publicado por él en 1910, se declaró partidario de un manejo privado de las aguas mediante empresas que suministraran eficientemente a la sociedad de pequeños propietarios de la región. A su parecer, esta era la solución para aumentar la productividad agrícola.²⁰ La Revolución de 1910 logró por otra vía esta segunda parte de la propuesta de don Óscar J. Braniff.

A partir de las incursiones de los revolucionarios, en especial del asalto a la tienda y el molino, los hacendados se fueron para no volver más. Años más tarde, en 1939, repartieron la enorme propiedad entre sus trabajadores residentes. Con el fin de Jalpa se inició no sólo el ocaso de un modelo, sino también de una forma de concebir y entretener la vida en la región.

Con todo y que Jalpa daba de qué hablar, la vida micro-regional mostró cada vez más las vicisitudes respecto de las actividades que se llevaban a cabo en San Francisco.

San Francisco y los quehaceres urbanos

La pequeña ciudad se plagó de negocios ligados a la sombrería y a los ingresos comparativamente mayores que per-

²⁰ *Ibidem.*

mitió el tejido. Hacia 1907 se decía que la sombrerería era la "situación económica más importante de San Francisco".²¹ Su producción anual se calculó por entonces en \$ 1'118 875.00. Y la vía principal para el movimiento de exportación del "artefacto", como lo llamó Murillo, así como la importación del material necesario para su elaboración, se efectuaba por ferrocarril.²²

Para ese momento, los sombreros francorrinconenses habían participado y ganado diplomas y recompensas en algunos certámenes internacionales como los de París, Chicago y San Luis Missouri, y en nacionales como los de León y el propio San Francisco, según datos reportados por don Tomás Padilla en un informe a la Secretaría de Hacienda correspondiente a 1907.²³

En menos de quince años, los establecimientos comerciales e industriales se duplicaron. De 79 que había en 1899-1900 se pasó a 195 en 1913-14 (cuadro 20). Este crecimiento de los negocios francorrinconenses no fue sólo espectacular, indicaba además un cambio en las maneras de hacer dinero, que eran asimismo indicio de una modificación en los modos de relacionarse con la sociedad rural. Allí se encontraban ya algunos de los protagonistas de la historia rural posrevolucionaria, los que en la década de los años veinte hicieron realidad aquello de que más valían dos metros de mostrador que cien caballerías.

Efectivamente, en los cajones de ropa de la tienda "La Ciudad de México", propiedad del francés don Luis Beraud, o en la tienda "La Legalidad" de los españoles Casto Pereda y Cía. (Gregorio Riegas), se conseguía lo mejor en prendas y accesorios para esa pequeña sociedad ranchera (cuadro 19). Pero tanto don Luis como don Casto tuvieron que comenzar a incursionar en los negocios que resultaban más prometedores en la primera década de esta centuria, en esos diez años que transcurrieron entre crisis y bonanzas hasta la caída de don Porfirio Díaz y el derrumbe de su añoso régimen. Desde los

²¹ José M. Murillo, *op. cit.*

²² *Ibidem.*

²³ *Ibidem.*

últimos años del siglo pasado, el señor Beraud y sus hijos empezaron a dedicarse también al comercio de sombreros, y don Casto a la venta de abarrotes en "La Rosa de Oro".

Una de las tiendas de ropa más reconocidas, y que duró más tiempo, fue la de don Cleto Aguirre, originario de Silao, quien llegó a San Francisco como dependiente mayor de la tienda de don Casto. A "El Nuevo Mundo", enorme establecimiento de cuatro puertas en el portal, acudían a surtirse de todo lo imaginable las gentes de los ranchos cercanos a Manuel Doblado y los Altos de Jalisco: en ese cajón de ropa había siempre todo lo que se necesitaba. Don Cleto fue de los ricos que no quiso irse ni cerrar durante la revolución y, por supuesto, fue el principal asaltado por las tropas de Pascual Orozco, cuando en 1914 entraron a la ciudad.

Pero fueron los abarrotes de amplia distribución asociados a la compra de huevo, que provenía sobre todo de los Altos de Jalisco, el negocio que más y mejor prosperó en ese tiempo. Vía el ferrocarril, ese producto llegaba en tres días a los expendios de México, ciudad que durante el porfiriato duplicó su población —de doscientas a cuatrocientas mil personas—, y por lo mismo sus necesidades de abasto.²⁴

Don Marcelino Sánchez, un español santanderino muy trabajador, se adaptó a San Francisco, a donde llegó para trabajar con un pariente, otro español —don Baldomero Fernández—, quien era dueño de una tienda de telas. En el "Chin-Chun-Chan" vendía abarrotes y licores, en mayoreo y menudeo, a arrieros y clientes individuales. Pero también compraba huevo a las rancharías de todo el rumbo cercano a Manuel Doblado y los Altos de Jalisco, mismo que enviaba a León y a las tiendas de abarrotes de sus parientes ("La Montañesa", "Ayuntamiento") en el centro de la capital. En 1914 don Marcelino cambió de giro y se dedicó al comercio de telas, aunque siguió durante muchos años relacionado aún con el abasto rural a través de la compra de huevo.

²⁴ Alejandra Moreno Toscano, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", *Historia Mexicana* 86, vol. xxii, núm. 2, México, El Colegio de México, 1972, pp. 160-187.

Don Albino García, alteño que originalmente instaló un mesón, se dedicó también y con gran éxito a la compra de huevo en su tierra de origen, el cual despachaba hacia la ciudad de México.

Pero sin duda el ejemplo más espectacular de este tipo de comercio y comerciante fue don Julio Orozco Sainz, quien nació en 1887 en el rancho "Los Pastores" del municipio de San Ignacio Cerro Gordo, Altos de Jalisco. Es decir, en una tierra pobre que obligaba a salir. El rumbo lo decidió la contratación de su padre, don Martiniano Orozco, como administrador del rancho "El Aguillilla", perteneciente a la hacienda de Los Tanques, cercana a San Francisco. En 1893, a los seis años, su familia llegó a vivir a esa ciudad donde don Martiniano instaló la panadería "De Jalisco". La carrera de don Julio fue vertiginosa. A la vuelta del siglo administraba la pequeña panadería de su padre, convirtiéndola muy pronto en la proveedora de las tiendas de los ranchos cercanos. Poco después, hacia 1905 más o menos, don Agustín González, un comerciante que partía de la ciudad, le ofreció su tienda "La Central", situada en una esquina del mercado. Don Julio no se animaba ya que era un tipo de comercio que no conocía, pero finalmente la compró con todo su capital: \$ 2 000.00.

Hacia 1914 don Julio contaba ya con una gran abarrotera que realizaba la compra-venta de semillas, una cantina —"El Progreso"—, un expendio de palma, un despacho sin nombre, para el comercio de sombreros. Asimismo era él el distribuidor del tequila más importante en toda la región. A su enorme capacidad de trabajo se añadía una gran inteligencia y habilidad para los negocios. De hecho, descubrió nuevas maneras de vincular, ahora a través del comercio, los productos distintos de los Altos y el Bajío. Don Julio supo aprovechar al máximo tanto la situación de la frontera política entre dos estados como la diversidad ecológica entre dos regiones.

A la tienda de don Julio llegaban los arrieros de diferentes rumbos de los Altos, muchos de los cuales no querían seguir el viaje hasta León y preferían dejar su carga y abastecerse en San Francisco. En "El Progreso" era común encontrarse arrieros de Arandas, San Ignacio Cerro Gordo, Santiaguito,

Jesús María, San Miguel el Alto, San Julián, San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio; a veces con pocos animales, otras con veinte o treinta mulas. De los Altos traían huevo, gallina, cera de colmena, miel, linaza, aceite de linaza y semillas (maíz, trigo y frijol). Para negociar practicaban una especie de trueque, de intercambio en especie, pero se calculaba siempre en dinero. Lo más discutido era el huevo. Había que revisarlos uno por uno para evitar el huevo añejo.

Los arrieros que llevaban la loza de Manuel Doblado a los mercados de León y San Francisco también preferían la tienda de don Julio para surtirse de los pedidos que recibían.

Mientras se efectuaba la carga de las mulas, al mismo tiempo se comentaban las novedades y chismes. El arriero partía llevando comestibles, sobre todo azúcar, arroz, frijol, piloncillo, canela, sal, queso, carbón, cigarros, cerillos y veladoras. La arriería y los comerciantes como don Julio eran todavía los que conectaban e intercambiaban los productos agropecuarios y manufactureros de pequeña escala, dispersos en la geografía regional.

Con menos de treinta años, don Julio Orozco comenzó a ser un "don". Durante la revolución maderista optó por cerrar y dedicarse a corretear moneda, es decir, a cambiar bilimbiques y oro. De este modo pudo sobrevivir bastante bien a los años de la guerra y reabrir el negocio sin grandes tropiezos hacia 1919, cuando compró el local donde estableció su tienda definitiva, la que todos conocieron, enfrente del jardín, con un mostrador de dos metros de frente —desde donde despachaba invariablemente don Julio— y quince metros de lateral.

Buenos negocios también lo fueron aquellos relacionados con la sombrerería. Estaban, por una parte, los expendios de palma que abastecían a los tejedores de San Francisco, sus rancherías y a lugares como Purísima, Manuel Doblado, San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio. Éstos se localizaban en unas cuantas calles de la ciudad, sobre todo en las de Juárez (4), Márquez (3), Guzmán (3), Cortázar (1) y León (1). Fueron muy importantes los de don Luis Beraud, los de don Julio Orozco (tío de don Julio Orozco Sainz), los de don Eduardo Pérez y los de don J. Jesús Becerra (cuadro 19).

Los "palmeros", como se llamó a esos comerciantes, traían carros enteros de ferrocarril con ese material en manojo desde Ario de Rosales, La Huacana, El Jorullo y La Playa, lugares de la Tierra Caliente de Michoacán. Cada bulto de palma pesaba casi cien kilogramos. La palma que llegaba en greña se vendía por hoja, por "espadas de palma real", a los tejedores que cada noche acudían a comprarla para trabajar el día siguiente. Entre noviembre de 1913 y junio de 1914 se clausuraron diez de los trece expendios de palma que existían en la ciudad. De los grandes, sólo don Julio Orozco Orozco no cerró en ese periodo.

Estaban también los almacenistas de sombreros, los que cada atardecer abrían sus despachos para recibir el sombrero "de tela", como se denominaba al sombrero de palma hecho de una sola pieza, totalmente tejido mediante el cruzado de ochenta pares de hilos; el de tripilla o malilla, que era cosido; el de "dos telas" o "encerado", el cual se hacía sobreponiendo dos sombreros tejidos, mismos que se pegaban con una capa de cera de Campeche. De este modo se obtenía un sombrero menos quebradizo, más impermeable y durable, aunque claro, costaba más del doble que uno sencillo.

El almacenista recibía un producto y dinamizaba una situación en la que participaban tres tipos de trabajadores domiciliarios: el tejedor de sombreros o malilla, el planchador y la adornadora. El tejedor era el más independiente y se encontraba en toda la microrregión urbana y rural; el planchador y la adornadora podían trabajar por su cuenta, o ser empleados de algún taller, la mayoría solían ser de San Francisco.

Aunque había algunos talleres y se habían hecho ya los primeros intentos por mecanizar el proceso de producción (sobre todo para la costura) y por reunir a los trabajadores en un local especial, la verdad es que todavía no había llegado la hora de los talleres y los fabricantes. En 1914 cerraron tres de los cuatro talleres registrados: el de don Romualdo Barrera, doña Francisca Ángel viuda de Rojas, y don Manuel Rocha.

Los locales de los veinte almacenistas que había en 1913-14 se encontraban cerca de las palmerías, en las calles

de León (6), Márquez (5), el Portal Camarena (5), Cortázar (3) y Juárez (1). Los más renombrados fueron los de don Pablo Araujo —un comerciante de León avecindado en San Francisco— y don Julio Orozco y, en menor medida, los de don Tomás Botés, don Porfirio Guerrero, don Horacio Madrazo, don Casto Pereda y Cía., don Amado Rueda y don Ricardo Zieyleshi (cuadro 19).

Hasta ese momento eran los almacenistas los que manejaban las redes y rutas del mercadeo sombrerero. La gente de San Francisco desconocía hacia dónde y cómo se iba su producto. A mediados de 1914 se registraron dieciocho clausuras de ese tipo de establecimiento. Sólo persistían en el negocio don Pablo Araujo y don Julio Orozco (quien más tarde también cerró).

Y no era para menos. Desde fines de 1913 se dejó sentir el impacto de la revolución en toda la región. Entre julio de 1913 y julio de 1914, de los 195 establecimientos registrados en San Francisco, 118 anunciaron su clausura y nueve fueron traspasados.²⁵ En ese mismo mes, Pascual Orozco atacó la hacienda de Santiago, la estación del ferrocarril y la población de San Francisco, y el 1o. de agosto también la cercana ciudad de León.

El impacto ya no fue sólo en el campo. Los periódicos de León dieron cuenta del incremento de los precios de los artículos de primera necesidad, la escasez de materiales para trabajar, la cancelación de compras por parte de los almacenistas, el cierre de los talleres, la falta de trabajo para los zapateros y otros trabajadores y la dificultad para llegar a los mercados de la frontera norte, donde se solían vender tan bien los productos leonenses.²⁶

En San Francisco, la vida comenzó a normalizarse hasta 1919. Pero en poco tiempo se habían suscitado cambios profundos. Allí también sucedió lo que en muchas partes. Ante el temor inmediato de ser identificados y asaltados y la incertidumbre frente al destino de sus propiedades, los hacenda-

²⁵ *Prontuario de la receptoría de rentas*, San Francisco del Rincón, Guanajuato, 1913-1914.

²⁶ *El Obrero*, mayo y junio de 1914.

dos y varios de los ricos de la ciudad se fueron para no volver.

Los negocios que apresuradamente dejaron quedaron asimismo en manos de administradores y parientes pobres. En las haciendas se inició de inmediato la venta del ganado, lo más costoso de mantener y lo más susceptible y tentador para asaltos. Empezaron a tramitarse ventas y traspáso, a veces ya imposibles, de propiedades y negocios en el campo y la ciudad. En la década de 1920-30 varios terratenientes fraccionaron sus propiedades.

Brading²⁷ describe una de ellas, Sauz de Armenta, vieja

hacienda que siempre había alquilado una parte considerable de su territorio, fue seccionada en ranchos por el dueño Hilario Torres, un industrial de León. Entre 1921-24 les vendió 2 580 acres a 26 individuos por un total de 75 193 pesos, un promedio de 2 892 pesos por poco menos de 100 acres. Además, dos secciones restantes, que incluían las instalaciones del casco, presas y 1 996 acres, se vendieron en 690 000 pesos...

Comenzó así el fin de un modelo de acumulación de capital, como también de la de articulación regional y del marco político que había garantizado durante mucho tiempo el control de la gente y del espacio. Fue este el inicio de otra etapa, de otra manera de relacionarse entre el campo y la ciudad y entre los Altos y el Bajío.

El eje todavía fuertemente rural de la vida económica microrregional y la articulación intra y extrarregional, basadas en el sistema de hacienda y los quehaceres agropecuarios, empezaron a desplazarse hacia una vinculación sustentada en actividades comerciales y de transformación, manejadas desde la pequeña urbe por personajes nuevos, quienes lograron tener acceso a dos recursos clave e insustituibles: el crédito y las relaciones políticas con la sociedad extralocal.

Desarticulado el mundo agrario, la microrregión encontró

²⁷ David A. Brading, *op. cit.*

en su microhistoria no agrícola, sobre todo comercial y manufacturera, los recursos de su sobrevivencia posrevolucionaria. Desde entonces y durante tres décadas, el comercio, que siempre había relacionado ambos mundos ecológicos, se convirtió en el trasfondo dinamizador de la economía microrregional de una sociedad que no pudo eludir y en verdad siempre necesitó estar en contacto con los poderes económicos y políticos externos.

La era de los comerciantes y los hombres fuertes (1920-1950)

En San Francisco, como en casi todo el mundo rural, la salida de los sectores adinerados tradicionales alteró la economía y la política microrregionales. Con su éxodo se desarticulaban las redes y mecanismos habituales de acceso a los productos, al crédito y al dinero en efectivo de toda esta sociedad. Asimismo, se desarticulaban las maneras que la gente del Rincón había utilizado hasta entonces para sobrevivir y sacar adelante sus proyectos agropecuarios y sus quehaceres manufactureros.

Al mismo tiempo, la revolución acercó en la ciudad a nuevas gentes, pobres y acomodados de ranchos y ciudades más pequeños, a los que la guerra y la destrucción de las haciendas desarraigó de sus terruños. El cambio implicó al mismo tiempo un problema y una oportunidad. Propios y acercados escudriñaron y experimentaron nuevas maneras de trabajar, de vivir el presente y de imaginar el futuro.

Hacia falta dinero precisamente en el momento en que las haciendas pusieron a la venta sus tierras, animales y aperos; cuando la partida de varios de los viejos comerciantes y almacenistas de sombreros abrió otras posibilidades para ese producto que se había vendido tan bien durante la revolución maderista: hacia el sur, el sombrero de ala muy ancha, al que se dio en llamar "el zapatista"; y rumbo al norte, donde andaban los otros revolucionarios, con el sombrero "lagunero" de ala corta, por el que siempre identificamos a la gente de

Obregón. Los trenes en que viajaban los revolucionarios fueron utilizados, como nunca antes, por personas de San Francisco para salir a vender sombreros. Así empezó un cambio fundamental para la sombrería.

Don Julio Orozco: un comerciante

La década de los años veinte fue el gran momento, los mejores años de don Julio Orozco. A partir del comercio manejó como nadie el recurso más escaso y más necesario de esos años: el dinero, el cual, a través suyo se convertía en créditos y préstamos para múltiples gentes y los variados quehaceres que lo necesitaban. Era esta una relación sin duda muy asimétrica, pero también imprescindible en la primera situación posrevolucionaria.

Su tienda, que jamás cerraba, se convirtió en la promotora y abastecedora indiscutible de la modalidad comercial que sustituyó irremediamente al arriero en el abasto rural de bienes de consumo básico: la tienda de abarrotes y semillas en cada localidad. Establecimiento que dependía del gran comercio urbano, abastecido ahora por grandes volúmenes de producción, provenientes de lugares lejanos y ya no tanto de los productos dispersos de la geografía regional. Con el crédito que ofrecía don Julio se iniciaron muchas de las tiendas de Manuel Doblado, Purísima, San Diego de Alejandría, Unión de San Antonio y San Julián, mismas que se inauguraron entre 1920 y 1950.

Como "El Nuevo Mundo" de don Jesús Martínez, que llegó a ser la más grande y mejor surtida de Manuel Doblado. A raíz de la guerra cristera, el padre de don Jesús tuvo que irse y escogió el camino hacia los Estados Unidos. Con el dinero que enviaba y el crédito de don Julio, su madre y don Jesús instalaron la tienda con la cual mantuvieron a toda su familia durante los veinte años que se prolongó la ausencia del padre.

Don Julio también vendía y abastecía a las tiendas de tequila, bebida predilecta de alteños y rinconenses. Todo los días subía a los Altos un camioncito propiedad de don Julio

—de los tres que había en la ciudad— para llevar mercancías y traer barriles de tequila, el cual se producía por el rumbo de Arandas.

Pero don Julio ya no dependió exclusivamente de las pequeñas producciones locales. Supo iniciarse con éxito en la dinámica comercial característica de los años veinte, es decir, en la introducción de semillas y abarrotes en grandes volúmenes a la economía microrregional e incluso regional. Su capacidad económica era de tal envergadura, que podía comprar embarques completos de ferrocarril de algún producto —semillas, azúcar o sal—, que luego distribuía incluso a los abarroteros más importantes de León. Así se convirtió también en uno de los grandes introductores y abastecedores del Bajío leonés.

Queriéndolo o no, don Julio llegó a ser el principal prestamista de la región, institución financiera por excelencia de esta época: "...vete a la tienda de don Julio...", se volvió la frase más socorrida de los rinconenses. Allí se cambiaba todo tipo de dinero, billetes grandes por chicos, cheques, dólares, órdenes de pago o giros telegráficos.

Frente a una situación donde escaseaba el dinero y no fluía el crédito, don Julio fue el que habilitó y auxilió a los agricultores de la región. Hacendados, rancheros, pequeños propietarios, más tarde ejidatarios, dejaban sus escrituras de casas y tierras en la tienda a cambio de préstamos para trabajar el campo. Si sólo le pedían un préstamo y no comprometían la producción con él, les cobraba el 1.0 o 1.5% mensual de interés. A los que le ofrecían la cosecha, no les cobraba interés. Esto dicen algunos, muy allegados a don Julio. Para otros, el interés que cobraba era excesivo, hasta el 10% mensual (cuando lo legal en la época era el 1%).

El dinero para la migración a los Estados Unidos salía también del cajón de don Julio. Los que querían irse a Estados Unidos pasaban a la tienda a dejar empeñadas sus escrituras a cambio del dinero o las mercancías necesarias para las familias que se quedaban, para el viaje y los gastos iniciales. Los "moscas" se iban muy presionados: los primeros salarios ganados en Estados Unidos eran invariablemente para recuperar los documentos del empeño.

Con el desarrollo de la industria del sombrero, don Julio se encargó de hacer efectivos los pagos que les llegaban a los sombrereros. Descontaba un centavo por peso en cada giro telegráfico que recibían. Y esto a pesar de que ya en los años treinta la administración de correos y telégrafos estaba autorizada para expedir y reembolsar giros postales hasta por quinientos pesos.²⁸

Entre compras y cobro de adeudos, en los años veinte don Julio se hizo dueño de varias propiedades agrícolas. En 1928, por ejemplo, pasó a ser propietario de "La Concepción", una hermosa hacienda de tres mil hectáreas situada en Doblado. Don Ricardo Serrano, el dueño, le había pedido dinero, como era frecuente, y a cambio le prometió la cosecha. Pero don Ricardo, en una fiesta prolongada, jugó la hacienda a las cartas y la perdió, ante lo cual don Julio se cobró el adeudo y la compró.

Don Julio participó también activamente en la vida política local. De modo que, en 1925, fue presidente municipal de San Francisco. En 1926 fue el primer presidente de la Cámara de Comercio, institución fundada para dirimir una desavenencia producto de los reacomodos posrevolucionarios y de los cambios en las fortunas locales. Hasta ese momento, las obras públicas se hacían con participación de los vecinos de acuerdo a su capacidad económica. Pero hubo desacuerdos con don Julio respecto a la categoría que se asignaba a sí mismo y las que proponía para los demás, problema que se solucionó con la creación de esa nueva institución que hasta hoy existe en la ciudad.

Pero sobre todo, don Julio sabía recibir y atender a los políticos. Su fama de hombre rico y poderoso lo convirtió en un personaje para ser consultado y, en más de una ocasión, para ser extorsionado por esa cauda de pequeños funcionarios y políticos que pululó en el mundo rural después de la revolución. Más aun cuando descubrieron que la única

²⁸ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *Estudios histórico-económico-fiscales sobre los estados de la república. I. Guanajuato*, México, Dirección General de Inspección Fiscal, 1939.

debilidad de don Julio era comprar tierras, tener animales, sobre todo caballos, ámbito donde perdía sagacidad y con el que invariablemente tuvo problemas.

El comercio francorrinconense

Además del comercio abarrotero, la ciudad vio prosperar el comercio de telas y prendas de vestir que se relacionaba con la dinámica que pusieron en marcha las industrias de los veinte: abastecer los mercados urbano y rural gracias al empleo de agentes viajeros directos de las fábricas.²⁹

Comerciantes españoles como don Federico Ruenes, que había trabajado en la tienda de ropa de don Casto Pereda, y más tarde se independizó con "La Unión Mercantil"; don Marcelino Sánchez y su hermano, don Estanislao Sánchez, y Junquera Hermanos, todos se dedicaron con gran éxito a la venta de telas y artículos de bonetería recibidos de diferentes partes de la república para los clientes de los ranchos del Rincón y de los Altos hasta San Julián.

Nadie como los viejos comerciantes francorrinconenses conoció mejor los hábitos, ritmos y ocasiones de consumo de la microrregión alteño-abajeña y detectó sus cambios; nadie como ellos conoció a la gente e hizo relaciones, o supo de historias y compartió los chismes de esos rumbos.

Desde temprano las tiendas se llenaban de mujeres que acudían a surtirse de telas, hilos, ropa de mezclilla o gabardina. La ropa y las telas (manta, percal, cambaya, organdí, tisú, charnés, foulard de algodón, foulard de seda y cuadrillé) llegaban de Puebla, México, Guadalajara, Salvatierra, Irapuato y Lagos de Moreno. Eran muy cotizadas la manta para hacer pantalones y sábanas de "La Carolina", fábrica de Salvatierra, y las cambayas de Irapuato y Puebla. Las novias acudían a surtirse de todo lo necesario para el vestido y el

²⁹ Patricia Arias, "Rutas comerciales y agentes viajeros", *América Indígena*, vol. XLII, núm. 3, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1982, pp. 449-466; Jorge Durand, *op. cit.*

ajuar. El marroquín era lo más elegante, después el charnés y, finalmente, el satín y el brocado estampado. Los hilos provenían de "La Cadena", tienda de la ciudad de México. La compra de una pieza de manta —25 metros— ya ameritaba un descuento por mayoreo. Durante la década de los años treinta, esas tiendas de ropa empezaron a introducir colchones y muebles de las ciudades de México, San Luis Potosí y Monterrey.

Todo esto se efectuaba sin abandonar la compra y el embarque de huevo, que fue un negocio que mantuvieron con buenos resultados hasta los años cincuenta. Hasta este momento siempre existió la manera de renovar el sistema de compra-venta: algunos arrieros que entregaban huevo en las tiendas empezaron a surtirse de ropa de mezclilla y pantalón para vender en los ranchos alejados de los Altos.

La posibilidad de dedicarse a la compra-venta de huevo apoyó el desplazamiento de gente de las rancharías hacia San Francisco. Arrieros como don Teodomiro Correa, de San Diego de Alejandría, o don Porfirio Rizo, de Jalpa, se dedicaron a ser embarcadores de este producto cuando migraron a la ciudad, y desde ella mantuvieron la red de abastecimiento en las localidades rurales, hasta fines de los años cincuenta. Momento en que otras formas de producir y comerciar volvieron obsoleta esta modalidad de compra rural y abasto urbano.

En los Altos y el Rincón se dice que don Julio y los demás comerciantes francorinconenses fueron muy reacios a la apertura de carreteras que mermaran su influencia comercial. Sobre todo porque ellas abrirían alternativas de compra-venta a los pueblos y ciudades de la microrregión. Se comentaba incluso que ellos pagaban a las autoridades estatales para evitarlo. Esto es muy difícil de saber con exactitud, pero ciertamente el promotor de la carretera hacia Doblado fue un personaje identificado con otros sectores, y por lo tanto con distintos intereses.

Así, hasta principios de los años cincuenta la comunicación se efectuaba a través de caminos de tierra suelta, los que se volvían intransitables durante la temporada de lluvias. La carretera entre San Francisco y Doblado estaba en tan

malas condiciones que las tiendas dobladenses tenían que abastecerse previamente para resistir su incomunicación durante toda la temporada de lluvias. A fines de los años treinta, salía un camión diario (10:30 a.m.) con rumbo a Jalpa y Ciudad Manuel Doblado, el cual regresaba, si podía, ese mismo día a las tres de la tarde.³⁰

En la década siguiente, el servicio aumentó a dos camiones diarios. El trayecto, que hoy se cubre en treinta y cinco minutos, duraba entonces tres horas. Pero en tiempo de lluvias, y si el camino no estaba demasiado malo, había que contratar un caballo con guía que cobraba cinco pesos diarios, o un automóvil que también cobraba esa cantidad. En ambos casos era necesario permanecer esperando algún tiempo en el lugar. A los Altos, a San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio, salía también un autobús diario, a las 15:00 horas, mismo que regresaba por la noche.

Cuando finalmente llegaron las máquinas para hacer el camino, la gente de Manuel Doblado, de puro gusto, solía comer a las orillas para verlas trabajar. Y no era para menos. De algún modo se festejaba la desarticulación de un monopolio comercial que duró más de cincuenta años.

Aunque en menor escala que don Julio, otros, en realidad casi todos los comerciantes en San Francisco, jugaron un papel similar en cuanto al crédito y el financiamiento. Eran ellos los que tenían dinero para prestar y sacar a la gente de algún apuro, para iniciar o promover negocios. En este periodo el comercio fue la actividad dinamizadora de los demás quehaceres rurales, el que dio origen a una articulación regional basada por una parte en el crédito y por otra en el abasto rural, pero ahora desde la producción extralocal, de origen agrícola o industrial (muchas veces de gran escala).

Hasta los años cincuenta ser comerciante-prestamista fue uno de los grandes y mejores negocios de la ciudad, la expresión también más clara de la falta de dinero y crédito en la microrregión, sobre todo para el quehacer agrícola. A fines de los años treinta la Secretaría de Hacienda y Crédito Públi-

³⁰ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *op. cit.*

co,³¹ señaló que instituciones bancarias como el Banco Nacional de México, S.A., El Banco de Londres y México, S.A. y las instituciones locales, restringieron severamente las operaciones de crédito para la entidad.

El primer banco que hubo en San Francisco —el Banco Mercantil del Bajío (después Banco de Comercio)— se fundó apenas en 1950. Los primeros ocho años operó sólo como una corresponsalía, es decir, una oficina para trámites menores. Debió pasar un lustro más para que se instalara el segundo banco: una jefatura de zona del Banco Nacional de Crédito Agrícola. Pero hasta 1975 este sistema ofreció únicamente crédito de avío a los agricultores, posteriormente, y debido a la fusión que lo transformó en Banrural, empezó a manejar por primera vez crédito refaccionario para la microregión.

Esta limitación de la condición agrícola en general y del reparto agrario —la dotación de tierras y la falta de otros recursos para sacar adelante la producción agrícola—, es algo muy conocido. De allí, sin duda, surgió por aquel entonces una parte importante del poder de los comerciantes-prestatistas locales. Aunque no sólo de éstos.

En San Francisco, como en muchos otros lugares, la condición agrícola precaria y la situación agraria incierta y compleja, dio lugar al surgimiento del cacique, tan característico del México rural desde los años veinte. Esa figura política propició el nacimiento de los peculiares vínculos entre la sociedad rural y el Estado, en un momento en que este último buscaba la manera y los mecanismos para relacionarse directamente con las demandas populares y, muy especialmente, con los campesinos. En tal momento era preciso deshacer, o por lo menos mitigar, la fuerza de aquellos sectores que de manera más bien imprevista habían resultado los beneficiarios de la situación inmediatamente posrevolucionaria, sobre todo en regiones como el Rincón, donde existía mucha desconfianza frente al Estado y heridas profundas a raíz de la guerra contra los cristeros.

³¹ *Ibidem.*

En 1924 la gente de San Francisco hizo las primeras peticiones formales para obtener ejidos de las nueve haciendas que todavía existían. Pero contra lo que dice la historia oficial, hubo verdaderos problemas para que se solicitaran las tierras y se completaran los correspondientes censos agrarios, a los que hubo que incorporar gente de otros lugares. A pocos lugareños les gustaba la tierra regalada, por la que ellos de ningún modo habían pugnado y que parecía conllevar la sumisión frente a un Estado por el que tampoco habían luchado.

De cualquier modo, en la década de los años treinta (1937) se repartieron las haciendas afectadas, lo que dio lugar a 25 comunidades agrarias que entraron en posesión de unas quince mil hectáreas.³²

De estas haciendas (por una ironía del destino) sólo Jalpa no fue afectada. La propiedad agraria más grande y renombrada no pudo ser repartida ya que sus propietarios la fraccionaron en más de quinientas parcelas, que fueron vendidas en pequeñas porciones a sus trabajadores residentes. Cada jalpeño tuvo derecho a comprar la casa en que vivía, una yunta de bueyes, una fracción de tierra de riego y otra de temporal. Cada hectárea costaba \$ 50.00, cantidad que podía ser pagada con la cosecha en un lapso de cuatro o cinco años. Así, algunos de Jalpa se transformaron en los agricultores más prósperos de la microrregión; otros vendieron sus parcelas y se fueron a los Estados Unidos o se dedicaron a otras actividades.

En realidad, con la venta de las haciendas se favoreció la proliferación de la pequeña propiedad. Los rancheros se endeudaban, se iban de mojados, hacían "cualquier sacrificio", con tal de comprar las tierras que los angustiados propietarios pusieron a la venta. Esta forma de acceso y tenencia de la tierra fue la más aceptada y respetada por allí. Dice Branding que una amplia capa de rancheros "que permanecieron alertas (fueron) los que se beneficiaron al máximo de la extra-

³² Adelaido Gómez Guerrero, *A la opinión pública*, documento mecanuscrito, 1963 (cortesía del licenciado Wintilo Vega).

ordinaria actividad que había en el mercado de la tierra... en los años posteriores a la Revolución".³³

De este modo la proporción entre tierra ejidal y pequeña propiedad ha sido siempre muy desigual. Los 28 ejidos que llegaron a formarse ocupan hoy menos de una tercera parte de las tierras laborables del municipio (29.2%) y la pequeña propiedad casi dos terceras partes (70.7%). En la práctica, la primera se comporta desde hace años como pequeña propiedad; cada vez más expuesta a la venta y renta, al mercado libre de la tierra.

No obstante esto, en las décadas anteriores hubo esfuerzos por mantener las diferencias y hacer de la agricultura una base de la sobrevivencia rural, así como del agrarismo una fuente de apoyo para el naciente Estado.

El hombre fuerte

Del apoyo a esta política agraria se encargó Don Adelaido Gómez Guerrero. Nacido con el siglo en el rancho de Jesús del Monte (antes El Talayote), y muerto en 1968, su actividad política se centró en la cabecera de su municipio, donde fue el hombre fuerte de la vida política local por casi tres décadas (1920-1950). Su relación con el mundo rural del entorno fue muy estrecha y su compromiso estuvo siempre al lado del "sector campesino".³⁴ Don Adelaido fue regidor del ayuntamiento de León en el periodo 1932-33 y, años después, fue presidente municipal de San Francisco en tres ocasiones, las dos primeras en 1935 y 1936-37. Durante ese tiempo colocó en puestos del ayuntamiento a algunos de los recién estrenados ejidatarios.³⁵

Cuando concluyó su primer periodo, solicitó al gobierno estatal "la creación de las Oficinas de Promoción Ejidal", para las cuales fue designado "el primer promotor ejidal".³⁶ En

³³ David A. Brading, *op. cit.*

³⁴ Adelaido Gómez Guerrero, *op. cit.*

³⁵ Véase documento 1 del Apéndice.

³⁶ Adelaido Gómez Guerrero, *op. cit.*

los años 1938-40 fue diputado local por ese distrito; y en 1942-43 volvió a ser presidente municipal de San Francisco.³⁷

Gracias a los repartos de tierras y a su gran olfato político, pudo estimular las demandas campesinas ubicándose entre la pugna de las dos facciones estatales —rojos y verdes—, la cual fue, durante muchos años, aquella que dio color y calor a la confrontación política entre los guanajuatenses pertenecientes al hasta hace poco único partido donde se dirimía el poder. Así, para muchos la inestabilidad política francorrinconense de los años cincuenta (cuando casi ningún presidente municipal concluyó su periodo) se debió en gran parte a la acción de don Adelaido y al reflejo local de la lucha de los grupos de poder estatales, donde él participaba del lado de los verdes.

Don Adelaido fue un hombre de su tiempo, es decir, de una manera de ser y hacer política que definió una época. Con su capacidad para movilizar a los sectores populares —en la que le ayudaba mucho ser el propietario de la línea de autobuses entre San Francisco y León—, aventajaba a sus contrincantes locales. Sabía que recibiendo magníficamente a los políticos de fuera era una manera de obtener futuras obras y servicios para el municipio. Así por ejemplo, la de ceremonia dotación de ejidos se hizo con la presencia del entonces gobernador licenciado Luis I. Rodríguez, el cual estuvo tan bien atendido por don Adelaido que, posteriormente, fue fácil tramitar otras obras municipales.

Pero cuando don Adelaido se hizo verdaderamente famoso en el asunto fue con el recibimiento que organizó para el licenciado Adolfo Ruiz Cortines, candidato a la presidencia de la República: una valla cerrada de jinetes acompañó a este último desde la estación del ferrocarril hasta la salida de Purísima,³⁸ con lo cual impresionó tanto al gobernador de ese tiempo, el licenciado José Aguilar y Maya, que consiguió que se pusiera en marcha la construcción de la carretera a León.³⁹

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ *El Sol*, 8 de diciembre de 1968.

³⁹ Adelaido Gómez Guerrero, *op. cit.*

De paso llamó también la atención de otros políticos, como el doctor J. Jesús Rodríguez Gaona, quien al ser designado candidato a la gubernatura le encargó su recibimiento en el municipio de San Francisco. Posteriormente y ya en el puesto, don Adelaido le ofreció "un sencillito ágape" en la "ex-hacienda de Jalpa", oportunidad que aprovechó para pedir la construcción de una carretera a Doblado, misma que fue construida en el periodo de esa gubernatura.⁴⁰

Tiempo después, el mismo gobernador le solicitó ayuda para organizar la recepción en León del licenciado Adolfo López Mateos como candidato presidencial, y don Adelaido volvió a causar sensación con los jinetes, esta vez más de mil,⁴¹ que reunió y lució en la bienvenida.

Y así en muchas otras ocasiones⁴² don Adelaido era un especialista en esa peculiar forma de expresión política; en ella aparecían de manera inmejorable los dos aspectos del hombre fuerte, la doble vertiente de su calidad de intermediario: frente al Estado mostraba el apoyo de los sectores populares y su capacidad para organizarlos; frente a éstos su relación con los personajes cruciales de la vida política, quienes decidían sobre las obras y servicios públicos.

También se beneficiaba don Adelaido. Durante años fue quien controló los contratos de braceros, la documentación para contratarse como trabajador a los Estados Unidos en Cuerámara, Manuel Doblado, Purísima y San Francisco. Este fue un buen negocio para don Adelaido hasta 1964, cuando concluyó el Programa Bracero y fue necesario destruir hasta la papelería para eludir los reclamos de los últimos hombres que habían pagado ya los trámites de su viaje.

Sin embargo, la era de los comerciantes y caciques parece haber sido en San Francisco menos prolongada y opresiva que en otras sociedades rurales, donde incluso algunas todavía la padecen. La razón de esto residió quizá en su peculiar dinámica agraria, quizá también en que entre los ires y veni-

⁴⁰ *Ibidem.*

⁴¹ *Ibidem.*

⁴² Véase documento 2 del Apéndice.

res de los comerciantes y hombres fuertes se entretrejió esta otra microhistoria del trabajo que retomó los hilos de la sombrerería. Este trabajo, cuya modalidad domiciliaria comenzó a transformarse en la manufactura que definió a la ciudad durante mucho tiempo, contribuyó a modelar el carácter industrial de su gente y proporcionó asimismo los elementos que les han permitido procesar los cambios de los últimos tiempos.

En San Francisco, ellos, los industriales, no son una era estrictamente, sino más bien toda una trayectoria pionera, uno de los ejemplos más tempranos y exitosos de la búsqueda rural de diversificación económica que se generalizó con fuerza y por doquier en las décadas siguientes.

Esta temprana y sostenida diversificación de la economía contribuyó seguramente a mitigar la polarización socioeconómica típica en la dinámica rural de México: la dependencia y lucha por la tierra como objetivo común y exclusivo de una sociedad rural. Situación esta última que durante mucho tiempo profundizó el conflicto entre agricultores ricos y campesinos pobres.

La diversificación económica temprana tuvo además una consecuencia política importante. Ayudó a multiplicar las fuentes del poder local y, por lo tanto, a limitar y restringir el ámbito de influencia de los hombres fuertes, cuya principal base se encontraba sin duda en las necesidades agrarias y en las penurias agrícolas de la población rural.

El ejemplo de San Francisco pone de manifiesto también la historicidad de ciertos fenómenos políticos rurales. Es decir, que las jefaturas o el caciquismo han sido formas de relación entre la sociedad rústica y el Estado, que han correspondido a momentos y situaciones históricas bien definidas de la condición rural y la dinámica estatal: cuando la precariedad de la tierra y los recursos agrícolas coincidieron con la necesidad de fortalecimiento y centralización de poder del Estado.

CAPÍTULO

5

La opción manufacturera

*Aquí cada industrial es, a su manera,
un pequeño propietario.*

Murillo, 1907

La primera diversificación (1920)

Los industriales pioneros (1920-1960)

En 1921, después de varios años de inactividad, el molino de Jalpa empezó a trabajar de manera estacional y ligado a la producción local de trigo.

A pesar de los efectos de la guerra cristera, en 1930 hubo cosecha de ese grano. Por el mismo año llegó don Rafael González Muñiz, joven asturiano sin dinero pero con un gran conocimiento acerca del manejo de los molinos. Don Rafael se convirtió, como otros españoles de la época, en uno de los beneficiarios de la industrialización molinera, misma que había comenzado ya desde las haciendas porfirianas. De modo que, posteriormente, don Rafael fue uno de los grandes harineros del Bajío.

La historia comenzó en Jalpa, cuando en 1930 rentó el establecimiento que a la vez utilizaba como vivienda. Esta situación duró un lustro, durante el cual el molino trabajó de tiempo completo, hasta que, finalmente, don Rafael logró comprarlo junto con unas cien hectáreas de tierras de riego en el mejor Bajío.

Pero la ubicación no era conveniente para un estableci-

miento que deseaba sacar su producción más allá de la región. Don Rafael decidió entonces trasladar la maquinaria a San Francisco, para lo cual se asoció con don Julio Orozco. Así, aquél se instaló en un terreno anteriormente ocupado por un antiguo mesón, propiedad de don Julio. En 1942 empezó a trabajar en su nuevo local, sin embargo, la sociedad entre ambos finalmente no prosperó y prefirieron separarse, cada quien era mejor en lo suyo.

Así comenzó el molino San Francisco, que hasta hoy surte de harina —antes conocida como “El Beñeño” y actualmente como “San Francisco”— y sus derivados (salvado y salvadillo, alimentos para el ganado vacuno) a toda la microregión del Rincón y las localidades cercanas de los Altos de Jalisco. A pesar de la mudanza, don Rafael mantuvo una estrecha relación con Jalpa: de allá se trajo trabajadores como don Atilano, que se convirtió en el molinero; trabajaba las tierras que allí compró y tenía además un sistema permanente de habilitamiento a los agricultores para que lo abastecieran de trigo.

El molino fue durante años un importante recurso de crédito para quienes sembraban trigo o querían hacerlo. En términos de empleo, su impacto fue menor. Como se sabe, un molino ocupa poca gente y es una actividad poco multiplicadora, difícil de reproducir. En sus inicios de Jalpa, el molino empleaba seis o siete trabajadores y ya en San Francisco a veinticuatro durante tres turnos de trabajo.

A fines de los años veinte los francorinconenses vieron nacer una industria que fue muy comentada porque fue el ejemplo más espectacular de lo que podían hacer los migrantes con el dinero ganado durante años de trabajo en Estados Unidos: la fábrica de ropa de mezclilla “El Anillo de Hierro”.

Su fundador, don Esaúl Luna (más conocido como Chon Luna), fue hijo de un arriero de San Diego de Alejandría. En 1897, a los 12 años de edad se fue a Torreón, Coahuila, para trabajar en las minas. Sin embargo, tiempo después prefirió seguir la travesía hasta Estados Unidos. Ahí realizó algunos estudios y trabajó como minero en Fénix, Arizona, de modo que aprendió inglés y llegó a ser superintendente de la empresa. Con los años llegó a poseer una casa de huéspedes y

a efectuar préstamos de dinero. Con su trabajo y los negocios que hacía, en casi veinte años logró reunir unos cincuenta mil pesos oro, según cuentan sus hijos.

Hacia 1919-20, cuando la situación nacional comenzó a normalizarse, don Chon, de 35 años, decidió regresar a México. Se estableció así en San Francisco, la ciudad más cercana a su tierra de origen, donde inauguró en el Portal Camarena una tienda de telas y ropa. Vendía sobre todo un pantalón de peto, es decir, *over-all* importado de Estados Unidos y con el que le fue muy bien. Sin embargo, su trabajo tomó otro rumbo.

Un día, él y su esposa desbarataron un *over-all* y descubrieron que era fácil fabricarlo. Así, durante cierto tiempo se dedicaron a la elaboración de este artículo en muy pequeña escala. Pero en 1929 decidieron ampliarse, para lo cual adquirieron un local (que hoy todavía existe) de 50 m de largo y 12 m de ancho, techado con asbesto francés y dos torretas adornadas con balcones. Allí llegaron desde Chicago las máquinas de coser Singer e incluso los patrones para hacer la ropa. La mezclilla empleada era nacional y venía de Parras, Coahuila.

Allí se capacitaron mecánicos y se enseñó costura a unas doscientas muchachas de la localidad y sus alrededores. Aunque con suspicacias y temores, fue relativamente fácil contratar mujeres, aun cuando sólo se aceptaron jóvenes. Ayudó mucho que ellas comenzaban a integrarse también a los talleres de sombrero.

La fábrica fue un éxito; los pantalones de peto, las chamarras, las camisas de mezclilla y gabardina gustaron en todas partes. Las fotografías del Rincón correspondientes a aquella época muestran a todos los hombres vestidos —casi uniformados— con ese pantalón de peto, mismo que rápidamente desplazó al calzón de manta. Aparte de la de don Esaúl Luna, había pocas fábricas de este tipo, acaso sólo otra en Irapuato (aunque el censo de 1940 menciona la existencia de doce empresas similares en el estado).¹

¹ Secretaría de la Economía Nacional, *Tercer censo industrial de los Estados Unidos Mexicanos 1940*, México, sin edit., 1944.

A través de agentes viajeros el *over-all* se vendió en varias rutas —sureste, Pacífico, norte—, pero sobre todo en el centro del país. Don Chon llegó a exportar a Guatemala y en una ocasión recibió un pedido del ejército de los Estados Unidos, el cual no quiso surtir. En 1939 se decía que era:

una muy bien montada fábrica de ropa de mezclilla equipada con las más modernas máquinas. Sus productos son de lo mejor que se conoce en el país y también se distribuyen por toda la República... sus obreros reciben muy buen trato y buenos jornales...²

La fábrica trabajó hasta 1942 aproximadamente, momento en que hubo efervescencia obrera y las trabajadoras de "El Anillo de Hierro" quisieron formar un sindicato. Don Chon entonces los liquidó, cerró la empresa y vendió la maquinaria, justo cuando la Segunda Guerra Mundial abría mercados para los productos mexicanos. No hubo posibilidades de negociar. Según él, los sindicatos eran comunistas y así no se podía trabajar. Posteriormente, algunas obreras fueron contratadas por un español que compró algunas de las máquinas y produjo *over-all* durante algunos años más; por su parte, otras obreras se integraron a los talleres de sombrero. Las más se retiraron a sus domicilios, donde continuaron con el tejido de sombreros, su actividad tradicional.

De cualquier manera, esta fue una experiencia de trabajo, y sobre todo una respuesta empresarial que en San Francisco nunca se olvidó. Al contrario, con el tiempo se convirtió en una de las vertientes que han nutrido el pensamiento francorinconense sobre las relaciones obrero-patronales.

Junto a estos ejemplos de industrias tempranas, de mucho impacto pero con pocos seguidores, la sombrerería creció y se transformó en la actividad productiva más arraigada y difundida por entonces en San Francisco. Actividad que a

² Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *Estudios Histórico-económico Fiscales*.

partir de los años veinte empezó a transformarse en la industria definitoria de su vida urbana y dio lugar asimismo a una nueva articulación con la sociedad rural rinconense.

La industria del sombrero (1920-1960)

Al finalizar la revolución maderista empezaron a rehacerse las redes y los intercambios de esta industria. Así se reestablecieron el abasto y las relaciones de esta localidad con Tehuacán, la ciudad sombrerera del estado de Puebla. Así, y según don Ángel Arandía, el sombrero que desde Tehuacán se enviaba a Veracruz, Chiapas y a la región de Papantla, era producido en realidad en San Francisco. Los talleres tehuacanos sólo se encargaban de darle acabado. Claro, después los indígenas le ponían cintitas y adornos, pero eran de por sí sombreros muy bonitos; de palma teñida de blanco y ala muy corta, los que todos reconocemos en los papantlecos. Y es que los de Tehuacán preferían trabajar para las fábricas de sombreros de San Luis Missouri, E.U., hacia donde enviaban carros completos de ferrocarril ya que constituía su principal mercado.

Ciertamente en esos años había varios lugares en la república donde se tejía sombrero de palma: las poblaciones que tenían tulares, o algún tipo de palma solían hacer ese y otros artículos tejidos. Pero eran sombreros muy rudimentarios. Su circulación se restringía a ámbitos muy reducidos y se empleaban sólo para las labores cotidianas del campo. Los campesinos preferían comprar sombreros más finos provenientes de los estados del centro del país —Puebla, Guanajuato— y, en menor medida de Michoacán, el Estado de México y Yucatán.

Y es que existían pocos lugares donde el sombrero tejido fuera retomado por talleres para someterlo a un proceso de transformación manufacturera, el cual lo volvía un producto atractivo y variado que circulaba por todo el país.

Es cierto que a partir del porfiriato empezaron a hacerse notar las fábricas de sombreros de fieltro, sin embargo esta prenda estaba dirigida a otro mercado, es decir, a la clientela

urbana que usaba el sombrero más como un accesorio dentro de un atuendo masculino, que como una prenda necesaria en el trabajo.

El ir y venir de viajeros, atraídos por el negocio sombrerero en San Francisco, trajo también hacia 1924-25 a otro español que había sido agente viajero del Chocolate Larín, don Cesáreo García, que se dedicó a la apicultura y un poco a la compra-venta de sombreros. Pero en el lugar fue conocido sobre todo por su "Hotel Español", que en 1937 cobraba \$ 4.00 diarios por habitación y alimentos.³

Este hotel era el más caro de los cuatro que había en la ciudad, sin embargo, tenía una característica que apoyó inesperadamente al comercio sombrerero francorrinconense. Allí, cada día, se ofrecía comida española, con lo cual se volvió un lugar buscado por los agentes viajeros españoles dedicados al comercio. Así, ellos conocieron y dieron a conocer la producción local en los distintos mercados del país, que procuraban rehacerse en ese momento después de casi diez años de guerra.

Porque, sin duda, la revolución también desarticuló muchas de las viejas redes sombrereras, dando lugar a otro fenómeno inusitado y crucial para el desarrollo de la industria local, es decir, la apropiación del oficio de agente viajero por parte de los francorrinconenses y el conocimiento de las rutas y sistemas de comercialización. Para aprovechar los mercados que se reiniciaban fue necesario contratar a gentes del lugar, quienes comenzaron a ser expertos en "viajar sombrero", es decir, en trazar, recorrer y ampliar las rutas para ese producto.

A principios de los años veinte llegó a San Francisco don Joaquín Milán, comerciante importante de abarrotes y ferretería de Mazatlán. Buscaba reiniciar el abasto de esos sombreros en Sinaloa. Así conoció a don Julio Orozco, quien se convirtió en el fundador de la legendaria ruta del Pacífico, una de las más viejas y exitosas para este artículo francorrinconense.

³ *Ibidem.*

Don Julio tenía "pedido abierto" con don Joaquín, es decir, podía enviarle todo el sombrero que quisiera. En Mazatlán, Culiacán, Guasave, los Mochis (cuando era un ingenio nada más), Navojoa, Cajeme (después Ciudad Obregón), Guaymas, Hermosillo y Nogales, había uno o dos comerciantes que compraban sombrero, recuerda don Salvador Orozco, que fue de los primeros que incursionaron en esa ruta, en ese oficio. Los comerciantes de abarrotes eran en verdad distribuidores del sombrero en sus microrregiones respectivas.

Los años treinta: el camino hacia la industria

Los cambios técnicos

En esos mismos años don Primo Méndez Plascencia (hijo de un industrial de sodas, don Guadalupe Méndez), originario del Cañón de Jalpa, por San Diego de Alejandría, entró a trabajar como dependiente en la tienda de don Julio. Allí se dio cuenta del buen negocio que representaba esa ruta del Pacífico para la venta de sombreros. Pero en vez de dedicarse al comercio de ese producto, decidió fundar una fábrica. El dinero para iniciarla (\$ 6 000.00) provino de un préstamo de don Guadalupe Méndez. De esa forma, a los veinte años, en 1926, don Primo echó a andar "La Palma", flamante empresa sombrerera que inicialmente contó con cuatro máquinas. Esta empresa aún existe, aunque con el nombre de Manufactureras Raven, y bajo la administración de su hijo.

En ese tiempo toda la gente de San Francisco elaboraba sombreros en su casa. La campana y la falda se tejían a mano, y el sombrero se pegaba con cera de Campeche. En la noche, cada familia llevaba a entregar la producción del día a los almacenistas, quienes pagaban \$1.03 o \$1.05 por cada uno. Don Primo calcula que en esos años se producían y vendían diariamente unos quinientos sombreros.

La sombrerería era ya una importante vía de empleo e ingresos más allá de la ciudad. Así, la malilla se compraba en las rancherías de los alrededores, para después coserla en los

talleres de San Francisco. Incluso el sacerdote de San Diego de Alejandría, don Antonio García Uribe, logró crear en 1918 un depósito de palma "donde la pobrería tuviera a su alcance la materia prima del sombrero... En dicho taller se recogía la obra para llevarla a San Francisco y traer más palma..."⁴

El tejido de los sombreros que se recibían no tenía forma acabada. Para plancharlo se necesitaban unas cuñas de mezquite y planchas de carbón. Esta tarea se hacía en las casas de los trabajadores y era muy tardada (un trabajador hacía ocho o diez sombreros a lo sumo). Pero don Primo gracias a la sugerencia de un fabricante tehuacanense decidió comprar unas prensas para el efecto a la casa M.A. Cumming de Nueva York. La máquina le costó seiscientos dólares y llegó por barco a Tampico, desde donde la enviaron por ferrocarril a San Francisco.

Con ello, don Primo se transformó en el innovador de una parte crucial de la producción de sombrero: la mecanización del planchado. Este cambio tuvo varias consecuencias, todas en favor de la formación de un sistema fabril, el tiempo de planchado de cada sombrero se redujo entonces a unos cuantos minutos; también se pudo empezar a dejar de depender de planchadores individuales y domiciliarios, lo que favoreció la concentración de trabajadores en un local especial y su dedicación de tiempo completo a dicha labor.

En breve lapso, las fundidoras de León, San Luis Potosí y Monterrey copiaron, e incluso mejoraron, ese modelo de máquina. Y tuvieron tanta aceptación que después la casa Cumming no quería venderles maquinaria porque, decían, aquí la reproducían y no les volvían a comprar.

En esa misma década, don Victoriano Cisneros, originario del barrio francorrinconense de El Llano, también amplió y mecanizó su fábrica de sombreros "El Cisne", convirtiéndola en la más moderna de la ciudad. Don Victoriano era un muy buen sombrero: él mismo sabía tejerlo y plancharlo. En "El Cisne" llegaron a existir más de cien trabajadores y varios agentes viajeros. Pero, al parecer, la empresa no resistió el

⁴ D. E. Cerrillo, *Memorias de mi pueblo...*

cambio de generación. En crisis desde 1934, no logró superarla y en 1937 anunció su clausura.

El destino de "Sombreros Saturno" fue distinto. Es hasta hoy una de las industrias sombrereras más antiguas y reconocidas de San Francisco del Rincón. Su fundador fue don Saturnino Moreno Escamilla, nacido en 1894 en el municipio de Unión de San Antonio, Altos de Jalisco. El inicio de la Revolución de 1910 lo encontró trabajando como peón acasillado en la hacienda de Santiago. Más tarde, cuando contaba ya con veinte años de edad, se integró al comercio vendiendo sombreros de palma en los trenes militares.

Pero aunque el artículo se vendía bien, su situación era difícil. Así, en 1917, el año del hambre, se trasladó a Querétaro. Allí, en el barrio de El Pueblito, acompañado por su esposa doña Margarita Barajas Martínez (originaria del rancho de Santa María, en San Francisco) se dedicaba a la venta de nieve.

Duraron poco en ese lugar. Un año más tarde, en 1918, se trasladaron a la ciudad de Celaya. Allí, un día Don Saturnino observó un expendio de jarcias, sitio natural para la venta de sombreros en el Bajío. Poco a poco inició la plática con don Leobardo Preciado, propietario de la jarciería y sombrería "El Palmar Nacional". Al enterarse éste que don Saturnino sabía hacer sombreros, le ofreció ayuda para ir a San Francisco en busca del material para trabajar. En Celaya no existía tradición al respecto y era un producto muy cotizado. Así se inició una larga y fructífera relación, misma que le permitió a don Leobardo ofrecer un "variado y extenso surtido de sombreros de palma planchados y sin planchar".⁵ Así también, don Saturnino pudo dedicarse a una actividad que conocía muy bien, sentando las bases para lo que años después sería una de las dinastías sombrereras más sólidas de la ciudad.

Él y su esposa se organizaron para cumplir simultáneamente el compromiso con don Leobardo y trabajar "para lo propio". Todos los días, desde las cuatro de la mañana y hasta la hora del almuerzo, se dedicaban a esta última. El resto

⁵ Véase Teléfonos Ericsson, *Directorio del estado de Guanajuato*, núm. 20, México, Empresa de Teléfonos Ericsson, 1934.

del día, hasta la tarde, elaboraban la de don Leobardo. Desde el "metesol" y hasta las once de la noche volvían a trabajar en lo de ellos. Don Miguel y don Casimiro, hijos mayores del matrimonio, se educaron en esta disciplina. Desde muy pequeños y antes de ir a la escuela, dejaban hecha una tarea de sombreros.

El negocio empezó a crecer. A los pocos años contaba ya con varios trabajadores, por lo regular gente de San Francisco. Don Saturnino se encargaba de brindarles alojamiento. Los solteros vivían en una galería y a los casados les asignaba un cuarto y una cocinita para que estuvieran independientes.

Con el aumento de la capacidad de producción fue necesario diversificar la clientela. Hacia 1927-28, sin desligarse de don Leobardo, empezó a surtir a otros jarcieros del Bajío guanajuatense: don Esteban Martínez de Cortázar, don Rafael Gómez García de Salvatierra, don José Ramírez de Salamanca, don Alejo Franco, don José y don Jesús Vieyra López de Moroleón.

El taller creció y se hizo más complejo y exigente. Con el tiempo, don Saturnino solía pasar más tiempo proveyéndose de materiales en San Francisco que en Celaya. Por ello, de común acuerdo con don Leobardo, decidieron el traslado a San Francisco. El taller se cerró el 3 de diciembre de 1934, después de casi quince años de trabajo en aquella ciudad.

Pocos días después, ya en San Francisco, volvió a abrir sus puertas. El minucioso libro de cuentas de don Saturnino registra que el primer envío a don Leobardo —que incluía 61 sombreros por un valor de \$73.70—, salió por el servicio express del ferrocarril el 19 de diciembre de 1934. Cuatro días más tarde, el 23 de diciembre, fue embarcado a Celaya el segundo envío de sombreros por un valor de \$73.41. Un servicio de tranvías, cuyo trayecto iba del centro de la pequeña ciudad a la estación ferrocarrilera de San Francisco, garantizaba un servicio foráneo rápido y eficiente.

Junto con la carga se enviaba un telegrama donde se informaba la cantidad de sombreros y su costo, el cual era cubierto inmediatamente por don Leobardo mediante un giro telegráfico, fácil de ser canjeado por dinero en efectivo con algunos de los grandes comerciantes de San Francisco.

La situación que encontró don Saturnino en San Francisco en 1934, fue diferente a la que había dejado años antes. La industria había crecido en número de establecimientos y contaba ya con una mejor organización.

A mediados de los años treinta llegó a vecindarse también a la ciudad don Ángel Arandía. Tenía entonces veinticinco años. Había nacido en Tehuacán, Puebla, en una familia de sombrereros. Pero él desde muy joven y durante siete u ocho años se dedicó a "viajar" sombrero, jarcias y artículos de cuero para Arberas y Compañía, casa comercial de aquella localidad. En sus viajes en tren por las huastecas conoció San Francisco. Empezó a vender allí también sus productos, se hizo amigo de don Cesáreo González, convivió con la gente y le gustó su modo de ser y trabajar.

Aunque en San Francisco y Tehuacán se hacían sombreros, existían algunas diferencias en la manera de fabricarlos y venderlos. En la ciudad poblana había más talleres y estaban más mecanizados que en San Francisco; el producto asimismo se destinaba para la exportación hacia Estados Unidos. Pero las diferencias más acusadas estaban en las formas de vida y de trabajo. En Tehuacán tendían a diluirse los lazos de solidaridad tradicionales en la población, y las reglas del juego de la vida social y laboral experimentaban también un cambio. El crecimiento de los talleres y el apoyo de fuerzas políticas extralocales propiciaron allí cierta efervescencia política y la organización sindical en los establecimientos; situación que enfrentó a los trabajadores con los patrones.

Nada de eso sucedía en San Francisco. Aunque allí también había intentos de gente de fuera, sobre todo políticos, por promover las pugnas entre los trabajadores y los patrones. Sin embargo, allí poco pudieron hacer; los francorrinconenses eran muy conservadores, seguros de sus costumbres y convencidos de su manera de concebir el trabajo y las relaciones entre la gente, incluso de niveles económicos muy distintos. Se decía que:

...en el medio industrial de San Francisco del Rincón no se conocen las dificultades sindicales ni las huelgas ni nada de lo que hace tan difícil la vida, pues hay

una perfecta comprensión entre patronos, obreros asalariados e independientes; cualquier dificultad la solucionan entre ellos mismos y todos viven contentos hasta donde es posible.⁶

Los cambios en el mercado de trabajo

Don Ángel decidió quedarse. En 1934 hizo llegar a San Francisco la maquinaria que compró en la ciudad de México. Optó así por la mecanización, como medio de lograr la reducción del tiempo de trabajo y reunir a los trabajadores en un solo local. Esta forma de trabajo respondía a su experiencia tehuacanense y a la convicción de que sólo así sería posible organizar y mejorar la producción. Además trajo maquinaria hasta entonces inusual en San Francisco (máquinas de coser especiales, máquinas de recortar), por lo cual él mismo debió encargarse de capacitar a los trabajadores.

Pero don Ángel fue sobre todo el iniciador del trabajo femenino en los talleres. Hecho que significó un vuelco en la vida local porque era ir en contra de muchos principios, entre ellos aquel muy simple pero muy respetado según el cual las muchachas no debían entrar en casas ajenas. Y los talleres estaban precisamente en los domicilios de sus propietarios.

Por esos años empezó a usarse el sombrero cosido de papel, y según él, las mujeres podían muy bien encargarse de su costura a máquina, e incluso juzgó que eran aptas para encargarse de máquinas y tareas más complicadas. Les propuso entonces trabajo en el taller a algunas de las que llegaban a entregarle sombreros tejidos. Llegó a tener así entre ocho y diez mujeres dedicadas a la costura de este artículo. Aunque contrató a algunas que tenían familia, en verdad no duraron mucho en el empleo. Las que permanecían mayor tiempo eran muchachas de 18 o 19 años, pero sólo mientras estaban solteras. Esta fue una característica, un acuerdo tácito, pero básico del mercado de trabajo femenino local: las muchachas podían aceptar el empleo mientras estuvieran

⁶ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *op. cit.*

solteras y los patronos, aunque no les gustara, tenían que aceptar esa limitación de la oferta femenina de trabajadoras.

El otro acuerdo fue la división genérica de los departamentos en las fábricas. Así, sólo mujeres ocupaban el taller de máquinas, como se llamaba a la sección donde estaban las máquinas de coser, donde el sombrero se formaba y adornaba (ribetear, poner hule, cinta o cintilla de palma tejida). Los hombres se destinaron a la sección de planchado, trabajo efectivamente más pesado. Aunque allí se afirmaba que "una mujer honesta donde quiera se da a respetar", seguramente la división departamental ayudó a mantener la vigencia de ese principio. En cualquier caso, fue una seguridad importante para los padres que autorizaban el ingreso de las jóvenes a los talleres y un elemento a favor de éstas cuando negociaban familiarmente el permiso para trabajar.

Tal fue el modelo que posteriormente proliferó en los demás talleres, mismos que día con día descubrieron las pocas limitaciones físicas de las mujeres y sus innumerables ventajas de comportamiento, emanados en gran parte de sus características genéricas: responsabilidad, seriedad, acuciosidad. Incluso otra, de la que se desprendían muchas: las mujeres nunca se emborrachaban. Este solo hecho las volvió insuperablemente mejores que el sexo opuesto, quienes, en esa época solían ir el lunes al taller, mojar el sombrero para mostrar que iban a trabajar, pedir el "chivo", el diario, decir que se lo iban a entregar a la mujer y no volver hasta librarse de la cruda.

Don Ángel dio origen así a un proceso sin duda muy temprano en la región y en el medio rural en general: la incorporación de la mujer al mercado de trabajo industrial y la separación entre lo que hasta entonces había sido el trabajo a domicilio y el empleo manufacturero. Estos hechos tuvieron dos consecuencias importantes. La posibilidad de obtener una calificación laboral y, en consecuencia, una retribución personal y en efectivo, de acuerdo con su habilidad, preparación y rapidez. Las francorrinconenses tempranamente comenzaron a desligarse de esa tradición tan arraigada y prolongada del trabajo femenino en el campo, es decir, la gratuidad de sus tareas, la incorporación de su trabajo al producto e ingreso de otros miembros de la familia.

Don Ángel fue también un innovador en cuanto a los materiales y sistemas de fabricación. Le preocupaba que la palma fuera tan dispareja y tan difícil de pintar, lo que hacía que un sombrero, aunque bien hecho, se viera viejo. En la década de los treinta se divulgaron nuevos materiales para sombrero, como el papel kraft. Don Ángel lo traía en grandes cantidades de Puebla para venderlo a los demás fabricantes de San Francisco. Buscando la mejor manera de teñir el sombrero de papel, descubrió en León una laca, elaborada con nitrocelulosa, misma que permitía lograr un excelente acabado. Posteriormente diseñó también una máquina para sacar brillo a esa pintura, la cual, por otro lado, ahorró el trabajo de unos veinte hombres.

Asimismo, fue de los primeros en utilizar tela como materia prima del sombrero. En la ciudad de México compró unas máquinas para hornar las copas hechas con ese material. Esto último tuvo un impacto multiplicador tremendo: al comprar las copas para trabajarlas en sus casas, muchos obreros se volvieron también fabricantes.

En las décadas de los años veinte y treinta, los talleres crecieron y proliferaron. Aparte de los ya mencionados, estaban los que pertenecieron a los españoles don Felipe González y don Eduardo Ruenes; los de don Maximino Luna, don Anselmo Muñoz, don Faustino Muñoz, don Luis Pereda, Salvador Pérez, Luis Rocha y Manuel Rocha.⁷

Fue ésta una época de grandes innovaciones; de una gran motivación para invertir y aceptar riesgos; para aprender e imitarse entre sí. En este proceso de traer máquinas, productos y sistemas nuevos, los francorrinconenses le perdieron el miedo a la tecnología. Aprendieron sus secretos y la usaron con gran desenvoltura. Advirtieron también la conveniencia de asociarse para sacar adelante proyectos novedosos. Los sombrereros resultaron extraordinariamente hábiles y sagaces para copiar y adaptar maquinaria, modelos y sistemas de trabajo. Por cualquier vía por la que se hubieran iniciado en la

sombrerería, todos coincidieron en la conveniencia de modernizar la producción. En el proceso se hicieron industriales.

En 1937, don Saturnino Moreno y sus hijos, don Miguel y don Casimiro, que ya participaban con él en la administración de la empresa, decidieron mecanizarla. Ese año adquirieron las primeras máquinas para coser y planchar los sombreros. La prensa la compraron a don Hilario Medina, de León, Guanajuato, y les costó \$ 340.00, de los cuales pagaron \$300.00 al contado, y los \$40.00 restantes a crédito. Por \$28.00 compraron la primera máquina Singer a don Salomé Gómez, también sombrero de San Francisco, quien les enseñó a coser los sombreros de malilla. En esos años el taller estuvo ubicado en la calle de Doblado y más tarde en la de Allende.

Un año después, en 1938, fecha de la fundación oficial de "Sombreros Saturno", don Saturnino dejó la empresa a don Miguel y don Casimiro. En ese momento también comerciaban ya en otros lugares de la república. En 1939, ya como fábrica, con una primera sección de seis máquinas, estaban en el local de la calle Madero, y un año más tarde, en 1940, en la de Morelos.

Don Miguel Moreno, hijo de don Casimiro, nació en Celaya, el 2 de octubre de 1919. Desde muy pequeño y gracias a su madre aprendió el tejido de este artículo. Sin embargo, a los diez años trabajaba en una panadería y en una peluquería. En 1930 entró a un taller de calzado en el que todo el trabajo se realizaba a mano, desde el modelado hasta el acabado. Estuvo dedicado a esta labor hasta 1934, año en que regresó a San Francisco para reunirse con su familia. En 1935 instaló allí un taller de calzado, que aun cuando aparentemente era de los que entonces se conocían como "remendones", en realidad se dedicaba a fabricar sobre pedido dicho artículo. Pero pronto lo dejó y se reintegró al quehacer sombrero familiar.

La expansión y organización del mercado

Con la salida de don Saturnino de la dirección cotidiana de la empresa, los dos hermanos decidieron dividirse el trabajo

⁷ Véanse las Boletas de Registro de establecimientos —1932-1959— de la Receptoría de Rentas de San Francisco.

y de ese modo aprovechar mejor las habilidades de cada uno. Así, don Casimiro se encargó de la producción y de poner en práctica sus novedosas ideas respecto al proceso de fabricación. A él se deben algunas innovaciones importantes como la elaboración del producto en varias tallas, cambio que obtuvo gran aceptación ya que hasta ese momento la existencia de una sola medida resultaba por lo menos incómoda. A don Casimiro le gustaba también hacer experimentos con nuevos materiales.

Don Miguel, por su parte, se encargó de organizar la venta del producto. Él fue quien trazó, recorrió y amplió las rutas para el sombrero Saturno.

En esto último radicó otra parte importante del éxito francorinconense del sombrero. Al ímpetu industrializador se añadió el control y expansión directos del mercado y el desarrollo local de las rutas comerciales. Fenómeno que tuvo como base a las líneas de ferrocarril, el principal medio de transporte por aquel entonces. De hecho, Guanajuato era el estado con mayor número de comunicaciones ferrocarrileras del país. Sólo por la estación "Francisco" pasaban cada día ocho trenes de pasajeros.⁸ De esta estación salían cotidianamente "enormes cantidades" de sombreros.⁹

En el caso de la fábrica Saturno, don Miguel pasaba la mayor parte del año viajando en las diferentes rutas del sombrero que, hasta la Segunda Guerra Mundial, fueron:

La ruta de Michoacán. En la estación de San Francisco don Miguel tomaba el tren a Irapuato; donde se embarcaba en otro con rumbo a Uruapan, Michoacán, para bajarse en la hacienda de Villachuato. Mientras efectuaba este trayecto, al mismo tiempo enviaba un telegrama a su cliente de San Francisco Angamacutiro, solicitando le hiciera llegar dos machos, uno de montura y el otro para cargar el muestrario consistente en diez estilos del producto. Posteriormente, y una vez realizada la transacción, volvía a tomar un tren hacia Uruapan, po-

⁸ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *op.cit.*

⁹ *Ibidem.*

blación que constituía un buen mercado. De Uruapan marchaba a caballo hacia la tierra caliente michoacana: Apatzingán, Normandía, Nueva Italia, Aguililla y, finalmente, Tepalcatepec. La ruta era peligrosa y a la vez económicamente fluctuante. De hecho, después de la Segunda Guerra Mundial, dejó de trabajarla debido a la depresión padecida en esa región.

De Tepalcatepec regresaba nuevamente a Uruapan, desde donde iniciaba su retorno a San Francisco siguiendo una línea a lo largo de Pátzcuaro, Quiroga, Yurécuaro, La Piedad, Pénjamo, Abasolo e Irapuato.

La ruta del centro. Cubría casi todo el Bajío guanajuatense. Comenzaba en Silao y de allí continuaba hacia Irapuato, Salamanca, Villagrán, Cortázar, Celaya y Juventino Rosas; entraba posteriormente a la ciudad de Querétaro y de ahí continuaba hacia Maravatío, Salvatierra, Acámbaro, Yuriria, Uriangato, Moroleón y Valle de Santiago, desde donde finalmente regresaba a Salamanca, ya rumbo a su tierra.

Las otras rutas importantes de la época eran las de Sahuayo, Colima y Guadalajara.

Una vez en San Francisco, se dedicaban a surtir los pedidos embarcando el producto por el servicio express del ferrocarril. En ese tiempo era éste un sistema muy expedito. En cada lugar había troquitas o mulas, que hacían el viaje a los lugares cercanos.

Asimismo, en esos años se cubrían también rutas más largas, dice don Ángel, como la del Pacífico, la de Ciudad Juárez y Veracruz. En cada una de ellas el viajero se tardaba dos meses.

La ruta del Pacífico comenzaba en Guadalajara. El viajero se iba a Irapuato, donde tomaba el Ferrocarril Central hacia la capital tapatía; ahí abordaba el Sud-Pacífico y se iba pueblo por pueblo hasta Tijuana. En esta ruta se vendía todo tipo de sombreros, excepto el jarocho fabricado con tela.

Para hacer la *ruta a Ciudad Juárez*, el viajero se embarcaba en el Ferrocarril Central de San Francisco con rumbo a

Aguascalientes, y continuando después por Durango y Chihuahua hasta Ciudad Juárez, en la frontera norte.

La ruta de Veracruz empezaba en Orizaba y llegaba hasta Tabasco y Chiapas. Esta ruta se efectuaba por el Ferrocarril del Istmo y constituía un excelente mercado para el sombrero jarocho.

La ruta de las huastecas, que tan bien conocía don Ángel, era de poco ferrocarril y mucho caballo. Los viajeros la iniciaban en San Luis Potosí; seguían a Ciudad Valles para entrar a caballo en la huasteca, hasta salir a Tampico. Desde allí seguían hacia Pánuco, El Higo, Tempoal, Tantoyuca, Platón Sánchez, Huejutla, San Martín, San Felipe Orizatlán, Axtla, Matlapa, Aquismón y Jilitla. Salían después a Valles nuevamente para desde allí entrar al estado de Puebla, hacia Teziutlán, Martínez de la Torre, Misantla, Colipa, Vega de Alatorre, Nautla y retornar a Pánuco.

Los viajeros solían trabajar a porcentajes para tres o cuatro talleres simultáneamente. De ese modo podían desenvolverse bien en las rutas y ahorrar. La vida en éstas era cara. Hacia los años treinta, en la de Ciudad Juárez un viajero gastaba \$ 20.00 diarios, es decir, una cantidad considerable de dinero. Cada noche el viajero hacía cuentas, escribía a "sus casas" para informar de las novedades, los pedidos y los cobros; así como para pedir instrucciones, las que, normalmente, le llegaban a algún punto siguiente de la ruta. El correo funcionaba sin duda mucho mejor que años más tarde. Los pedidos que hacía el viajero se despachaban inmediatamente en colotes —canastos de carrizo de 1.20 m de altura, forrados con petate—, por el servicio express del ferrocarril, el cual también funcionaba mejor entonces que en las décadas siguientes.

En las rutas alejadas, dice don Miguel Moreno, hacia el norte y el sur, en los centros de población nuevos y pequeños, los clientes eran sobre todo las tiendas mixtas, es decir, aquellas que tenían de todo un poco, que combinaban abarrotes, ropa, jarcias y, en menor medida, los puestos de som-

breros que, por otro lado, nunca faltaban en los mercados de cada localidad. En el Bajío, donde los centros de población son mucho más viejos y por eso mismo el comercio estaba más especializado, los clientes eran las jarcierías, lugar de aperos para la agricultura y la ganadería.

La industria del sombrero estaba entonces en plena expansión y su impacto se dejó sentir en la vida local. Aunque las mejoras en el campo —sobre todo las obras de irrigación realizadas por los particulares—, hicieron del municipio una "...región propicia para la agricultura...", esta actividad se encontraba en decadencia, y en verdad "...es apenas bastante para el consumo local y en algunas ocasiones ni para eso alcanza y hay que traer semillas de fuera...", decía en 1939 la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.¹⁰ Allí, continúa el informe, los "pobladores se han convencido de que les es mucho más productiva la industria", es decir, la fabricación de sombreros de palma, actividad que en ese momento era ya el "primer y principal medio de vida de la población" de esa ciudad "próspera y de importancia".¹¹

No obstante, esta industria dejó pocos rastros en los censos. Quizá por el cambio de criterio censal —en 1940 sólo se registraron establecimientos con capital superior a \$10000— en ese año se señalaba que en todo el estado de Guanajuato sólo existían seis fábricas de sombreros, mismas que ocupaban a 80 obreros (72 de planta, dos eventuales y seis trabajadores domiciliarios).¹²

La década de los años cuarenta

Con el desarrollo de los talleres y las fábricas y la modernización industrial, los trabajadores perdieron independencia. Ahora debían permanecer mucho tiempo en sus lugares de trabajo y eran objetos a la vez de una organización más estricta. Pero al mismo tiempo que perdieron esta independen-

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibidem.*

¹² Secretaría de la Economía Nacional, *op. cit.*

cia, obtuvieron mayores posibilidades de empleo y salario individuales. El cambio significó que dicho ingreso no era ya familiar, sino sólo individual.

Hacia 1937 los obreros de los talleres ganaban entre tres y cuatro pesos diarios, cantidad superior al salario mínimo (\$1.10) el cual era la máxima remuneración que podía percibir un trabajador del campo. Los que laboraban de manera independiente podían recibir más aún que los obreros, ya que eso dependía de la "cantidad y calidad de su trabajo".¹³

Como sea, seguramente los cambios laborales que supuso el *boom* sombrerero estuvieron detrás de la crisis que se suscitó poco después. A fines de los años treinta y principios de la década siguiente, al calor del cardenismo, llegaron a la ciudad personajes nuevos, que creían en la conveniencia de que los trabajadores de San Francisco se organizaran en sindicatos para encauzar sus demandas y aprender a utilizar formas de lucha clásicas de la clase obrera, como el paro o la huelga. Debían dejar atrás, según ellos, las relaciones personales entre patronos y trabajadores, esa manera tan pragmática, tan individual, tan abierta de resolver sus problemas que tenían los francorinconenses.

Un abogado que llegó a la ciudad por ese tiempo trató de organizar a los trabajadores, pero, aunque residió varios meses allí, poco pudo hacer. Nunca logró convencer a los obreros. Pero no sólo eso. Ante esta situación los patronos pusieron en marcha un dispositivo totalmente inesperado. Frente a la amenaza de huelgas y sindicatos, decidieron cerrar los talleres, despedir a los trabajadores y volver al viejo sistema de trabajo domiciliario. Se ignora si hubo entre ellos un acuerdo o no, pero la medida fue general y su efecto prolongado.

Algunos talleres que dificultosamente seguían el ritmo de las innovaciones aprovecharon la ocasión y cerraron para siempre. Otros, los más, al poco tiempo comenzaron a reabrir y recontratar a sus trabajadores. Sin duda era difícil tratar de organizar una actividad que podía fácilmente volver a

¹³ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *op. cit.*

su forma domiciliar. Pero sobre todo quedaron claras dos cosas: que los dueños de los talleres eran tan reacios a la organización laboral que, en su afán por evitarla, incluso eran capaces de poner en peligro la existencia de la actividad misma, y que, en ese sentido, era más conveniente resolver las diferencias y problemas obrero-patronales como siempre, es decir, entre ellos mismos, sin intermediarios. La intromisión de gente de fuera había llevado la situación a un tris de que desapareciera toda aquella industria en la que de un modo u otro casi todos participaban.

Esta actitud se ha mantenido incluso hasta ahora. En San Francisco no existe un solo sindicato y los trabajadores son muy renuentes y desconfiados frente a esa modalidad de organización. Sobre todo cuando recuerdan que los sindicalistas, al no poder hacer nada, se fueron y los dejaron con la tarea de reestablecer sus relaciones y acuerdos y rehacer la confianza entre todos aquellos dedicados a la sombrerería.

La calma recuperada les permitió a los sombrereros aprovechar muy bien la década de los cuarenta, cuando se conjuntaron la Segunda Guerra Mundial, los convenios braceros, la ampliación del sistema carretero y el surgimiento de nuevas regiones agrícolas en el país. En 1945, en todo el estado de Guanajuato se registraron 32 fábricas de sombreros de palma, mismas que ocupaban a 293 personas. Años más tarde, en 1955, se mencionó la existencia de 45 fábricas, con 337 trabajadores.¹⁴

Y es que sin duda la demanda norteamericana de trabajadores mexicanos expandió enormemente la demanda de ese producto. Aquellos que se marchaban, llevaban sombreros hasta de repuesto. Y no era para menos ya que la gran mayoría iba para dedicarse a las tareas agrícolas. A su vez, los que regresaban tenían dinero para comprar varios modelos de esa prenda insustituible y prestigiada del atuendo rural en esos años.

¹⁴ Véase Secretaría de Economía, *Cuarto Censo Industrial de los Estados Unidos Mexicanos, 1945. Resumen general*, México, 1953 y Secretaría de Industria y Comercio, DGE, *V Censo Industrial 1956. Resumen General*, México, 1959.

Durante la Segunda Guerra Mundial la fábrica Saturno, por ejemplo, trabajaba dieciséis horas diarias. La jornada comenzaba a las cuatro de la mañana y concluía a las once de la noche, sobre todo cuando maquilaban a otros talleres la labor de planchado. Con el crecimiento debido a la bonanza de la guerra, no sólo fue posible sino imprescindible ampliar las rutas de comercio. De ese modo, en 1947, don Manuel Moreno recorría toda la república a través de cinco diferentes rutas, mismas que se cubrían ahora por tren y en coche. La expansión carretera ayudó a abrir nuevos mercados para la venta de sombreros. Tales rutas fueron:

La ruta del noroeste. De la estación de San Francisco, don Miguel viajaba hasta Irapuato para transbordar luego hacia Guadalajara. De allí viajaban hasta Mexicali haciendo escala en Nogales, Sonora. La ruta incluía también a Tijuana, lugar del cual descendía después hacia el valle de San Quintín. Años más tarde, en la década de los años sesenta, don Miguel empezó a trasladarse en avión. Volaba a Mexicali, donde por sesenta o cien dólares compraba un *jeep* o un carro para recorrer toda la región de Baja California (Rosarito, Mariadero, Arroyo Seco) y llegar hasta el sur del valle de San Quintín.

La ruta del norte. En los primeros años esta ruta se cubría a través del ferrocarril San Francisco-Ciudad Juárez. Pero gracias a la ampliación y mejoramiento de los caminos fue de las primeras rutas beneficiadas con el trazo de carreteras. En un auto alquilado por \$ 30,00 diarios (costo que incluía vehículo, chofer y gasolina) recorría toda la región pueblo por pueblo.

La ruta del noreste. Se efectuaba también en carro, desde San Luis Potosí se partía hacia Saltillo y Piedras Negras, se descendía posteriormente a Monterrey, y de allí, hacia Matamoros pasando por Reynosa. Seguía descendiendo por Valle Hermoso, San Fernando, Soto La Marina, hasta El Mante, deteniéndose en Ciudad Victoria, con un desvío hacia Tampico y Ciudad Madero. A partir de esta localidad se iniciaba el regreso a San Luis Potosí.

La ruta de México. El viaje en auto partía de Tehuacán hacia Tapachula, Chiapas, pasando por Miguel Alemán y la ciudad de Oaxaca. El retorno se efectuaba por las costas de Tabasco, Campeche y Veracruz.

Y es que los sombreros, explica don Miguel Moreno, han sido un producto netamente campesino, por ello los mejores lugares para su venta son aquellos primordialmente agrícolas. De allí que el noreste del país, la tierra caliente michoacana y las tierras que paulatinamente se abrían a la producción agrícola, se convirtieran inmediatamente en excelentes mercados.

La sombrerería era una verdadera industria, lo que se advertía en varios detalles. Las fábricas de la época tenían una sección especial donde se atendía a los clientes que llegaban a la ciudad. Solía haber allí una sala muy bien arreglada para la exhibición de sombreros; en la oficina del propietario había muebles cómodos y una pequeña cantina bien surtida para ofrecer un refresco. Las fábricas (aunque en el centro de la ciudad) estaban separadas de las viviendas de sus propietarios.

Hasta los sesenta fue la edad de oro del sombrero. Según el censo de 1965, había disminuido el número de fábricas de sombreros de palma: de 45 que existían en 1955, se pasó a 32 en 1965. Pero había aparecido una nueva categoría: las fábricas de sombreros hechos con otros materiales, que eran 21 en ese momento y ocupaban a 245 personas en el estado de Guanajuato.¹⁵

En el nivel local, las boletas de registro de establecimientos en la receptoría de rentas de San Francisco, aunque incompletas,¹⁶ dan una idea aproximada de la situación y dinámica de la industria entre los años 1932-1959: se dieron de alta tres fábricas, noventa y siete talleres, treinta y dos talleres de maquila, siete talleres de adorno, veintisiete expendios de palma y dieciséis expendios de sombrero.

¹⁵ Véase Secretaría de Industria y Comercio, DGE, *VII Censo Industrial. 1961. Resumen general*, México, SIC, 1965 y Secretaría de Industria y Comercio, DGE, *VIII Censo Industrial. 1966. Resumen general*, México, SIC, DGE, 1967.

¹⁶ Una parte de las Boletas se han desprendido del legajo, de tal modo que ya sólo existen las de los apellidos de la A a la M.

Aunque la razón impositiva estuvo detrás de la manera de registrarse, es indudable que la forma más usual de producción fue el taller con unos diez o veinte trabajadores, y que había una buena cantidad de maquiladores independientes, que con una o dos máquinas recibían pedidos para coser o planchar sombreros.

La década de los sesenta

El crepúsculo del sombrero

Desde entonces empezaron a sentirse algunos cambios que, aunque de diverso origen, apuntaban en un mismo sentido: la reducción inexorable del mercado sombrerero. Paulatinamente, en las ciudades comenzó a abandonarse esa costumbre masculina de tener sombreros diferentes y renovarlos cada cierto tiempo. Por otro lado, se sintió el impacto del crecimiento urbano y la urbanización, ese proceso de desplazamiento de gente y de cambio social que hacía que lo primero que se dejara de usar fuera precisamente el sombrero, esa prenda tan identificada con el mundo rural.

Los sombrereros lo entendieron así. Desde esos años diseñaron diferentes maneras para enfrentarse a la nueva situación. En el proceso se suscitó la diferenciación definitiva e irremediamente entre las empresas grandes y las pequeñas; se hizo patente que sólo para algunos la sombrerería podía seguir siendo fuente de riqueza y acumulación; pero para la mayoría iba a ser sólo la base de la subsistencia, la manera de trabajar y vivir más o menos bien. Hasta hoy la sombrerería de pequeña escala es una de las modalidades más socorridas de la sobrevivencia francorrinconense, y el empleo sombrerero una de las vías que confluyen en esa multitud de ingresos que hacen posible el mantenimiento de las familias rurales de ahora.

Las empresas grandes enfrentaron los cambios adoptando diferentes medidas, entre ellas: la adquisición de tecnología, el desarrollo de una mejor organización del trabajo, una mayor preparación de los hijos que empezaban a hacerse car-

go de los negocios, la introducción de materiales y estilos novedosos, la incursión en nuevos y más exigentes mercados (sobre todo el internacional) y la integración de la producción a los cambios de la moda. Como quiera, les tocó un tiempo más difícil que el de las empresas pioneras.

Quizá por eso se buscó la integración y diversificación de la industria mediante la producción local de los insumos para la fabricación de sombreros. De manera independiente o mediante la de asociaciones de varios sombrereros, se inició el establecimiento de industrias abastecedoras de materias primas como adornos (cintas, cordones), pinturas y barnices. Esta diversificación industrial facilitó calificación y retención de profesionales locales e incluso ha estimulado el retorno y el acercamiento de personal igualmente calificado.

Los viejos "dones" del sombrero empezaron a pasarle la estafeta a una nueva generación, en la cual por primera vez aparecieron los títulos: licenciados en diferentes especialidades, arquitectos o ingenieros. A los pioneros se les ve ahora más tiempo en la plaza, en la iglesia y en el Club de Leones. Pero suelen conservar y acudir a una oficina que recuerda sus tiempos de industriales, los mejores momentos de la sombrerería.

El sombrero y el mundo rural

Pero el impacto de la industria no fue sólo urbano; de hecho afectó la vida y los quehaceres mucho más allá de la ciudad. Supuso y dinamizó una nueva manera de vincular el espacio microrregional con base en la mano de obra; es decir, con incidencia, como nunca antes, en el mercado de trabajo microrregional.

Ciertamente siempre llamó la atención que en San Francisco hubiera prosperado una industria que durante mucho tiempo dependió de insumos foráneos (palma, hilo, papel, cera de Campeche).¹⁷ Seguramente una parte de la explica-

¹⁷ Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *op. cit.*

ción se encuentra en esa vieja habilidad de la gente del lugar para tejer sombreros, pero sin duda lo explica mejor esa añosa capacidad de los francorrinconenses para recrear actividades y modalidades que mantuvieron la vinculación entre la tierra y la gente de los Altos y el Bajío, aprovechando la diversidad de situaciones y condiciones de ambos terruños.

El abasto del sombrero de palma y de malilla dependía del trabajo a domicilio de infinidad de familias dispersas en el espacio microrregional rural y urbano. Pero la incorporación a los talleres de los planchadores y las adornadoras, la posibilidad de dedicarse a la maquila con una máquina, el incremento salarial que supuso la industrialización, la sustitución de la palma y la malilla por otros materiales, dieron lugar a una primera diferenciación del mercado de trabajo que asoció las tareas rurales con las peor retribuidas.

Por relaciones y residencia los francorrinconenses pudieron entrar con mayor facilidad a las fábricas y talleres de la ciudad. Así ellos comenzaron a abandonar el tejido que se transformó en la tarea más barata de la sombrerería y se quedó como la más rural, es decir, la que aceptaban familias de los ranchos donde no había mayores alternativas de empleo y de ingresos. De las entregas diarias de sombrero se pasó a la recepción y cargos semanales, para entregar el sábado, cuando la gente acudía a San Francisco a hacer su mandado.

Pero en los últimos años el tejido de sombreros y malillas o hilos de papel, ha vuelto a reconcentrarse en la ciudad. En los barrios populares de San Francisco, donde todavía hay pequeños talleres de sombreros de palma y malilla, es posible encontrar a mujeres dedicadas a esta actividad.

Doña María: una tejedora de sombreros

Como doña María, del barrio de El Llano, quien aprendió esta labor desde pequeña, con su madre, sus tías, su abuela. Ellas le enseñaron también lo que ya era normal para las mujeres de la ciudad: "que entre los pobres las mujeres tienen que ayudar a sus maridos con trabajo, con dinero". Por eso doña María teje este artículo desde hace más de veinte años y está

normalmente comprometida a elaborar semanalmente quinientos sombreros de papel, actividad a la que dedica la mayor parte de su tiempo. "Apurándose", en diciembre de 1987, alcanzaba a fabricar tres al día; y así ganaba \$ 7 500.00, porque le pagaban a \$ 500.00 cada uno. Claro, el quehacer doméstico recae sobre una hija pequeña, pero el salario del marido —velador del templo del barrio— no alcanza para la familia, compuesta por cuatro personas.

Dado el monto recibido por cada artículo, para las mujeres de las rancharías aleñañas ya no resultaba costeable el viaje hasta San Francisco. Así, aun cuando existen ahí muchas que conocen el oficio, éste ha sido desplazado casi en su totalidad por nuevas labores de carácter domiciliario.

"Vestir" el sombrero

El que sí ejercen, aunque ahora sólo las mujeres de los Altos, de los pueblos y rancharías de San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio, es el "vestido" del sombrero de charro. El grande se viste sobre todo en el propio San Diego, y los medianos y pequeños por todos los ranchos del rumbo, casi hasta Lagos de Moreno.

Desde los años veinte, en San Francisco se fabrica este tipo de artículo indispensable en las charreadas, fiestas folklóricas y en las tiendas de objetos turísticos de cualquier parte de la república. Seguramente cualquier sombrero de charro que usted haya visto, no importa el tamaño, color o diseño, fue confeccionado en San Francisco del Rincón.

El vestido del sombrero, es decir, la tarea de ponerle el terciopelo y los adornos (pegar la lentejuela para hacer el jaripeo, la copa y el ribeteado), se efectuaba al principio en la ciudad, pero no en los talleres. Los cambios no afectaron su condición de trabajo femenino a domicilio. Sin embargo, su práctica se desplazó más bien hacia la microrregión rural. Las mejores oportunidades de empleo que surgían en San Francisco lo hicieron cada vez menos atractivo para las jóvenes urbanas, quienes lo abandonaron hasta perder la tradición.

Esa tarea se fue primero hacia las rancharías pobres del

rumbo de Jalpa (Guadalupe de Jalpa, Pedernales, San Ángel, Cañada de Negros, Puerta de Jalpa), no obstante, ahí no logró arraigar.

Se desplazó entonces a los Altos, lugar en donde finalmente encontró un ámbito propicio. Desde hace más de veinte años, y hasta la fecha, cada tarde en las puertas de las casas se reúnen pequeños grupos de mujeres para trabajar los encargos efectuados por los talleres de San Francisco. Mientras visten sombreros frente a sus puertas, las tardes son también el momento idóneo para que las mujeres platiquen. Allí acuden quienes quieren aprender el oficio e incorporarse a una red de trabajo.

Con los años se ha perfeccionado y generalizado la organización y la red del sistema. Los talleres entregan los sombreros y todo el material para trabajarlos (hilo, lentejuela, barbiquejo, forro, plástico) a alguna señora de confianza, quien lo distribuye entre sus parientes, amigas y vecinas. Por su trabajo consistente en recoger, repartir, revisar y almacenar el producto, ella cobra un pequeño porcentaje (entre un cinco y un diez por ciento) de cada sombrero.

Las muchachas y señoras de esos rumbos saben que su trabajo es mal retribuido, cansado para la vista y llega a "enfadar", por lo que lo abandonan por temporadas. No obstante, es una de las escasas formas que existen para que las casadas obtengan un ingreso adicional, insustituible para la situación económica de sus familias. Ellas suelen hacer varias consideraciones para buscar y aceptar este trabajo, entre ellas: que les permite permanecer en casa, lo que además de ser la única manera socialmente aceptada de poder trabajar, les permite combinarlo con el quehacer doméstico, aunque eso signifique a veces mucha presión y la colaboración de otras mujeres de la familia y, finalmente, por la posibilidad de incrementar el ritmo de trabajo (por lo tanto los ingresos) de acuerdo con las necesidades económicas familiares. Las solteras mencionan que en el trabajo domiciliario no se gasta en transporte, no es necesario tampoco llevar o comprar comida y pueden organizar el horario de trabajo de manera flexible, sin eludir otras obligaciones.

Justina: una "vestidora" de sombrero

Así explica su situación Justina, una chica de 17 años de San Diego, quien a fines de 1985 recibía de una vecina veinte sombreros semanales para vestir. Era bastante trabajo ya que debía terminar tres o cuatro al día. Pero desde su punto de vista valía la pena. Ella contaba con más tiempo gracias a que no estudiaba. Así, si obtenía \$ 200.00 por cada artículo, esto le permitía ganar \$ 4 000.00 en ocho días. Cantidad que significaba sólo un poco más de la mitad del salario mínimo legal para el trabajo a domicilio en ese momento (\$ 7 266). Sin duda no era mucho, pero era un poco menos de lo que cobraban cada una de sus hermanas —\$ 5 000.00— en una fábrica de dulce del pueblo; y representaba asimismo casi la mitad del ingreso semanal de su padre —\$ 10 000.00—, obrero tabiquero con muchos años en el oficio.

En 1983 se sabía que en seis rancherías francorinconenses existían 940 personas dedicadas al tejido de sombreros. Estas rancherías eran Arroyo Seco (20), Las Tortugas (250), El Mezquitillo (100), El Nacimiento (20), San Isidro (250) y San Ignacio de Peñuelas (300).¹⁸

En cualquier caso, este trabajo domiciliario depende ahora de un mercado seguramente estable, pero no en expansión. Y es que el tiempo de la sombrerería como un producto que da lugar a una industria generalizada ya ha pasado.

Hecho que advirtió doña María Guadalupe Camarena de Espinoza, quien desde los años cincuenta le decía a su marido que el sombrero se iba a usar cada día menos y el zapato cada día más: más vida en la ciudad, mayor cultura, más zapatos, resumía doña Guadalupe.

Seguramente esta insistencia de la esposa habrá influido en las decisiones de don Manuel Espinoza Díaz, quien fue el pionero de la industria del calzado local, la actividad que perdura y prospera hasta hoy en esa pequeña ciudad abajeña.

¹⁸ Secretaría de Programación y Presupuesto del Gobierno del estado de Guanajuato y H. Ayuntamiento de San Francisco del Rincón, *Plan municipal de desarrollo...*

La segunda diversificación (1960)

La industria del calzado (1960 hasta ahora)

Don Manuel Espinoza nació en Jalpa el año de 1914, es decir, en un tiempo y en un lugar conmocionados. Su padre fue don Joaquín Espinoza, antiguo rayador de la presa Santa Ifigenia, y posteriormente administrador de la misma.

Aunque estudió la escuela primaria en León y estuvo en el Seminario de Guadalajara, la vida de don Manuel, entre 1917 y hasta la década de 1930, transcurrió en el medio rural, no muy lejos del terruño. Estuvo en las haciendas frías y en Cañada de Negros, mismas que su padre rentaba y administraba, respectivamente; también en Vista Hermosa de Negrete, Michoacán, y en Cerrillos, propiedad ganadera aledaña a San Diego de Alejandría, donde aprendió a amansar caballos.

Hacia fines de los años treinta, don Manuel abrió en San Francisco una tienda de abarrotes; pero poco después, en 1940-41, se trasladó a vivir a Purísima. Había comprado muy barata la tienda "El Jacalito", a la que abastecía con productos de León obtenidos a crédito de don Julio Orozco y otros comerciantes de San Francisco.

En 1942 se casó con doña María Guadalupe Camarena, originaria del rumbo de Jesús María, en los Altos de Jalisco. Poco después, en 1946, inició la actividad que con los años resultaría decisiva para su trayectoria. Empezó a "viajar zapato" para las empresas leonenses de don Rodrigo González Calderón, quien fabricaba zapatos de niño ("Rolf"), así como para don Guadalupe Piña y don José de León, quienes producían calzado de mujer y niño.

Al mismo tiempo comerciaban sombreros elaborados por los talleres de San Francisco de don Juan Rocha y don Luis Rocha. En las rutas que se hacían en ferrocarril — El Central, El Nacional, El Sureste y El Golfo —, recorría casi toda la república, ofreciendo un muestrario amplio y variado de zapatos y sombreros. El recorrido era muy prolongado, ya que solía permanecer hasta tres meses fuera de su casa.

Le iba bien como viajero de calzado y aprendió allí todos

los secretos del mercadeo. Pero le fue mejor aún con la escoba de palma, la cual llevaba y vendía por su cuenta. En las décadas de los cuarenta y cincuenta se convirtió en el principal comprador de la producción de los siete talleres establecidos en San Francisco. En camión sacaba las escobas para sus clientes del Bajío, es decir, para ciudades como Irapuato, Celaya, Silao y Guanajuato, los mercados tradicionales para ese producto local.

Hacia 1950, hizo en León su primera incursión en la fabricación de calzado. Se asoció con don Luis Padilla González, que conocía el oficio y era el socio industrial. Don Manuel se encargaba de lo que mejor sabía: venderlo en las rutas. Era un zapato de hombre que tenía buen mercado en San Luis Potosí, Tampico hasta Ciudad Juárez.

Cinco años más tarde, en 1955, se asoció con don José López Mojica, maestro especialista de calzado, originario de San Diego pero avecindado en Purísima, quien había aprendido el oficio en la ciudad de México. En esos años se empezó a fabricar el calzado "Juguetón", un zapato para bebé solicitado en casi todo el país. No obstante que la asociación entre ambos no fructificó, don Manuel y don José se transformaron en las dos vertientes a partir de las cuales se difundió el oficio y empezaron a proliferar los talleres de calzado en San Francisco y Purísima.

Don Manuel entonces empezó a producir el zapato en León, en la calle Aquiles Serdán instaló su primer taller. Allí laboraban trece muchachas y un suajador, padre de dos de ellas, todos de esa ciudad. Fue la época en que trabajaban conjuntamente don Manuel y su esposa doña Guadalupe. Ella (con ayuda del hijo mayor) se encargaba de la producción de unos 400 pares diarios y don Manuel de la venta. Trabajando así permanecieron uno o dos años, hasta que se asociaron con los hermanos de doña Guadalupe en un taller de calzado en San Miguel Allende, Guanajuato.

Sin embargo, en 1965 compró en San Francisco un amplio terreno para construir una planta industrial. Habían decidido ya su regreso al terruño y la creación de una fábrica moderna, equipada con transportadores, aunque orientada a elaborar inicialmente lo que más conocían: el zapato infantil.

Don Manuel, dice, sabía vender pero no producir zapatos. De modo que recurrió a uno de sus conocidos de Guadalupe, indudable experto en el asunto: don Guadalupe Benavides, primo y compañero de don Salvador López Chávez, el fundador de Calzado Canadá. Don Manuel se asesoró de don Guadalupe para aprender a comprar materiales e instalar el sistema de transportadores. Años más tarde se asesoró también con él para iniciar la fabricación de tenis, cada fin de semana viajaba a San Francisco un especialista de la fábrica Canadá a enseñar esa nueva técnica a los trabajadores de don Manuel.

En 1966 se inauguró "Calzado Juguetón" con sesenta operarios, treinta mujeres y treinta hombres. Ellas se encargaron de elaborar el primer muestrario que salió al mercado desde su nuevo, amplio y moderno local, situado en las afueras de San Francisco.

No fue difícil que entraran señoritas a la fábrica, ya que existía una tradición sombrerera al respecto, sin embargo, se tuvo mucho cuidado en mantener separados los departamentos de hombres y mujeres. Asimismo, el salario zapatero que se empezó a pagar —40 pesos semanales— era superior al del sombrero —de 20 a 25 pesos—, lo que suscitó un incremento en la industria sombrerera. Don Manuel y el gerente procuraron desde el principio promover el orden y la disciplina laboral, lo que dio más seguridad aún a las familias de las trabajadoras.

Hacia 1969, cuando don Manuel tenía unos 55 años y la fábrica contaba ya con 200 trabajadores, comenzó a dejarla en manos de sus hijos. Ellos habían aprendido y ayudado desde pequeños en los quehaceres de Juguetón, que además empezó a tener cada vez más fábricas.

Todos los varones, después de estudiar en León, regresaron a San Francisco con el fin de integrarse a la empresa familiar, "Industrias Espinoza", que actualmente ocupa a unas tres mil personas y se repartió en sus diferentes industrias: "Tenis Marathón", "Calzado Juguetón", "Tenis Leopardo's", "Curtidos Finos del Centro". La hija, por su parte, tiene una zapatería en León donde vende, entre otros, el calzado de las empresas de sus hermanos.

Don Manuel Espinoza recibió en 1983 el Crispín de Oro, la distinción más importante otorgada por los zapateros guajuatenses. Don Joaquín Espinoza Camarena, hijo del matrimonio y hoy al frente de "Calzado Juguetón", era en 1989-90 el presidente de la Cámara de la Industria del Calzado del estado de Guanajuato.

La proliferación del calzado y sus efectos

Pero no sólo hubo crecimiento, expansión y diversificación en la empresa familiar de don Manuel. En realidad, la zapatería se ha transformado en la actividad más dinámica de San Francisco y Purísima en los últimos veinte años. Los cuñados de don Manuel instalaron también su fábrica de calzado para niños "Calzado Mofeta" en Purísima. Asimismo se encuentra allí la del hijo de don José López.

Por otro lado, casi todos los empleados de don Manuel y de don José montaron talleres y fábricas independientes. Así por ejemplo, trabajaron y aprendieron el oficio en "Juguetón", don Jesús Flores Alcalá, que fue el primer gerente; el señor Torres, los Márquez y don Tomás Becerra, el primer cortador de la fábrica de don Manuel.

Hay incluso una nueva generación de zapateros que se inició en esos talleres. Don Juan, por ejemplo, ingresó como "zorrita" en un taller y de ahí se siguió en el oficio hasta poder después de veinte años —en 1977— instalar uno propio en el que le ha ido bastante bien. En 1987, con unos trece trabajadores y maquinaria moderna don Juan producía 180 pares diarios de zapato corriente infantil y colegial de diferentes modelos, que se vendían allí mismo y en la ciudad de Guadalupe. De hecho, es un taller pequeño. Por lo general tiende a proliferar el establecimiento que produce entre trescientos y quinientos pares diarios, es decir, unos 1 800 a 3 000 pares semanales.

Actualmente, dicen sus propietarios, se consigue todo en San Francisco: hay modelistas para el diseño y los moldes del calzado, fábricas de casi todas las materias primas y otros artículos necesarios (como agujetas y cajas). Hasta existe un pequeño fabricante de transportadores, don Salvador Díaz.

Sin duda el calzado ha hecho cambiar la vida urbana y rural de San Francisco y su microrregión. Casi un cuarenta por ciento de la población municipal (21 728 de los 66 575 habitantes) apareció en 1980 como población económicamente activa, efectivamente empleada. Asimismo muchos de los 3 673 registrados como trabajadores de "minas" (inexistentes en el municipio, ya que si acaso sólo hay una pequeña explotación de cantera en un rancho) y los 9 671 que se consideraron "insuficientemente especificados", deben haber estado trabajando en alguna de las manufacturas locales, sobre todo la del calzado. El porcentaje de mujeres trabajadoras oficialmente registradas fue realmente elevado: casi el diez por ciento (6 089) del total de la población económicamente activa.

En la década de los años ochenta se abrieron tres sucursales de bancos que no existían en la localidad, de tal modo que hoy operan siete sistemas bancarios (cuadro 21). No podían quedarse fuera de una ciudad que, hoy por hoy, es para Banamex la plaza que más recursos capta para la gerencia regional que incluye, además de San Francisco, a Abasolo, Cuerámara, Lagos de Moreno, Pénjamo, Purísima, San Juan de los Lagos y Silao. Este hecho no deja de ser notable, sobre todo si se piensa que Lagos de Moreno es la tercera ciudad del estado de Jalisco.

Los gerentes de Banamex y Serfin coinciden en que el calzado es actualmente el rubro más relevante y dinámico de la economía francorrinconense. En general, dicen, esta industria es el sector más importante de la vida económica microrregional, en seguida se sitúan el comercio y la agricultura, respectivamente.

También es posible recibir y despachar pedidos con gran eficiencia. Al parecer, la vieja y densa red de mercado y distribución ferroviaria tejida por los sombrereros, ha sido de gran ayuda para organizar las redes y rutas zapateras. Los sitios de mayor venta del calzado, sobre todo de los pequeños talleres, son lugares tradicionales del anterior mercadeo sombrerero (cuadro 22).

En los últimos años el dinamismo zapatero ha obligado a casi todas las empresas de transporte de carga que existen en

Guanajuato a instalar oficinas en San Francisco del Rincón (cuadro 23). Desde el punto de vista de los transportistas, quienes hicieron estudios para decidir la apertura de despachos en la ciudad, San Francisco es un mercado muy importante. Incluso los autobuses de pasajeros tienen un eficiente servicio de mensajería foránea, destinada a los documentos que entran y salen incesantemente de la ciudad.

Esto ha diversificado y ampliado notablemente el mercado que puede ser abastecido fácil y eficazmente con los productos locales, sobre todo con el zapato y el tenis que es lo que más se mueve a través del transporte terrestre. La ruta sombrerera tradicional, la del Pacífico (que incluye ahora a Guadalajara) hasta Tijuana ha dado una muy buena acogida al calzado de San Francisco. Sólo de una línea de transporte (Castores) salían en diciembre de 1987 tres o cuatro camiones semanales de zapatos con ese rumbo. Otra ruta importante es la del sureste, que incluye a la ciudad de México y llega hasta Veracruz.

A la distribución rápida y eficiente colaboran sin duda las camionetas *campers*, vehículo predilecto para abastecer las rutas cortas los pedidos pequeños de sombreros y calzado. Cada atardecer, las calles de San Francisco se convierten en un enorme estacionamiento de *campers*. Aunque transformar una camioneta en *campers* es relativamente costoso, tiene indudables ventajas: el producto viaja resguardado, en ocasiones es posible venderlo desde allí mismo, no se ve fácilmente, y la policía (tan aficionada todavía a la mordida) no tiene muchas excusas para la extorsión.

Al principio (siguiendo la tradición de los pioneros) se fabricaba sobre todo calzado infantil y ésta sigue siendo una especialidad importante de la producción local. Pero cada vez más han incursionado en el zapato femenino económico muy de moda y más todavía en el tenis (cuadro 2), el calzado que más ha prendido entre una población joven que ya no puede usar zapato de piel; prenda que por lo demás ha ganado cada vez más presencia en el atuendo de toda la población y donde existe ahora una gran innovación y variedad en cuanto a calidad y diseño.

Para el industrial, el tenis ofrece además otra indudable

ventaja de fabricación: para hacer un zapato se requiere de 41 procesos distintos, en cambio, un tenis sólo de doce. En 1984 "Industrias Espinoza" producía 17 mil pares diarios de tenis, y en 1989 se calculaba que en todas las empresas de San Francisco se elaboraban unos 150 mil pares cada día. Se ha llegado a decir que allí se producen más tenis que en su vecina León.

Las fábricas y talleres de calzado y sobre todo de tenis, han crecido de una manera notable y han iniciado una tendencia novedosa: la salida del centro de la ciudad —asiento tradicional de la manufactura sombrerera y de los primeros zapateros— y su instalación en una colonia de la periferia en una renovada modalidad de casa-taller.

La ocasión para buscar una nueva localización fue casual y no muy grata: la inundación de San Francisco el 11 de julio de 1976, cuando, después de muchos días de lluvia, se rompieron unos bordos en los Altos y en muy poco tiempo el agua subió más de un metro y medio en todo el centro de la ciudad. Una semana más tarde los francorrinconenses se habían organizado ya para reparar los daños sin necesidad de la ayuda gubernamental, algo que hasta hoy los llena de orgullo.

Muchos zapateros aprovecharon el momento para sacar sus talleres de los apretados locales del centro. Por ese tiempo iniciaba apenas la urbanización de la colonia Cuauhtémoc, lugar que ofreció dos elementos fundamentales para que fuera elegido como sitio del nuevo asentamiento: existía la posibilidad de disponer de grandes extensiones de terreno y, por otro lado, estaba situado en un nivel geográfico más alto que el centro de la ciudad.

La rapidez del desplazamiento y el tamaño y la modalidad de los nuevos establecimientos mostraron que existía ya un proceso importante de capitalización zapatera. Así, los quince establecimientos de calzado que existían en la colonia Cuauhtémoc en 1987 eran grandes, amplios y con una excelente presentación en cuanto a sus fachadas. Lo que no cambió fue la composición de los espacios. Todos tienen en común esa característica de la manufactura rural más reciente: la combinación de casa-taller. Identidad de espacios que

integra el domicilio del propietario con el lugar de trabajo, algo que la manufactura más vieja, la sombrerería, había separado desde hacía muchos años.

El zapato y el mundo rural

La manufactura zapatera encontró también la manera de vincularse a su entorno rural, a la gente de su microrregión tradicional. Aunque también, como en el caso del sombrero, con énfasis en sus posibilidades como trabajadores, como mercado de trabajo. Aunque, como siempre, en la doble y dinámica vertiente del trabajo asalariado y el empleo domiciliario. Trabajo este último que puede variar de acuerdo a los tipos de productos y a los ciclos de las empresas, pero que se mantiene como modalidad de trabajo.

Ciertamente ahora se usa menos el zapato infantil tejido, como se llamaba a la tarea de pegar con una costura hecha a mano, la "floreta" con el corte. Como quiera, continúa como una tarea a domicilio que se realiza en los Altos, en el rumbo de San Diego de Alejandría.

Doña Lourdes: una "tejedora" de zapato

Allí, doña Lourdes "teje" desde hace seis años el calzado "campesino" unisex elaborado en una fábrica de San Francisco. Dicho trabajo le fue ofrecido originalmente a su cuñada, quien se empleaba en tal empresa, pero éste decidió delegárselo a ella. Y aunque él ya no labora allí, doña Lourdes ha seguido con ese quehacer. Le conviene porque su esposo, quien trabaja en una ferretería de la ciudad, puede cada día traer los trabajos que le mandan. Por lo regular hace unos trescientos pares a la semana, aunque esta cantidad en ocasiones desciende hasta 40 pares, según la demanda de la empresa.

Cuando es urgente, doña Lourdes siempre logra terminar el pedido gracias a que puede dejar de lado sus labores domésticas, ya que cuenta con la ayuda de sus tres hijas peque-

ñas. De cualquier manera, tiene bien calculado que puede hacer diez pares en una hora. Cada uno de éstos en 1989 le era pagado a 150 pesos, de modo que, calculado así, ganaba 1 500 pesos por hora.

Su ingreso semanal por cuatro o cinco horas de trabajo diario (media jornada) era de 45 000 pesos, monto equivalente a la mitad, más o menos, del sueldo en las fábricas por una jornada de ocho horas. Así pues, no existía una gran diferencia salarial entre ella y una obrera formal. La diferencia más significativa, en todo caso, eran las prestaciones sociales, de las cuales ella no disfrutaba.

El tejido del zapato unisex de moda se ha difundido notablemente en las rancherías cercanas a San Francisco. Trabajo que desde 1982, más o menos, ha desplazado casi totalmente al tejido del sombrero. Y es que el par de zapatos tejido se empezó a pagar a 5 pesos cuando el sombrero estaba a 2.50 pesos, con la ventaja adicional de que, en el caso de la zapatería, las fábricas llevaban el trabajo directamente a las rancherías.

El sistema de trabajo domiciliar de calzado sigue así el patrón conocido del sombrero. En rancherías como El Maguey; San Roque y San Bernardo, las fábricas tienen "centros de distribución", es decir, casas donde cada día llegan las camionetas con los cortes para ser tejidos. Las encargadas se dedican a distribuir el trabajo entre las mujeres de la localidad, llevar las cuentas de lo que cada una hace diariamente, revisar el tejido, acudir el día sábado a San Francisco para hacer cuentas y recibir el dinero de todas las trabajadoras que luego reparten según la producción de cada una.

Se calcula que una trabajadora puede hacer entre ocho y veinte pares en una jornada. La diferencia la hacen la cantidad de ayuda familiar de que disponga y la "urgencia" que tenga de aumentar el ingreso semanal. De hecho, cada quien arregla con la encargada la cantidad de pares que puede recibir cada semana, a veces cada día.

En El Maguey, donde había trescientas cabezas de familia en 1983, se sabía que unas doscientas mujeres trabajaban en esta labor para fábricas de San Francisco.

Y años más tarde, esa actividad continuaba en auge. En

1987 una gran industria de la ciudad poseía allí un centro de distribución, a cargo de la hermana de una obrera de la fábrica. De la misma empresa les llegaron a enseñar el tejido del zapato; en 1987 comenzaron con 19 muchachas y pocos meses más tarde se entregaba zapato a 28 personas. Así, la empresa ocupaba 192 obreros, trece administrativos y cinco agentes viajeros, en la fábrica misma, y a trescientas "artesanas", como se llama a las trabajadoras domiciliarias de las rancherías cercanas.

A casa de la encargada llegaban cada día entre 250 y 500 pares de "forros", es decir, de zapatos sin tejer. Se pagaba entonces a 72 pesos cada par, pero si una mujer ayudada por su familia hacía más de una tarea, o sea más de sesenta pares, el precio se aumentaba a 81 pesos por par. Esto suele suceder en la temporada alta del zapato, que corresponde al inicio del año escolar. Las fábricas pequeñas que también enviaban trabajo a El Maguey pagaban un poco menos, a 60 pesos el par, sobre todo debido a que era inferior la calidad del artículo y requería poco trabajo.

Mucho se ha difundido también, entre la gente de la microregión, en los últimos años, el empleo dentro de las fábricas y talleres de calzado de San Francisco y Purísima. Se sabe que cotidianamente acuden a la ciudad unas quinientas personas desde los Altos, el rumbo de Jalpa hasta Manuel Doblado. Desde hace algún tiempo los autobuses hacia Doblado salen cada quince minutos y en 1989 se inauguró una frecuencia similar hacia San Diego de Alejandría. Por las mañanas y en las tardes, los autobuses se llenaban de chicas y chicos muy jóvenes, bulliciosos; algunos con libros, ya que todavía estudian, los más con loncheras, porque acuden a las fábricas y talleres de la ciudad.

Las opciones y alternativas de trabajo en el campo

Una familia en San Andrés Jalpa

Como Jorge y su hermana Teresa que, como tantos otros del rumbo de San Andrés Jalpa, viajaban todos los días a San

Francisco. El, para trabajar como pespuntador en Garcís, una fábrica de tenis; Teresa como adornadora en Calzado Chinita. Jorge fue contratado con sueldo completo cuando tenía sólo quince años, y aunque apenas contaba con tres meses en el empleo, logró obtener aguinaldo y vacaciones pagadas, mismas que prefirió trabajar para ganar doble sueldo.

Y es que ya lo había tentado la otra tradición laboral de su tierra, la migración a los Estados Unidos. Hacia allá partió junto con otros muchachos en enero de 1988. Pensaba reunirse con don José, su padre, quien en 1973 empezó a trabajar en los Estados Unidos, y desde 1984 es tractorista en Denver, Colorado. Anteriormente, don José fue regador de campos de trigo en su región de origen, pero prefirió marcharse y desde entonces sólo regresa a Jalpa en diciembre de cada año. Así, don José, además de visitar a su familia, logra ahorrar algún dinero, ya que vivir en este lado es mucho más barato.

La llegada de Jorge y sus demás parientes a Estados Unidos le ayudó a reducir los gastos de alojamiento y estancia, medida que era necesario tomar debido a que no era esa la mejor temporada para contratarse. Sin embargo, don José logró colocarlos con ayuda de sus amigos, capataces mexicanos de algunos campos.

Doña Dominga, madre de Jorge aunque triste con la partida, ayudó a sufragar los gastos del viaje. Pidió prestados 400 dólares, mismos que pagó con la venta de diez puercas y quince lechones. Se quedó así sin animales, pero también sin deudas. Esperaba volver a comprarlos con el dinero que ganaba del trabajo a domicilio que recibía, como tantas otras mujeres del rumbo, de los talleres de mueble de jardín de San Francisco.

Y es que desde hace siete años (1983) se puso de moda ese tipo de sala de metal —un confidente, dos sillones, una mesa de centro— forrada de plástico color blanco o marfil. Se hacen dos modelos: el borreguito (el económico) y el español. Se dice que el que inició este tipo de trabajo fue un arquitecto de Guadalajara que, en busca de buenos tejedores, llegó por allí para que le hicieran muebles de muy buen mimbre y excelente diseño. Los francorrinconenses vieron

aquello y rápidamente lo imitaron, pero en una versión más modesta y popular, que fue la que tuvo gran éxito durante poco más de cinco años.

El mueble se elabora en cuatro o cinco talleres de la colonia Cuauhtémoc de San Francisco. Se necesita poco personal —una persona que maneje la soldadura y otra la guillotina— y se envía a tejer a casi todos los ranchos, a casi todas las mujeres del rumbo de Jalpa: San Andrés, Cañada de Negros, Guadalupe de Jalpa, Pedernales y San Ángel.

Doña Dominga teje mueble pero se encarga sobre todo de recibir, distribuir, revisar, almacenar y entregar los juegos de sala a los clientes, unos camioneteros responsables de llevarlos a la tierra caliente del estado de Michoacán. Ella solicitó dicho empleo a un taller de San Francisco, el cual acordó otorgarle una comisión por cada juego vendido, además de un aguinaldo cada fin de año. En realidad, fue muy fácil el acuerdo porque el mueble se ha organizado en una modalidad muy conocida en la microrregión: el encargo a una señora que distribuye el trabajo a vecinas y parientes de su rumbo.

A la partida de Jorge, su hermana Teresa decidió salirse también de la fábrica en que trabajaba. Pero no podía dejar de percibir un ingreso propio, de modo que se integró al tejido de muebles, oficio que había aprendido ya con sus primas de un rancho cercano. Ella a su vez enseñó a otras 26 muchachas de San Andrés.

Hasta el periodo 1986-1987 llegaba al lugar mucho trabajo de este tipo. En ocasiones, hasta 150 juegos quincenales que se tejían en veintiuna de las 153 casas del rancho de San Andrés. Pero desde 1988 esta labor empezó a declinar, hasta estacionarse en unos cincuenta juegos cada quince días, tejidos en sólo diez casas. En marzo de 1988 se pagaba a 3 000 pesos cada juego tejido, y Teresa podía hacer, cuando mucho, dos juegos a la semana.

La familia vecina de doña Dominga estaba bastante organizada para trabajar el mueble de manera conjunta: entre cinco personas —padre, madre, hijas de 17, 13 y 11 años—, tejían diecisiete juegos quincenales, aunque cada quien sólo le dedicaban un rato del día. De ese modo recibían un ingreso

quincenal de 70 000 pesos que se distribuía entre todos, de acuerdo con la edad de cada quien. Esta norma es cada día más frecuente para decidir el monto de la retribución en el trabajo domiciliario. En dicha familia, el padre y la madre además tenían otras ocupaciones: él era empleado en una pequeña tienda y ella cosía vestidos para un taller de León. Asimismo, recibían regularmente el dinero que les enviaban tres hijos desde Estados Unidos.

Una familia en Manuel Doblado

La vida y los quehaceres en casa de doña Soledad, en Ciudad Manuel Doblado, aunque distintos, mostraban una situación similar. Anselmo, uno de los hijos mayores, trabajaba en una fábrica de zapatos de San Francisco, con lo que tenía un salario estable superior al mínimo y seguro, que le permitía cubrir los gastos médicos de su madre ya anciana.

En las tardes Anselmo se dedicaba a alimentar a las tres puercas y los lechones que él y su hermana invariablemente mantenían como una forma de obtener ingresos en efectivo. Los lechones se venden a los "rancheadores", quienes día con día recogen puercos chicos para venderlos en los tianguis existentes para el efecto a los engordadores de La Piedad directamente. Cuando el mercado de lechones se contrae, suelen vender una o dos puercas a alguno de los cuatro embarcadores locales, mismos que los envían a los mercados de la ciudad de México.

Anselmo usaba el dinero obtenido de estas ventas para sus gastos personales. Su hermana, en cambio, prefería volver a invertirlo en una actividad que le dejaba más dinero: la venta en abonos de vestidos de bastante calidad que compraba en Moreleón. Como trabajaba en un taller de costura de Ciudad Manuel Doblado, tenía una clientela amplia y regular entre sus compañeras de trabajo y las de los otros talleres que ya la conocían.

Doña Soledad y sus otras dos hijas tampoco descansaban. Gracias a la habilidad y los instrumentos que heredaron del esposo de aquella, ellas elaboraban varios cientos de cinco diferentes tipos de zapatito miniatura, que entregaban a un taller de León. Allí los convertían en llaveros de sou-

venir para su venta en tiendas de artesanías. Ellas, además, en los fines de semana se dedicaban a reparar zapatos. Sin duda era ésta una vida dura, no contaban con ingresos de migrantes y había que sacar adelante a los tres hijos más jóvenes que estudiaban en Morelia, quienes también ayudaban en todos los quehaceres familiares cuando iban a Doblado.

Los quehaceres microrregionales de hoy

Y podría hacerse un recuento interminable, porque ahora cada casa del rumbo de San Diego, en los Altos, o hacia Manuel Doblado, en el Bajío, muestran situaciones similares. Todas comparten la inexistencia, desde hace por lo menos dos generaciones, de la agricultura o la ganadería como las alternativas generalizadas para la sobrevivencia de la mayoría de la población de la microrregión. La carencia de tierras, el arrendamiento y la mediería son las características hoy comunes de la situación agraria.

Muchos de los hombres de ahora son obreros, empleados en sus lugares de origen, pero sobre todo en San Francisco, Purísima e incluso León; o bien, trabajan de manera estable en los Estados Unidos. Las mujeres casadas se las han arreglado para combinar la porcicultura de muy pequeña escala con el trabajo a domicilio, modalidad laboral que cambia de producto, se expande o contrae, pero siempre reaparece como modalidad de trabajo y permanece como posibilidad de ingresos. Las solteras pueden acudir a las fábricas y talleres de San Francisco y Purísima hasta el momento del matrimonio. El notable auge de esos mercados de trabajo permite incorporar sin mayor problema a las muchachas del medio rural al empleo industrial.

La sobrevivencia de la población de esa microrregión alteña y abajeña depende ahora en gran medida del encuentro y la coexistencia de los modelos de desarrollo rurales no agrícolas; las oportunidades de trabajo y empleo que ofrece la manufactura francorrinconense y las posibilidades que surgen desde la porcicultura que tiene su epicentro más dinámico en La Piedad-Santa Ana. Encuentro y coexistencia que se

entretrejen con otras dos tradiciones de trabajo no agrícola: la migración, sobre todo masculina, a los Estados Unidos y la búsqueda femenina incesante de ingresos en efectivo.

La confluencia de estos cuatro elementos da lugar a un sinnúmero de combinaciones complejas y cambiantes tanto desde el punto de vista de las condiciones de las empresas, como de las situaciones de las familias rurales. Combinaciones que le permiten a la gente de hoy trabajar y vivir en su tierra, el viejo anhelo campesino que no fue posible mantener por la vía agraria.

Sin duda la rapidez y fuerza con que se difundió la industria del calzado en San Francisco y fue aceptada en toda la microrregión, tuvo que ver con la constatación de que la alternativa agrícola estaba definitivamente cancelada para muchos. Allí, como en tantos lugares, a través de la renta y venta, las mejores tierras han pasado inexorablemente a un sector especializado, a quienes disponen de recursos y relaciones para que la agricultura o la ganadería sean efectivamente redituables.

La agricultura empezó a ser así un quehacer especializado, la especialización de un sector de la población rural. Aunque en los últimos años algunos ejidos de la región han comenzado a transitar hacia formas de trabajo, de producción y mercadeo muy bien organizados y costeables, la verdad es que ya ha sido demasiado tarde para muchos, ya no puede ser la alternativa de vida para la mayoría (cuadro 24).

El otro factor local que facilitó el tránsito y la difusión de la industria del calzado fue la tradición manufacturera ya existente en San Francisco. La sombrerería acuñó y generalizó una cultura manufacturera, es decir, una manera de concebir y organizar el trabajo, las relaciones laborales y de mercadeo, de relacionarse con la tecnología y el cambio tecnológico que les ayudó a transitar con notable facilidad hacia un nuevo quehacer industrial cuando fue necesario hacerlo. Y cuando las condiciones lo hicieron posible, porque el elemento extralocal, macroeconómico, que también estuvo presente fue evidentemente el cambio en la dinámica general de la industria zapatera, esa reconversión silenciosa que hizo cada vez más viable la multiplicación de los productores, inclu-

so muy pequeños, vinculados a mercados tremendamente segmentados, diferenciados y cambiantes.

La crisis desatada desde principio de la década de los ochenta ayudó aún más a la dinámica industrial francorrinconense. Por un lado, con la popularización del tenis (tipo de calzado barato y fácil de producir) y, por otra, con la proliferación de mercados cada vez más pequeños a los que los zapateros locales han abastecido con gran eficiencia. Llama mucho la atención la cantidad de diversos y diminutos pedidos que suele abastecer un taller de calzado francorrinconense. Sus envíos a la ciudad de México pueden estar destinados a seis o siete zapaterías diminutas situadas en colonias periféricas. Esta capacidad para no desdeñar a los compradores en pequeño les ha ayudado a mantenerse y crecer.

Así las cosas, se podría decir que San Francisco es, en muchos sentidos, un ejemplo atípico de desarrollo rural. Ciertamente allí se dio un proceso muy temprano y exitoso de diversificación de la economía agrícola. Pero no sólo eso. La diversificación seguida se organizó en un sentido poco común en el medio rural —la manufactura— y muy poco conocida en la literatura sociológica —el desarrollo de actividades de pequeña escala con base en recursos y gente locales—. Y es que estamos acostumbrados, más familiarizados con las consecuencias locales de la instalación de grandes empresas y complejos industriales que suelen tener que ver muy poco con los recursos locales y manejarse a niveles de operación muy alejados de las posibilidades de la gente del lugar. El efecto socioeconómico de este tipo de empresa suele ser, se ha dicho reiteradamente, menos beneficioso y multiplicador de lo que se hubiera esperado.

En este sentido, el ejemplo de San Francisco pone en evidencia algunas de las características e implicaciones que puede tener un tipo de desarrollo manufacturero de pequeña escala en el campo. La sombrerería fue un ejemplo de la posibilidad de transformar una vieja tradición artesanal rural en una manufactura, en una industria y una cultura del trabajo que facilitó el camino hacia las nuevas diversificaciones que se hicieron imprescindibles cuando la agricultura mostró todos sus límites, cuando el sombrero mismo ya no pudo se-

guir siendo el quehacer ampliamente utilizado para acumular o siquiera vivir.

Así, la manufactura difundió de manera muy temprana entre la gente de la microrregión un camino propio de complementariedad y acumulación, una manera de vivir con base en la diversidad de ingresos, en la combinación de múltiples y cambiantes quehaceres. El modelo efectivamente no es igualitario, pero ha tenido un impacto económico indudable en la economía de las familias y de la sociedad microrregional. Pero además el éxito y la proliferación de las pequeñas empresas han contribuido al reforzamiento de una cultura del trabajo que reivindica la tradición del esfuerzo duro y personal y la expectativa de ser algún día independientes de trabajar para lo propio.

Al mismo tiempo, esta manufactura de pequeña escala, que creció y se dificultó poco a poco, es decir, a partir de la gente misma, que de manera muy experimental aprendió y cambió, acuñó otra particularidad: difundió —hasta hacer común y cotidiana, mejor que la mejor escuela— una manera de trabajar, de organizarse, es decir, de ser y hacerse industriales.

Una consecuencia más fue que el crecimiento paulatino de la manufactura no atrajo grandes contingentes de población a asentarse en la ciudad. Más bien es una modalidad que tiende a ocupar cada vez más gente de la microrregión, pero en sus mismos lugares, sin desarraigarla de sus territorios. En esto tiene que ver esa viejísima tradición francorrinconense que ha vinculado en cada momento los quehaceres de la ciudad con las necesidades de sus entornos alteño y abajeño. La relación actual se da sobre todo en el mercado de trabajo, pero el tipo de oferta —empleo manufacturero en la ciudad y trabajo a domicilio en el campo— favorece el mantenimiento de la gente en sus lugares, sobre todo ahora que se cuenta con fluidez y eficiencia en el transporte.

La industria no ha traído ni dinamizado excesivamente el comercio local de las manufacturas que allí se producen. En San Francisco existe sin duda una dinámica comercial intensa e importante pero ligada sobre todo con los abarrotes, no con los productos de las industrias locales. Allí no hay gran-

des establecimientos o tianguis donde se venda la producción industrial francorrinconense, tampoco existe esa telaña de actividades y servicios comerciales conexos que son tan frecuentes en las ciudades manufactureras más recientes como Zapotlanejo o Moroleón.

Quizá sea precisamente esa diferencia de edad la que ha dado lugar a situaciones distintas. La manufactura y los industriales francorrinconenses conocen y son conocidos desde hace décadas por el mercado, de modo que no requieren de nuevos sistemas de comercialización. Los productos que aparecen se insertan en añosas y eficaces redes y sistemas de mercadeo que son manejadas por los industriales mismos. La manufactura más reciente, en cambio, ha comenzado su vida rodeada de un sector comercial que se encarga del mercadeo en los lugares mismos de producción.

La diversificación económica ha tenido también un indudable impacto en la vida política local. Aunque la agricultura no ha sido el quehacer predominante de la trayectoria económica local, los agricultores sí han sido políticamente importantes en San Francisco. La mayoría de los presidentes municipales han surgido de ese ámbito de la sociedad local y, en menor medida, de los comerciantes. Esto tiene que ver seguramente con una situación todavía muy generalizada: para el mundo político extralocal, el interlocutor más autorizado para hablar en nombre de la gente rural sigue siendo el sector campesino, el más ligado a esa visión puramente agrícola de la dinámica económica rural.

En el nivel de los ayuntamientos, los industriales han participado poco en los puestos públicos. El primer presidente municipal industrial fue don Luis Rocha López, en 1950-51. Más tarde, hacia fines de esa década, ocupó ese puesto don Miguel Barajas (1958-1960); en los setenta don Catarino Luna (1970-72) y don J. Jesús del Moral (1974-76). En la única administración que ha habido de otro partido —el PAN— el presidente fue un joven industrial del sombrero: el Lic. Eusebio Moreno, en 1987-1989. En el periodo siguiente el puesto regresó al PRI representado por un agricultor también muy joven: el ingeniero agrónomo Carlos Velázquez Villalpando, hijo y sobrino de dos presidentes municipales de los años se-

tenta y comienzos de los ochenta, ambos agricultores ligados al sector agrario.

No obstante, la existencia de los industriales constituye un factor de peso en la dinámica política de San Francisco. Su fuerza económica los torna difícilmente omitibles del quehacer público y la toma de decisiones. Pero su participación se ha dado sobre todo como apoyo a las obras públicas de la ciudad y sus localidades dependientes, tales como servicios de agua, escuelas y caminos.

Seguramente no ha existido patronato o junta donde no hayan estado los industriales del sombrero, y ahora también del calzado, con una participación económica y de gestoría importantes. Frente a la lentitud con que llegan los recursos al municipio, los industriales y comerciantes cuentan con un mecanismo que le permite al ayuntamiento disponer de recursos propios. Así, si el presidente municipal lo solicita, ellos le proporcionan una cuenta de banco con dinero suficiente para mantener el ritmo de trabajo en las obras y servicios municipales, con el compromiso de que pocos meses antes de que vaya a concluir su periodo hagan los ajustes que correspondan.

Pero además de esta ayuda económica efectiva que ofrecen los industriales a su terruño, es evidente que siempre han sido una fuerza, un recurso de la sociedad local que ha contribuido a contrarrestar el ejercicio unilateral del poder público. Hecho que les ha ayudado indudablemente a los francorinconenses a transitar por las diferentes edades del poder rural con menos desasosiegos que otras sociedades.

San Francisco se acerca ahora a su cuarto centenario. De seguir como va, la encontrará de nuevo como una sociedad muy orgullosa de su desarrollo económico y de lo que ha podido hacer con él. Aunque más grande, urbanizada y concentradora que a principios de siglo —en 1980 reunía poco más del sesenta por ciento (61.5%) de la población total del municipio (40 943 de los 66 575 habitantes que tenía el municipio en 1980)— la ciudad ha logrado seguir siendo pequeña y manejable,¹⁹ que la gente se siga conociendo y recono-

¹⁹ Carlos Velázquez Villalpando, *Primer informe de gobierno*, San Francisco del Rincón, Guanejuato, 1989.

ciendo, que existan, se recreen y se compartan espacios y eventos de convivencia colectiva.

San Francisco ha crecido, se ha diversificado, se ha vuelto rica y próspera, pero sin perder muchas de las mejores características de la vida pueblerina.

Conclusiones

Desde hace tiempo Luis González¹ ha insistido en que desde la ciudad ha resultado muy difícil reconocer que la vida rural mexicana está hecha de múltiples heterogeneidades que han diversificado los rumbos de la historia rural y, al mismo tiempo, de transformaciones incesantes con las que la gente del campo ha enfrentado los cambios de ayer y hoy.

Diversidad a la que sugiere acercarse de tres maneras. Los indígenas, campesinos y rancheros representan no sólo distintas formas de trabajar y producir lo que necesitan, sino también diferentes modos de apropiarse de un espacio, de organizar su vida familiar y social, de vivir, transmitir y modificar costumbres y valores.²

A pesar de su origen indígena y de que no han sido ganaderos, si los francorrinconenses fuesen consultados al respecto, seguramente se afiliarían a la sección ranchera de la historia rural. Su manera de trabajar, relacionarse y concebir sus relaciones y tradiciones, se parecen más a las de los rancheros de tierras altas, pobres y esforzados, que a la cultura campesino-agrícola que les tocaría por su ubicación en las tierras abajefías.

Esto se debe a que los francorrinconenses siempre han sabido que disponían de una historia microrregional propia, peculiar y rica del trabajo. La cual no se agotaba en lo que después de ser una idea original, se transformó en uno de los peores lugares comunes sobre el Bajío, a saber, que era éste

¹ Luis González, "Gente del campo".

² *Ibidem*.

una recreación de las transnacionales de alimentos balanceados, interesadas en promover el cultivo del sorgo para alimento animal. Un bosque de sorgo ocultó otras historias, oscureció otros caminos. Y fue una lástima porque la historia abajefía de los quehaceres no agrícolas ha sido tan compleja y variada como su experiencia agraria.

En San Francisco del Rincón, la cercanía entre tierras altas y bajas, lo que quiere decir entre tierras muy pobres y ricas, entre productos de diferentes tipos, creó desde antaño formas y mecanismos de intercambio y complementariedad, que resultaron ciertamente desiguales pero igualmente necesarios.

Con seguridad, la cercanía y eventual atracción de León sobre los territorios pertenecientes a los municipios del occidente guanajuatense, ha estado detrás de la añosa, sólida y persistente relación de los pueblos del Rincón con las tierras altas de Jalisco. Esta ha sido una forma de eludir la fuerza centrífuga de León, de crear un territorio y un dinamismo propios.

Al mismo tiempo, San Francisco ha sido una alternativa para los alteños que por razones económicas y políticas han tenido que buscar nuevos lugares y distintas formas de vida. Las tierras magras de los municipios jaliscienses de Arandas, San Diego de Alejandría, Unión de San Antonio, han dado siempre migrantes a los pueblos del Rincón, ya sea que allí les vaya bien y se conviertan en pequeños o grandes empresarios o que se mantengan como trabajadores de los múltiples quehaceres de la economía agrícola, pecuaria o manufacturera de las tierras bajas. Los Altos han sido un territorio fundamental de recursos humanos —habilidades empresariales y fuerza de trabajo— para los proyectos económicos abajefíos de ayer y de hoy.

Su aportación fue sin duda crucial para esa pequeña ciudad también en otros sentidos. Les enseñó en la práctica caminos de sobrevivencia distintos del agrícola, en especial el comercio, que fue sin duda una de las añosas y cruciales vías de la persistencia rural en los Altos. Al mismo tiempo reforzó una cultura del espacio y de las relaciones sociales muy particular, donde se combinan el más profundo arraigo al terruño

y el respeto a las lealtades primordiales, con una enorme curiosidad y movilidad por la geografía nacional e internacional.

La historia del trabajo no agrícola que se desencadenó con el porfiriato no se detuvo con el fin del vetusto régimen, aunque la conmovieron los años de las revoluciones, la de 1910 y la cristera. El vendaval se llevó para siempre a algunos, sobre todo a los grandes, aunque escasos por allí, que habían fincado su proyecto industrializador en la vinculación con la gran propiedad agraria.

Pero poco a poco se reinició el proceso que estrenó nuevos productores, que echó a andar distintas maneras de producir y comerciar. La historia del trabajo no agrícola volvió a prosperar y se hizo a la vez más compleja. A partir de los años treinta se suscitaron en la microrregión los primeros esfuerzos industrializadores, los intentos pioneros por instalar o modernizar establecimientos productivos. El momento no era casual en varios sentidos.

En San Francisco, como en todas partes, la Revolución había modificado las estructuras sociales y nuevos sectores habían empezado a encabezar y encauzar la vida económica de cada localidad. Pequeños capitales comerciales y manufactureros se recuperaron paulatinamente de los efectos de la cristiada y los primeros migrantes exitosos comenzaron a regresar ya con dinero. Con la paz se pudieron aprovechar otra vez los viejos servicios públicos como la electricidad y el ferrocarril, así como otros nuevos promovidos por doquier, en particular las carreteras, que empezaban a ampliar el mapa de los mercados posibles.

San Francisco es un buen ejemplo del desarrollo y la modernización que siguió por una de las vías que ya existían en la localidad. Allí, desde mediados de los años treinta, los sombrereros decidieron invertir en maquinaria, organizar talleres donde se reunían los trabajadores, donde se empezaban a dividir las tareas en primitivos departamentos, que asignaban tareas específicas a hombres y mujeres, que comenzaban a recurrir y preferir el trabajo femenino.

Así se convirtió sin duda en uno de los mejores, aunque escasos ejemplos, de transformación exitosa de una manufactura de pequeña escala en una industria enclavada en el

medio rural. En esta notable capacidad para detectar los cambios y adaptarse a las modificaciones cada vez más severas y aceleradas del mercado, se encuentra seguramente una de las claves del éxito manufacturero e industrial francorrinconense.

Esta historia microrregional del trabajo no agrícola no estuvo exenta de proyectos frustrados. Frente a la competencia externa, de mil modos manifestada desde los años cuarenta, los abajeños vieron desaparecer las actividades de innumerables empresas. Una a una fueron extinguiéndose las pequeñas manufacturas de la región. Cerca de allí, en La Piedad, sucumbió para siempre otra vieja y renombrada manufacturera rural: la rebocería, que a partir de los años cincuenta buscó de manera tan heroica como infructuosa una salida ya imposible a la crisis que la arrastró hasta tumbarla. Los caminos fracasados también forman parte del arsenal con que los abajeños observan y enfrentan los problemas de hoy.

Esta historia y trayectoria del trabajo, con sus aciertos y vicisitudes, fueron la matriz que permitió y pautó la dinámica manufacturera que se reavivó en la región desde los años sesenta, cuando localmente empezó a resultar imprescindible hacer un nuevo cambio; cuando desde fuera llegaron los impulsos de una nueva etapa, de un nuevo modelo de industrialización. Allí se encuentran sin duda las raíces que hicieron posible esa mixtura aparentemente contradictoria, pero en verdad siempre viable, enormemente cambiante de alta tecnología y trabajo manual; de procesos complejos y quehaceres simples, de rigidez y flexibilidad, de labores intratalleres y trabajo a domicilio. La nueva manufactura ha expandido de manera notable la geografía nacional del mercado de trabajo femenino a bajo costo.

La trayectoria de las actividades y el empleo manufactureros corre indisolublemente entreverada con otras dos historias que han definido en gran medida el marco y el horizonte de la vida económica, así como el rumbo de los mercados de trabajo regionales.

Porque no cabe duda que la división por sexos de la migración, trazó dos posibilidades diferentes para la evolución de los mercados de trabajo locales. Para los hombres la mi-

gración fue una vía no sólo para ganar más dinero, y para formar un capital, sino también como una manera de eludir la precariedad del empleo local, de no tener que aceptar el bajo valor de su fuerza de trabajo en la región. Para las mujeres no. Su imposibilidad de desplazamiento coadyuvó a convertirlas en trabajadoras territorialmente cautivas y, en ese sentido, disponibles para cualquier proyecto laboral que las demandase en su localidad.

Sobre todo cuando ya no fue posible ocultar que los hombres no podían solos sostener a sus familias, cuando hubo que aceptar que el dinero en efectivo era el que definía y pautaba la organización económica familiar. Situación que los hombres tendieron a negar o a aceptar a regañadientes, con mucha tensión, lo que obligó aún más a las mujeres a convertirse en las buscadoras perpetuas de cualquier ingreso monetario. Esta actitud masculina contribuyó de manera importante a orillar a la mujer a aceptar cualquier tipo de trabajo barato en su localidad.

Esta condición femenina forma parte sin duda del trasfondo que hizo posible, que volvió tan específica como exitosa, que hizo persistir y prosperar hasta nuestros días, a la manufactura francorrinconense, la que ayudó a difundir y expandir como nunca antes el trabajo a domicilio como forma femenina de conseguir dinero.

Porque ciertamente la elaboración de bienes de consumo en el contexto industrial que empezó a forjarse en los setenta y se entreveró con la crisis de los ochenta, se modeló en buena medida en esta tradición y cultura femenina del trabajo. Hoy por hoy, el trabajo rural se ha sin duda feminizado. El empleo femenino en las fábricas y talleres y sobre todo en el trabajo a domicilio, han sido las grandes vertientes de la expansión del mercado de trabajo en la región, la tendencia más consistente del empleo manufacturero rural en sus múltiples actividades.

Desde los quehaceres manufactureros que comenzaron en los treinta, se renovaron en los sesenta y fueron una verdadera explosión a partir de los setenta se advierte la preferencia, al principio tímida, ahora evidente, por la ocupación de mujeres campesinas, en un proceso continuo e incesan-

te de encuentro de nuevas combinaciones entre el trabajo en los establecimientos industriales, entre la fábrica o el taller y el trabajo a domicilio.

La manufactura zapatera de hoy es tributaria de esta herencia, es la prueba y el testimonio de que la nueva industrialización, que ha enraizado y prendido por toda la región tenía una tierra fértil, de mil modos abonada por una historia peculiar y compleja del trabajo no agrícola a pesar de ser rural.

Otro cambio notable y novedoso se ha dado en el ámbito de la actividad comercial, tradicionalmente un quehacer masculino. Así, hoy por hoy la venta de artículos ha sido una de las áreas tomadas por las mujeres, las que lo han transformado en un oficio cada vez más femenino. La especialización de una localidad y la demanda creciente de prendas de vestir, de calzado y artículos de moda, por parte de una población trabajadora, urbana y rural femenina, joven, que quiere ser lucidora y que estaba mal abastecida por el comercio convencional, se juntaron para hacer posible la entrada al comercio de otras mujeres, el estreno femenino de la mujer rural abajaña en el intercambio.

Jóvenes como la clientela que atienden, ellas se han encargado de hacer llegar los productos de su localidad a otros lugares, sobre todo a ciudades grandes, en las cuales cuentan con parientes o conocidas. Otras han preferido encargarse de abastecer a las damas locales con algún producto fabricado en otra población. Algunas se han vuelto especialistas en traer y llevar productos manufacturados de un área a la otra.

Por la vía femenina y en pequeña escala la nueva manufactura ha comenzado a recrear el comercio y los intercambios interregionales. También los internacionales. Cada día aumentan las mujeres que de manera estable llevan los artículos de las diversas localidades del occidente a los Estados Unidos; las que ocasionalmente, cada vez que vienen a México, regresan al norte cargadas con prendas de su tierra o de alguna ciudad vecina que se venden muy bien allá. La crisis de los últimos años ha hecho proliferar de manera angustiosa esta vía de trabajo y de sobrevivencia femeninas en el campo.

Así las cosas, las mujeres de la región han construido su propia historia laboral, basada en pequeños y ocasionales trabajos, a partir de la búsqueda de todas las oportunidades, de ocupar todos los espacios que les permitan ser amas de casa y ganar unos centavos simultáneamente.

De las ideas y límites de lo femenino, de las construcciones en torno a los deberes y obligaciones del género³ el más escurridizo y oscuro de la vida económica familiar rural, han salido muchas de las pautas y posibilidades de la economía regional actual. Pero en el proceso, las mujeres de la región también empezaron a cambiar, de manera quizá poco perceptible al principio; ahora, de forma muy evidente.

Y es que ciertamente varias de las bases mismas del poder patriarcal han sido minadas casi por todos lados. Allí, en el Bajío y los Altos, los hijos ya no cuentan con recibir tierras del padre ni de nadie y el acceso a los recursos que ahora son clave —trabajo asalariado, migración, capital, redes en otras actividades—, dependen de otras relaciones sociales, tanto fuera como dentro de la comunidad.

Al mismo tiempo, la migración masculina masiva a los Estados Unidos reduce sensiblemente el control patriarcal directo y cotidiano sobre la familia, aunque todavía las mismas mujeres prefieran afirmar la persistencia de la autoridad masculina en lo que parece ser un recurso para asegurar la integridad familiar y mantener el compromiso conyugal y filial con el esposo ausente. La difusión local de formas de trabajo asalariado femenino ha privado a los hombres de la exclusividad en el acceso a los ingresos monetarios y del poder que ejercían sobre su uso y distribución, asimismo han perdido el derecho a disponer arbitrariamente del tiempo femenino de todas las mujeres de su casa.

La generalización de mensajes que critican el comportamiento machista y muestran otras posibilidades de relaciones familiares y conyugales, ha introducido la suspicacia y la du-

³ Marta Lamas, "La antropología feminista y la categoría 'género'", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México, 1986, pp. 173-198; y Fiona Wilson, "Gender and forms of production...".

da femeninas respecto a los comportamientos familiares autoritarios, por más que las ancianas traten de mitigar las tensiones aludiendo a los míticos tiempos de la obediencia sin chistar; las presiones y oportunidades de consumo que llegan por múltiples vías y actúan sobre todos y cada uno de los miembros de la familia, han contribuido a individualizar el uso del tiempo, de los ingresos en efectivo.

Así las cosas, parecería ser que la vida rural ha sido siempre mucho más heterogénea, cambiante y multidireccional que lo que se suele y quiere aceptar. En ese sentido, la diversificación y especialización que hoy prosperan como forma de vida y trabajo en las ciudades pequeñas y las localidades rurales del occidente no es casual.

En verdad tiene mucho que ver con esas pequeñas historias microrregionales del trabajo no agrícola, con la manera en que a través del tiempo la gente de cada microrregión ha tenido que aprender a trabajar y sobrevivir frente a una tierra cada vez más escasa, un mundo externo siempre cambiante.

Quizá la conceptualización que convirtió a la inmensa mayoría de la gente rústica en agricultora en demanda de tierra, fue una distorsión útil y necesaria en un momento de la vida rural y de su relación con el Estado: cuando se hizo evidente la insuficiencia alimenticia y frente a unas empresas transnacionales muy poderosas, sólo el Estado parecía capaz de revertir la tendencia agraria hacia el acaparamiento de tierras y la orientación agrícola hacia productos y mercados alejados de las necesidades nacionales.

Pero ahora parece una camisa de fuerza que oscurece más de lo que deja ver, que dificulta entender y dialogar con la gente del campo hoy, con esos rústicos que un día y a pesar de todo decidieron quedarse en su tierra.

Documentos y cuadros

Documento 1

Corrido de Adelaido Gómez

Voy a cantar un corrido
que espero sea de su agrado
lo dedican sus amigos
al señor don Adelaido.
Ya llegó don Adelaido
en su caballo retinto
con su chamarra de cuero
y su pistola en el cinto.

Adelaido Adelaido
hombre de mucha alegría
tus mariachis van cantando
esta linda melodía.

Eres ranchero muy bueno
un hombre a carta cabal
cuando llegas a San Pancho
con todos vas a brindar.
En el treinta y seis tú fuiste
presidente municipal
luego fuiste diputado
porque eres hombre formal.

Eres hombre muy decente
de pensamiento muy noble
cuando fuiste presidente
eras amparo del pobre.

En la feria regional
tú compartes de alegría
eres amigo sin par
de toda la charrería.
Adelaido y su mariachi
van con rumbo al coleadero

para esperar el desfile
y cantar el Herradero.

Ya con ésta me despido
dispensen lo mal dictado
aquí termina el corrido
del señor don Adelaido.

Cortesía del Lic. Wintilo Vega

Documento 2

Recibimiento al sr. lic. d. Juan José Torres Landa
del pueblo de San Francisco del Rincón, Gto.

El señor Don Adelaido
no ha descansado ni un rato,
para con todos con gusto
recibir al candidato

De Torres Landa esperamos,
llegando a gobernador,
en San Francisco nos haga
otro mercado mejor.

Para agrandar el jardín
hay que hablarle al presidente,
para que él y Torres Landa
manden quitar esa frente.¹

Este verso no lo cobro
ese les va de un pilón,
porque para abrir la Juárez
van a tumbar el mesón.

El licenciado Torres Landa
es hombre muy estimado
lo aprecia toda la gente
lo aclama todo el estado.

Ese diez y seis de abril
es un día muy señalado:
nació Juan Torres Landa
gobernador del estado.

¹ Manzana lado oriente del jardín.

El día veintiuno de abril
tuvo que tronar el cohete;
espero que a Torres Landa
le haya gustado el banquete.

San Francisco del Rincón
no te podré yo olvidar
el veintiséis de septiembre
entraré yo a gobernar.

El pueblo de San Francisco
hoy se encuentra muy alegre,
porque ya se convencieron
que triunfó el partido verde.

Despedida no les doy
porque yo no soy de aquí
se la mandé a Torres Landa
pa que se acuerde de mí.

El Felipazo, León, Gto., 15 de octubre de 1961
Cortesía del Lic. Wintilo Vega

Cuadro 1

NÚMERO DE ESTABLECIMIENTOS POR GIRO REGISTRADOS
EN EL MUNICIPIO DE SAN FRANCISCO DEL RINCÓN,
GUANAJUATO, 1983-1984 Y NOVIEMBRE DE 1987

No.	Giro	1983-1984	1987
1	Abarrotes	28	25
2	Agencia con ventas	—	—
3	Artículos para el agricultor	—	—
4	Billares	1	3
5	Boneterías	2	—
6	Bienes inmuebles y arrendamiento	2	2
7	Compra-venta de forrajes y semillas y artículos alimenticios animales	11	10
8	Cantinas, cervecerías	11	3
9	Compra-venta de artículos de hule	2	—
10	Compra-venta estambres y artículos fotográficos	1	—
11	Compra-venta de pinturas	2	—
12	Carnicerías	18	23
13	Compra-venta de sombreros	—	3
14	Cervecerías ¹ vinícolas, botella cerrada	—	5
15	Consultorios dentales	—	5
16	Comercios varios ²	—	—
17	Depósitos de aguas gaseosas	5	3
18	Expendio de frutas y legumbres	2	3
19	Expendio de gasolina	3	4
20	Expendio de materiales de construcción	4	5
21	Farmacias y perfumerías	15	18
22	Ferreterías y tlapalerías	6	7
23	Farmacias veterinarias	2	2
24	Herrerías ³	3	4
25	Misceláneas	2	—
26	Molinos de nixtamal	—	5
27	Mueblerías y artículos para el hogar	13	16
28	Paletterías y neverías	5	6
29	Panaderías	5	6
30	Papelería y artículos de escritorio	—	3

¹ La disminución se debe a que en 1987 se separaron las cervecerías.

² Comercios varios incluye: venta de perfiles y láminas, dulcerías, artículos de regalo, artículos ferrosos, perfumerías, tienda de deportes, joyería.

³ En 1987 se abrió el rubro "taller de artesanías" para designar a los establecimientos donde se elaboran muebles de jardín.

(Continuación)

No.	Giro	1983-1984	1987
31	Paletterías	3	3
32	Refaccionarias	4	6
33	Renta de videocassettes y películas	2	2
34	Restaurantes y cenadurías	4	6
35	Ropa hecha para dama	—	8
36	Tiendas de ropa y calzado	4	—
37	Tortillerías	5	—
38	Zapaterías	4	6
39	Servicios varios ⁴	—	9
40	Fabricación de adornos para sombrero ⁵	3	—
41	Fabricación de artículos de plástico ⁵	2	—
42	Fabricación de sombreros ⁵	31	34
43	Fabricación de perfiles y láminas ⁵	4	—
44	Fabricación de calzado (acabado) ⁵	—	6
45	Taller de artesanías (mueble) ^{3,5}	—	3
46	Taller de escoba	—	5
47	Fábricas de industrias varias ⁶	—	15

Fuente: Registro de establecimientos, Cámara Nacional de Comercio. San Francisco del Rincón, Guanajuato, noviembre de 1987. Padrones elaborados por la señora María de Jesús Gutiérrez.

⁴ Servicios varios incluye: lavado, lubricación, pensión de carros, contador público, garajes, reparación de maquinaria, reparación de bicicletas, reparación de radio TV.

⁵ Son socios cooperadores. Significa que son fabricantes pero están afiliados a esta Cámara por ser la institución de esa índole más cercana.

⁶ Fábricas de industrias varias incluye: fotografías, hielo, maquinaria para calzado, cascos y contrafuertes para calzado, fabricación y reparación de instrumentos agrícolas, pintura y sus derivados.

Cuadro 2

FÁBRICAS Y TALLERES DE CALZADO REGISTRADOS EN LA CÁMARA DEL CALZADO
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN, GUANAJUATO, DICIEMBRE DE 1987

No.	Nombre	Tipos de calzado	Calidad	Marcas
1	Nany's, S.A.	Caballero, joven, niño	Económico	Depor Flex, Lincen y Slider
2	Deportivos Sysney	Hombre	Económico	Sysney
3	Calzado Moreta, S.A. de C.V.	Niño, Niña	Económico	Mofeta, Auta
4	Evelia López Becerra	Caballero, joven, niño	Económico	M Y B
5	Grupo Industrial Calzadito S.S.	Maquiladora	Económico	Slider, Deporflex, Lince, de P. Niño de Oro
6	Maquiladora Atómicos, S.A.	Caballero, dama, niña, joven		Maquiladora
7	Calzado Exor, S.A. de C.V.	Caballero	Económico	Exor, Winsor
8	Antonio González Zárate	Joven, niño	Económico	Quinni, Mandarina, Claus, Yiyo
9	Calzado Ruben's, S.A.	Hombre, joven, niño	Económico	Ruben's
10	Distribuidora Delmo, S.A.		Entrefino	Top lider, sfcro Yaqui
11	Fáb. de tenis super a gusto, S.A. de C.V.	Caballero, joven, niño	Económico	Raugo-RaeBor
12	Calzado Princesita, S.A.	Dama, jovencita, niña	Fino	Stivali Jovencita
13	Industrias D'cal. El Llano S.A. de C.V.	Hombre, joven, niño	Económico	A Y B
14	Maquillas Campeón, S.A. de C.V.	Dama	Económico	Vicenza

252

15	Maquiladora San Francisco, S.A.	Maquiladora	Económico	Españoles
16	J. Guadalupe Aguirre Cisneros	Mujer, niña	Económico	Sport D'Gemenis
17	José Pablo Hernández González	Hombre, joven		
18	Tenis Atómicos, S.A. de C.V.	Caballero, niño, niña, jovencita	Económico	Marathon Atómicos Cósmicos
19	Deportivos Super Líder, S.A. de C.V.	Hombre	Entrefino	Garcis Ivike
20	Botas Tauro, S.A.	Hombre	Entrefino	Tauro
21	Manufacturas de Gala, S.A. de C.V.	Dama	Económico	Gala
22	Ma. de Lourdes Ramos Bustos	Niño, niña	Económico	Calzado Carlin
23	Antonio López López	Hombre, joven	Económico	El Jorsel
24	Silvia Espinola Molano	Hombre, joven, niño, niña	Económico	Chachito Sport, Chachito Top Gaider
25	Transformadora y Maquillas	Maquila		
26	Calzado Christian	Niño, niña	Económico	Christian
27	Deportivos Cecil, S.A. de C.V.	Dama y caballero	Económico	Cecil Hawk's
28	José Fuentes Gómez	Hombre, joven, niño	Económico	Chinitas, Rosalba, AyR Liesse Mundialito
29	Calzado Jarvis, S.A.	Hombre	Económico	Javis
30	Calzado Chicana, S.A.	Niña	Económico	Chicana

Fuente: Cámara de la Industria del Calzado, señorita Josefina Gómez, diciembre de 1987.

253

Cuadro 3

FÁBRICAS Y TALLERES DE CALZADO REGISTRADOS EN LA CÁMARA DEL CALZADO
PURISIMA DE BUSTOS, GUANAJUATO, DICIEMBRE DE 1987

No.	Nombre	Tipos de calzado	Calidad	Marcas
1	Calzado Micholin, S.A. de C.V.	Niño, niña	Entrefino	Payín
2	Calzado Halcones S.A. de C.V.	Niño, niña	Entrefino	Halcones
3	Calzado Juguetón, S.A. de C.V.	Niño, niña, joven, jovencita	Económico	Juguetón, Grito, Chispita
4	Javier Flores Velásquez	Maquilla		
5	Tenis Leopardos, S.A. de C.V.	Unisex	Económico	Leopardos
6	Srita. Olga Sánchez Mojica	Niña	Económico	Calzado Sánchez
7	Calzado Dino	Joven, niño	Entrefino	Dino
8	Polímeros y Plásticos Ind., S.A. de C.V.	Dama, caballero, joven, niño y niña	Entrefino	Leopardos y PayPlast
9	Martha Flores Velásquez	Niño, niña	Entrefino	
10	Calzado Cachorros, S.A. de C.V.	Dama, jovencita, niña	Entrefino	Cachorros, Colibrí y Ba-San
11	Calzado Colibrí, S.A. de C.V.	Hombre, mujer, jovencita	Entrefino	Colibrí
12	Roberto Melchor Revilla	Caballero	Económico	Chanfle
13	Juan Manuel Flores Velásquez	Niño, niña	Entrefino	

Fuente: Cámara de la Industria del calzado, señorita Josefina Gómez, diciembre de 1987.

Cuadro 4

LA MANUFACTURA RURAL EN YUCATÁN

Localidad	Manufatura predominante	Fecha inicio	Población	Pop. dedicada manufactura	Org. producción predominante	Forma de inicio	Fecha invest.
Cachalquén*	Confec. hamacas algodón	1950	4 265	70-80%	trab. dom. **		Mujer pueblo recibió tejido distribución Mérida
Chumayel	Algodón						
Izamal	"						
Mayapán	"						
Pencuyut	"						
Teabo	"						
Tekit	"						
Tipical	"						
Calkini	"						
Tixpeual	"						
Nolo	"						
Yaxkukul	"						

(Continuación)

Localidad	Manufactura predominante	Fecha inicio	Población	Pob. dedicada manufactura	Org. producción predominante	Forma de inicio	Fecha invest.
Acanceh	Bordado						
Halacho	huipiles						
Izamal	"						
Mani	"						
Maxcanú	"						
Sotuta	"						
Teabo	"						
Tekit	"						
Tekom	"						
Ticul	"						
Ticul	Calzado Sombrero	Década 1940		500 en 50 talleres 100 en trabajo a domicilio	Trab. domicilio 300 sombreros Solos o talleres con 4-5 ayudantes	Principios de siglo Auge con la Segunda Guerra Mundial	Antes 1970

Fuente: Littlefield, 1976.

* Población estudiada.

** Trabajo a domicilio.

Cuadro 5

LA MANUFACTURA RURAL EN EL CENTRO DE MÉXICO

Estado	Localidad	Manufactura predominante	Fecha inicio	Población No. hab.	Pob. dedicada manufactura	Org. producción predominante	Forma de inicio	Fecha invest.
Tlaxcala	Santa Ana Chiauutempan	Tejidos de punto confección		30 000		9 fáb. grandes 20 fáb. pequeñas 300 talleres	Venta de vieja maquinaria textil	antes de 1977
	Santa Cruz Tlaxcala	Tejido de punto confección						
México	Chiconcuac Atenco	* tejido de punto	1968	6 031	cada familia 1-2 máquinas taller	trabajo domicilio/ relación con Sta. Ana Chiauutempan		1974

(Continuación)

Estado	Localidad	Manufactura predominante	Fecha inicio	Población No. hab.	Pop. dedicada a manufactura	Org. producción predominante	Forma de inicio	Fecha Inves.
	Papalotla	"						
	Acuexcómac	"						
	Chiautla	"						
	Chimalpa	"						
	Huitznáhuac	"						
	San Pablito	"						
	S. Miguel	"						
	Chiconcuac	"						
	Sta. Ma. Chiconcuac	"						
	Sta. Ma. Tecuanulco	"		1 500				70's

San Pedro Tlaltizapan	confección pantalón	1960	11 000 más de la mitad de la población	11 000 más de la mitad de la población	11 000 más de la mitad de la población	talleres maquila	desplazamiento de un pueblo vecino	1980 1981
-----------------------	---------------------	------	--	--	--	------------------	------------------------------------	--------------

Santa Cruz Atzapán "

Almoloya del Río "

San Andrés Ocotlán	"							
Santiago Cuautlalpan	trofeos, ropa e impl. de portivos	1970	4 372	9 talleres (3-4 cada uno)	oficio aprendido en el D.F.			1980
Chicoloapan	trofeos							
Cuanalán	vestido					maquila		
Papalotla	"					maquila		
Santiago Tianguistenco	ropa							

Querétaro Cadereyta Nopalera Villa Gro. Mintehé San Antonio de la C. Los Vásquez Los Maquedas	prendas de vestir	reciente	1 600 personas (95%) mujeres	maquila	instalación maquiladoras			
---	-------------------	----------	------------------------------	---------	--------------------------	--	--	--

(Continuación)

Estado	Localidad	Manufactura predominante	Fecha inicio	Población No. hab.	Pop. dedicada a manufactura	Org. producción predominante	Forma de inicio	Fecha Inves.
	Zituni							
	San Javier							
	Fuentes y Pueblos N.							
	El Doctor							
	El Palmar							
	Pathé							
	Charco Frío							
	Puerto del Salitre							
	Deminó							
	P. de Chiquihuitle							
	Boxasni							
	Villanueva							
	Tequisquiapan	electrónica	958	43% mano de obra femenina industrial	maquila	instalación de maquiladoras en Tequisquiapan	1985	
	La Trinidad	"						

Fuente: Ceja, 1988; Creel, 1977; Cuéllar, 1986; Elizalde y Peláez, 1986; López, 1977; López y Castillo, 1988; Palerm-Viqueira, 1983; Rodríguez, 1977.

Cuadro 6

LA MANUFACTURA RURAL EN JALISCO

Región	Municipio	Actividad manufact. predominante	Fecha inicio	Población mpal. 1980	Pob. manuf. núm. empre.	Organización de la prod. predominante
Centro	Jocotepec	Tejido de lana		24 764		Taller
	Ocotlán	Mueble		59 333		Familia/taller
	Villa Corona	Calzado	1988	15 440		Taller
Altos	San Martín Hidalgo	Tejido de punto		21 768		Taller/trab. dom.
	Encarnación de Díaz	"		36 631		Taller/trab. dom.
	Ojuelos	"		20 254		Taller/trab. dom.
	Tepatitlán	"		78 480		Taller
	Teocaltiche	Sombrero Art. madera en torno		33 202		Taller/trab. dom. Taller
	Arandas	Conf. ropa femenina/zapato		45 820		Taller

(Continuación)

Región	Municipio	Actividad manufact. predominante	Fecha inicio	Población mpal. 1980	Pob. manuf. núm. empre.	Organización de la prod. predominante
	Atotonilco	Conf. ropa femenina		40 663		Taller
	San Miguel el Alto	Confec. pantalón Tejido punto		23 102		Taller/fábrica
	San Julián	Confec. pantalón/ Esfera navideña		10 603		Taller/fábrica
	Ayo el Chico	Conf. ropa niños		27 037		Taller/trab. dom.
	Zapotlanejo	Conf. ropa femenina		35 617		Taller
	Jalostitlán	Calzado		19 703	11 fábricas	Fábricas
	Sta. María del Valle	Esfera navideña Lácteos		2 000	100 mujeres 30 fabriquititas	Fábrica Fabriquititas
	S. José de Gracia Pegueros	Conf. ropa masculina Conf. pantalón				Taller maquila Taller maquila
	S. Diego de A.	Medias Dulces		6 341	80 trab.	Taller Fábrica
	U. de S. Antonio	Adorno sombrero Lácteos		13 193		Trab./dom. Trab. familiar
	Capilla de Guadalupe	Objetos cuero Empaque de globos			6 familias 500 trab.	Taller/trab. dom. Maquila

Fuente: Observación y recorridos. Arias y Durand, 1986; De Leonardo, 1978; Espín, 1978; Jalisco Demográfico; Orozco, 1986.

Cuadro 7

LA MANUFACTURA RURAL EN MICHOACÁN

Región	Municipio	Act. manufac. predominantes	Fecha inicio	Población	Pob. manufac. núm. empresas	Org. producción predominante
Bajío	Santiago			9 000 cabecer.		
	Tangamandapio	Tejido de punto	1960	16 519 Mpio.	800 trabaj.	Taller/trab. dom.
	Perjámillo	Confec. pantalón	1970	21 276	5 talleres	Taller
	La Piedad	Tejido de punto	1970	63 693		Taller
	Jacona	Conf. ropa femén.	1980	35 320	4-5 talleres	Taller
	Jacona	Esfera navideña		35 320		
	Sahuayo	Sombr./calzado		46 221		
	Yurécuaro	Confec. rosarios		21 559		Taller
	Purépero	Calzado				
Altos	San José de Gracia	Sarape/confec. Prendas Produc. lácteos Flores de azahar y migajón		8 918	12 talleres	
					60 queserías 14 talleres	Fabriquititas Taller

(Continuación)

Región	Municipio	Act. manufac. predominantes	Fecha inicio	Población	Pob. manufac. núm. empresas	Org. producción predominante
Meseta Purépecha	Nahuatzen	Confec. vestido	1970	16 635		Trab. dom.
	Sevina	" "				
	San Isidro	" "				
	Comachuén	" "				
	Aran tepacua	" "				
Meseta Purépecha	El Pino	" "				
	Nahuatzen	Pata para mueble		16 635	100 talleres	
	Aran tepacua	Pata para mueble				
	Pichátaro	Mueble				
	Turicuaro	Pata/mueble		23 624		
	Paracho	" "				
	Capacuaro	" "				
Cañada de los once pueblos	Chilchota	Flores de azahar		17 622	300/350 talleres	Taller
	-Urén	migajón				
	-Tanaquillo	" "				
Otros	Año de Rayón	" "				
	Tlalpujahua	Esfera navideña		19 190		Taller

Fuente: Alonso, 1980; Arias y Durand, 1988; Baisnee, 1988; Durand, 1988; García, 1984 y 1987; González, 1989; Ramírez, 1986; Tapia, 1987; Wilson, 1987.

Cuadro 8

LA MANUFACTURA RURAL EN GUANAJUATO

Región	Localidad	Act. Manufac. predominantes	Fecha inicio	Población en 1980	Pob. Manufac. No. empresas	Org. Producción predominante
Bajo	Cd. Manuel Doblado	Conf. prendas	1980	32 188	160 mujeres	Taller
	León	Conf. ropa femen.	1960	655.809		Taller
	Romila	Pantalón hombre	1970	34.984		Taller de maquila
	Cuerámara	" "	1970	17 524		" "
	Irapuato	" "	1960	170 138	12 fábricas/ 100 talleres	Fábricas/talleres
					10 mil mujeres	
Bajo	Jaral del Progreso	" "	1970	24 445		Taller
	Moroleón	Conf. ropa femen.	1940	44 858		Taller/trab. dom.
	Uriangato	" "		30 311		" "
	Tarímoro	" "		32 355		" "
	Yuriria	" "		65 745		" "
	Apaseo el Alto	" "		44 676		" "
	Coroneo	Product. de lana		8.533	31 Talleres	Taller
	León	Calzado	fines	655 809		Fábrica/taller
			S. XIX			

(Continuación)

Región	Localidad	Act. Manufac. predominantes	Fecha inicio	Población en 1980	Pob. Manufac. No. empresas	Org. Producción predominante
	Camanjilla	"	1980	2 000	1 000	Trab./dom.
	S. Fco. del Rincón	"	1960	66 575		Fábrica/taller
	Purísima de Rincón	"		23 211	23 fábricas	Fábrica/taller
	Ejido San Bernardo	"	1970		6 fábricas	Fábrica
	Silao	Juegos de mueble de jardín		77 036		Taller
	Celaya	Dulce		219 010		Taller
	Apaseo el Alto	Confec. ajuar novia		44 676		
Noreste (Sierra Gorda)	Atarjea	Tejido de punto		4 862	3 000 talleres	Trab. dom.
	Dr. Mora	"		10 012	20 mil maqui-	"
	S. José Iturbide	"	1950	28 796	nitas en los	"
	San Luis de la Paz	"		53 469	ocho mpios.	"
	S. Catalina	"				"
	Tierra Blanca	"		9 435		"
	Victoria	"		16 823		"
	Xichú	"		10 393		"

Fuente: Observación, recorridos, trabajo de campo; Departamento de Culturas Populares, 1987; Sánchez, 1979; Suárez, 1983; Treviño, 1988.

Cuadro 9

PRODUCCIÓN AGRÍCOLA PRIMAVERA-VERANO 1987
SAN FRANCISCO, PURÍSIMA, M. DOBLADO
MODALIDAD TEMPORAL

Cultivo	Sup. sembrada (ha)	Producción (ton)*
Maíz	14.939	
Sorgo	11.858	
Maíz, frijol asociado	7.002	
Frijol	19	
TOTAL:	33.918	

Fuente: SARH. San Francisco del Rincón, ing. José Daniel Servin, dic. 1987.
* Todavía no había datos porque se estaba cosechando.

Cuadro 10

PRODUCCIÓN AGRÍCOLA PRIMAVERA-VERANO 1987
SAN FRANCISCO, PURÍSIMA, M. DOBLADO
MODALIDAD RIEGO

Cultivo	Sup. sembrada (ha)	Producción (ton)
Maíz	5.565	14 499
Sorgo	18.227	37 336 *
Maíz, frijol asociado	60	180 - 42
Frijol	46	7
Papa	7	132
Alfalfa	674	34.297 **
Pastos	30	240
Aguacate	60	12
Frutales	6	36
Durazno	54	-
Nogal	56	47
Membrillo	40	200
Maíz forrajero	4	80
Brócoli	15	98
Camote	10	20
Chile	7	25
Cebolla	10	70
TOTAL:	24.871	

Fuente: SARH. San Francisco del Rincón, ingeniero Daniel Servin, diciembre de 1987.

* Hubo superficie siniestrada total: 4 013 ha. Primero por escasez de humedad; después por sequía y heladas parciales en casi diez mil hectáreas.

** Tiene varios cortes.

Cuadro 11

PRODUCCIÓN AGRÍCOLA OTOÑO-INVIERNO 1986-1987
SAN FRANCISCO, PURÍSIMA, M. DOBLADO
MODALIDAD RIEGO

Cultivo	Sup. sembrada (ha)	Producción (ton)
Cebada	200	346 (anual)
Trigo	15.345	85 043
Papa	703	10 881
Garbanzo	15	13
Avena Forrajera	107	1 439
Alfalfa	674	26 564 *
Pastos	30	—
Frutales	6	—
Durazno	54	—
Aguacate	60	—
Nogal	56	—
Membrillo	40	—
Cebolla	31	610 (anual)
Coliflor	14	126 "
Brócoli	70	770 "
TOTAL:	17.405	

Fuente: SARH. San Francisco del Rincón, ingeniero José Daniel Servín, diciembre de 1987.

* Tiene diferentes cortes.

Cuadro 12

PRODUCCIÓN AGRÍCOLA OTOÑO-INVIERNO 1986-1987
SAN FRANCISCO, PURÍSIMA, M. DOBLADO
MODALIDAD TEMPORAL

Cultivo	Sup. sembrada (ha)	Producción (ton)
Lenteja	13	4
Garbanzo*	1.733	765

Fuente: SARH. San Francisco del Rincón, ingeniero José Daniel Servín, diciembre de 1987.

* Se perdieron 219 ha de siniestro total. Las demás tuvieron siniestro parcial por heladas o falta de humedad.

Cuadro 13

SALARIOS GENERALES Y DEL TRABAJO A DOMICILIO EN LA INDUSTRIA DE LA ROPA POR
REGIONES (1980-1986)

Zona	1980		1981		1982*		1983		1984		1985		1986	
	Gral.	Trab. dom.	Gral.	Trab. dom.	Gral.	Trab. dom.	Gral.	Trab. dom.	Gral.	Trab. dom.	Gral.	Trab. dom.	Gral.	Trab. dom.
Guadala- jara	145	193	190	253	225/ /331	340/ /442	415/ /478	553/ /636	625/ /750	833/ /999	975/ /M50	1298/ /1531	1520/ /1900	2024/ /2530
Area Metropol.	110	146	150	200	200/ /260	266/ /346	325/ /380	433/ /506	495/ /600	660/ /799	780/ /921	1038/ /1226	1340/ /167	1784/ /2230

(Continuación)

Zona	1980		1981		1982*		1983		1984		1985		1986	
	Gral. dom.	Trab. dom.	Gral. dom.	Trab. dom.	Gral. dom.	Trab. dom.	Gral. dom.	Trab. dom.	Gral. dom.	Trab. dom.	Gral. dom.	Trab. dom.	Gral. dom.	Trab. dom.
Centro de Jalisco	125	166	170	226	225/300/ /292	300/365/ /421	486/550/ /561	733/860/ /660	860/1038/ /921	1145/1340/ /1351	1784/2230			
Gto. Michoacán														
Bajo	115	153	150	200	200/266/ /260	325/346/ /380	433/495/ /506	660/780/ /600	799/1038/ /921	1226/1675/ /1675	2230			
Gto. Centro	125	166	160	213	225/300/ /292	365/390/ /421	486/550/ /561	733/860/ /660	860/1145/ /1015	1340/1784/ /1675	2230			
Gto. Norte	100	133	150	200	260/266/ /260	325/340/ /300	433/495/ /506	660/780/ /799	921/1038/ /921	1226/1675/ /1675	2230			

Fuente: INEGI, 1986.

* A partir de 1982 hubo dos aumentos anuales.

Cuadro 14

POBLACIÓN DE LOS PUEBLOS DEL RINCÓN (1607-1980)

	San Francisco del Rincón	Purisima	M. Doblado
1607 ¹	15 indios		
1631 ²	120 indios		
1680 ³	113 indios		
1761 ⁴	3.165		
1793 ⁵	6.447		
1860 ⁶	Pueblo 2.000 Curato 6.000	6.000	Curato 24.300
1880 ⁷	Partido 16.330	7.157	18.157
1802 ⁸	29.929*		

Fuente: ¹ Murillo, 1907.

² Brading, 1988.

³ Ib.

⁴ Ib.

⁵ Ib.

⁶ Romero, 1972.

⁷ Busto, 1980.

⁸ Brading, 1988.

* Incluye Purisima.

(Continuación)

	San Francisco del Rincón		Purísima		M. Doblado	
1895 ⁹	Pueblo	Partido	Pueblo	Partido	Pueblo	Partido
	6.950	20.309	20.571	10.516	3.617	17.205
1900 ¹⁰	Partido		Partido		Partido	
	23.614		9.990		17.558	
1904 ¹¹	Cabecera	Distrito	Cabecera	Distrito	Cabecera	Distrito
	10.904	24.614	2.551	9.990	3.278	1.739
1910 ¹²	Distrito		Distrito		Distrito	
	26.200		11.585		17.261	
1930 ¹³	Municipio					
	5.923 habs.					
1940 ¹⁴	25.438 habs.					
1950 ¹⁵	33.945 habs.					
1960 ¹⁶	40.270 habs.					
1970 ¹⁷	51.201 habs.					
1980 ¹⁸	Cabecera	Municipio				
	40.943	66.943				

⁹ Velasco, 1895.

¹⁰ Censo, 1900.

¹¹ González, 1904.

¹² Censo, 1910.

¹³⁻¹⁸ Censos de población: 1930, 1940, 1950, 1960, 1970, 1980.

Cuadro 15

LAS ACTIVIDADES AGRÍCOLAS, PECUARIAS Y MANUFACTURERAS EN LOS PUEBLOS DEL RINCÓN EN 1895

	Prod. agrícola anual	Ganado	Tenencia y población	Actividades manufactureras
San Francisco del Rincón	50 000 ha de maíz 6 000 " de frijol	3 432 cabezas de ganado de labor valor: \$48 048	9 haciendas de campo (4 093 habs.)	Fabricación de sombreros de palma "muy preciados en toda la República".
Población del Partido: 20 309 habitantes	18 000 " trigo 3 000 " garbanzo 1 000 " cabada 300 " lenteja	7 500 agostadero valor: \$52 500	59 ranchos (5 205 habs.) 44 ranchos (4 061 habs.)	8 fábricas de tejidos de lana (3 800 frazadas; 150 cortes de barragán anuales)
	Cacahuete, camote, jicama, papa, chicharo	Total: 10 932 cabezas de ganado valor: \$100 548	Total de ranchos: 103	Dos tenerías Cuatro alfarerías Una fábrica de pólvora

Legumbres: lechugas, rábanos, coles, zanahorias, cebollas, ajos

(Continuación)

Prod. agrícola anual	Ganado	Tenencia y Población	Actividades manufactureras	
Población de la cabecera: 6 950 habitantes	Valor: \$446 000 Producción anual: 1 500 cabezas ganado vacuno y lanar 1 200 porcinos			
Purísima del Rincón	30 000 ha de maíz 6 000 " de trigo 1 000 " frijol 700 " garbanzo 700 " garbanzo	2 948 cabezas ganado de labor \$41 160 15 400 agostadero valor \$107 800	3 haciendas de campo (2,571 habs.) Jalpa (660 habs.) Cañada de Negritos (878 habs.) del Tanque (119 habs.)	Fabricación sombreros de palma "muy estimados" 5 fábricas de tejidos lana (2 500 frazadas; 100 cortes de barragán anuales)
Población del Partido: 10 072 habitantes cabecera: 2 571 habitantes	Cacahuete, melón sandía, camote, jicama	Total: 18,348 cabezas de ganado: valor \$148 960	14 ranchos (4 947 habs.) 12 ranchos (897 habs.)	tres molinos movidos por agua y vapor (1'300 000 kgs. anuales) Una talabartería
	valor: \$320 000	Producción anual: 2 470	Total ranchos: 26	Una tenería
San Pedro Piedra Gorda	30 000 ha de maíz 7 000 " de trigo valor \$189 000	ganado vacuno y lanar 850 porcinos		Tres alfarerías Dos fábricas de pólvora
Población del Partido:				
17 205 habitantes			6 haciendas de campo (5 879 habs.) 3 haciendas de ganado (5 073 habs.) Una rancharía (332 habs.)	Cuatro fábricas de tejidos de lana (1 300 frazadas al año) Ocho tenerías (curten 500 pieles anualmente).
Población de la cabecera: 3 617 habitantes			12 ranchos de ganado (1 014 habs.) 14 ranchos de campo (536 habs.) 7 ranchos de ganado (754 habs.) 10 ranchos de campo (poca población)	Catorce alfarerías (5 000 docenas de piezas de loza cada año). Una fábrica de pólvora

Fuente: Velasco, 1895.

Cuadro 16

LOS PUEBLOS DEL RINCÓN EN 1900

Extensión	Pob. y Dist. Pob.	Propiedad	Act. Manufacturas y Comerc.	Consumo	
San Francisco del Rincón	265 km ²	Población del Distrito: 24 619 habs. No. de casas: 1 596 Población de la cabecera: 10 904 habs. 3 377 habs. en 5 haciendas. 10 333 habs. en 60 ranchos	Rústica: 25 370 ha de tierra de labor 16 337 ha de cerril y agostadero Valor de propiedad rústica: \$745 043.60 (214 propietarios) construcciones rurales: \$67 105 llanos: 62 293.39 urbana: 169 dueños que alcanzan el pago de contribuciones. Val.: \$129 266.47	1 agencia de máquinas 21 alfarerías 3 boticas 1 billar 1 Compañía de tranvías 3 cajones de ropa 9 tocinerías 1 expreso 1 expendio de petróleo 7 expendios de maíz 1 expendio de jarcia 14 expendios de sombr. palma 1 expendio de fideos	1580 @ de azúcar 12 @ de café 1412 @ de tabaco 936 cgs. arroz 851 cgs. harina 391 cgs. de pi-loncillo 10 974 cgs. de papa 306 cgs. sal 18 768 fanegas de malz 1 173 fanegas de frijol 177 fanegas de garbanzo 32 526 libras de manta 84 libras ... 301 vigas

276

Purísima del Rincón	382 km ²	Población del Distrito: 9 990 habs. No. de casas: 11 960 ha de cerril	rústica: 11 209 has. de tierra de riego 11 960 ha de cerril	2 tocinerías 1 fábrica de cigarros 1 montepio	190 @ de azúcar 3 @ de café 132 @ de tabaco 7 cargas arroz
				1 exp. de jabón y velas 1 hotel 2 montepios 6 mesones 1 molino de nixtamal 5 panaderías 3 pulquerías 2 fondas 1 tenería 10 tiendas nixt. 5 tiendas abarrotes 77 tendajones 6 carpinterías 2 fraguas 3 hojalaterías 4 peluquerías 4 sastrerías 3 zapaterías	6 579 cuartillos de aguardiente 63 790 cuartillos de mezcal 45 cajas de vinos 965 reses 599 carneros 1 176 cerdos

277

(Continuación)

Extensión	Pob. y Dist. Pob.	Propiedad	Act. Manufacturas y Comerc.	Consumo
	Pob. de la cabecera: 2 551 habs. Jalpa: 326 habs. Cañada de Negros 982 habs. 6 131 habs. en 38 ranchos	Y agostadero total: 23 169 ha de extensión. valor de la propiedad: \$558 140.16 más \$149 537.50 de los llanos. no se presentan construcciones rurales, ni siquiera de las haciendas de "primer orden" Para efectos fiscales había 27 propietarios de fincas rústicas. urbana: 30 dueños de propiedades urbanas	2 panaderías 7 pulquerías 2 tiendas mixt. 28 tendajones 1 carpintería 1 fragua 1 venta de sombr. y rebazos a San Francisco frijol 24 fanegas de garbanzo 733 libras de manta 70 vigas 1 009 cuartillos aguardiente 6 barriles de vinos 20 cajas vinos 6 526 cuartillos de mezcal 200 reses 70 carneros 332 cerdos	57 cgs. harina 73 cgs. piloncillo 64 cgs. de papa 30 cgs. sal para comer 3 010 fanegas de maíz 311 fanegas de frijol 24 fanegas de garbanzo 733 libras de manta 70 vigas 1 009 cuartillos aguardiente 6 barriles de vinos 20 cajas vinos 6 526 cuartillos de mezcal 200 reses 70 carneros 332 cerdos

278

San Pedro Piedras Gordas	350 km ²	Población del Distrito: 17 349 habs. No. de casas: 4 269 Pob. de la cabecera: 3 278 habs. 3 382 en 10 haciendas 1 689 en 98 ranchos.	50 caballerías de tierra de riego 131 de temporal 351 de cerril 250 de monte Val. de la propiedad \$763 815.00 (92 propietarios) Urbana: Valor \$34 571	1 boticha 8 cañaderías 4 exp. de maíz 4 panaderías 1 sombrería 1 agen. transp. 4 posadas 29 tendajones 8 alfarerías 5 tall. telares 1 fabr. fideos 1 billar 4 tenetías 5 carpinterías 5 fraguas 2 sastrerías 1 talabartería 7 zapaterías 2 desgranadoras 2 trilladoras	500 @ de azúcar 90 @ de tabaco 39 cgs. arroz 85 cgs. harina 150 cargas de piloncillo 52 cgs. paja 82 cgs. de sal 6 510 fanegas maíz 163 fanegas de frijol 66 fanegas de garbanzo 5 320 lbs. de hilaza 6 360 cuartillos aguardiente 10 112 cuartillos mezcal 79 cajas vino 457 reses 191 carnero 432 cerdos
--------------------------	---------------------	--	---	---	--

279

Cuadro 17

ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES E INDUSTRIALES
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN EN 1897

No.	Nombre propietario	Giro	Nom. establecimiento
1	Becerra, Jesús	Exp. de palma	Sin nombre
2	Beraud, Luis e Hijos	Cajón de ropa	La Cd. de México
3	Castro, Pereda & Cía.	Abarrotes	La Rosa de Oro
4	Castro, Pereda & Cía.	Cajón de ropa	La Legalidad
5	Chávez, Anastasio	Abarrotes	La Verbena
6	Estula, Francisco	Compra-venta Sombrero	La Fuente de la Fortuna
7	González, Agustín	Abarrotes	La Suitana
8	García, Librado	Exp. de palma	Las Flores
9	García, Librado	Abarrotes	La Botella de Oro
10	Gama, Benjamín	Fca. de jabón	La Victoria
11	Gama, Juan	Abarrotes	Sin nombre
12	Gutiérrez, Jesús	Panadería	La Purísima
13	González, Heliodoro	Abarrotes	La Vencedora
14	Hernández, Inocente	Abarrotes	El Chubasco
15	Hernández, Serapio	Mesón	San José
16	López, Luis	Tienda mixta	La Palanca
17	López, Felipe	Abarrotes	La Unión Mercantil
18	López Anguiano, Luis	Exp. de palma	Sin nombre
19	Melchor, Toribio	Exp. de palma	Sin nombre
20	Núñez Ferro, Alfonso	Abarrotes	La Nueva Aurora
21	Murillo, Gabriel	Abarrotes	La Barra de Tampico
22	Mena, Domingo	Abarrotes	Los Arabes
23	Mena, Apolonio	Abarrotes	El Valle de México
24	Miranda, Francisco	Tendajón	El Siglo XX
25	Muirón, Mauricio	Tienda mixta	Sin nombre
26	Orozco, Martiniano	Panadería	De Jalisco
27	Orozco, Julio	Abarrotes	La Primavera
28	Orozco, Donaciano	Cajón de ropa	La Barata
29	Pacheco, Guadalupe	Coms. sombreros	Sin nombre
30	Pérez, Antonino	Tendajón	La Perla
31	Pulido, Vicente	Tendajón	Sin nombre
32	Puente, Urbano	Tendajón	La Brisa
33	Puente, Juan	Tendajón	Sin nombre
34	Rueda, Amado	Exp. de palma	Sin nombre
35	Robles, Refugio	Tienda mixta	La Vaquita
36	Ramírez, Donaciano	Fca. sombreros	La Industria
37	Saines, Trinidad	Panadería	La Mascota
38	Torres, Eduardo	Tendajón	Sin nombre

(Continuación)

No.	Nombre propietario	Giro	Nom. establecimiento
39	Venegas, Félix	Tendajón	Las Quince Letras
40	Vega, Juvencio	Exp. de palma	Sin nombre
41	Venegas, Regino	Exp. de palma	Sin nombre
42	Villalpando, Eligio	Tendajón	El Paso de las Termópilas
43	Vizconde, Benito	Botica	De Guadalupe
44	Valdés, Juan	Tendajón	La Copa de Cristal

Fuente: Receptoría de Rentas de San Francisco del Rincón, Prontuario del Impuesto Sobre Ventas. Original. Ejercicio Fiscal 1897-98.

Cuadro 18

ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES E INDUSTRIALES
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN EN 1899-1900

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
1	Aceves Pascual	Abarrotes	El Progreso
2	Andrade, Candelario	Tendajón mixto	Sin nombre
3	Beraud Luis e Hijos	Ropa y sombreros	La Ciudad de México
4	Barajas, Crescencio	Abarrotes	Sin nombre
5	Barajas, Crescencio	Tendajón	El Pabellón
6	Becerra, Jesús	Palmería	Sin nombre
7	Barajas, Vicente	Botica	Belén
8	Bustos, Demetrio	Tendajón	El Comercio
9	Castro, Pereda & Cía.	Ropa y sombreros	La Legalidad
10	Castro, Pereda & Cía.	Abarrotes	La Rosa de Oro
11	Carranza, Herminio	Fábrica de fideos y sombrero	Sin nombre
12	De la Vega, Tomás	Taller de sombr.	Sin nombre
13	Estala, Francisco	Sombrerería	La Ciudad de México
14	Fausto, Sotero	Palmería	Sin nombre
15	García, Librado	Palmería	Sin nombre
16	González, Agustín	Abarrotes	La Sultana
17	Gutiérrez, Jesús	Panadería	La Purísima
18	Gutiérrez de V., Rosendo	Tienda mixta	Sin nombre
19	González, Heliodoro	Abarr. y sombreros	La Paz de México
20	González, Macedonio	Abarrotes	Sin nombre
21	Gotés, Hermanos	Cajón de ropa	La Aurora
22	González, Pascual	Cajón de ropa	La Primavera
23	Gutiérrez, José	Tendajón	El Comercio
24	Hernández, Serapio	Mesón	San José
25	Hernández, Carlos	Sombrerería	Sin nombre
26	Hernández, Ramón	Abarrotes	El Chubasco
27	Hernández, Inocente	Abarrotes	El Fiel del Comercio

(Continuación)

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
28	López, Luis	Tendajón mixto	La Palanca
29	López, Felipe	Abarrotes	Sin nombre
30	López, Ma. Refugio	Taller sombrero	Sin nombre
31	Lozano, Cristóbal	Taller sombrero	Sin nombre
32	Mena, Domingo	Abarr. y mercería	Los Árabes
33	Mena, Zeferina V. de	Abarrotes	El Valle de México
34	Martínez, José	Sombrería	La Ciudad de León
35	Muñoz Ferro, Alfonso	Abarrotes	La Nueva Aurora
36	Miranda, Francisco	Abarrotes	El Siglo XX
37	Méndez, Hipólito	Abarrotes	El Golfo de México
38	Montes, Matías	Taller sombrero	Sin nombre
39	Murillo, Damaso	Palmería	Sin nombre
40	Muñoz, Hipólito	Tendajón	El Pabellón
41	Orozco, Donaciano	Ropa y sombreros	La Gran Barata
42	Orozco, Julio	Sombrería	Sin nombre
43	Orozco, Martiniano	Panadería	Jalisco
44	Ortiz, Pedro	Zapatería	Sin nombre
45	Orozco, Pablo	Abarrotes	La Perla del Bajío
46	Oliva, Vidal	Zapatería	La Mexicana
47	Osante, Salvador	Taller sombrero	Sin nombre
48	Origel, Fernando	Tendajón	La Flor de Jalisco
49	Orozco, Julio	Exp. tequila	Sin nombre
50	Ornelas, José M.	Tendajón	La Perla del Bajío
51	Palma, Desiderio	Palma y sombrero	Sin nombre
52	Puente, Urbano	Tendajón mixto	La Brisa
53	Pérez, Antonino	Abarrotes	La Perla
54	Plascencia, Cruz	Abarrotes	La Marina
55	Pulido, Vicente	Abarrotes	Sin nombre
56	Pérez, Brígido	Abarrotes	La Gran Vía
57	Robles, Refugio	Tienda mixta	La Vaca
58	Rueda, Amado	Palma, sombrero	Sin nombre
59	Ramírez, Donaciano	Taller sombrero	Sin nombre
60	Robles, Leandro	Exp. de jabón	La Fama
61	Rocha, Nicolás	Palmería	Sin nombre
62	Ramírez, Jacinto	Tendajón mixto	Sin nombre
63	Romero, Enrique	Abarrotes	La Perla del Bajío
64	Romero, Ma. Enrique		Sin nombre
65	Sanz, Trinidad	Panadería	La Mascota
66	Sánchez, José	Jabonería	La Cd. de Puebla
67	Segura, Eulalio	Palmería	Sin nombre
68	Segura, Juan	Abarrotes	La Tepiqueña
69	Saldaña, Efrén	Palmería	Sin nombre

(Continuación)

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
70	Sánchez, Luciana	Tendajón	La América
71	Torres Sánchez, Eligio	Abarrotes	El Rocío
72	Torres Sánchez, Eligio	Tendajón	El Recreo
73	Villalpando, Eligio	Abarr. y sombreros	El Águila de Oro
74	Venegas, Regino	Palmería	Sin nombre
75	Venegas, Félix	Abarrotes	El Quince Letras
76	Valadés, Francisco	Tendajón mixto	Sin nombre
77	Ibáñez, Ma. de los Dolores	Tienda mixta	Sin nombre
78	Zenteno, Quirino	Taller sombrero	Sin nombre
79	Zermeño, Pascual	Sombrería	Sin nombre

Fuente: Receptoría de Rentas de San Francisco del Rincón. Prontuario del Impuesto de Ventas. Original. Ejercicio Fiscal de 1899 y 1900.

Cuadro 19

ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES E INDUSTRIALES
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN EN 1913-1914

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
1	Aguirre & Cia. Cleto	Cajón de ropa	El Nuevo Mundo
2	Araujo, Pablo	Compra sombrero	Sin nombre
3	Arrocha Madrazo, Manuel	Abarrotes	Sin nombre
4	Aceves, Pascuales	Compra sombrero	Sin nombre
5	Aranda, Higinio	Cantina y abarrotes	La Esmeralda
6	Ángel, Francisca vda. de Rojas	Taller de sombrero	Sin nombre
7	Andrade, Candelario	Abarrotes	Sin nombre
8	Apolinar, Santiago	Cantina y abarrotes	El Retoño
9	Alba, Jesús	Cantina y abarrotes	La Botella de Oro
10	Andrade, Epitacio	Cantina y abarrotes	El 5 de Mayo
11	Alba, Jesús	Fca. de cigarros	La Flor de Córdoba
12	Arriaga, Francisco	Abarrotes	Sin nombre
13	Arriaga, Higinio	Pulquería	El Traguito
14	Arriaga, Rodrigo	Abarrotes	Sin nombre
15	Beraud, Luis Sucs.	Cajón de ropa	La Cd. de México
16	Barrera, Romualdo	Taller de sombrero	Sin nombre
17	Barba, Genaro	Cantina y abarrotes	El Ferrocarril
18	Barajas, Vicente	Botica	De Belén
19	Beraud, Luis Sucs.	Expendio de palma	Juárez 2
20	Barajas, Crescencio	Cantina y abarrotes	La Victoria
21	Becerra, Jesús	Expendio de palma	Sin nombre
22	Becerra, Librado	Expendio de loza	Sin nombre

(Continuación)

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
23	Becerra, Ignacio	Cantina y abarrotes	Las Noches de Luna
24	Cía. Mexicana El Águila	Expendio petróleo	Portal Camarena
25	Carranza, Herminio	Compra de sombrero	Sin nombre
26	Camargo, Pantaleón	Compra de sombrero	Sin nombre
27	Cobián, Apolinar	Cantina y abarrotes	Sin nombre
28	Coronado, Anastasio	Cantina y abarrotes	El Río Verde
29	Chávez, Luciano	Cantina y abarrotes	El Palito Verde
30	Domínguez, Manuel	Cantina y abarrotes	El Trovador
31	Delgado, Nemorio	Cantina y abarrotes	El Público
32	Domínguez, Elena	Cantina y abarrotes	Lindas Mexicanas-El Fénix
33	Elena, Joaquín	Abarrotes	Sin nombre
34	Echeverría, Emeterio	Abarrotes	Sin nombre
35	Frausto, Félix	Cantina y abarrotes	El Norte
36	Funes Ma. Dolores	Abarrotes	La Independencia
37	Flores, Valentín	Cantina y abarrotes	Sin nombre
38	Flores, Rosalía	Cantina y abarrotes	La Simpatía
39	Fuentes, Santiago	Abarrotes	La Gaviota
40	González, Agustín	Jabonería	El Vesubio
41	Gotés, Tomás	Compra de sombrero	Sin nombre
42	Guerrero, Porfirio	Compra de sombrero	Sin nombre
43	González, Heliodoro	Cantina y abarrotes	El Valle de México
44	García y Muñoz	Compra de sombrero	Sin nombre
45	Goyhemme, Alfonso	Cantina	Morelos
46	García, Jesús	Cantina y abarrotes	Las Filipinas
47	Gutiérrez, Jesús	Panadería	La Competidora
48	González, Carmen	Panadería	La Vencedora
49	González, Heliodoro	Panadería	La Purísima
50	Guerrero, Mariano	ilegible	La Perla
51	Guevara, Aurelia	Cantina y abarrotes	La Bien Venida
52	Gutiérrez, Lorenzo	Cantina y abarrotes	Tres Piedras
53	Guerrero, Juan	Abarrotes	Sin nombre
54	Hernández, Ramón	Cantina y abarrotes	La Nacional
55	Hernández, Bernabé	Cantina y abarrotes	La Industria Nacional
56	Hernández, María Eduviges	Cantina y abarrotes	La Sorpresa
57	Hurtado, Dimas	Cantina y abarrotes	La Esperanza
58	Hernández, Andrés	Cantina y abarrotes	La Higuera
59	Hidalgo, Jesús	Abarrotes	Sin nombre
60	Hernández, Inocente	Cantina y abarrotes	Sin nombre
61	López, Evaristo	Cantina y abarrotes	El Laberinto
62	López, Evaristo	Compra de sombrero	Sin nombre
63	López, Felipe	Compra de sombrero	Sin nombre
64	Limón, Pablo	Cantina y abarrotes	La Mar
65	López, Federico	Cantina y abarrotes	La Primavera
66	López Mena, Francisco	Expendio de palma	Sin nombre

(Continuación)

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
67	López, Francisco	Cantina y abarrotes	El Porvenir
68	Limón, Crescencio	Cantina y abarrotes	México
69	Lira, Ciriaco	Abarrotes	Sin nombre
70	Lira, Jesús	Expendio de palma	Sin nombre
71	Mena, Domingo-Testamentaria	Cantina y abarrotes Mercería	Los Árabes
72	Madrado Martínez, Horacio	Compra de sombrero	Sin nombre
73	Muñoz, Alfonso	Cantina y abarrotes	La Aurora
74	Muñoz, Félix	Cantina y abarrotes	La Isla de Cuba
75	Méndez, J. Guadalupe	Cantina y abarrotes	El Turco
76	Muñoz, Alfonso	Compra de sombrero	Sin nombre
77	Mena, Josefa vda. de Ochoa	Botica	La Cruz Roja
78	Medrano, Agustín	Botica	La Purísima
79	Méndez J. Guadalupe	Fca. de sodas	La Suprema
80	Murillo, Mauro	Cantina y abarrotes	El Frontón
81	Medrano, Ma. Dolores	Abarrotes	La Bien Venida
82	Orozco, Donaciano	Cajón de ropa	La Gran Bretaña
83	Orozco, Julio	Cantina y abarrotes	El Atlántico
84	Orozco Sainz, Julio	Cantina y abarrotes	El Progreso
85	Orozco, J. Jesús	Cantina y abarrotes	La Puerta del Sol
86	Ortiz, Pedro	Cajón de ropa	El Surtidor
87	Orozco, Julio	Expendio de palma	Sin nombre
88	Orozco Sainz, Julio	Compra de sombrero	Sin nombre
89	Ortiz, Pedro	Cajón de ropa	La Balanza Mercantil
90	Orozco Muñoz, Julio	Compra de sombrero	Sin nombre
91	Orozco, María L.	Cantina y abarrotes	El Cantador
92	Ornelas, Fidel	Expendio de palma	Sin nombre
93	Pereda y Segovia	Cajón de ropa	La Unión Mercantil
94	Puente, Juan	Cantina y abarrotes	El Mundo
95	Puente Fca. vda de	Abarrotes	El Vesubio
96	Pérez, Eduardo	Expendio de palma	Sin nombre
97	Padilla, Tomás	Botica	De Guadalupe
98	Plascencia, Cruz	Cantina y abarrotes	La Canoa
99	Plascencia, Aurelio	Cantina y abarrotes	La Nube Parda
100	Puente, Federico	Cantina y abarrotes	La Brisa
101	Pacheco, Gabino	Cantina y abarrotes	Las Palmas
102	Padilla, Modesto	Cantina y abarrotes	La Protectora del Barrio
103	Plascencia, Eustacio	Abarrotes	Sin nombre
104	Quezada, Aurelio	Cantina y abarrotes	La Madrileña
105	Robles, Refugio	Cantina y abarrotes	La Vaca
106	Rueda, Amado	Compra de sombrero	Sin nombre
107	Ramírez, Hilario	Pulquería	La Batalla
108	Ramírez, Marcelina	Cantina y abarrotes	Sin nombre
109	Ramírez, Jacinto	Abarrotes	Sin nombre

(Continuación)

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
110	Ramírez, Marcelina	Cantina y abarrotes	Sin nombre
111	Rosales, Francisco	Cantina y abarrotes	Sin nombre
112	Rodríguez, Tomás	Cantina y abarrotes	Sin nombre
113	Ramírez, Vicente	Abarrotes	La Luz
114	Rivera, Lorenza	Cantina y abarrotes	El Cañón Rojo
115	Rivas, Esteban	Expendio de loza	Sin nombre
116	Srs. de Casto Pereda & Cía.	Cantina y abarrotes	La Rosa de Oro
117	Saldaña Aniceto S.	Cajón de ropa	La Nueva España
118	Saldaña, Herminio	Expendio de palma	Sin nombre
119	Saldaña, Herminio	Expendio de palma	Sin nombre
120	Sandoval, Francisco	Abarrotes	La Primavera
121	Septién, Margarito	Cantina y abarrotes	El 20 Negro
122	Saldaña, Emiliano	Abarrotes	Sin nombre
123	Saldaña, Leonardo	Cantina y abarrotes	El Destino
124	Sánchez, Antonio	Panadería	La Providencia
125	Sierra, Buscano	Cantina y abarrotes	La Violeta
126	Sánchez, Refugio	Cantina y abarrotes	Juárez Avenida
127	Sánchez, Marcelino	Cantina y abarrotes	Chin-Chun-Chan
128	Silva, Ceferino	Expendio de jarcia	Sin nombre
129	Sánchez, Apolinar	Expendio de calzado	La Turquesa
130	Torres, Ignacio	Cantina y abarrotes	La Colmena
131	Torres, Eusebio	Abarrotes	Sin nombre
132	Trejo, Conrado	Abarrotes	Sin nombre
133	Villanueva, Susano	Cajón de ropa	La Ciudad de París
134	Villanueva, Susano	Compra de sombrero	Sin nombre
135	Valadés, Evaristo	Panadería	La Luz
136	Villalpando, Antonio	Cantina y abarrotes	La Bufo
137	Vargas, Pedro	Cantina y abarrotes	La Reina de las Flores
138	Vargas, Sebastián	Cantina y abarrotes	Las Nuevas Colonias
139	Verdín,	Cantina y abarrotes	La Palanca
140	Venegas, Regino	Expendio de palma	Sin nombre
141	Waters Pierce S.H.	Expendio petróleo	
142	Zieylershi, Ricardo	Compra de sombrero	Sin nombre
143	Zermeño, Delfino	Compra de sombrero	Sin nombre
144	Franco, Cristóbal	Abarrotes	Sin nombre
145	Márquez, Crescencio	Expendio de palma	Sin nombre
146	Hernández, Gil	Cantina y abarrotes	Las Palmas
147	Medrano, María Nicolasa	Abarrotes	La Bien Venida
148	García, Calixto	Cantina y abarrotes	El Rocio de las Flores
149	Salas, Francisco	Panadería	Sin nombre
150	Segovia, José	Fca. de fideo	Sin nombre
151	Muñoz, Jesús	Cantina y abarrotes	El Escenario

(Continuación)

No.	Nombre del propietario	Giro	Nombre del establecimiento
152	Moreno, Reginaldo	Taller de sombrero	Sin nombre
153	Muñoz, Pedro	Abarrotes	Sin nombre
154	Rocha, Manuel	Taller de sombrero	Sin nombre
155	Villalpando, José	Cantina y abarrotes	Ilegible
156	Mejía, Benito	Zapatería	El León
157	Carmona, Ventura	Cantina y abarrotes	La Bien Venida
158	Vásquez, Ponciano	Cantina y abarrotes	Las Nuevas Colonias
159	Aldape, Rafael	Abarrotes	Chin-Chun-Chan
160	Arriaga, Rodrigo	Cantina y abarrotes	La Luz del Día
161	Arriaga, Higinio	Pulquería	El Traguito
162	Medrano, María Dolores	Cantina y abarrotes	El Cairo
163	Pérez, Cipriano	Expendio de palma	Sin nombre
164	Landenos, Félix	Compra de sombrero	Sin nombre
165	García, Fermín	Cantina y abarrotes	Tres Piedras
166	Méndez, Raymundo	Cantina y abarrotes	El Combate
167	Juárez, Eugenio	Cantina y abarrotes	Sin nombre
168	Landenos, Vesulo	Pulquería	El Arbolito
169	Coronado, Anastasio	Cantina y abarrotes	El Río Verde
170	Valadés, Emilia	Abarrotes	El Fénix
171	Muñoz, Félix	Pulquería	Sin nombre
172	Barajas, Arnulfo	Pulquería	La Esperanza
173	Segura, Ignacio	Panadería	La Providencia
174	López, Josefa	Pulquería	Sin nombre
175	Cruz, Víctor	Pulquería	Sin nombre
176	Muñoz, Juan	Cantina y abarrotes	Sin nombre
177	Díaz Barriga, Paula	Expendio de palma	La Flor del Palmar
178	Castro Pereda & Cía.	Cantina y abarrotes	La Rosa de Oro
179	Sánchez, Juan	Cantina y abarrotes	La Jalisciense
180	Orozco, Pablo	Panadería	La Vencedora
181	Casillas, J. Trinidad	Cantina y abarrotes	La Flor de Mayo
182	Moreno, Reginaldo	Taller de sombrero	Sin nombre
183	Márquez, Luis	Cantina y abarrotes	El Cairo
184	Barrera, Romualdo	Taller de sombrero	Sin nombre
185	Castro Pereda & Cía.	Compra de sombrero	Sin nombre
186	Gama, Benjamín	Molino de nixtamal	Sin nombre
187	González, Pablo	Molino de nixtamal	Sin nombre
188	González, Pablo	Molino de nixtamal	Sin nombre
189	González, Pablo	Molino de nixtamal	Sin nombre
190	González, Pablo	Molino de nixtamal	Sin nombre
191	González, Pablo	Molino de nixtamal	Sin nombre
192	López, Gregorio	Zapatería	La Turquesa
193	Sapien, Rafael	Fábrica de sodas	Sin nombre
194	Camargo, Pantaleón	Compra de sombrero	Sin nombre

Fuente: Prontuario de la Oficina Rentística de San Francisco del Rincón. Impuesto de Repartición al Comercio. 12 hojas. 30 de Junio de 1914.

Cuadro 20

ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES E INDUSTRIALES EN
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN: 1897, 1899-1900, 1913-1914

	1897	1899-1900	1913-1914
Abarrotes	13	21	25
Abarrotes y Sombreros	—	2	—
Abarrotes y Mercería	—	1	—
Botica	1	1	4
Cajón de Ropa	3	2	8
Cantina	—	—	1
Cantina y Abarrotes	—	—	81
Cantina, Abarrot. Mercería	—	—	1
Comisión de sombrero	1	—	—
Compra de sombrero	1	—	20
Expendio de jabón	—	1	—
Expendio de jarcía	—	—	1
Expendio de loza	—	—	2
Expendio de palma*	7	—	13
Expendio de petróleo	—	—	2
Expendio de tequila	—	1	—
Fábrica de cigarros	—	—	1
Fábrica de fideos	—	—	1
Fáb. de fideo y sombrero	—	1	—
Fábrica de jabón	1	—	—
Fábrica de sombreros	1	—	—
Fábrica de sodas	—	—	2
Jabonería	—	1	1
Mesón	1	1	—
Molino de nixtamal	—	—	6
Palmería	—	8	—
Palma y sombrero	—	2	—
Panadería	3	3	8
Pulquería	—	—	8
Ropa y sombrero	—	3	—
Sombrerería	—	5	—
Taller de sombrero	—	7	6
Tendajón	9	8	—
Tendajón mixto	—	5	—
Tienda mixta	3	3	—
Zapatería/Exp. zapato	—	1	3
Desconocidos	—	1	1
TOTAL	44	79	195

Fuente: Prontuarios San Francisco del Rincón, 1897, 1899-1913 y 1914.

* Expendio de palma era lo mismo que palmería.

Cuadro 21

AÑO DE APERTURA DE SUCURSALES BANCARIAS
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN, GUANAJUATO

Banco	Año
1 Bancomer*	1950
2 Banrural**	1956
3 Banamex	1967
4 Serfin	1976
5 Promex	1982
6 Bancen	1987
7 Internacional	1987

Fuente: Entrevistas noviembre de 1987.

* Cuando se fundó era el Banco Mercantil del Bajío, que posteriormente se fusionó al Banco de Comercio.

** Hasta 1975 fue el Banco Nacional de Crédito Agrícola. Todas las sucursales se localizan en el centro, a menos de cuatro cuadras de la Parroquia. Ninguno tiene dos sucursales en la ciudad.

Cuadro 22

CARGA ENVIADA DESDE LA ESTACIÓN FRANCISCO
SERVICIO EXPRESS. AGOSTO 1986 Y 1987*
PRODUCTOS/NO. DE ENVÍOS

Estado	Localidad	1986	1987
Aguas-calientes	Aguas-calientes	2 sombrero de palma	1 sombrero
		1 adorno de sombrero	1 sombrero de palma
		4 calzado	1 escoba de palma
		1 escoba de plástico (576 piezas)	(50)
		1 bolsas	
Baja California	Coahuila	1 sombrero	
		1 adorno de sombrero	
		3 calzado	
	Mexicali	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma
	Victoria	4 calzado	1 sombrero de palma

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
Campeche	Calkini	5 sombrero de palma 1 calzado 5 costales vacíos	2 sombrero de palma 1 sombrero de fibra
	Candelaria	1 calzado	
Coahuila	Abelardo Rodríguez	3 sombrero de palma 2 calzado	
	Allende	1 calzado	1 sombrero de palma
	Castaños	1 calzado	
	Ciudad Frontera		2 sombrero de palma
	Madera	4 calzado	
	Morelos	1 calzado	1 sombrero de palma
	Muzquiz	1 sombrero de palma 1 calzado	2 sombrero de palma 1 calzado
	Saltillo	2 sombrero de palma 1 calzado	5 sombrero de palma 1 sombrero 2 calzado
	San Pedro		3 calzado
	Rosita	1 sombrero de palma	
	Torreón	3 sombrero de palma 4 sombrero 1 calzado	8 sombrero de palma 13 sombrero 2 calzado
	Zaragoza		1 calzado
Colima	Cuauhtémoc	1 sombrero de palma 1 sacos	
Chiapas	Tapachula		3 sombrero de palma
Chihuahua	Ahumada		4 calzado
	Bachijivá	1 sombrero de palma	2 sombrero de palma
	Ciudad Delicias	3 sombrero de palma 1 calzado	4 calzado 1 sombrero de palma
	Cd. Juárez	6 sombrero de palma 4 calzado	9 sombrero de palma 6 sombrero 4 calzado

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
Chihuahua	Chihuahua	18 sombrero de palma 2 calzado	13 sombrero 5 calzado
	Creel	3 sombrero de palma	
	Cuauhtémoc	3 sombrero de palma	6 sombrero de palma 4 calzado
	Jiménez	2 sombrero de palma 1 calzado	5 sombrero de palma 1 calzado
	Madera	1 sombrero de palma	
	Matachic	1 sombrero de palma	
	Meoqui	2 sombrero de palma 1 calzado	1 sombrero de palma 1 sombrero 1 sombrero de fibra y papel
	Nvo. Casas Grandes	2 sombrero de palma	2 sombrero de palma
	Ojinaga	2 sombrero de palma 3 calzado	1 sombrero de palma 1 sombrero
	Parral	16 sombrero de palma 11 calzado 1 artículos plástico	14 sombrero de palma 12 calzado
	Santa Bárbara	2 sombrero de palma 2 calzado	
	San Isidro	2 sombrero de palma	1 sombrero de palma 1 calzado
	Santa Rosalla Camargo	5 sombrero de palma	4 sombrero de palma 1 cachuchas de tela 3 calzado
	Saucillo	1 sombrero de palma 3 calzado	
Tomóchic	1 sombrero		
Durango	Aserradores	1 sombrero de palma	
	Bermejillo	3 sombrero de palma	
	Canatlán	1 sombrero de palma 1 calzado	1 sombrero de palma

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
	Ceballos		2 sombrero de palma
	Durango	10 sombrero de palma 2 cachuchas 7 calzado 1 escoba plástico (360 unidades) 1 bolsas 1 artículos plástico	10 sombrero de palma 1 sombrero de fibra 1 cintería 7 calzado 1 cabeza de hule
	Gómez Palacio	4 sombrero de palma	1 sombrero de palma 9 calzado
	Gregorio García		1 sombrero de palma
	Guadalupe Victoria	1 sombrero de palma	1 sombrero de fibra
	Ignacio Allende	1 sombrero de palma	
	El Súchil	1 sombrero de palma	
	Poanas	1 sombrero de palma	
	Salinas		1 sombrero
	Santiago Papasquiario	1 sombrero	
	Tepehuanes	2 sombrero de palma 1 sombrero de papel y fibra. 1 calzado	
	Yerbanis	1 sombrero de palma	
Guanajuato	Acámbaro		1 sombrero de palma 2 calzado
	Apaseo	2 sombrero de palma	1 sombrero de palma 1 calzado
	Cortázar	1 sombrero de palma	
	Irapuato	1 calzado	1 calzado
	Salamanca	1 sombrero de palma	
	San Luis de la Paz	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma
	Valle de Santiago	2 sombrero de palma	1 escoba y trapeado

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
	Villagrán	1 sombrero de palma	
Guerrero	Iguala	2 calzado	1 calzado
Hidalgo	Pachuca	1 sombrero de palma	
	Tula	3 calzado	1 sombrero
	Tulancingo	1 calzado	
Jalisco	Guadalajara	2 sombrero de palma 1 sombrero de fibra y papel	2 drogas líquidas
	Ocotlán		1 calzado
	Sayula	1 sombrero de palma	
Edo. México	Toluca	2 sombrero de palma 1 horma de aluminio	
Michoacán	Los Reyes	1 calzado	1 sombrero de palma
	Maravatío	1 calzado	
	Morelia		2 calzado
	Pátzcuaro	1 sombrero de palma	
	Uruapan	1 sombrero de palma	
	Zamora	1 cepillo	
Nayarit	Acaponeta	2 calzado	1 sombrero de palma
	Tepic	1 sombrero de palma 2 calzado	
Nvo. León	Aldama		calzado
	Cadereyta	1 sombrero de palma	2 sombrero de palma
	Herreras		1 sombrero de palma
	Montemo- relos	4 calzado	2 sombrero de palma
	Monterrey	11 sombrero de palma 1 calzado	5 sombrero de palma 2 sombrero 1 adorno sombrero
Oaxaca	Ixtepec	1 calzado	1 calzado
	Oaxaca	6 sombrero de palma	6 calzado

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
		3 adorno sombrero 2 calzado 1 escoba plástico (25 atados)	1 calzado de lona 1 escoba plástico (1200 unidades)
	Ocotlán	3 sombrero plástico	
Puebla	Beristáin	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma 1 sombrero
	Tehuacán	1 calzado	
Querétaro	Querétaro	1 trapeadores (36) 1 escoba plástico (12)	1 sombrero de palma
San Luis Potosí	Matehuala	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma
	Salinas	4 sombrero de palma 1 calzado	2 calzado
	San Luis Potosí	1 sombrero de palma 1 sombrero de fibra 1 cubeta, tapa plástica	1 sombrero
Sinaloa	Culiacán	1 sombrero de palma	2 sombrero de palma 1 suelas
	El Fuerte	1 sombrero de palma	
	Guamúchil	1 artículos plástico	1 sombrero de palma
	León		
	Fonseca		1 sombrero de palma
	Los Mochis	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma
	Mazatlán	2 sombrero de palma	3 sombrero de palma
Sonora	Agua Prieta	2 calzado	2 sombrero de palma
	Caborca	2 sombrero de palma 1 sombrero de fibra 1 calzado	6 sombrero de palma
	Cananea	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma
	C. Obregón	5 sombrero de palma	13 sombrero de palma 1 sombrero

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
	Hermosillo	14 sombrero de palma 1 cachucha	15 sombrero de palma 1 sombrero
	Magdalena	1 calzado	1 sombrero de palma
	Navojoa	4 sombrero de palma	8 sombrero de palma 1 calzado
	Nogales		2 sombrero de palma
	Pichiquití		1 calzado
	Riíto	2 sombrero de palma	1 sombrero de palma 1 adorno sombrero
Tamaulipas	Camargo	1 sombrero de palma 3 calzado	
	Cd. Mante		1 sombrero de palma
	C. Victoria	1 calzado	
	González	1 sombrero de palma 1 calzado	
	Gustavo		
	Díaz Ordaz	1 sombrero de palma	1 sombrero de palma
	Matamoros	2 sombrero de palma 1 calzado	
	Ramírez	1 sombrero de palma 1 sombrero	2 sombrero
	Reynosa	1 sombrero de palma	2 sombrero de palma 2 sombrero
	Tampico	1 sombrero de palma	1 sombrero de papel
Veracruz	Cazamalua- pan	1 trapeador (36) y 1 escoba (24)	
	Orizaba	2 sombrero de palma	
	San Cristóbal	1 trapeador (30) y escoba (18)	
Yucatán	Mérida	1 sombrero de palma 1 cepillo	
	Tizimin	1 sombrero de palma	

(Continuación)

Estado	Localidad	1986	1987
Zacatecas	Fresnillo	2 sombrero de palma	
	Río Hondo		1 calzado
	Río Grande		1 calzado
	Sombrerete	1 sombrero de palma 1 trapeadores (72) y escobas plástico (96)	1 trapeadores (48)
	Zacatecas	4 sombrero de palma	1 sombrero de palma
D.F.	Ciudad de México	1 sombrero de charro	
		1 sombrero	
		20 queso fresco	4 sombrero
		1 cubeta y tapa de plástico	14 queso fresco 1 leche y crema
		3 granada	

Fuente: Gulas del ferrocarril. Servicio express. Agosto de 1986 y 1987. San Francisco del Rincón, Guanajuato.

* Se ha omitido el envío de documentos, billetes y menaje de casa por cambio de domicilio.

Cuadro 23

LÍNEAS Y FECHAS DE APERTURA DE SUCURSALES DE
TRANSPORTE TERRESTRE
SAN FRANCISCO DEL RINCÓN, GUANAJUATO

No.	Nombre	Año
1	Tibsa	1985
2	Autotransp. León-México	1985
3	Castores	1986
4	Transportes Gutiérrez*	1986
5	Julián de Obregón	1987

Fuente: Entrevistas noviembre de 1987.

* Ya no opera en San Francisco.

Cuadro 24

INFORMACIÓN AGRÍCOLA Y AGRARIA
SAN FRANCISCO, PURÍSIMA

	San Francisco	Purísima
Superficie total municipal	51 770 ha	20 950 ha
Superficie agraria	23 897 "	15 118 "
Sup. agrícola de riego	7 757 "	9 401 "
Sup. agrícola de riego por bombeo	6 681 "	4 116 "
Sup. agrícola de riego por gravedad	1 076 "	5 285 "
Sup. agrícola de temporal	16 140 "	5 716 "
Sup. de uso pecuario	10 116 "	5 404 "
Sup. de uso forestal		
Otros usos	18 757 "	428 "
Total de ejidos en el municipio	27	12
Número de hectáreas ejidales	15 125	6 545
Total de pequeños propietarios	2 774	1 293
Número de hectáreas de pequeña propiedad	36 645	14 405
Otros tipos de tenencia		
Total	51 770 ha	20 950 ha

Fuente: SARH, Carpeta Programática Municipal, ingeniero José Daniel Servín Sánchez, diciembre de 1987.

Bibliografía

- Alonso, Jorge (ed.), *Lucha urbana y acumulación de capital*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1980.
- Alonso, Jorge, "Discutir a la derecha", en *Cuadernos*, núm. 6, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, CICS, 1988, pp. 26-36.
- Alonso, José Antonio, *Sexo, trabajo y marginalidad urbana*, México, Edicol, 1981.
- , "Las trabajadoras a domicilio de la maquila del vestido en la metrópoli mexicana y sus relaciones con el capitalismo dependiente", en varios autores, *Estudios sobre la mujer*, vol. III, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982, pp. 459-469.
- Arias, Patricia, "El proceso de industrialización en Guadalajara, Jalisco, siglo XX", en *Relaciones*, vol. I, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1980, pp. 9-47.
- , "La consolidación de una gran empresa en un contexto regional de industrias pequeñas: el caso de Calzado Canadá", en *Relaciones*, vol. I, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1980, pp. 171-353.
- , *Los alfareros de La Luz. El fin de una tradición*. México, CIESAS, Cuadernos de la Casa Chata, 1981.
- , "Rutas comerciales y agentes viajeros", en *América Indígena*, vol. XLII, núm. 3, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1982, pp. 449-466.
- (coord.), *Guadalajara. La gran ciudad de la pequeña industria*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985.
- , "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco", en *Relaciones*, vol. VII, núm. 28, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986, pp. 33-60.
- , "La pequeña empresa en el occidente rural", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17, México, El Colegio de México, 1988, pp. 405-436.
- , "El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manu-

- factura", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18, México, El Colegio de México, 1988, pp. 535-552.
- Arias, Patricia y Jorge Durand, "El impacto regional de la crisis", en *Relaciones*, vol. VI, núm. 22, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985, pp. 43-63.
- , "Santa María de las esferas", en *Sociedad y Estado*, núm. 1, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, CISMOS, 1988, pp. 5-16.
- Arizpe, Lourdes, "La ideología del indio y la economía campesina", en varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 99-132.
- , *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México, 1978.
- Arreola Woog, Mario, *El programa mexicano de maquiladoras. Una respuesta a las necesidades de la industria norteamericana*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Instituto de Estudios Sociales, 1980.
- Baisnée, Pierre-Francois, *De vacas y rancharos*, México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroamericaines, 1989.
- Barrón, Ma. Antonieta, "La incorporación de la fuerza de trabajo femenina a mercados de trabajo", en Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, UABJO, Instituto de Investigaciones Sociológicas, 1988, pp. 163-176.
- Bartra, Roger, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, ERA, 1974 (Serie Popular).
- , "Campesinado y poder político en México", en varios autores *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975, pp. 5-30.
- Bassols Ricárdez, Mario y Javier Delgadillo Macías, "Aguascalientes. Entre la modernización y la crisis", en *Ciudades*, núm. 1, México, revista trimestral de la Red Nacional de Investigación Urbana, 1989, pp. 24-30.
- Bataillon, Claude, "Poblamiento y población en la regionalización de México", en varios autores, *Seminario sobre regiones y desarrollo en México*, México, UNAM, 1973, pp. 45-70.
- , "Población campesina y suburbanización en el valle de Toluca", en Iván Restrepo (coord.), *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1980, pp. 315-342.
- , *Las regiones geográficas en México*, México, Siglo XXI Editores, 9a. edición, corregida y aumentada, 1988.
- Bazán, Lucía et al., *La situación de los obreros del calzado en León Guanajuato*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1988.

- Bazant, Jan, *Los bienes de la Iglesia en México, 1856-1875*, México, El Colegio de México, 1971.
- , "León en 1872", *Biblioteca Leonesa*, volumen 1, León, coedición de la Presidencia Municipal de León, Guanajuato y El Colegio del Bajío, 1985.
- Brading, David A., "La estructura de la producción agrícola en el Bajío de 1700 a 1850", en *Historia Mexicana*, núm. 90, vol. XXIII, México, El Colegio de México, 1973, pp. 197-237. Apareció también en varios autores, *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, Siglo XXI Editores (sin fecha), pp. 105-131.
- , *Haciendas y ranchos del Bajío, León 1700-1860*, México, Editorial Grijalbo, 1988.
- Busto, Emiliano, *Estadística de la república mexicana*, 2 vols., México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1880.
- Calleja, Margarita, Celia Falomir y Francisco Madrazo, *Unidad doméstica y organización del trabajo de la industria del calzado en León, Guanajuato*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1980.
- Cartaya, Vanessa, "El confuso mundo del sector informal", en *Nueva Sociedad*, núm. 90, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1987, pp. 76-88.
- Ceja, Lucila, "Efectos de la incorporación de la mujer campesina al trabajo industrial", en Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, UABJO, Instituto de Investigaciones Sociológicas, 1988, pp. 177-188.
- , "Distrito de León", *Censo general de habitantes*, Cabecera del Cuartel 1 al 6, Cuartel número 4, t. I. octubre 20 de 1895. Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, A.C., *La economía subterránea en México*, México, Diana, 1987.
- Cerillo, D.E., *Memorias de mi pueblo. San Diego de Alejandría*, León, Edit. Lumen, 1969.
- Chayanov, Alexander V., *Teoría de la organización económica campesina*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1974.
- Collado, María del Carmen, *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política 1865-1920*, México, Siglo XXI Editores, 1987.
- Consejo Nacional de Población, *Guanajuato demográfico. Breviario*, México, 1985.
- Creel, Martha, *Chiconcuac: pueblo de artesanos y capitalistas*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1977.
- Cuéllar, Claudia, *El papel de la mujer en la producción maquilera*

- y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo de la unidad familiar, México, tesis en Antropología Social, UAM-I, 1983.
- Demyk, Noelle, "La organización del espacio en los Altos de Jalisco", en *Controversia*, núm. 5, t. 1, año 2, Guadalajara, 1978, pp. 5-48.
- Departamento de Culturas Populares, *Diagnóstico sociocultural del estado de Guanajuato*, Guanajuato, Gto., Secretaría de Educación, Cultura y Recreación del Estado de Guanajuato, 1987.
- Díaz-Polanco, Héctor, "La economía campesina y el impacto capitalista. Un caso mexicano", en varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 69-97.
- Durand, Jorge, *La ciudad invade al ejido*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1983.
- _____, *Los obreros de Río Grande*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.
- _____, "Circuitos migratorios", en *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 2, núm. 2, París, 1986, pp. 49-67.
- _____, "Burocracia sindical y control municipal. El caso de El Salto, Jalisco", en Jaime Tamayo (coord.), *Perspectivas de los movimientos sociales en la región centro-occidente*, Guadalajara, Editorial Línea, 1986, pp. 235-261.
- _____, "Guanajuato: cantera de migrantes", ponencia presentada en *Seminario de estudios e investigaciones sobre el estado, la industria y la agricultura en Guanajuato, 1940-1986*, Guanajuato, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 26-29 de enero de 1988.
- _____, "Los migradólares: cien años de inversión en el medio rural", en *Argumentos*, núm. 5, México, UAM-X, 1988, pp. 7-21.
- Durand, Jorge y Douglas S. Massey, *Doy gracias. Iconografía de la migración México-Estados Unidos*, Guadalajara, Programa de Estudios Jaliscienses, 1990.
- Echeverría, María Esther et al., *Antropología social en el Centro Industrial Sahagún*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1975.
- Elizalde, Gloria y Manuel Peláez, *Santiago Cuautlalpan. Una comunidad rural en proceso de cambio*, México, tesis en Antropología social, UIA, 1986.
- Escobar Latapí, Agustín, *Con el sudor de tu frente*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1986.
- Espín, Jaime, "Uso y tenencia de la tierra en el municipio de Teocaltiche", en Jaime Espín y Patricia de Leonardo, *Economía y*

- sociedad en los Altos de Jalisco*, México, Nueva Imagen, 1978, pp. 133-304.
- "Expresiones de la crisis en el Bajío", *Estrategia*, núm. 80, México, 1988, pp. 39-49.
- Fábregas, Andrés, *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1986.
- Fajnzylber, Fernando, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Editorial Nueva Imagen, 1983.
- Feder, Ernest, *El imperialismo fresa*, México, Editorial Campesina, 1977.
- Fortuny, Patricia y Francisco Hernández, "Industria domiciliar y red de relaciones familiares", en *Memorias del seminario sobre capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán, 1984, pp. 103-111.
- García, Virginia, *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1975.
- _____, "Cambios en la organización del trabajo. Artesanías e industria en Arandas, Jalisco", ponencia presentada en el 1er. Encuentro de investigación jalisciense. *Economía y sociedad*, Guadalajara, 11-14 de agosto de 1981.
- García, Nora, *Soy tejedora sobre piedra de río*, México, tesis en Antropología Social, UAM-I, 1987.
- _____, "Soy tejedora sobre piedra de río", ponencia presentada en el *Seminario de estudios e investigaciones sobre el estado, la industria y la agricultura en Guanajuato 1940-1986*, Guanajuato, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 26-29 de enero de 1988.
- García, Lucía, *Nahuatzen. Agricultura y comercio en una comunidad serrana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984.
- _____, "Torneros y costureras de Nahuatzen", versión mecanográfica.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, *Hogares y trabajadores*, México, El Colegio de México, 1982.
- _____, "La participación de la población económicamente activa", en Alejandro Mina (comp.), *Lecturas sobre temas demográficos*, México, El Colegio de México, 1982, pp. 211-240.
- Gobierno del Estado de Guanajuato, Secretaría de Planeación y H. Ayuntamiento de San Francisco del Rincón, *Plan Municipal de Desarrollo Socioeconómico de San Francisco del Rincón*, San Francisco del Rincón, 1986.

- Gómez Guerrero, Adelaido, "A la opinión pública", documento mecanográfico, 1963.
- González, Luis, *Pueblo en vilo*, México, El Colegio de México, 3a. edición, 1979.
- _____, "Ciudades y villas del Bajío en el siglo XVIII", en *Relaciones*, vol. I, núm. 4, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1980, pp. 100-111.
- _____, "El oeste mexicano, en *La Querencia*, Morelia, Michoacán, SEP, 1982, pp. 11-41.
- _____, "Gerente del campo", en *Vuelta*, núm. 151, México, junio de 1989, pp. 22-29.
- _____, "El rancho vindicado", en *Nexos*, núm. 140, México, agosto de 1989, pp. 55-57.
- González, Eduardo, "Mexicanos, vendedores ambulantes", en *Proceso* [sin núm.], México, 11 de septiembre de 1989 [sin folio].
- González-Leal, Mariano, *Retoños de España en la Nueva Galicia*, t. I, León, Gto., editor Jesús Padilla Muñoz, 2a. edición, 1985.
- González Seguí, Héctor Óscar, *Trabajar en Guadalajara*, Zamora, tesis en Antropología Social, El Colegio de Michoacán, 1985.
- González, Pedro, *Geografía local del estado de Guanajuato*, Guanajuato, Imprenta de la Escuela Industrial Militar, J.D.G., 1904.
- González de la Rocha, Mercedes, *Los recursos de la pobreza*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, CIESAS, SPP, 1986.
- "Guanajuato: avances, contrastes, problemas", *Estrategias*, núm. 66, México, 1985, pp. 55-69.
- INEGI, *Estadísticas históricas de México*, 2 vols., México, SPP, 1975.
- _____, *Anuario estadístico de Guanajuato, 1984*, 3 vols., México, SPP, 1985.
- _____, *La industria textil y del vestido en México, 1976-1985*, México, SEP, 1986.
- Labarthe, María de la Cruz, "León, Guanajuato, el surgimiento de una ciudad industrial", en *Norcentro*, núms. 1-2, León, El Colegio del Bajío, 1984, pp. 105-124.
- _____, *Notas sobre el proceso de industrialización de León. Autobiografía de un obrero del calzado*, León, El Colegio del Bajío, Cuadernos de Investigación, 1985.
- Lailson, Silvia, "Expansión limitada y proliferación horizontal: la industria de la ropa y el tejido de punto", en *Relaciones*, vol. I, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 48-102.

- Lamas, Marta, "La antropología feminista y la categoría 'genero'", en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México, 1986, pp. 173-198.
- Lancaster-Jones, Ricardo, "La hacienda de Santa Ana Apacueco", en *Boletín de la Junta Axiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, vol. IX, núms. 4-5, Guadalajara, 1951, pp. 149-178.
- _____, *Haciendas de Jalisco y aledaños (1506-1821)*, Guadalajara, Financiera Aceptaciones, S.A., 1974.
- Lenin, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Edit. Progreso, 1974.
- Leñero, Estela, *El huso y el sexo (la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*, México, Cuadernos de la Casa Chata, 1984.
- "León, Gto.", *Enciclopedia de México*, t. VIII, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, pp. 4674-4694.
- Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, México, FCE, 1964.
- Lezama, Cecilia, *Estudio comparativo de dos organizaciones industriales*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1974.
- Littlefield, Alice, *La industria de las hamacas en Yucatán, México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.
- Lomnitz, Larissa A. de, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Editores, 4a. edición, 1980.
- López, Cecilia y Alfonso Castillo, *Migración, estructura de la economía familiar y cambio de sector productivo*, Pátzcuaro, OEA, CREFAL, 1988 (monografías y ensayos).
- López, Jacqueline, "Talleres y fábricas pequeñas en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala. Un estudio de caso", ponencia presentada en el *Seminario de antropología industrial*, México, Universidad Iberoamericana, 24 de enero-4 de febrero de 1977.
- Luna, Pedro, *Los talleres en Santiago Tangamandapio*, versión mecanográfica de un informe de trabajo de campo, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985.
- Luxemburgo, Rosa, *La acumulación de capital*, México, Editorial Grijalbo, 1967.
- Margolis First, Ana, *El papel de la mujer en la agricultura del Bajío*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1982.
- Martínez del Campo, Manuel, *Industrialización en México*, México, El Colegio de México, 1985.
- Martínez de Lejarza, Juan José, *Análisis estadístico de la provincia de Michoacán en 1822*, Morelia, Fimax Publicistas, 1974.

- Marx, Carlos, *El Capital*, México, Siglo XXI Editores, 1971.
- Massey, Douglas S. et al., *Return to Aztlan*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- Medina, Andrés y Noemí Quezada, *Panorama de las artesanías otomíes del Valle del Mezquital*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1975.
- Medina, Ignacio, "Un dinamismo frustrado: la industria metalmeccánica de Guadalajara", en *Relaciones*, vol. 1, núm. 3, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 103-170.
- Meyer, Jean, *La Cristiada*, 3 vols., México, Siglo XXI Editores, 5a. edición, 1977.
- Moreno Muñoz, Eusebio, *Primer informe de Gobierno, 1986*, San Francisco del Rincón, Guanajuato, 1986.
- Moreno Toscano, Alejandra, "El paisaje rural y las ciudades: dos perspectivas de la geografía histórica", en *Historia Mexicana*, 82, vol. XXI, núm. 2, México, El Colegio de México, 1971, pp. 242-268.
- , "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", en *Historia Mexicana*, 86, vol. XXII, núm. 2, México, El Colegio de México, 1972, pp. 160-187.
- , "Economía regional y urbanización: tres ejemplos de relación entre ciudades y regiones de Nueva España a finales del siglo XVIII", en varios autores, *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, SepSetentas, 1974.
- Muñoz, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern, "Migración y marginalidad ocupacional en la ciudad de México", en *El Perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI Editores, 1972.
- Muriá, José María et al., *Historia de Jalisco*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, Secretaría General de Gobierno, Unidad Editorial, 1982.
- Murillo, José M., *San Francisco del Rincón. El 3er. centenario de su fundación*, México, Mexican Paper Company, 1907.
- Newbold de Chiñas, Beverly, *Mujeres de San Juan. La mujer zapoteca del Istmo en la economía*, México, SepSetentas, 1975.
- Novelo, Victoria, *Artesanías y capitalismo en México*, México, SEP-INAH, 1976.
- Novelo, Victoria y Augusto Urteaga, *La industria en los magueyales*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979.
- Nun, José, "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. V, núm. 2, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, 1969, pp. 178-235.

- Ochoa, Álvaro, "Arrieros, braceros y migrantes del oeste michoacano (1849-1911)", en Thomas Calvo y Gustavo López (coords.), *Movimientos de Población en el occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y el Centre D'Etudes Mexicaines et Centroamericaines, 1988, pp. 253-263.
- Olveda, Jaime y María Gracia Castillo (comps.), *Estadísticas de los Altos de Jalisco (1838-1908)*, Guadalajara, Gobierno de Jalisco, Secretaría General, UNED, 1988.
- Orozco, Juan Luis, *La migración de los campesinos de los Altos de Jalisco (México) hacia los Estados Unidos. Sus causas y consecuencias económicas*, París, trabajo de memoria IHEAL-DEA Economía, 1986.
- Padilla, Cristina, "El trabajo capitalista domiciliario: un estudio de caso en Guadalajara", en *Controversia*, núm. 6, Guadalajara, 1981, pp. 50-60.
- Palerm, Angel, "Articulación campesino-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M", en Ángel Palerm, *Antropología y marxismo*, México, CIS-INAH-Nueva Imagen, 1980.
- Palerm-Viqueira, Jacinta, *Santa María Tecuanulco. Village de fleurites et de musiciens: Etude a propos d'une critique de la predication de proletarianisation du secteur non capitaliste paysan*, Toulouse, tesis en Geographie et Amenagement, Universidad de Toulouse, 1983.
- Paré, Luisa, "Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla", en varios autores, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975, pp. 31-61.
- Paz, Octavio, "Yo, pintor, indio de este pueblo", en *Vuelta*, núm. 113, vol. X, México, abril de 1986, pp. 35-50.
- Peña, Guillermo de la, et al., *Ensayos sobre el sur de Jalisco*, México, CIS-INAH, Cuadernos de la Casa Chata, 1977.
- Peñalva, María Eugenia, "Familia y organización socio-económica de una comunidad donde se ubicó una fábrica textil a fines del siglo XIX, Santa Cruz, Tlaxcala", ponencia presentada en el *Seminario de antropología industrial*, México, Universidad Iberoamericana, 24 de enero-4 de febrero de 1977.
- Pepin-Lehalleur, Marielle, "El empleo de trabajo ajeno por la unidad campesina de producción", en varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 133-162.
- Pérez Luque, Rosa Alicia, "Delimitación territorial entre Nueva España y Nueva Galicia y la configuración geográfica de Guanajuato", en José Luis Lara Valdés (coord.), *Guanajuato historiografía*, León, El Colegio del Bajío, 1988, pp. 197-204.

- Pietri, Anne Lise, *Empleo y migración en la región de Pátzcuaro*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.
- , "La artesanía: un factor de integración del medio rural", en Iván Restrepo (coord.), *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1980, pp. 343-361.
- Powell, Philip W., *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, FCE, 1985.
- Preobrazhensky, E., *La nueva economía*, México, Editorial ERA, 1971.
- Quijano, Anibal, *Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica*, Lima, Mosca Azul Editores, 1977.
- Ramírez, Luis Alfonso, *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*, México, El Colegio de Michoacán, 1986.
- Rodríguez Gómez, María Guadalupe, *Jalpa y San Juan de los Oates*, León, El Colegio del Bajío, 1984.
- Rodríguez, Olga, "Una industria textil moderna en Santa Ana Chiautempan", ponencia presentada en el *Seminario de antropología industrial*, México, Universidad Iberoamericana, 24 de enero-4 de febrero de 1977.
- Rionda Arreguín, Isauro, *Haciendas de Guanajuato*, Guanajuato, Gobierno del estado de Guanajuato, 1985.
- Riviere D'Arc, Héléne, *Guadalajara y su región*, México, SepSetentas, 1973.
- Rojas Nieto, José Antonio, "México: una industria en severa transición", en *El Cotidiano*, núm. 31, México, UAM-A, División de Ciencias Sociales y Humanidades, septiembre-octubre de 1989, pp. 3-16.
- Romero, José Guadalupe, *Michoacán y Guanajuato en 1860*, Morelia, Fimax Publicistas, edición facsimilar, 1972.
- Ronfeldt, David, *Atencingo*, México, FCE, 1975.
- Rubín de la Borbolla, Daniel, *Arte popular mexicano*, México, FCE, Archivo del Fondo, 1974.
- Safa, Patricia, "Una fábrica del siglo XIX", en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. IV, núm. 1, Guadalajara, Secretaría General de Gobierno, Archivo Histórico de Jalisco, 1980, pp. 17-19.
- Salceda López, Eduardo, *Historiografía leonesa*, t. I, León, Presidencia Municipal, 1969.
- Secretaría de Agricultura y Fomento, *Tercer censo de población de los Estados Unidos Mexicanos, verificado el 27 de octubre de 1910*, México, Dirección General de Estadística, Talleres Gráficos del Gobierno Nacional, 1918.
- Secretaría de la Economía Nacional, *Tercer censo industrial de los Estados Unidos Mexicanos 1940*, México, 1944.
- Secretaría de Economía, *Cuarto censo industrial de los Estados Unidos Mexicanos 1945. Resumen general*, México, 1953.
- Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *Estudios histórico-económico-fiscales sobre los estados de la república. I. Guanajuato*, México, Dirección General de Inspección Fiscal, 1939.
- Secretaría de Fomento, Colonización e Industria. Dirección General de Estadística, *Censo general de la república mexicana 1900. Censo y división territorial del estado de Guanajuato*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1903.
- Secretaría de Industria y Comercio, DGE, *V Censo industrial 1956. Resumen general*, México, 1959.
- Secretaría de Industria y Comercio, DGE, *VII Censo industrial. 1961. Resumen general*, México, 1965.
- Secretaría de Industria y Comercio, DGE, *VIII Censo industrial. 1966. Resumen general*, México, 1967.
- Secretaría de Programación y Presupuesto del Gobierno del Estado de Guanajuato y H. Ayuntamiento de San Francisco del Rincón, *Plan Municipal de Desarrollo Socioeconómico de San Francisco del Rincón*, documento mecanográfico, diciembre de 1983.
- Secretaría de Programación y Presupuesto, *X Censo industrial. 1976. Industria extractiva y de transformación*, México, 1979.
- Secretaría de Programación y Presupuesto, *Síntesis geográfica de Guanajuato y Anexo cartográfico*, México, Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática, 1980.
- Semo, Enrique, "Hacendados, campesinos y rancheros", en varios autores, *Historia de la cuestión agraria mexicana. El siglo de la hacienda 1800-1900*, México, Siglo XXI Editores, 1988, pp. 86-164.
- Soto, Hernando de, *El otro sendero*, México, Diana, 1987.
- Stavenhagen, Rodolfo, "Capitalismo y campesinado en México", en varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 11-27.
- Suárez, Luz María, "La industria a domicilio en México: un estudio de caso en una zona rural", en *Análisis económico*, vol. II, núm. 1, México, UAM-A, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 1983, pp. 331-352.
- Tapia, Carlos Enrique, "Comercio y producción de artesanías en Halachó, Yucatán (1950-1980)", en *Memorias del Seminario so-*

- bre capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán, 1984, pp. 153-175.
- _____, "Paracho: de mercado campesino a centro comercial manufacturero", versión mecanográfica, 1989.
- Teléfonos Ericsson, *Directorio del estado de Guanajuato No. 20*, México, Empresa de Teléfonos Ericsson, 1934.
- Tokman, Víctor, "Dinámica del mercado de trabajo urbano: el sector informal urbano en América Latina", en Rubén Kaztman y José Luis Reyna (comps.), *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 68-102.
- _____, "El imperativo de actuar. El sector informal hoy", en *Nueva Sociedad*, núm. 90, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1987, pp. 93-105.
- Trabis, Roland, *Industrie et Politique à la Frontière Mexique-USA. Le cas de Nuevo Laredo 1966-1984*, Paris, Éditions du CNRS, 1985.
- Treviño Siller, Sandra, *El trabajo a domicilio: una forma específica de proletarización de la mujer obrera*, México, tesis en Antropología Social, UAM-I, 1986.
- _____, "Reflexiones sobre el trabajo a domicilio en la zona noreste de Guanajuato", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18, México, El Colegio de México, 1988, pp. 583-601.
- Vázquez Mellado, Rosa María, *La fábrica se va al campo: "donde antes se daban maizales, ahora producimos cigüeñales"*, México, tesis en Antropología Social, UIA, 1986.
- Velasco, Luis Alfonso, *Geografía y estadística de la república mexicana. Geografía y estadística del estado de Guanajuato*, t. V, México, Editor: Macario González Pérez, 1895.
- Velázquez Villalpando, Carlos, *Primer informe de gobierno*, San Francisco del Rincón, Guanajuato, 1989.
- Warman, Arturo, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1976.
- _____, *Y venimos a contradecir*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976.
- _____, "Hacia el futuro de la reforma agraria mexicana", en varios autores, *México setenta y cinco años de revolución. Desarrollo social 1*, México, FCE-INEHRM, 1988, pp. 475-492.
- Wilson, Fiona, "Gender and forms of production: the case of capitalized workshop production", Copenhagen, Center for Development Research, CDR, Project Papers, 1988.

- Wilson, Fiona, "Lucha obrera en una industria rural: historia de una demanda", versión mecanográfica.
- Wolf, R. Eric, *Los campesinos*, México, Editorial Labor, 1971.
- _____, "El Bajío en el siglo XVIII. Un análisis de integración cultural", en varios autores, *Los beneficiarios del desarrollo regional*, México, SepSetentas, 1972, pp. 63-95.
- Zapata, Francisco et al., *Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1978.

Nueva rusticidad mexicana
— con un tiraje de 5 mil ejemplares —
lo terminó de imprimir la
Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
en los talleres de
Impresos Azteca
Sur 79, núm. 406, col. Lorenzo Boturini
C.P. 15820
en abril de 1992

Fotografía de portada: Luis E. Betancourt S.

Diseño de portada y cuidado de la edición:
Dirección General de Publicaciones